



*Toda una vida
para amarnos*



Susy Hope

Toda una vida para amarnos

Susy Hope

SIPNOSIS

Emma está intentando superar un doloroso suceso del pasado que no la deja avanzar. Regresa a casa de sus padres consternada, no sabe cómo rehacer su vida. Junto a ellos, pero en especial, junto a sus amigas, Nona y Martina empieza a creer que puede lograrlo.

Cuando se encuentra con fuerzas y ánimos suficientes, se traslada a Barcelona donde enseguida encuentra piso y un nuevo trabajo como maestra infantil. Los compañeros, y en especial la directora del centro la acogen como a una más. Pero no todos son lo que parecen.

Sin embargo, la vida no está dispuesta a darle un respiro, al menos de momento. Un cúmulo de situaciones le impide comenzar la tan ansiada nueva vida.

Entre el pasado, una terrible noticia, un suceso inquietante, un amor que pende de un hilo y una herencia genética que la llevará a tropezarse por donde va, Emma se verá envuelta en una tensión que le será muy difícil canalizar.

¿Conseguirá superar todos los obstáculos? ¿Será feliz de una vez por todas?

Solo ella tiene las respuestas.

ÍNDICE

TITULO Y AUTOR

SIPNOSIS

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[EPÍLOGO](#)

AGRADECIMIENTOS

Capítulo 1

—¡Perfecto! pues con esta firma le hago entrega de las llaves de su nuevo piso, señorita Almagro.

—Muchas gracias, señor López.

—Cualquier problema que le surja no dude en contactar conmigo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo y muchas gracias, otra vez. —Estreché mi mano con la suya mostrándole una sonrisa de agradecimiento.

Había llegado el momento. Era hora de dejar el pasado atrás y rehacer mi vida de nuevo por mucho que me costara.

Iba tan absorta en mis cavilaciones que al salir de la agencia inmobiliaria no me di cuenta del pequeño escalón que había en la entrada. Así que, ya os podéis imaginar lo que pasó. Me caí de bruces al suelo, y si no llega a ser porque puse las manos rápidamente, me hubiese comido un trozo de acera. Lo surrealista es que quedé en una posición algo comprometedora (la típica postura de perrito) y, claro, más vergüenza no pude pasar cuando salió el señor López a ayudarme a levantarme del suelo. Comencé a notar el ardor de mis mejillas y supe que me había puesto roja como un tomate. —¡Madre mía! Quería meter la cabeza bajo tierra, ¡qué vergüenza!

—¡Señorita Almagro! ¿Se encuentra bien? —Noté las manos del señor López sujetándome por los hombros para

intentar levantarme.

—Sí, sí, tranquilo, no ha sido nada, he tropezado, pero estoy bien. —Me sacudí las rodillas para evitar mirarle a la cara.

—¿Seguro?

—Sí, sí, estoy bien de verdad, muchas gracias. —Sin mirarle directamente a la cara me di la vuelta y me marché rápidamente.

Nunca me acostumbraba a pasar vergüenza, en mí era algo normal. La torpeza la había heredado de mi madre, y ella a su vez de su madre, así que era un don genético.

A mis veintisiete años me había pasado de todo, desde caerme encima de unos excrementos de caballo, hasta bajarse mi falda delante de mis niños en la guardería, aunque lo tengo asumido, no puedo evitar pasarlo mal.

Y hoy, precisamente hoy, que por fin conseguía las llaves de mi piso, tenía que celebrarlo estampándome en el suelo delante de mi agente. En fin, otra más que añadir a mi lista interminable de caídas desastrosas.

Después del mal trago, el color de mis mejillas volvió a su tono habitual y conseguí relajarme. En cinco minutos llegué al portal de mi nuevo piso. Era un tercero y con ascensor. —Menos mal, no soy muy amiga de las escaleras, más que nada, porque en alguna ocasión las he bajado con mis posaderas.

Estaba amueblado y bien equipado, lo que me facilitó mucho el traslado. Tenía dos habitaciones, una cocina

americana que comunicaba al salón a través de una barra que hacía de encimera, un baño y un pequeño balcón que daba a la calle principal. Me gustó mucho al estar situado en una zona dónde daba el sol la mayor parte del día, y eso lo agradecí ya que se mantendría la buena temperatura durante más tiempo. Al descubrir el baño, me sorprendí gratamente. Era muy amplio, luminoso, las baldosas eran de un color blanco perla, y el mueble de un marrón claro. La ducha tenía hidromasaje. Esos chorritos que van tan bien cuando una está estresada, pero lo mejor fue ver la bañera en forma de media luna con jacuzzi. —Me imaginaba mis momentos de relax allí dentro, y quién sabe si algún día acompañada, pensé dejando volar mi imaginación—.

Después de dar una vuelta por el piso, fui a casa de mis padres a buscar mis cosas.

Compraron una vivienda unifamiliar cuando mi hermana y yo éramos pequeñas, y desde entonces siguen viviendo en ella. Solo estaba a veinte minutos de Barcelona, por lo que podría visitarlos en cualquier momento.

Siempre habían sido protectores, especialmente mi madre. Aunque somos dos hermanas, somos sus polluelas —como nos llamaba de pequeñas—, y desde lo que pasó con David, mi madre estaba más pendiente de mí. Supongo que, como cualquier madre, no quería que me hicieran daño. Como le había dicho últimamente, debía dejarme comenzar una nueva vida por mí misma. Le costó

aceptarlo, pero no le quedaba otra. Incluso mi padre y mi hermana se lo decían, que tenían que dejarme espabilar sola, que ya era mayorcita.

—Mamá, no es el fin del mundo. —Abracé a mi madre fuertemente. Me tenía tan agarrada que no podía soltarme.

—Ya lo sé, hija, pero es que... entiéndeme... no quiero que vuelvas a sufrir como lo hiciste. No podría verte otra vez hundida.

—No te debes preocupar por eso, mamá. Ya estoy bien. El pasado, pasado está y ahora empiezo de cero. Además, ¿no me ves lo radiante que estoy? —Sonreí.

—Sí, claro que sí... pero...

—Ya está, mamá, anda ayúdame a llevar las maletas al coche —dije intentando cambiar el tema al ver que se le encharcaban los ojos de lágrimas.

Después de cargar el coche, me despedí de ellos, y les prometí que vendría a verlos a menudo. Al llegar al piso, subí las cosas. Tardé un buen rato en colocarlo todo, pero lo dejé listo. No me gustaba dejar nada para otro día. Cuando acabé me dejé caer exhausta en el sofá.

Estaba tan cansada que no me apetecía cocinar, y llamé a la pizzería que había a dos calles de mi piso. Por suerte, el repartidor no tardó en llegar. Sonó el timbre y me levanté pegando un brinco.

—¡Por fin! ¡Mi pizza! ¡Qué hambre tengo! —Fui corriendo tan rápido, que al abrir la puerta de golpe, me di con ella en la nariz.

—¡Joder! ¡Qué daño! —me quejé sujetándome la nariz con las dos manos.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó el chico intentando aguantar una sonrisa.

—Sí, sí, solo ha sido un golpecito de nada —dije maldiciéndole para mis adentros.

El chico me miró incrédulo al ver lo que me acababa de pasar. Estaba segura de que pensaba lo tonta que era. Me entregó la pizza, y se despidió con un “ten cuidado” y una sonrisilla de medio lado que sonó más a pitorreo que a preocupación.

Mientras me comía la pizza en el salón, escribí un mensaje en el grupo de WhatsApp que habíamos creado mis amigas y yo.

YO: ¡Eh! ¡Chicas! Ya estoy instalada en mi piso, ¿os hace una cena y lo celebramos aquí?

Mi móvil no tardó en sonar con el típico tono para mensajes. Vi que era Nona. En realidad, se llama Antonia, pero prefiere que le llamen Nona, dice que es más “cool”.

NONA: ¡Perfecto! Yo llevo la bebida, así que no bebáis en todo el día, petardas.

YO: Yo pongo la comida, así que no comáis en todo el día, petardas, jajaja.

NONA: Que graciosa eres Emma. Luego nos vemos que

tengo lío ahora. Por cierto, manda la ubicación, sino no sabremos dónde aparecer.

YO: Es verdad, se me olvidaba. Ahora os la mando.

MARTINA: Chicas, contad conmigo también.

NONA: ¡¡Genial!! Chicas, nos vemos luego. Besos.

MARTINA: Igualmente chicas, yo también estoy liada. Hasta luego.

YO: Hasta luego, chicas.

Capítulo 2

Después de dejar el móvil en el sofá, continué con la sonrisa en la cara pensando en las ocurrencias de Nona. Simplemente era genial, y a Martina a veces la escandalizaba con su forma tan descarada de hablar, pero a mí me encantaba.

Bajé al supermercado a comprar cuatro cosas para la cena. Con una ensalada, y algo para picar ya habría bastante, además, de la bebida ya se encargaba Nona.

Subí al piso con las bolsas de la compra, preparé la cena en un momento, y fui a darme una ducha. Estuve un buen rato recreándome en los chorritos que salían de la columna de hidromasaje. ¡Oh! ¡Qué gusto! —dije en voz alta mientras me tocaba el cuello al notar la presión del agua.

Una vez secado el cuerpo con una toalla, me puse crema hidratante con olor a coco, era mi aroma preferido. Cogí unos tejanos del armario, una camiseta blanca con cuello de pico, unas Converse de color blanco, y me recogí el pelo en una coleta alta con dos mechones sueltos.

Mientras venían las chicas, conecté la televisión a ver qué estaban emitiendo. No había nada interesante, así que dejé el programa dónde las novias buscaban el vestido perfecto para su boda con la opinión de familia y amigas.

En ese momento, a la madre de la novia no le gustaba ninguno de los trajes que la chica elegía y la pobre estaba desesperada.

—No seas tonta, chica, la que se casa eres tú, no tu madre —dije a la tele como si hablara con ella en persona. Estaba tan concentrada en la decisión de la chica que no escuché cómo llamaban al timbre insistentemente.

—¡Wow! ¡Vaya pedazo de piso, tía! —exclamó Nona.

—¡Hola a ti también, Nona! Pero aún no lo has visto —dije poniendo los ojos en blanco mientras me daba un abrazo.

—Ya lo sé, pero ¿a qué ha quedado bien?

—¡Martina! —Nos fundimos en un abrazo.

—Cariño qué guapa te veo. Esto de independizarse te ha sentado muy bien.

—¡¡Sí!! ¡¡Por fin!! ¡¡La casa para mi sola!! —exclamé dando saltitos de alegría alrededor de ellas.

Cuando me calmé un poco, las guie por el piso enseñándoles las habitaciones, y las dos alucinaron con el baño. —Cómo no, si a mí me pasó lo mismo nada más ver el hidromasaje—.

—Nena, creo que voy a venir a ducharme a tu casa muy a menudo. ¡Qué maravilla de chorritos! seguro que llegan hasta el chochete.

—¡Nona! —exclamamos Martina y yo.

—Pero es verdad, imaginaros un chorrito que os llegue ahí.... ¡Uy! que me están entrando ganas de probarlo.

—Anda, vamos a cenar y déjate de chorritos. —La empujé hacia el salón mientras no parábamos de reír.

—Chicas, vamos a brindar por mi nueva vida. —Alzamos

las tres las copas.

—¡Por Emma! —gritaron las dos—, y porque a partir de ahora folle mucho en su nueva cama.

—¡Que fina eres Nona! —dijo Martina.

—No tienes remedio, pero ya te digo yo que voy a estrenar el nuevo colchón.

—¡Uy! ¿Algún pretendiente a la vista, zorróna?

—Para nada, pero ahora tengo más libertad para traer algún chico a casa, ¿no crees?

—¿Y hablando de colchones, Martina, que tal con Carlos?

—dije mientras rellenaba las copas de nuevo.

—¿Carlos? ¿Qué Carlos? —preguntó haciéndose la tonta.

—¿Cómo que qué Carlos? Pues tu novio ¡¿Quién va a ser?! —exclamamos sorprendidas.

—Veréis... os tengo que contar algo —dijo Martina bajando la mirada.

—Martina, eso siempre suena mal.

—Pues en este caso sí. Ya no estoy con Carlos, chicas. — Nos quedamos Nona y yo estupefactas, se suponía que iban bien las cosas entre ellos.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? —preguntó Nona con los ojos muy abiertos.

—Pues... lo pillé con otra persona... besándose.

—¿Qué dices?

—¿Cuándo? ¿Dónde? —Coreamos las dos a la vez.

—La semana pasada, al salir de mi turno, me fui andando a casa porque os dije que tenía el coche en el taller, ¿os

acordáis?

—Sí, claro, que te tenían que cambiar el filtro del aceite.

—Pues eso, que por cierto, ya lo tengo, y el chico que me atendió no tiene desperdicio —dijo Martina con una sonrisa en la boca.

—Martina, nos queda claro, pero a lo que vamos, ¿qué ha pasado con Carlos? luego ya nos cuentas lo del mecánico macizorro —contestó Nona intrigada.

—Está bien... cuando salí del trabajo, y pasé por delante de un bar, me giré y miré a través del cristal desde dónde se podían ver las mesas y la gente que estaba en la barra. En eso que me quedé mirando a un chico que me resultaba familiar y evidentemente lo reconocí, era Carlos. Me extrañó porque se suponía que esa noche iba a cenar a casa de sus padres, pero pensé que podía haber cambiado de planes.

Cuando me disponía a entrar para saludarlo vi cómo se acercó a la otra persona y le comía toda la boca. Y no fue un simple pico.

—¡¡¡Qué dices!!! ¡!Será cabrón!! —exclamé toda exaltada.

—¡Pedazo de hijo de puta! ¿Qué hiciste? —gritó Nona.

—Estaba tan cabreada que no me paraba ni un tren, así que entré decidida en el bar y me acerqué a ellos. Cuando Carlos me vio, se quedó blanco.

— *¡Martina! ¿Pero qué haces aquí?* —dijo Carlos

sorprendido y muy nervioso.

—¡Serás hijo de puta! —chillé hecha una furia. Pero ¿quién coño te crees que eres para hacerme esto? ¿Por qué me has estado mintiendo todo este tiempo? Si tanto te gustan los tíos, ¿por qué has jugado conmigo? —solté de carrerilla. Estaba tan furiosa que notaba el fuego en mis mejillas.

—Martina, tranquila, te lo puedo explicar, pero vamos fuera.

—¡Una mierda vamos fuera! Que se entere todo el mundo que eres un cobarde y un cabrón.

Entonces me dirigí al chico en cuestión y le pregunté que si sabía que Carlos y yo llevábamos más de seis meses juntos. El chico palideció. Según él, llevaban tres meses saliendo. Se sorprendió tanto, que se levantó de la silla y le dijo a Carlos que se olvidara de él, que no lo volviera a llamar y se fue apresuradamente con la cabeza cabizbaja del bar.

Yo hice lo mismo, pero, no sin antes recordarle lo que era y que desapareciera de mi vida. Carlos se quedó boquiabierto observando cómo en unos minutos se había quedado solo.

—¡Un momento, Martina! ¿Acabas de decir que estaba con un chico? ¿Qué le estaba comiendo la boca a un tío? —dijo Nona estupefacta.

—¡La leche! ¡Martina! —exclamé—, ¡Olé tus ovarios!

—¡Será hijo de puta! —soltó Nona.

—Sí, fue un *shock*, era lo último que me podría imaginar.

—Es normal, pero has hecho muy bien. Por suerte, no llevabais mucho tiempo juntos, así que, ahora en adelante, borrón y cuenta nueva. No le des más vueltas —dije intentando animarla un poco.

—Lo sé, es muy reciente todavía, pero me alegro de haberlo descubierto a tiempo, si no creo que me hubiese afectado mucho más.

—A ver, una puede aceptar que la dejen por otra tía, pero saber que te han dejado por otro tío... ¡Uf! ¡Eso es muy impactante!... aunque, no hay mal que por bien no venga. Te has quitado un tío de encima con el que no ibas a tener futuro, así que míralo por el lado bueno, ahora tendrás vía libre para conseguir a un buenorro de esos que tanto nos ponen, y a follar que son dos días, siempre y cuando sean heterosexuales, ¡claro! —dijo Nona toda ilusionada y guiñándole un ojo a Martina.

Martina y yo nos miramos y rompimos a reír a carcajadas.

Continuamos las tres unos minutos sin poder parar de reír, secándonos las lágrimas como podíamos hasta que conseguimos calmarnos un poco.

—¡Un brindis por Martina! ¡Y porque el próximo ligue no le salga rana! —gritó Nona.

—Gracias chicas, ¡eso espero!

—Un momento, yo quiero hacer un brindis especial —dije poniéndome en pie—. Quiero brindar por todas nosotras,

porque tengamos suerte en el amor, sigamos teniendo buena suerte en el trabajo y sobre todo y lo más importante, seguir gozando de buena salud.

—¡Muy bien dicho Emma! ¡Por nosotras!

—Y yo quiero añadir uno más... por seguir follando con buenorros como hasta ahora.

—¡Eso por supuesto, Nona! ¡Por nosotras!

Así acabamos las tres bebiendo y riéndonos de nuestras ocurrencias, celebrando el comienzo de una nueva etapa en mi vida.

Capítulo 3

Me levanté con tiempo para prepararme el desayuno y darme una buena ducha. Era mi primer día de trabajo, y no quería llegar tarde. Cuando me disponía a salir, me sonó el móvil, y al ver el nombre de mi madre en la pantalla me preocupé. No solía llamarme a esas horas.

Salí a la calle con el teléfono pegado a la oreja izquierda, mientras me colocaba el bolso y los libros que iba a necesitar para las clases en el brazo derecho. Por suerte, mi piso estaba cerca del colegio.

Solía ser muy puntual, siempre llegaba a los sitios diez minutos antes. Nunca se sabía que imprevisto te podría surgir.

Continué hablando con mi madre, que no hacía más que darme ánimos, y me dijo que cuando pudiera que fuera a visitarlos, que me echaban de menos —es lo que tiene separarse de unos padres muy protectores—, así que después de prometérselo, colgué y guardé el móvil mientras seguía caminando en dirección al colegio.

Al intentar colocarme bien el bolso y sujetar los libros, no me di cuenta del hombre que apareció ante mí, y me estampé contra él —ya tardaba yo en caerme, pensé—. Me pegué un batacazo contra su cuerpo, que no entendí como no lo lancé a unos metros de distancia. Acabé encima de él, con mi cabeza a la altura de su estómago, mi pelo tapando mi cara —que en ese momento lo agradecí

porque noté enseguida el ardor en mis mejillas—, pero reaccioné rápidamente levantándome pidiéndole disculpas.

—¡Lo siento! Discúlpeme, ha sido culpa mía, venía distraída y no le he visto —dije de manera atropellada e intentando recoger los libros y el bolso del suelo mientras me acomodaba la ropa.

—Tranquila, no te preocupes, no pasa nada ¿Pero estás bien? ¿Te has hecho daño? —se preocupó mientras me entregaba un libro de los que se me habían caído.

Al notar el roce de sus dedos con los míos, un hormigueo recorrió todo mi cuerpo e hizo que el vello se me pusiera de punta. Fue una sensación agradable que no había experimentado nunca. Me dejó aturdida unos segundos hasta que conseguí reaccionar.

—Sí, estoy bien... de verdad... Uhm... muchas gracias, señor, y discúlpeme de nuevo —dije mirándolo fijamente a sus ojos de un azul tan profundo que pensé por un momento que serían capaces de hipnotizarme.

—No hay de qué y por favor, llámame de tú, me haces sentir mayor —me mostró una sonrisa de medio lado que hizo derretirme al instante.

—Está bien... discúlpame de nuevo... y gracias por... el libro —contesté nerviosa. Lo cogí y lo coloqué con los otros en mi brazo, mientras evitaba mirarlo a los ojos.

—No me des más las gracias, no ha sido nada... Por cierto, me llamo Eric, ¡encantado! —me ofreció su mano y se la estreché algo dubitativa. De nuevo volví a sentir esa

sensación placentera que me había provocado hacía tan sólo un instante.

—Ehm... soy Emma, igualmente... bueno, disculpa, pero llego tarde al trabajo, y lo siento de nuevo. —Busqué la excusa perfecta para salir corriendo. Me estaba muriendo de la vergüenza. Ese encontronazo había sacudido todo mi cuerpo y no sabía por qué.

—Está bien Emma, no te entretengo más, ha sido un placer —dijo soltando mi mano poco a poco con la sensación de no querer dejarme ir. O al menos es lo que creí percibir.

En cinco minutos llegué al colegio, eran las ocho y media, aún faltaba media hora para que empezaran las clases, así que me dirigí al despacho de la directora para presentarme.

—Buenos días, ¿señora Duarte?

—Pase, buenos días, señorita Almagro, siéntese, por favor. Me alegra mucho que esté con nosotros.

—Muchas gracias.

—Me gustó mucho su currículum, y es lo que necesitamos, una chica joven como usted, con inquietudes y lo más importante, su pasión por los niños, ¿verdad?

—Sí, señora Duarte...

—Perdona, puedes llamarme Marga, tutéame, ahora somos compañeras —me pidió con una sonrisa cariñosa.

—De acuerdo, Marga... pues sí... me encantan los niños desde siempre. He sido canguro de los hijos de mis vecinos desde los doce años, y siempre me llamaban a mí para que

cuidara de ellos. Desde entonces tuve claro a lo que me quería dedicar hasta que lo conseguí.

—Me alegra mucho saber eso. Esta profesión no sólo es trabajar por trabajar, es una vocación y si no se tiene más vale dedicarse a otra cosa. Los niños necesitan toda nuestra atención, escucharlos, entenderlos, además de ser un referente aparte de sus padres.

—Es cierto, tienes toda la razón. Cuando sus padres no están, estamos nosotros y debemos saber tratar a cada uno de ellos.

—Me gustas, Emma —dijo con una amplia sonrisa—. Eres bienvenida. Estoy segura que te llevarás bien con tus niños. Además, verás que todo el equipo educativo es muy humano. Los conocerás mañana en la reunión. Ahora te voy a enseñar el colegio, y por supuesto tu clase, que será la de primero A. Son unos niños encantadores.

Marga me iba explicando cosas del colegio a medida que íbamos recorriendo los pasillos. Me hablaba de los otros profesores, de los monitores, de las normas del centro hasta que llegamos a la que iba a ser mi clase.

Entré, dejé mis libros y el bolso en mi mesa, y mientras, fui observando donde estaba todo el material, las cosas de los niños, los juguetes... hasta que sonó el timbre dando aviso para la entrada de los niños. Fui hasta la puerta principal, y me encontré con los demás profesores que me saludaron rápidamente mientras se dirigían a sus clases. Ana, la profesora de primero B fue quien habló conmigo

hasta llegar a las nuestras. La suya estaba al lado de la mía.

—Bienvenida a la escuela, soy Ana, la maestra de primero B —dijo dándome dos besos.

—¡Gracias! Soy Emma, la nueva profesora de primero A.

—¡Genial! Nuestras clases están una al lado de la otra así que cualquier duda, problema o lo que sea me avisas ¿de acuerdo?

—Muchas gracias, eres muy amable, espero no tener que molestarte mucho, aunque hasta que no conozca a los peques puede que te necesite.

—Para eso estamos, no te preocupes, no son fieras, podrás con ellos —me dijo dándome ánimos.

—¡Eso espero!

Esa mañana, los niños y yo, nos dedicamos a conocernos, a hacernos preguntas incluso alguno quiso saber demasiado de mi vida privada... —Que inocentes que son a esa edad, quien fuera niño y quedarse así—. Les expliqué lo que íbamos a ir haciendo durante el curso, pero sobre todo íbamos a aprender jugando.

A la hora del recreo, mientras vigilaba a los niños en el patio, Ana y yo hablamos de todo un poco. Me cayó bien enseguida, tenía un carácter alegre, divertido y muy sociable, no paraba de hablar, pero me reía mucho con ella. Era dos años mayor que yo y por lo que me contó éramos las más jóvenes de los profesores. A excepción de Javier, el profesor de Educación Física, que tenía 33 años y Marcos, el profesor de matemáticas, que tenía 35. Los

demás pasaban de los 45.

Me contó la vida personal de cada uno, y dudaba de si estaba en un colegio o en el típico pueblo donde las vecinas cotilleaban a diestro y siniestro. Pero me hacía mucha gracia la forma en que hablaba. Empleaba una efusividad como si le fuera la vida en ello. Así era Ana, toda natural. Gracias a su información supe que los dos profesores más jóvenes estaban solteros, y que la profesora de Historia iba detrás de Marcos, pero que este no le hacía mucho caso, solo sentía interés por ella como compañera. —¡Uf! ¡Madre mía! ¡Lo que daba de sí los treinta minutos de recreo! ¡Tenía información para escribir un libro! pensé mientras me despedía de Ana e iba en busca de mis niños.

El resto de la mañana fue tranquila y divertida. Seguimos con las preguntas y los juegos. Al sonar el timbre de salida, los llevé en fila hasta la entrada, dónde se los entregué a los padres.

—¿Qué tal Emma? ¿Cómo te ha ido la mañana? —me preguntó Marga mientras me despedía del último niño.

—Genial. Me han encantado estos niños. Es una clase muy bonita.

—Me alegro mucho, me dejas más tranquila. Temía que te agobiaran y te fueras corriendo. —suspiró de alivio guiñándome un ojo.

—Puedes estar tranquila. Me he divertido mucho con ellos. Hoy ha sido la primera toma de contacto, y ha sido muy positiva, la verdad.

—Entonces ya los tendrás en el bote. En cuanto a los padres, los irás conociendo poco a poco. Si alguna vez tienes algún problema con ellos, solo tienes que decírmelo. A veces no están del todo conformes con las decisiones que tomamos los profesores y pueden surgir conflictos. Pero ahora no te voy a agobiar con esos temas. Es tu primer día. ¡Diviértete!

—Gracias, Marga. Lo tendré en cuenta. De todas formas, ya te iré contando cómo va todo.

—Anda, no te entretengo más y vete a comer que si no me vas a coger manía el primer día.

Justo en ese momento cuando me estaba despidiendo de Marga, me giré, y al comenzar a andar me tropecé con mis propios pies. Fui a topar contra el torso de un hombre que, en ese instante entraba en la escuela a toda prisa. Supe que era un hombre al notar sus pectorales bajo mis manos — que por cierto estaban muy bien trabajados, todo hay que decirlo—. Ya era la segunda vez que me chocaba contra un hombre esa misma mañana. —¿Sería alguna señal cruel del destino? —.

—Lo siento, discúlpeme. He tropezado, y no me he dado cuenta de que estaba usted ahí. —Me erguí rápidamente intentando arreglarme la ropa y el pelo, y me quedé atónita al ver esos profundos ojos azules que me habían estremecido unas horas antes.

—Vaya, voy a pensar que tienes tendencia a abalanzarte sobre los hombres —dijo Eric con una sonrisa mientras se

arreglaba él también el traje. Se pasó una mano por su pelo moreno y revuelto intentando peinarlo con los dedos, y esa imagen provocó un tirón en mi sexo que me ruborizó.

—Eric... pues no pienses tanto no vaya a ser que te sienta mal. —¿Cómo le había podido decir eso? ¿Pero en qué estaría pensando?—.

—No hace falta que te pongas así, lo decía en broma — me dijo mientras me miraba fijamente molesto. Sabía que le había contestado de manera borde, pero ni yo entendía cómo pude hacerlo.

—¡Eric! Te esperaba hace rato, pensé que al final no vendrías —dijo Marga dirigiéndose a él dándole dos besos en las mejillas.

Me quedé sorprendida al ver tanto afecto por parte de Marga. ¿De qué conocería ella a Eric?

—Ven, te presento a Emma, la nueva profesora de primero. Hoy es su primer día. Emma, te presento a mi hijo Eric. Por fin se ha dignado a visitarme.

—¡Encantada de conocerte!... ERIC —dije acentuando el tono en su nombre.

—Mamá no exageres. Vengo a verte siempre que puedo. Igualmente Emma. Es un placer. —Me miró con esa mirada picarona de niño malo y la sonrisilla que empezaba a perturbarme. El semblante serio de hacía tan sólo un momento había desaparecido por completo. —¿Sería bipolar? ¿Cómo puede cambiar tanto de un minuto a otro? Cada vez me descolocaba más su comportamiento.

—Por la impresión que me ha dado, ¿ya os conocíais? — nos preguntó mirándonos a los dos.

—Uhm... verás, Marga pues la verdad que accidentalmente, sí. Nos hemos conocido esta mañana. — Me sentí avergonzada ante tal situación tan surrealista.

—¿Cómo que accidentalmente?

—Pues que Emma se cayó encima de mí esta mañana cuando estaba a punto de entrar a ver a mi cliente —relató sonriendo mirándome fijamente.

—Iba distraída, no lo vi y caí encima de él. Soy muy patosa, en mí es normal que me pasen estas cosas. Ya estoy acostumbrada, Marga —le conté con una vergüenza que me moría. Noté cómo me ardían las mejillas y no sabía dónde mirar.

—¡Ah! Jajaja —Se desternilló de risa—. Tranquila Emma, no pasa nada, yo a veces también soy patosa. Pero no me negarás que la situación es muy graciosa porque te has caído encima de mi hijo dos veces en una mañana.

—No, no, no te lo niego. Si yo te contara, tengo anécdotas para escribir un libro. —No pude evitar reírme, de verdad que lo que no me pasara a mí creo que no le pasaba a nadie. En ese momento sonó su móvil y me sentí aliviada al dejar de ser el centro de atención, pero aún me quedaba Eric.

—Chicos os dejo que me reclaman. Eric, nos vemos después que tengo que atender un asunto importante. —Se despidió de nosotros y nos dejó a los dos allí plantados.

—Hasta luego, mamá.

—Te dejo yo también que es mi hora de comer.

—¿Te importa si te acompaño? Yo ya he acabado con mi cliente, y ya no tengo más faena por hoy. Si quieres... claro —dijo de repente dejándome sorprendida.

—Pues... voy a comer rápido, aún tengo cosas que organizar en clase, si no te importa, mejor en otra ocasión.

—De acuerdo, tranquila, solo era por si te apetecía no comer sola. Adiós Emma. —Se giró mostrando desilusión ante mi rechazo, pero yo no me veía capaz de quedar con un chico a solas, aunque solo fuera a comer. Todavía no estaba preparada. Desde lo que pasó con David, no he vuelto a ser la misma. Cuando te rompen el corazón una vez, no se llega a superar o al menos era lo que pensaba.

Capítulo 4

ERIC

—Otro día más, pensé—. Me preparé un café bien cargado, y salí de casa directo a la oficina de mi cliente. Tenía una cita con él esa misma mañana. Oliver estaba liado ultimando los detalles del último programa informático que nos había encargado una multinacional. Por eso, acordamos que iría yo solo a ver a nuestro cliente.

Llevaba ya diez minutos dando vueltas con el coche, y no encontraba sitio. Justo en el momento que volvía a pasar por la puerta de la oficina, vi que un coche se marchaba y dejaba un aparcamiento libre. Puse los intermitentes, y aparqué enseguida.

Salí deprisa del coche y subí a la acera dispuesto a entrar en el portal de oficinas, justo cuando una chica chocó contra mí y caímos los dos al suelo. Su cara quedó a la altura de mi estómago tapándola con el pelo. Un pelo precioso, castaño claro ligeramente ondulado.

Se levantó tan deprisa que no me dio tiempo a ayudarla. Cuando la miré, me quedé hipnotizado. Nunca había visto a una chica tan preciosa como ella. Unos ojos verdes como faros, un pelo castaño claro que le llegaba por debajo de los hombros, ondulado, unos labios carnosos y muy apetecibles.

Al escuchar su voz, reaccioné. Tenía una voz suave,

aterciopelada. Toda ella era la dulzura personificada. Me había quedado prendado ante tal imagen.

—¡Lo siento! Discúlpeme, ha sido culpa mía, venía distraída, y no le he visto —dijo de manera atropellada, intentando recoger los libros y el bolso del suelo mientras se acomodaba la ropa.

—Tranquila, no te preocupes, no pasa nada, ¿Estás bien?, ¿Te has hecho daño? —le pregunté preocupado mientras le entregaba un libro de los que se le habían caído.

Al devolverle el libro, nuestros dedos se rozaron. Justo en ese instante sentí como una corriente eléctrica recorría todo mi cuerpo. Su contacto había provocado un estremecimiento en mi interior como nunca había sentido.

—Sí, estoy bien... de verdad... Uhm... muchas gracias, señor y discúlpeme de nuevo —dijo mirándome fijamente con esos ojos verdes que me habían hipnotizado.

—No hay de qué, y por favor, llámame de tú, me haces sentir mayor —contesté cautivado por su mirada.

—Está bien... discúlpame de nuevo... y gracias por el libro. —Se había ruborizado y el color de sus mejillas era enternecedor.

—No me des más las gracias, no ha sido nada... en serio. Por cierto, me llamo Eric, ¡encantado! —Le ofrecí mi mano al presentarme y me la cogió algo dubitativa.

—Ehm... soy Emma, igualmente... bueno, disculpa, pero llego tarde al trabajo, y lo siento de nuevo —dijo atropelladamente y se marchó.

—Está bien Emma, no te entretengo más, ha sido un placer.

La vi alejarse rápidamente por la acera y me quedé fascinado observando cómo caminaba, su pelo ondulado moviéndose con cada paso, sus caderas marcando cada movimiento. Tan natural. Tan perfecta.

Unos segundos después, reaccioné y volví a la realidad. Entré en el edificio donde mi cliente tenía su oficina y me reuní con él. Estuvimos negociando casi toda la mañana. Conseguimos llegar a un acuerdo y firmé contrato con su empresa. Cuando salí, me di cuenta de que casi era la hora de comer.

Le prometí a mi madre que iría a verla después de reunirme con mi cliente. Siempre se quejaba de que nunca pasaba a visitarla, así que decidí ir un momento antes de comer.

Mi madre era la directora de un centro escolar. Toda su vida había sido maestra, sentía devoción por los niños, y eso lo transmitía por donde iba.

Mientras llegaba, llamé a Oliver para contarle cómo me había ido la reunión. Le confirmé que habíamos firmado contrato con el cliente y que al día siguiente nos pondríamos los dos a ello.

Cuando me dispuse a entrar en el colegio, sentí que me topaba contra alguien. En milésimas de segundos, tenía a una chica entre mis brazos —vaya día llevaba con los encontronazos, ya me podía tocar la lotería, pensé—. Al

separarnos, mientras me colocaba bien el traje me fijé que la chica hacía lo mismo con su ropa mientras se disculpaba.

—Lo siento, discúlpeme. He tropezado y no me he dado cuenta de que estaba usted ahí. —Me quedé atónito al ver de quien se trataba. Era la misma chica con la que había tropezado por la mañana, Emma.

—Vaya, voy a empezar a pensar que tienes tendencia a abalanzarte sobre los hombres —solté lo que primero que me vino a la cabeza. Aunque me arrepentí en el mismo momento en que lo dije.

—Eric... pues no pienses tanto no vaya a ser que te sienta mal —me dijo molesta y no la culpaba. Yo también me hubiese importunado con mi respuesta.

—No hace falta que te pongas así, lo decía en broma. — No entendí porque le contestaba en ese tono. Me salía solo, pero no era mi intención. No quería molestarla en absoluto. En ese momento apareció mi madre, haciéndome salir de mis pensamientos.

—¡Eric! Te esperaba hace rato, pensé que al final no vendrías —me dijo dándome dos besos—. Ven, te presento a Emma, la nueva profesora de primero. Hoy es su primer día. Emma, te presento a mi hijo Eric. Por fin se ha dignado a visitarme.

—¡Encantada de conocerte!... ERIC —acentuó mi nombre haciendo notar su malestar.

—Mamá no exageres. Vengo a verte siempre que puedo. Igualmente Emma. Es un placer —No pude evitar mirarla a

los ojos mientras se me escapaba una sonrisa, no entendía que me pasaba, me había trastocado por completo.

—Por la impresión que me ha dado, ¿ya os conocíais? —preguntó mi madre mirándonos a los dos.

—Uhm... verás, Marga pues la verdad que accidentalmente, sí. Nos hemos conocido esta mañana.

—¿Como que accidentalmente?

—Pues que Emma se cayó encima de mí esta mañana cuando estaba a punto de entrar a ver a mi cliente —relaté a mi madre lo sucedido mientras miraba a Emma sonriendo.

—Iba distraída, no lo vi y caí encima. Soy muy patosa, en mí es normal que me pasen estas cosas. Ya estoy acostumbrada, Marga. —Me encantó verla ruborizada de esa manera. Estaba pasando vergüenza, pero ese color en sus mejillas la hacía tan adorable...

—¡Ah! Jajaja —Se descojonó mi madre—. Tranquila Emma, no pasa nada, yo a veces también soy patosa. Pero no me negarás que la situación es muy graciosa porque te has caído encima de mi hijo dos veces en una mañana.

—No, no, no te lo niego. Si yo te contara, tengo anécdotas para escribir un libro. —En ese momento, empezó a sonar el móvil de mi madre y la cara de Emma pareció mostrar alivio. Lo estaba pasando mal la pobre chica.

—Chicos os dejo que me reclaman. Eric, nos vemos después que tengo que atender un asunto importante. —Se

despidió mi madre de nosotros y nos dejó a los dos allí plantados.

—Hasta luego, mamá.

—Bueno Eric, te dejo yo también que es mi hora de comer, y si no voy ya se me hará tarde.

—¿Te importa si te acompaño? Yo ya he acabado hoy con mi cliente y ya no tengo más faena por hoy. Si quieres... claro —dije sin pensar. Normalmente pienso antes de hablar, pero con ella, me salió sin más.

—Pues... voy a comer rápido, aún tengo cosas que organizar en clase, si no te importa, mejor en otra ocasión.

—Está bien, tranquila, solo era por si te apetecía no comer sola. Adiós Emma. —No sé por qué me dolió que me rechazara. No la conocía de nada, pero algo en mi interior se removía ante su presencia. Acepté su negativa y me marché confuso.

Capítulo 5

Al llegar a casa, me descalcé, dejé los zapatos en la entrada y fui directa a tumbarme en el sofá. Estaba agotada del día tan intenso que había tenido. Después de cenar me fui a la cama y debí dormirme rápido porque no recordaba la última vez que había mirado el despertador.

Solo conseguí pegar ojo unas horas. Me había desvelado, y ya no podía volver a coger el sueño. No hacía más que dar vueltas en la cama pensando en Eric, en los encuentros que habíamos tenido. Tenía asumido lo patosa que era, pero tropezarme dos veces con la misma persona ya era mala suerte. Aunque reconocía que el chico era atractivo, y estaba muy bien físicamente. Esos pectorales que noté bajo mis manos hacían volar mi imaginación. —¡Uf! si seguía pensando así no podría concentrarme en nada—.

Por la mañana, con Eric en mi mente, me fui al colegio. Marga nos comunicó que por la tarde tendríamos reunión de profesores. Me iba a presentar formalmente al equipo educativo y comentar algunas cosas referentes al nuevo curso. Cuando llegué, la saludé. Ella ya estaba en su despacho y me respondió con su cariñosa sonrisa. Siempre se la veía sonreír y hablaba muy amablemente a todo el mundo. Yo solo llevaba dos días, pero la sensación que me transmitía era de cariño y ternura, y me hacía sentir bien acogida.

El día transcurrió con normalidad, los niños se divirtieron

y aprendieron, dibujamos con témperas y colgamos los dibujos en una cuerda para que se secaran, coloreamos fichas, ordenaron sus cosas... y bailamos. Me encantaba verlos disfrutar moviendo sus pequeños cuerpecitos con mucha gracia. Eran tan adorables...

Ana se asomaba a mi clase de vez en cuando para ver si necesitaba ayuda, pero como vio que me desenvolvía muy bien con ellos, dejó de venir.

—Como veo que los tienes por mano te dejo —dijo sonriente.

—Sí, ya los controlo, aunque no ha sido muy difícil. Me obedecen todos muy bien.

—¡Qué suerte! yo tardé semanas en conseguirlo. —De repente se escuchó alboroto en su clase—. Creo que los míos se acaban de desmadrar. ¡Voy antes de que tiren el colegio abajo!

No pude evitar reírme. En cuanto llegó a su clase solo se le escuchaba a ella. Los niños se callaron de golpe —los tenía bien adiestrados—. Al acabar las clases y los padres se llevaron a sus hijos, Marga nos convocó a todos en la sala de reuniones. Cuando entré, los demás profesores ya estaban allí.

—Hola a todos, antes de comenzar, me gustaría presentaros oficialmente a nuestra nueva incorporación al equipo educativo. Ella es Emma, la nueva profesora de primero A —comunicó a todos los profesores.

—Hola a todos... encantada de estar aquí con vosotros.

—Igualmente Emma, aunque a mí ya me conoces —dijo Ana guiñándome un ojo.

—Yo soy Luisa, la profesora de Historia. —Me estrechó la mano, pero con una mirada un poco distante.

—Encantada Luisa —contesté con educación a pesar de que no me transmitía buenas vibraciones.

—Javier, profesor de Educación Física, bienvenida al equipo.

—Muchas gracias.

—Soy Marcos, profesor de Matemáticas. —Me estrechó la mano y la mantuvo unos segundos de más, o eso creí yo, mostrándome una sonrisa que dejaba ver los perfectos y alineados dientes blancos fruto de una buena ortodoncia, claro.

—Encantada Marcos —le dije devolviéndole la sonrisa y notando a la vez como un par de ojos me taladraban la nuca. No sé por qué, intuí que era Luisa. Al girarme, en efecto, era ella.

Ana tenía razón, Luisa estaba muy pendiente de Marcos. Se notaba mucho las miradas que le echaba a él y el del tipo asesinas hacia mí, como marcando su territorio —¡Ni que fuera a quitarle a Marcos! ¡En eso estaba pensando yo! —. Además, Marcos no era mi tipo, parecía el típico chico acostumbrado a que las chicas le fueran detrás y a los ligues de un rato, eso no iba conmigo.

Aunque yo no tuviera demasiada experiencia en el amor, sabía que yo no era de ligues de una noche. Sólo tuve una

relación, y fue con David. Creí saberlo todo estando con él —¡qué equivocada que estaba!—, aun así, sabía que mi corazón solo lo podía ocupar una persona.

Nona me lo decía muchas veces, que me quitara las penas echando un polvo, y luego si te he visto no me acuerdo. Para ella era fácil, pensaba de otra manera, pero yo no.

Pensar que cada día sería un hombre distinto quién me tocara, quién me hiciera disfrutar del sexo sin sentimientos... no era mi deseo. Podría parecer una mojigata, pero toda mi vida he crecido con la idea de que el amor y el sexo van de la mano. No entraba en mi cabeza una cosa sin la otra, sin embargo, viendo a Nona que disfrutaba del sexo sin amor y parecía tan feliz... a veces me daba en qué pensar.

Sentí un pellizco en mi brazo izquierdo que me hizo salir de mis pensamientos. Fue Ana. Por lo visto, estaba hablándome, pero yo no escuchaba lo que me decía. Marga seguía hablando de los temas de la reunión, y me preguntaba algo relacionado con alguna excursión. Tuve que disculparme por mi lapsus y volver a la Tierra.

Al finalizar, salí del colegio despidiéndome de todos y me marché a casa. Estaba tan agotada que quise llegar pronto para usar el hidromasaje. —Lo necesitaba con urgencia—.

Cuando acabé de ducharme, me acomodé en el sofá con la manta y mi taza de té. A los pocos minutos sonó mi móvil. Las chicas me dijeron que estábamos incluidas en la lista de invitadas a la fiesta escocesa que se celebraba ese

sábado por la noche en el pub donde solíamos quedar. Les afirmé mi asistencia y continué enroscada en el sofá.

Capítulo 6

Estaba tan profundamente dormida en el sofá, que cuando sonó el móvil, pegué tal brinco, que del susto me caí al suelo enredada en la manta con la que me había tapado.

—¡Joder! ¡Qué daño! ¡Me cago en la leche! —mascullé mientras intentaba desenredarme—, ¡Será posible! ¡Qué prisa tiene la gente por madrugar un sábado!

Cuando conseguí librarme de la manta asesina, y coger el móvil, se cortó la llamada. —Qué rabia me daba eso. Después del batacazo que me había pegado, para nada—.

La pantalla reflejaba una llamada perdida con número oculto, pero lo dejé estar. Los números importantes los tenía grabados en la agenda del móvil, y posiblemente ese sería de algún tipo de publicidad.

Pasé el día haciendo limpieza y arreglando la casa. Por la tarde, me recreé en la bañera con hidromasaje. Quizá me pasara echando jabón al agua porque no se veía ni la grifería, pero aun así me relajé bastante. Después fui a mi armario para ver si tenía algo decente que ponerme para la fiesta. No me apetecía ir en tejanos.

Rebusqué entre la ropa que tenía colgada, y encontré varios vestidos que me había comprado en las últimas rebajas. No era derrochadora, pero me gustaba tener un fondo de emergencias.

Me puse uno ceñido, corto, de color negro que se anudaba al cuello y dejaba mi espalda al descubierto.

Sequé mi melena con el secador y dejé caer mis ondas por los hombros. Me maquillé de forma natural —no me gustaba ir demasiado recargada—, una sombra natural, un poco de *eyeliner*, rímel y labios de un rojo mate intenso. Remarcaba mis labios porque era una parte de mi cuerpo de la que me enorgullecía. No los tenía ni muy finos ni muy gruesos, simplemente apetecibles —según las chicas—, y cómo no, no podían faltar mis zapatos preferidos. Un tacón de diez centímetros y plataforma, de color negro.

Había quedado con ellas para cenar en el Wok que había a dos calles de mi piso. Luego, iríamos directamente a la fiesta escocesa que se celebraba en el pub.

—¡Madre mía! ¡Pero qué zorrón! ¡Estás guapísima, Emma! —soltó Nona al verme.

—¿En serio voy como una puta, chicas?

—No hagas caso, Emma, ya sabes cómo habla Nona. —
Me consoló Martina.

—Aunque te vistas de putilla, eso se lleva por dentro y nosotras sabemos que tú no lo eres. Así que no te preocupes, estás perfecta, cariño —dijo quedándose tan ancha, guiñándome un ojo y echando a andar hacia la puerta del restaurante.

—Gracias por tu aclaración, me quedo más tranquila —
dije con sarcasmo.

Entramos en el restaurante y nos asignaron una mesa casi al final del salón. Era buffet libre y enseguida fuimos a coger nuestros platos. Pedimos unas cervezas para beber

mientras cenábamos. Después de comernos el postre — profiteroles de nata bañados en chocolate—, nos fuimos en dirección al pub.

Cuando llegamos, ya había gente en la puerta. Solo tuvimos que esperar cinco minutos para poder entrar. De fondo sonaba música celta, y los camareros iban vestidos con el tradicional *kilt* escocés. La verdad es que les quedaba como un guante, y esa faldita dejaba volar la imaginación.

Cogimos una mesa al fondo del pub que estaba cerca de la barra y desde allí podíamos controlar al personal. Uno de los camareros nos invitó a un chupito de whisky por cortesía de la casa.

—Bienvenidas chicas, aquí tenéis estos chupitos, invitación de la casa. —Nos ofreció el camarero con una amplia sonrisa.

—¡Muchas gracias! —agradecemos las tres al unísono.

—¡Sláinte! —Brindó con nosotras mientras le guiñaba un ojo a Martina.

—¡Chicas, chicas! —exclamó nerviosa Martina nada más irse el camarero.

—¡Chicas, el camarero! ¡El camarero!

—¿Qué pasa con el camarero? —le pregunté yo asustada al verle la cara de pánico.

—¿Qué pasa Martina? Te has quedado blanca como una merluza despellejada —le dijo Nona.

—¡Es Andrés!

—¿Qué Andrés? —Coreamos las dos al unísono.

—Andrés, mi mecánico. ¿Os acordáis cuando os conté lo de Carlos, que había llevado el coche al mecánico para que le cambiaran el filtro de aceite?

—Sí, nos acordamos.

—Pues ese es Andrés, mi mecánico —dijo señalándolo con las dos manos como si fuera una azafata de Un, Dos, Tres—, y no tenía ni idea de que trabajara aquí también.

—Pues hija, has tenido suerte, porque a tu mecánico le sientan de maravilla los uniformes. Me lo estoy imaginando con el mono del taller enrollado por la cintura, con una camiseta blanca de tirantes, todo manchado de grasa por esos brazos trabajados en el gimnasio.... —Nona ponía cara de placer, voz sensual y se mordía el labio inferior mientras hablaba—, y verlo ahora con el uniforme escocés, con esa faldita que dan ganas de levantársela sin preguntar... mmm me estoy poniendo cachonda.

No podíamos parar de reír ante la escena que estaba montando Nona, parecía que estaba teniendo un orgasmo allí mismo solo con imaginarse a Andrés tal y como iba relatando.

—¡Estás como una cabra! ¡No tienes remedio, loca! — solté entre risas.

—¡Nona! ¡Para! ¡Que te puede ver Andrés!

—Jajaja, pero no me digáis, y sobre todo tú, Martina, que no está para chupetearlo enterito.

—Sí, Nona, no estoy ciega, por algo me fijé en él, pero

¡para ya! como te vea va a pensar que estamos todas locas.

—¿Y acaso no lo estamos? —le dije yo aún riéndome a carcajadas.

—¡Ah! ¡Nona! y ya te aviso, Andrés es mío, así qué ni se te ocurra acercarte a él —la amenazó levantándole un dedo a la altura de la cara e intentando no dejar escapar la sonrisa que le comenzaba a aparecer en la comisura de los labios.

—Está bien, mensaje captado Martina, no te preocupes, palabrita del niño Jesús —lo dijo mientras se santiguaba en señal de promesa.

—¡Más te vale! —Martina explotó a carcajadas. No podía aguantarse por más tiempo la risa que le producía la situación con Nona.

—Chicas, voy a la barra a pedir bebidas, ¿Os traigo algo para relajarnos? —nos preguntó Nona levantándose de la silla aún descojonándose.

—Yo, un ron con cola —pedí.

—Y para mí un gin-tonic —pidió Martina.

—Enseguida vuelvo, no os vayáis sin mi ¡eh! ¡guarris!

Vimos cómo Nona fue hacia la barra y esperó a que el otro camarero la atendiera. Andrés estaba en la otra parte sirviendo a un grupo de chicos. Cuando los atendió, me fijé que uno de ellos me resultaba familiar, y en efecto, era Javier, mi compañero de trabajo, el profe de Educación Física. Al girarse, coincidieron nuestras miradas, y comenzó a andar hacia donde estábamos Martina y yo.

—¡Emma! ¿Qué tal? —Me saludó dándome dos besos en las mejillas.

—¡Javier! —le respondí igualmente—. Mientras le presentaba a mi amiga apareció Nona con las bebidas.

—¡Chicas! Aquí llego. Abrid paso. —Nona depositó las copas en la mesa y se percató de la presencia de Javier.

—¡Oh! ¡Lo siento! ¿Interrumpo algo? —dijo mirando a Javier.

—No, tranquila, Nona, te presento a mi compañero de trabajo. Este es Javier. Javier, ésta es mi amiga Nona.

—Uhm... ¡encantado! —dijo Javier casi en un susurro mientras le ofrecía su mano.

—Soy Nona, igualmente Javier —le respondió estrechándole la mano con un firme apretón y la mirada fija en los ojos de él.

Fueron tan solo unos segundos, pero Martina y yo, nos dimos cuenta de que tanto Nona como Javier, se habían quedado parados uno frente al otro sin poder dejar de mirarse a los ojos. Ella y yo, nos miramos y sonreímos porque pensamos lo mismo en ese instante: hubo flechazo.

Capítulo 7

Poco después de bebernos los cubatas, salimos a la pista a bailar. Íbamos ya con el puntito puesto y comenzamos a desinhibirnos. Movíamos el cuerpo como si nada nos retuviera. Predominaba la música celta, pero en un momento de la noche, permitieron poner algo de música más comercial.

Ahí ya nos soltamos totalmente. Bailábamos rozándonos entre nosotras, con movimientos sensuales, moviendo las caderas, con los brazos en alto y el pelo de un lado a otro. La gente nos miraba como a unas locas, pero a nosotras no nos importaba. Solo estábamos divirtiéndonos y no íbamos a parar.

Después de un buen rato —estábamos tan sedientas que nos hubiésemos bebido hasta el agua de los jarrones, pero como no era normal fuimos a pedir unas bebidas—, nos hicimos hueco entre unos chicos que estaban apoyados en la barra vestidos de escoceses, y se las pedimos a Andrés. Esta vez nos sirvió él, y con mucha amabilidad especialmente hacia Martina.

—Aquí tenéis chicas, vuestras bebidas. Martina, estás preciosa esta noche. —Andrés se dirigió a ella guiñándole un ojo.

—Gracias, Andrés... por las bebidas y... bueno... gracias.
—Martina se sonrojó y se puso nerviosa.

—Martina, perdona, te quería comentar una cosa,

¿podemos hablar un momento?

—Uhm... ¡Sí!... ¡claro! —Roja como un tomate se separó de la barra hacia un rincón para hablar con él.

—Verás, no tiene nada que ver con el pub. Es que... hoy me han llegado los nuevos catálogos de pintura para el coche, y como no tenía tu teléfono, no sabía cómo ponerme en contacto contigo... hasta que te he visto esta noche... y... bueno... he pensado que me podrías dar tu número y llamarte para quedar a verlos, si te parece —le comentó atropelladamente.

—¿En serio? —contestó Martina desconcertada. Los catálogos era lo último en que podría pensar tratándose de Andrés.

—Sí... bueno... no... —decía Andrés dubitativo mientras se pasaba la mano por el pelo y con la mirada fija en el suelo—. En realidad, no, no sabía cómo pedirte tu número de teléfono porque me gustaría quedar un día a tomar algo contigo. Si tú quieres, claro.

—No, tranquilo, no me has molestado para nada. Todo lo contrario. No me lo esperaba. Pero... sí, espera... dame tu número, te hago una llamada perdida y te lo grabas.

—¡Genial! —Andrés mostró una sonrisa tan amplia que Martina se derritió nada más verla.

La había desconcertado con la excusa de los catálogos, pero en el fondo le hizo mucha gracia. Había escuchado todo tipo de excusas para ligar, pero aun así le gustó que él tomara la iniciativa. Ella era muy tímida para dar el paso,

pero una vez dado se tiraba a la piscina.

Mientras Martina y Andrés hablaban, en la barra, Nona coqueteaba con un par de chicos escoceses que tenía a su lado. Le hacía ojitos al chico alto y pelirrojo, y a mí me tocó hablar con su amigo. No estaba interesada, pero por educación, entablé conversación con él. Resultó ser que estaban de vacaciones en Barcelona durante dos semanas. Venían de Escocia, de la ciudad de Inverness. Eran socios de su propio pub, y mientras estaban aquí, el local se quedaba al cargo de su mejor empleado, que era como un hermano, además del personal que trabajaba para ellos. Toda esa historia me la contó mientras yo me tomaba mi cubata y él se bebía el cuarto whisky. —¡Madre mía! ¡Menudo aguante tenía el chico! Yo con cuatro ya estaría en la UCI—.

Martina apareció de repente a mi lado hiperventilando sin percatarse de que estaba ese chico hablándome y lo interrumpí para ver que le pasaba a ella. Me explicó con todo detalle lo sucedido con Andrés, lo nerviosa que se había puesto, y lo ilusionada que estaba por quedar con él un día de estos. Así que, decidí que era un buen motivo para celebrarlo. Pedí una ronda de chupitos para los cinco. Los chicos escoceses no entendían por qué, pero se apuntaron a beber sin preguntar.

Antes de brindar, Nona, nos presentó oficialmente. El chico que estaba con ella, se llamaba Evan, y el que me tocó a mí, Rodric. Brindamos los cinco y bebimos el

chupito de un trago. Las tres comenzamos a toser como unas posesas mientras que Evan, el pelirrojo, nos preguntaba que qué nos pasaba. —¿Que qué nos pasaba?! ¡La madre que lo parió! Aquel líquido no se podía beber. ¡Era peor que el fuego Valyrio de Juego de Tronos! ¡Y ellos, sin inmutarse! —Los maldije para mis adentros—.

—¿Qué os pasa? ¿Estáis bien? ¿No os gusta el whisky escocés? —dijo Evan mirando cómo nos retorcíamos sobre nuestros estómagos—.

—Sí, perfectamente, ¿No nos ves? ¡Estamos tan frescas como una lechuga! —soltó Nona irónicamente.

Después de pasar el mal trago, —y nunca mejor dicho—, Martina y yo salimos a bailar otro rato a la pista. Rodric vino con nosotras, y descubrimos que sabía moverse muy bien. Cosa que no parecía estando quietecito en la barra. Pues iba a ser verdad que las apariencias engañaban. Nona y Evan se sentaron en la que fuera nuestra mesa, y no paraban de hablar y reír. Parecía que se conociesen de toda la vida. Se notaba a la legua que había química entre ellos.

—¿Sabes Evan? Tengo una curiosidad, siempre he querido saberlo... ¿debajo de la falda lleváis algo? —preguntó Nona muy pícara.

—Jajaja tú eres muy curiosa ¿no?

—Un poco, ya sabes, el saber no ocupa lugar y según dicen, los escoceses no lleváis nada debajo —contestó ella guiñándole un ojo.

—Suele ser cierto lo que dicen... pero yo que tú lo

comprobaría.

Nona alucinó con la respuesta de su pelirrojo y como se atrevía con todo, ni corta ni perezosa, metió su mano bajo el *kilt*. Notó algo demasiado abultado que amenazaba con salir a la superficie. Miró a Evan con los ojos desorbitados al sentir cómo iba creciendo su miembro.

—¡Por todos los dioses escoceses, nórdicos o lo que sea! ¡Evan! Pero ¿Qué coño tienes ahí? ¡¿El martillo de Thor?! —dijo ella asombrada de lo que su mano notaba bajo la falda.

—El martillo no, pero mi maza sí —le dijo sensualmente al oído—, y si sigue tu mano ahí mucho más tiempo aparecerá Mjolnir, te lo aseguro.

—Pues va a ser que tengo un sitio muy cómodo dónde proteger tu martillo esta noche —susurró Nona al oído sensualmente.

Nona y Evan se levantaron apresuradamente de la mesa y vinieron dónde estábamos a despedirse. No sé qué comentó Nona de alguna urgencia. Ya conocíamos nosotras las urgencias de Nona. Después de que se marcharan, noté una mano en mi hombro derecho, y al girarme vi que era Javier. Ya no recordaba que estaba en el pub. Con tanto alcohol, dudaba hasta de mi nombre.

—Emma, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Sí, dime, Javier.

—¿Ese es el novio de tu amiga? —preguntó en tono serio.

—Vaya, pues... no, la verdad que no, lo acaba de conocer

aquí esta noche, pero Nona no tiene novio.

—Gracias Emma... es que... no sé... desde que la he visto no he podido quitarle ojo de encima, no sé qué me pasa.

—¡Ay! va a ser que te ha gustado ¿Eh pillín?

—Me he sentido atraído, no te lo voy a negar.

—Deberías de hablar con ella, salir a tomar algo y quien sabe... Nona, hasta el momento, es de rollos, no te ralles por el tío de esta noche.

—¿Tú crees?

—Yo no puedo decirte nada, eso eres tú, si te decides a intentarlo.

—Lo tendré en cuenta. —Me guiñó un ojo y se despidió alejándose con una sonrisilla en la boca.

Capítulo 8

—Oye Martina, creo que voy al baño, no me encuentro muy bien —dije sintiendo malestar en el estómago.

—¿Qué te pasa Emma? —Martina pasó uno de sus brazos cogiéndome por la cintura y me acompañó en dirección al baño.

Me encontraba realmente mal. La mezcla del ron, el whisky escocés y los chupitos hizo que se me revolviere el estómago de una manera infernal. Cuando nos disponíamos a entrar, topamos con un chico, que en ese momento salía del servicio de hombres. Al tropezar, mi estómago no resistió más y decidió sacar todo lo que llevaba dentro. Expulsé todo el alcohol y la cena encima de ese pobre chico. Entonces, como si de una película se tratara, todo ocurrió a cámara lenta... Yo, vomitando encima de ese chico, este, gritándome y llamándome de todo menos bonita, Martina, cogiéndome casi en brazos intentando entrar al baño, el chico quitándose la camisa y tirándomela a la cara, yo poniéndolo a parir... hasta que levantamos la cabeza y nos miramos directamente a la cara.

—¡No puede ser! —exclamamos los dos a la vez. Su mirada desprendía odio hacia mí. Normal teniendo en cuenta que le acababa de echar encima hasta la primera papilla.

—¡Emma!

—¡Eric!

Noté como su mirada traspasaba la mía, pero de un modo que ya no era de odio como hacía tan sólo unos segundos. Su rostro de enfado se fue transformando en un rostro relajado, sus ojos se agrandaron y mostraban asombro, pero transmitían ternura. Esos ojos azules que me desconcertaron el primer día que los vi, volvieron a mirarme como entonces.

—Emma, disculpa, no te había reconocido —dijo desconcertado.

—No, Eric, discúlpame tú. Yo he sido quién te ha vomitado encima. Lo siento... de verdad... no me ha dado tiempo llegar al baño y... para variar... te he puesto perdido. Parece ser que no hago otra cosa que acabar encima de ti —dije nerviosa mirando a todos lados cabizbaja, me moría de la vergüenza.

Las palabras salían atropelladamente por mi boca. Entre el exceso de alcohol, y lo nerviosa que me había puesto tras ese vergonzoso suceso, no podía controlar mi verborrea.

—Voy a pensar que te gusto, pero no hace falta que me vomites encima para

decírmelo, con unas simples palabras basta, ¿no crees? —me dijo guiñándome un ojo y poniendo una sonrisa chulesca.

—Eres un poco creído ¿no? Con lo agradable que es tu madre y pensar que tú eres su hijo... Hay cosas que no se pueden entender —contesté haciéndole una mueca de disgusto.

—Vaya, vaya, si resulta que eres una descarada —me contestó con semblante hostil.

—Y tú un creído.

—Y tú un poco torpe porque hay que serlo para estar siempre por los suelos —increpó mirándome fríamente a los ojos.

—Pero serás.... —Intenté abalanzarme sobre él para darle un bofetón, pero Martina se interpuso entre los dos a tiempo. Me cogió de la cintura y me alejó en dirección a la puerta de salida. —Qué chico más desconcertante e irritante —.

—Vamos, Emma, te acompaño a casa. Creo que hemos tenido suficiente por hoy.

—Sí, será mejor, Martina, no me encuentro muy bien.

Cuando íbamos a cruzar la puerta, me giré para volver a ver a Eric y allí estaba él, mirándome fijamente, pero su rostro ya no mostraba hostilidad, sino que asomaba un atisbo de arrepentimiento y un halo de ternura que me conmovió.

Me desperté al notar un foco de luz dándome en la cara. Abrí los ojos lentamente intentando enfocar la vista. Era el sol que entraba por la ventana de mi habitación. Olvidé bajar la persiana al acostarme, aunque la verdad era que no recordaba cómo había llegado hasta la cama. Lo último que recordaba era... —¡Oh! ¡Eric! me vino a la cabeza de repente—. ¡Le había vomitado encima! de eso me acordaba muy bien. Me levanté poco a poco, todo me daba vueltas, y tenía un dolor de cabeza insoportable. Al girar la cabeza vi que había una nota encima de la almohada. La leí, era de Martina.

Nena, no te asustes si no recuerdas como llegaste a tu cama, por desgracia no te trajo ningún chico guapo, fui yo. Ya mañana hablamos y descansa.

Un beso, Martina.

—¡Uf! me quedo más tranquila—.

Después de darme una ducha, se me despertó un hambre feroz. Preparé varias

tostadas con jamón, zumo, café y de antojo, un *muffin* de chocolate. Era mi adicción. A falta de hombres, el chocolate nunca fallaba.

Pasé el domingo en casa, no tenía ganas de salir solo me apetecía estar en el sofá, tapada con la manta y viendo pelis. Ese fue mi plan.

El lunes desperté mucho mejor, me sentía descansada y con ganas de ir a trabajar. Cuando ya estaba lista, cogí el bolso, los libros y salí hacia el colegio. Al llegar saludé a Marga que ya estaba en su despacho. Esa mujer era la primera que llegaba al centro y la última en salir. Era una persona muy comprometida con su trabajo, y lo demostraba constantemente.

Antes de llegar a mi clase, entré en la sala de café que había habilitada para los profesores. Marcos, Javier y Luisa ya habían llegado, y justo en ese momento entraba Ana por la puerta.

—Buenos días a todos. —Saludé.

—¡Buenos días Emma! —contestaron casi al unísono.

—Emma, casi te pillo por el pasillo ¡Hola chicos! —saludó Ana a los demás.

—¡Vaya energía traes! ¿Qué le has puesto a tu desayuno?

—Nada especial, solo mi café mañanero —contestó con su habitual sonrisa.

—Pues ya me dirás el secreto porque a mí me falta un buen chute de cafeína.

—A ti y a todos nosotros los lunes por la mañana —contestó Marcos con una mirada muy penetrante. —No sabía a qué venía eso, pero me incomodó bastante—.

—Bueno, vamos a despejarnos que los niños nos esperan —dijo Javier con una sonrisa en la boca.

—Emma, luego a la hora del recreo me gustaría comentarte una cosa, si puedes —me susurró Javier al oído.

—Claro Javier, no hay problema, lo que quieras.

—Genial. Luego nos vemos. —Se despidió saliendo de la sala.

Al volver la cabeza vi que Marcos me miraba con semblante serio. Lanzó su vaso de cartón de café a la papelera, y se fue con un escueto “hasta luego” seguido de Luisa que no había abierto la boca. Si las miradas matasen yo habría caído fulminada en ese momento por la que me echó ella. De verdad que no entendía que les pasaba a esos dos conmigo. Si ni siquiera los conocía.

A la hora del recreo, Javier vino a buscarme y mientras vigilábamos a los niños charlamos un rato.

—¿Qué tal llevas la mañana, Emma?

—Muy bien, Javier, me lo paso genial con estos niños, son geniales.

—Sí, la verdad que son buenos niños... —noté que Javier quería preguntarme algo, pero no se decidía, así que me adelanté yo.

—Javier, ¿te pasa algo?

—No, sí, es que... verás... después de la fiesta del sábado me quedé intrigado por tu amiga Nona. —Consiguió decir algo dubitativo.

—Vaya, ¿en serio?

—No sé qué me pasó, pero fue verla y sentir un estremecimiento por todo mi cuerpo... hacía mucho tiempo que no sentía algo así.

—Javier...

—Emma, puedes llamarme Javi, ya hay confianza ¿no? —dijo dándome un codazo cariñosamente.

—Claro que sí, Javi, yo no tengo mucha experiencia en el amor, pero por lo que sé, lo tuyo ha sido un flechazo en toda regla. Cupido te ha dado en la diana.

—¿Tú crees? No lo sé, solo sé que ni siquiera con mi mujer he sentido lo mismo.

—¿Estás casado?

—Nos estamos separando, lo nuestro ya no funciona.

—Vaya, lo siento, no tenía ni idea.

—No te preocupes, son cosas que pasan. Lo nuestro ha tocado fondo al descubrir que me estaba poniendo los cuernos, por eso he dado el paso de romper el matrimonio lo antes posible.

—Míralo por el lado bueno, al menos lo has descubierto y tienes la oportunidad de empezar de cero. Hay gente que vive en una mentira toda su vida —al decir eso me vino a la mente David, lo engañada que estuve todo ese tiempo. Deseché el recuerdo rápidamente, no quería que Javier me viera triste.

—Sí, eso es verdad. Pero ahora estamos en trámites, y no sé si va a ponérmelo difícil. Es una persona muy orgullosa y rencorosa.

—¡Uf! pues no pinta bien. Espero que tu abogado sea de los buenos, por si acaso ella te crea problemas.

—Sí, sí, mi abogado es uno de los mejores del país, no escatimo en gastos, no me la juego. Por cierto, en una hora tengo cita con él.

—¡Ah! ¡Genial!, pues ya me contarás, espero que tengas mucha suerte.

—Gracias Emma.

—Vaya, ya es la hora de volver a clase.

—Qué rápido ha pasado, ni me he enterado. Pero Javi, cualquier cosa puedes

contar conmigo, ¿de acuerdo?

—¡Claro! Emma. Nos vemos luego.

La mañana transcurrió de lo más tranquila, mis niños se lo pasaron muy bien, yo disfruté mucho con ellos y sus ocurrencias, Ana se asomaba a mi clase para ver si lo llevaba bien, Marcos continuaba mirándome de una forma extraña, y Luisa siempre estaba detrás de Marcos. —Vaya dos personas más raras, pensé —.

Capítulo 9

A las doce y media Javier tenía cita con su abogado. Salió un rato antes del colegio para llegar a tiempo. El bufete de abogados Contreras y Cía. estaba cerca del colegio, por lo que no le hizo falta coger el coche.

Cuando llegó al edificio, pulsó el timbre y enseguida le abrieron. Subió hasta el segundo piso y se acercó a la puerta dónde indicaba el nombre del bufete. Al entrar, se dirigió hacia la chica de recepción, que en ese momento estaba de espaldas a él intentando coger un archivador de la estantería. La saludó mientras esperaba que se girara para atenderlo.

—Buenos días. —Saludó Javier a la recepcionista.

La chica, al escuchar a alguien, se giró rápidamente para dejar el archivador y atender al cliente. Lo que no se esperaba era a quién correspondía aquella suave voz. Javier, al ver quién era la chica en cuestión, se quedó parado y sin poder reaccionar. No esperaba en absoluto encontrarse con Nona.

—¡Javier! ¡Buenos días! —Lo saludó muy sorprendida.

—¡Nona! No tenía ni idea de que trabajaras aquí —dijo Javier un poco nervioso.

—Pues sí, ya me ves. Hace mucho tiempo que trabajo en el bufete. Y dime, ¿qué te trae por aquí?

En ese instante, Javier no sabía si decirle la verdad o simplemente evitar el tema. No quería que supiera sobre su divorcio, al menos por el momento.

—Pues... nada importante, un poco de asesoramiento judicial, pero nada grave.

—No te preocupes, Fernando es un muy buen abogado, te ayudará con cualquier problema que tengas.

—Gracias, vengo con muy buenas referencias de él, así que eso espero.

—Ven, siéntate aquí un momentito que voy a avisarle.

—Señor Contreras, acaba de llegar Javier López, su visita de las doce y media. ¿Le hago pasar?

—Sí, Nona, hazle pasar.

—En seguida.

—Javier, el señor Contreras ya te espera en su despacho. Sígueme.

—Gracias, Nona. —La siguió hasta la puerta del despacho observando sus curvas y su larga melena pelirroja como si lo hubiese hipnotizado.

—¡Javier! —lo llamó Nona al ver que se había quedado allí parado—. Ya

puedes pasar.

—¿Sí? —Se sobresaltó.

—Sea, lo que sea, espero que te vaya bien.

—Gracias otra vez, Nona. —Agradeció dejando escapar una sonrisilla en la cara.

Después de una hora hablando con el abogado, Javier salió del despacho contento y con la esperanza de que su divorcio no fuera complicado. Fernando le había dicho que no tendría problemas, pero no había que subestimar a la otra parte, nunca se sabía por dónde podría salir. Se dirigió a Nona para despedirse, pero estaba atendiendo el teléfono. Ella, le hizo un gesto con la mano para que esperara un momento mientras terminaba de hablar.

—Ya estoy. Perdona Javier, estaba atendiendo a un cliente —dijo dirigiéndose a él.

—Tranquila, no pasa nada. Estás trabajando.

—¿Qué tal? ¿Todo bien?

—Espero que sí, Fernando es un buen tipo, y parece muy comprometido con su trabajo. Me ha animado bastante, y eso se agradece.

Nona iba a preguntarle por su asunto, pero en ese momento entró en el bufete un cliente.

—Nona, te dejo que veo que tienes trabajo. No quiero molestar.

—Gracias Javier, a ver si hablamos en otro momento más tranquilos.

Capítulo 10

Me pareció escuchar un pitido muy molesto de fondo, como si fuera de un despertador. Abrí un ojo y descubrí que era mi querido reloj, que no me dejaba descansar ni en fin de semana. Al girarme y estirar el brazo para silenciarlo me caí de la cama. Estaba tan dormida que no calculé la distancia, y acabé en el suelo con el dichoso aparato en mi cabeza.

—¡Joder! ¡Qué daño! Menudo chichón me va a salir —dije pasando mi mano por la zona de la cabeza dónde había aterrizado el despertador.

Después de darme una larga ducha, desayunar y vestirme sin prisas, bajé a comprar algo de comida al súper. Mi nevera me pedía a gritos que le diera de comer, no quedaba más que un cartón de leche, dos limones, tres huevos y un trozo de queso que comenzaba a tener una superficie mohosa. —No tenía pinta de ser muy saludable, la verdad—.

Al regresar a casa, dejé la compra en la encimera de la cocina, solté el bolso sobre el sofá, y miré a ver si tenía alguna llamada o mensaje. No había nada. Justo cuando me disponía a colocar la compra, el móvil comenzó a sonar.

Salí corriendo a por él, y vi que la pantalla reflejaba un número oculto. Lo cogí por si era algo importante.

—¿Diga? ¿Quién es?

Me asusté al ver que nadie contestaba, solo se escuchaba una respiración agitada al otro lado del teléfono. Colgué quedándome con una sensación de intranquilidad. Casi me da un vuelco al corazón al volverlo a escuchar, pero enseguida reconocí el sonido de un mensaje de WhatsApp.

NONA: ¡Locas! Esta noche nos vamos de fiesta ¿no?

YO: Pues por mí sí, me apetece salir un rato.

NONA: Hoy inauguran un local nuevo en el centro. Podemos ir a ver qué tal, ¿qué os parece?

MARTINA: ¡Chicas! Lo siento, pero yo no podré, voy de camino a casa de mis padres. Este fin de semana celebran su aniversario y nos reunimos la familia. Pero disfrutar vosotras por mi ¡eh!

NONA: Disfruta tú también Martina, y dales recuerdos a tus padres de mi parte.

YO: Eso, pásatelo genial y felicita a tus padres.

MARTINA: Gracias, chicas. Vosotras también y tener cuidado con el

whisky, sobre todo tú, Emma, que no podré estar ahí para llevarte a la cama.

NONA: No te preocupes que ya estoy yo para cuidar de Emma.

MARTINA: Pues entonces no sé si dar media vuelta y volver, porque vaya peligro tienes tú también, Nona.

YO: Estás hoy muy graciosa, Martina. ¿Algo que debemos saber? ¿Has quedado con Andrés?

MARTINA: ¿No puedo estar alegre sin que haya ningún tío de por medio?

NONA: ¡NO!

YO: ¡NO!

MARTINA: Ya os vale a las dos. Qué poca fe tenéis en mí. Seguiremos esta conversación cuando vuelva que ahora os tengo que dejar que ya llevo. Pasarlos bien, locas. ¡¡Chao!!

YO: Que vaya bien, Martina.

NONA: Chao guapísima, disfruta.

NONA: Bueno, Emma, luego a las nueve te paso a buscar ¿vale?

YO: De acuerdo, luego nos vemos.

Pasé la tarde en plan relax en el sofá, viendo pelis hasta que fuera la hora de prepararme para salir con Nona. Estaba sentada cuando me volvió a sonar el móvil. Apareció de nuevo en la pantalla un número oculto. Se me hizo un nudo en la garganta, estaba indecisa de si cogerlo o no pero finalmente lo cogí.

—¿Sí? ¿Quién? —pregunté nerviosa.

Volví a escuchar una respiración agitada y colgué rápidamente. Con esa sensación de inquietud me metí en la ducha y el agua caliente que salía de los chorros consiguió relajarme bastante. Después de secarme el cuerpo y untarme con mi crema corporal, me enrollé una toalla en la cabeza, y fui al armario a escoger la ropa para esa noche. Estaba indecisa entre dos minifaldas, pero finalmente opté por una negra con cremallera delantera y una blusa de transparencias en blanco. Me maquillé ligeramente, sequé el pelo con el secador y marqué un poco mis ondas naturales. Al rato, sonó el timbre de mi portal.

—Nona ¡Qué guapa estás!

—¡Nena! Tú estás para romper esta noche. ¡Verás cómo mojas!

—¡Tú siempre pensando en lo mismo! Anda vamos —dije sonriendo.

Al salir del restaurante, cogimos su coche y fuimos hasta el centro. No encontramos aparcamiento cerca, y optamos por pagar un parking a una manzana del bar de copas.

No tuvimos problemas en entrar al local porque en ese momento aún no había demasiada gente, y decidimos primero ir a pedir unas bebidas. Cuando el camarero nos las sirvió, las cogimos y nos giramos para observar a la gente que ya estaba bailando. Las mesas que había a un lado de la pista estaban ocupadas, así que nos quedamos allí de pie.

Acabamos los cubatas y fuimos a bailar. Nos movíamos al ritmo de la música salsa que en ese momento sonaba, y nos dejamos llevar. Al cabo de un rato, se nos acercaron dos chicos. Resultaron ser Evan y Rodric. Los chicos escoceses que conocimos en el pub el día de la fiesta escocesa.

—¿Qué tal chicos? —preguntó Nona.

—Muy bien y ¿vosotras? —contestó Evan mirando a Nona.

—¡Genial! —dijimos las dos a la vez.

Se pusieron a bailar con nosotras, Nona no paraba de rozarse con Evan y Rodric bailaba conmigo, pero guardando las distancias. Por suerte no era de manos largas. En uno de mis movimientos, mis ojos se posaron en un chico que miraba fijamente hacia mí. No tardé ni dos segundos en reconocerlo: Eric.

El corazón me dio un vuelco al verlo allí plantado. No podía dejar de mirarlo. Estaba tan guapo todo vestido de negro y la camisa enrollada hasta los codos que me provocaba un calor intenso.

Me giré y continué bailando, pero mi cabeza ya no estaba en la pista de baile, sino en cierta persona que se había colado en mí, y ocupaba mis pensamientos a todas horas. Necesitaba despejarme.

—Voy un momento al baño, enseguida vuelvo.

—¿Te acompaño?

—No, tranquila, tú sigue con estos dos. No tardaré. —Me dirigía al baño cuando sentí una mano agarrándome ligeramente de la muñeca.

—Emma, ¿podemos hablar un momento? —dijo Eric.

—No tenemos nada de qué hablar —sentencié cabreada mientras seguía andando.

—Espera por favor. Necesito hablar contigo, quiero pedirte disculpas por lo de la otra noche. —dijo mostrando un rostro totalmente distinto al de la noche de la fiesta. Parecía realmente arrepentido.

—Está bien. Hablemos. —Decidí aún con semblante serio.

—¿Salimos fuera? Aquí no se puede hablar bien con la música tan alta —gritó acercándose a mi oído.

No llegó a rozarme, pero en esos pocos milímetros de distancia, noté cómo su cercanía provocaba un estremecimiento por todo mi ser. Meneé mi cabeza

como si me despejara y caminé tras él hasta la salida. Nos retiramos un poco de la entrada ya que había gente fumando allí mismo, y nos colocamos unos metros más lejos de ellos.

—¿Y bien? —dije en tono serio.

—Emma, lo siento. No quise gritarte de esa manera y mucho menos hablarte de la forma en la que lo hice. Llevaba unas copas de más, pero sé que no es excusa.

—No, no es excusa —contesté cruzándome de brazos.

—Ya sé que tampoco nos conocemos, solo de varios encontronazos, que, por cierto, los echo de menos —dijo sonriéndome, pero al ver que yo no lo hacía borró su sonrisa de la cara radicalmente—. Lo siento, de verdad, Emma. Me gustaría volver a empezar de una forma civilizada y cordial. No pretendo ser un gilipollas contigo, aunque la otra noche lo pareciera.

—La verdad es que lo fuiste. —Bufé.

—¿Eso quiere decir que me perdonas?

—Mis enfados no se van en cinco minutos, necesito tiempo.

—Está bien, lo entiendo, pero me gustaría poder llegar a conocerte y empezar de cero. Te lo digo en serio.

—Uhm... creo que deberíamos entrar... Nona estará buscándome.... — Reaccioné nerviosa ante su respuesta porque no me lo esperaba en absoluto, y a la vez cabreada aún por lo ocurrido la noche de la fiesta. Era cierto que mis enfados no se me pasaban en seguida. Había gente que a los pocos minutos ya no se acordaban de porqué se habían enfadado, pero a mí me podía durar hasta un día entero.

—Sí... vamos. —Me guio hacia la entrada con su mano rozándome la cintura; hecho que mi cuerpo no pasó desapercibido.

Capítulo 11

—¡Emma! —gritó Nona.

—Ya estoy aquí. Necesito algo fuerte. Por favor, ¿me pones un whisky? — pedí al camarero.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —me preguntó mirándome preocupada. Cogí el vaso y me lo bebí de un trago ante la mirada atenta de los tres.

—Estoy bien, solo he salido a que me diera el aire un rato. Tenía mucho calor.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No, tranquila, si la fiesta acaba de empezar. Venga, vamos a bailar. —Cogí a Nona por el brazo y me la llevé al centro de la pista. Necesitaba quitarme a Eric de la cabeza, al menos por un rato.

—Emma ¿seguro que estás bien? Me estás asustando. Será mejor que nos vayamos.

—¡Nooo! Luego ya te lo cuento, ahora solo quiero divertirme. Aprovechemos que tenemos aquí a estos escoceses y disfrutemos de la noche, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Venga chicos, que se note que estamos de fiesta —les dijo animándolos a mover el cuerpo.

Seguimos bailando y riendo, por un momento conseguí olvidarme de Eric y disfrutar de la noche. Nona desapareció con Evan sin darme cuenta, aunque no había que ser muy lista para saber que estaban haciendo esos dos. Me quedé con Rodric y nos sentamos en una de las mesas que se habían quedado vacías.

—Emma, ¿te apetece otra copa? Yo voy a por una para mí. —Me ofreció.

—Sí, tráeme una cerveza, gracias.

Rodric fue en busca de las bebidas mientras yo esperé allí sentada mirando a la gente que bailaba. Cada vez había más gente en el local. La inauguración estaba teniendo éxito. En verdad, la música era lo último, y el ambiente era acogedor.

—Hola guapa, ¿estás sola? —me dijo un tío que no conocía sentándose a mi lado.

—Perdona, está ocupado. No puedes sentarte —dije secamente.

—Pues yo no veo a nadie. Anda ven, vamos a bailar, te invito a una copa.

—No gracias, por favor ¿te puedes ir? —Me estaba comenzando a enfadar, no soportaba a los listillos y ese me estaba repateando.

—Venga, solo un baile. ¿Sabes que eres muy guapa?

—Te he dicho que no, vete o llamo a seguridad —dije levantándome del sillón.

En ese momento me agarró por la muñeca, me empujó hacia el sofá y se me echó encima tan rápido que no me dio tiempo a reaccionar.

—¡Suéltame desgraciado! —grité intentando escaparme de su agarre.

—No seas así putita, si estás deseando que te folle. Solo hay que ver esa faldita que llevas —me dijo con una sonrisa de perverso repasándose con la mirada de arriba abajo lascivamente.

El tío tenía mucha fuerza. Intentaba besarme mientras me manoseaba el cuerpo con una mano. Grité con todas mis fuerzas, pero la música amortiguaba mi sonido, pensé que se saldría con la suya, que no podía hacer nada. Me tenía inmovilizada totalmente. Cuando ya perdí la esperanza de poder salir airosa de esa situación, vi cómo el tío salía despedido hacia atrás estrellándose contra las otras mesas que había al lado de la nuestra. Conseguí incorporarme hasta quedarme sentada, y observé que un chico le estaba pegando una paliza. En cuestión de segundos, Eric apareció a mi lado, me cogió de la mano y me llevó fuera del local. Yo aún estaba en estado de shock. No podía reaccionar ni asimilar nada.

—Emma ¿estás bien? Mírame —me dijo Eric mientras sujetó mi cabeza con suavidad para que lo mirara.

—Sí, creo... —dudé por un segundo.

—Tranquila, ya ha pasado. Ese tío no te va a tocar más.

—¿Has sido... tú... quién me ha ayudado?

—Sí, Emma, te estaba mirando y vi cómo se acercaba el tío ese, me dio mala espina y decidí no quitarle ojo hasta que se echó encima de ti. Fui rápidamente y, bueno, el resto ya lo sabes.

—Gracias, Eric. —Agaché la cabeza un poco avergonzada y con lágrimas a punto de desbordarse de mis ojos.

—¡Eh! ¡Emma! ¿Seguro que estás bien? —Me elevó la barbilla suavemente para mirarme a los ojos de una forma cariñosa.

—Sí, sí, ahora estoy mejor. No te preocupes.

—¿Te importa si te llevo a casa?

—No, claro que no, pero Nona debe de estar dentro.

En ese momento salía del local llamándome histérica.

—¡Emma! ¡Emma! ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? ¡Rodric me ha dicho que un tío te ha atacado!

—Tranquila, estoy bien. Ha intentado sobrepasarse conmigo, pero Eric lo ha impedido.

—Menos mal. ¿Seguro que estás bien? ¿Te llevamos a casa?

—Sí, de verdad. Eric se ha ofrecido a llevarme, así puedes aprovechar tú mejor la noche con Evan, ¿de acuerdo? —dije mirando a Eric en señal de consentimiento.

—No te preocupes por nosotros, Emma, lo primero eres tú.

—Gracias, Nona, pero en serio. Id a disfrutar. Mañana te llamo y hablamos.

—La abracé despidiéndome de ella.

—Cuidala, Eric, por cierto, soy Nona —dijo a Eric guiñándole un ojo.

—Lo haré, yo soy Eric —respondió con una sonrisa.

Nona y Evan se marcharon, pensé que Rodric iría con ellos, pero me fijé que una chica rubia iba cogida de su brazo en dirección a su coche. —Al final, la noche salió redonda para los demás—.

—Aquí es —dije en un susurro al llegar frente a mi portal.

Eric aparcó el coche justo delante y cuando me disponía a bajar, se acercó rápidamente para abrirme la puerta.

—Gracias.

—De nada —contestó con una sonrisa que iluminaba su mirada.

—¿Subes?

—No quiero incomodarte, Emma. Será mejor que me vaya y descanses.

—Ehm... sí, creo que... será lo mejor —dije dándome la vuelta indecisa.

—¡Eric! —lo llamé cuando ya se acercaba a su coche.

—Dime.

—Gracias de nuevo —observé cómo se le dibujaba una sonrisa en sus labios y guiñándome un ojo subió a su coche y se marchó.

Capítulo 12

Nona se presentó en casa a la hora de comer y se quedó toda la tarde conmigo. Pedimos unas pizzas y helado de postre para que nos lo trajeran a casa. Cuando abrí la puerta, reconocí al mismo repartidor de la otra vez, aquella cuando me di con la puerta en las narices.

—Otra vez tú. —Saludé secamente.

—Vaya, volvemos a vernos. —Sonrió entregándome las pizzas y el helado.

—Sí, por lo que veo solo te toca a ti venir a mi casa —dije con sarcasmo.

—Me las apaño muy bien, ¡Ah! y por cierto... —Se giró mientras se iba—, ten cuidado con la puerta, no te vayas a hacer daño —soltó vacilándome y marchándose rápidamente sin darme opción a réplica. Di un portazo, y entré hecha una furia hacia la cocina dejando las pizzas en la encimera.

—¡Será cabrón el niño este!

—¿Que ocurre Emma? —preguntó Nona con cara de asombro.

—Que se ha cachondeado de mí. La otra vez que me trajo la pizza me di con la puerta en la nariz al abrirle, y ahora me lo ha recordado riéndose de mí. ¡Será capullo!

—Míralo por el lado bueno, Emma, al menos no has sufrido otra de tus caídas tan características.

—¡Nona! —le tiré un cojín del sofá a la cara.

—Está bien, está bien... ya paro... es que me ha salido del alma —continuó riéndose de mí.

—Anda vamos a comer. —Me dirigí hacia la cocina poniendo los ojos en blanco.

Después de comer nos sentamos en el sofá a ver películas toda la tarde. Nos encontramos llorando a moco tendido cuando empezó a sonar mi móvil. Al inclinarme del sofá para cogerlo de la mesita, vi que volvía a aparecer un número oculto en la pantalla. Mi cuerpo se tensó de golpe y Nona se dio cuenta enseguida de que algo sucedía.

—Emma ¿Qué ocurre?

—Nada, estoy bien, no te preocupes. —Dejé el móvil y me acurruqué de nuevo en el sofá.

—¿Seguro? Porque te has puesto blanca como si hubieses visto a un fantasma. ¿Quién llamaba?

—Hace días que recibo llamadas de un número oculto. A la primera llamada

no le di importancia, solo se escuchaba una respiración profunda y nadie contestaba, pero cada vez son más frecuentes.

—Emma, eso es muy extraño, ¿por qué no lo denuncias?

—¿Qué quieres que denuncie? ¿Qué alguien se divierte haciendo llamadas anónimas sin decir nada? Aunque lo hiciera, no me tomarían en serio. Dirían que sería alguna trastada o gamberrada de algún chaval.

—¿Y si va a más? ¿Y si se le ocurre investigarte, seguirte hasta casa, y acosarte o vete tú a saber qué más?

—Las películas de suspense te hacen mucho daño ¡eh! —Sonreí haciéndole una mueca.

—¡Lo digo en serio, capulla! ¡Me has asustado y no está demás prevenir!

—No te preocupes, no va a pasar nada. Te prometo que, si va a más o intuyo algo, te haré caso y me acompañas a la policía, ¿de acuerdo?

—Te tomo la palabra.

En ese instante, volvió a sonar mi móvil. Nona vio que era un número oculto y se adelantó a cogerlo y contestó.

—¿Quién coño eres? ¿Qué quieres? Oye, deja de llamar o te denuncio a la policía, ¡cabrón! —colgó furiosa.

—¿Qué haces?

—Lo siento ha sido un impulso, pero deberías ir a la policía. Esa respiración me ha puesto nerviosa.

—Dame unos días ¿de acuerdo? De momento no ha pasado de ahí, voy a esperar a ver qué pasa.

—Está bien, pero cualquier cosa vamos corriendo a la policía.

—Trato hecho. —Chocamos las manos en señal de promesa.

—Cambiando de tema, ¿qué tal con Evan? —pregunté dándole un codazo cariñoso.

—¿Evan? Pues bien —contestó bajando la mirada.

—¿Solo bien? Pues anoche estabais muy muy bien juntitos.

—Ya sé por dónde vas, no me mires así que te conozco —dijo con un ligero rubor en las mejillas.

—Nona, que ya nos conocemos, pero tengo una duda...

—Miedo me das, a ver, suelta por esa boquita.

—Y ¿Javier?

—¿Javier? ¿Qué tiene que ver ahora Javier en esta conversación?

—Bueno, algo me dice que Javier no es cómo Evan. Martina y yo sabemos que te gusta.

—¿Cómo? ¿No estaréis apostando a ver quién me gusta? ¡Ya os vale! Evan es solo un rollo, como otro de los que suelo tener.

—Pero Javier....

—Javier nada, Emma. Sí, es muy guapo, me cayó genial cuando me lo presentaste, y cuando vino al bufete me pareció encantador y eso no quita que pueda quedar a tomar un café con él. Pero de ahí a que me haya enamorado... ¿YO?... ¡Estáis locas! —dijo poniendo los ojos en blanco.

—Espera, espera, ¿estuvo en tu bufete? Eso no me lo habías contado, ¡pillina!

—Son asuntos personales suyos, no voy a ir contando lo que pasa en el bufete, ¿sabes?

—Pero es Javier y aunque tú intentes ignorarlo, sabemos que en el fondo te gusta, sino tiempo al tiempo.

—Vaya cosas tenéis, solo me ha caído genial y es guapo, pero ya está —contestó intentando convencerse, pero el rubor en sus mejillas la delataba.

—Sí, sí, ya lo veremos.

—Eres imposible Emma. Te dejo que ya es tarde —dijo mientras cogía su bolso y se dirigía hacia la puerta.

—No hay nada imposible en esta vida, querida Nona, adiós guapísima, ya hablaremos.

—Adiós pendona y recuerda... si te vuelven a llamar... avísame.

—¡Que sí! ¡Anda, pesada! —Cerré la puerta cuando hubo salido, y regresé al sofá.

Sabía que en el fondo tenía razón. Lo de las llamadas ocultas podría ir a más. No quería mostrarle mi verdadera inquietud para que no se preocupara más de lo debido, pero en realidad me comenzaba a alarmar la situación. Esperaría un poco a ver qué pasaba, sino tomaría medidas.

El lunes transcurrió con normalidad. Mis niños eran muy listos y no dejaban de sorprenderme. Lo que sí lo hacía era la conducta de Marcos. Me desconcertaba totalmente. Unas veces era muy amable, y otras se mostraba fríamente conmigo. No sabía a qué atenerme con él. Las conversaciones que manteníamos eran superficiales. Nunca contaba nada de su vida personal. Y luego estaba Luisa. La tenía pegada a él con cola. Ella también me tenía totalmente descolocada. Solo nos cruzábamos el saludo y unas miradas muy intensas que parecían querer fulminarme en el momento. Eran unas personas muy extrañas, por lo que decidí relacionarme lo justo. Como Marcos estaba

solo, decidí indagar un poco sobre Luisa.

—¡Marcos! ¿Qué tal? ¿Cómo llevas la mañana? —Aproveché la hora del recreo para acercarme a él.

—¡Emma! —Se sorprendió—. Bien, ¿Y a ti? ¿Qué tal con tus niños?

—Muy bien, son adorables y de momento no tengo problemas con ellos, ¿y los tuyos?

—Mi clase un poco movida, pero están bien controlados. —El silencio que se hizo entre los dos resultó bastante incómodo—. Bueno, y dime, los compañeros, ¿te tratan bien?

—Sí, la verdad que son todos muy amables conmigo, pero... —Bajé la cabeza ligeramente desviando la mirada hacia un lado.

—Ese “pero” no suena muy bien... ¿Te ha ocurrido algo?

—No exactamente, verás no me gusta hablar de nadie... pero... Luisa... creo que no le caigo bien.

—Jajaja —Empezó a reír a carcajadas ante mi cara de sorpresa.

—¿Se puede saber de qué te ríes? ¿He dicho algo gracioso? —dije escéptica.

—No, perdona, es que, Luisa es Luisa, ya la conocerás, no te preocupes.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Verás, para Luisa todas las demás compañeras sois rivales.

—¿Rivales? ¿Pero si ni siquiera hablamos?

—Digamos que ella está enamorada de mí y cualquier compañera que se me acerque, la ve como a una rival.

—¡Ah! pero, eso no debería ser así, las demás no tenemos culpa. Entonces, ¿tú y ella...?

—¡No! ¡No! ella no es mi tipo, solo es mi compañera de trabajo.

—Ahora ya lo entiendo. Como tú no le correspondes, piensa que cualquiera de nosotras pueda apartarte de su camino.

—Sí, tú lo has dicho.

—¿No será peligrosa?

—Esto no debería decírtelo, pero ten cuidado con ella. Además, es bastante celosa. Más de una vez he tenido broncas con ella porque no podía ni hablar con mis compañeras de trabajo. Algunas han tenido problemas por ello, pero a estas alturas ya todos la conocen.

—Me estás asustando, Marcos.

—No es mi intención, simplemente te aviso por si acaso.

—Bueno, sabiéndolo ya me quedo más tranquila, aunque es un decir. Voy a

tener que hablar contigo por email para evitar encontronazos con ella.

—Tampoco es eso, ya le dejé las cosas claras. Sabe perfectamente lo que hay. No es dueña de mi vida, solo una compañera y nada más.

—De todas formas, iré con mil ojos. Gracias Marcos.

—Cualquier cosa, ya sabes dónde estoy. Ahora será mejor que volvamos a clase. El aviso acaba de sonar.

—Sí, vamos.

Capítulo 13

Me despedí de mis compañeros hasta el día siguiente, y observé que Luisa me miraba con cara de pocos amigos. La ignoré, pero salí del colegio con mal cuerpo. Esa mujer me provocaba nerviosismo y ni siquiera tenía relación con ella.

No quise darle más vueltas y me dirigí al centro comercial. Aproveché que tenía que hacer unas compras para despejarme un rato. Me compré lencería, que ya tocaba renovarla, un par de pantalones y varios jerséis y camisetas. Además, no me pude resistir a un par de vestidos preciosos que me enamoraron nada más verlos en el escaparate. —Un capricho de tanto en tanto venía bien—. Mientras caminaba mirando escaparates tuve una sensación extraña, una sensación de cómo si alguien me estuviera siguiendo. Me giré en varias ocasiones, pero había tanta gente que no podía saberlo con exactitud. —¿Me estaría volviendo paranoica? —.

—¡Emma! —Escuché de repente que alguien me llamaba.

Me giré y vi que era Martina. Estaba sentada en la terraza de una cafetería con un chico.

—¡Martina! ¿Qué haces por aquí?

—Estoy tomando café con Andrés ¿te acuerdas de él? —Miré hacia el chico y lo reconocí enseguida, era el camarero de la fiesta escocesa en el pub.

—Hola Emma. —Se levantó y me dio un beso en cada mejilla.

—¡Claro! Andrés.

—Ven siéntate un rato con nosotros, Emma —propuso Martina.

—No quiero molestar...

—No molestas, anda, siéntate.

—Vale, pero un ratito.

—Emma, ¿qué quieres tomar? Voy a pedir las consumiciones.

—Una cervecita.

—Y ¿tú? Martina.

—Pues yo otra, vamos a animarnos.

—Enseguida vuelvo, chicas —dijo Andrés alejándose.

—Bueno, bueno, qué callado te lo tenías, a ver cuenta, cuenta.

—No pienses nada raro, que te conozco. Solo hemos quedado a tomar un café y charlar un rato.

—Por algo se empieza. —Le di un codazo cariñoso.

—Si te soy sincera, me está gustando bastante —dijo sonrojándose y bajando la mirada.

—Además, el chico, no está nada mal, hija... ¡Madre mía que portento!

—Jajaja, qué loca... pero es mío, se mira, pero no se toca.

—¿Qué se mira, pero no se toca? —Nos sorprendió Andrés.

—Nada, uno de mis vestidos, que Martina me lo quiere quitar. —Nos miramos con complicidad.

—Cosas de chicas, por lo que veo —afirmó Andrés sonriendo.

—Claro, nosotras también hablamos de vosotros.

—Y qué peligro tenéis cuándo lo hacéis. Nos despellejáis vivos.

—Y vosotros de nosotras ¿qué? Estoy segura de que no habláis solo de si somos simpáticas o no, ¿a qué no? —dijo Martina.

—Creo que me voy a abstener de contestar esa pregunta... sois dos contra uno, estoy en desventaja —dijo Andrés riéndose.

—¡Cobarde!

Después de un rato entre risas con Martina y Andrés decidí volver a casa. Estaba agotada y sólo pensaba en estirarme en el sofá.

Al día siguiente, pensé en ir a comer al restaurante que había al volver la esquina del centro escolar. Aunque mi piso me quedaba cerca, no me apetecía hacerme la comida por eso cuando llegó la hora de entregar los niños a sus padres, cogí rápidamente el bolso y salí en dirección al restaurante. Iba a paso ligero cuando al volver la esquina me choqué contra una persona.

—¡Oh! ¡Disculpa! No te he visto, venía casi corriendo... —Me quedé helada al ver quién era esa persona.

—¿Emma? —Se sorprendió Eric.

—¡Eric!

—Solo podías ser tú —contestó con una sonrisa de medio lado.

—¡Claro! ¿Quién sino? La torpe de turno —dije bromeando.

—Al final voy a creer que de verdad no lo haces a propósito.

—Ya te digo yo que no voy tirándome encima de la gente por gusto.

—Imagino. —Sus preciosos ojos azules impactaron en los míos de una forma arrolladora que me hicieron temblar.

—Ehm... por cierto, ¿vienes a ver a tu madre? Está en su despacho.

—Sí. Acabo de salir de una reunión con un cliente y como siempre se queja de que no vengo a verla, aprovecho ahora ¿y tú?

—Yo voy a comer aquí al lado, ¿te apuntas? —Nada más acabar de decir eso

me arrepentí enseguida. Fue un impulso sin pensar. —Me moría de la vergüenza. Bajé la mirada de repente al notar cómo me comenzaban a arder las mejillas—.

—Acepto —contestó sonriéndome—, ¿Vamos?

Eric me rodeó la cintura con su brazo en un ligero roce que provocó un cosquilleo por todo mi cuerpo. Notar su calor me puso nerviosa, pero a la vez me reconfortaba. Era una sensación que no me podía explicar. Llegamos al restaurante, y enseguida nos llevaron a una mesa cerca de un gran ventanal. El camarero nos tomó nota y se alejó.

—Así que has venido por... ¿negocios?

—Sí, tengo un cliente importante por aquí cerca. Justo donde tuvimos nuestro primer “encontronazo” ¿recuerdas? —Cómo me gustaba verlo sonreír—.

—¡Ah sí! ¡Cómo olvidarlo! —Me tapé la cara con las dos manos muerta de vergüenza.

—No te escondas, estás muy graciosa cuando te sonrojas.

—No lo puedo evitar, soy muy vergonzosa.

—Entonces... ¿a qué te dedicas? —En ese instante apareció el camarero con el vino que habíamos pedido y los primeros platos.

—Se te da bien, cambiar de tema... está bien, ya paro —dijo guiñándome un ojo y riéndose—. Soy informático. Mi socio Oliver y yo nos conocimos en la universidad, y con el tiempo decidimos montar nuestra empresa... hasta el día de hoy.

—¡Eso es fabuloso!

—Sí, hemos tenido suerte. Congeniamos muy bien, hacemos muy buen equipo y hasta el momento tenemos bastantes clientes satisfechos, así que, podemos decir que mal no nos va.

—Me alegro mucho, Eric.

—¿Y tú? Ya sé que eres maestra, pero ¿siempre lo has tenido claro?

—Sí, desde pequeña. Hacía de canguro con los hijos de mis vecinos, y siempre me han gustado los niños por eso me especialicé en educación infantil.

—Te entiendo, recuerda que mi madre también lo es y lo he vivido muy de cerca esa vocación. Cuando yo era pequeño...

El sonido de mi móvil interrumpió la conversación justo cuando Eric iba a contarme algo personal o esa fue la impresión que me dio.

—Lo siento Eric, disculpa —observé la pantalla de mi móvil y me puse

blanca de repente. Él lo notó.

—Emma, ¿estás bien?, ¿qué te ocurre?

—Sí, sí, estoy bien —afirmé mientras apagaba el móvil completamente.

—Te has puesto blanca de repente ¿seguro que no pasa nada?

—Sí, de verdad, tranquilo, estoy bien —respondí entrecortadamente—, discúlpame... pero he de regresar al trabajo... me ha surgido un imprevisto.

—Tranquila no pasa nada, el trabajo es el trabajo... pero... antes de que te vayas, Emma... ¿te apetecería salir a cenar el sábado conmigo? —propuso con un brillo en sus ojos que hizo estremecerme.

—Pues... no sé... Eric... no estoy segura... me caes muy bien... pero...

—No te agobies. Toma, este es mi número, si cambias de opinión o quieres hablar o lo que sea, solo tienes que llamarme, ¿de acuerdo? —Sentí cómo se me encogía el corazón al escuchar a Eric pronunciar esas palabras, pero por mucho que me doliera, aún no estaba preparada para tener una cita formal con él ni con nadie. El pánico volvió a apoderarse de mí y sólo conseguí huir.

—Gracias Eric... y... lo siento... —Me dirigí a la salida del restaurante precipitadamente. No llegué a terminar la comida. Solo sentí la necesidad de salir de allí cuanto antes. Llegué al colegio con un nudo en la garganta que me impedía tragar. Fui hasta la sala de profesores a tomar un vaso de agua e intentar calmarme. Después de unos minutos, ya más relajada pero aún con la imagen de decepción de Eric en la mente, me dirigí hacia clase.

Capítulo 14

—Emma, ¿estás bien? No tienes buena cara. —Salió Ana a mi encuentro a mitad del pasillo que lleva a las clases.

—Sí, sí, estoy bien —contesté.

—Pues estás muy pálida.

—No es nada, quizá me haya sentado algo mal de la comida. Solo eso.

—Si te encuentras peor, me avisas o ve directamente a ver a Marga, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Gracias por preocuparte, Ana.

—¿Qué tal chicas? —preguntó Marcos acercándose a nosotras—, Emma, ¿estás bien? Tienes mala cara.

—Vaya, pues sí que debo estar tan mal para que todo el mundo me lo note —dije con una sonrisa apagada.

—Perdona si te he ofendido, no era mi intención.

—Tranquilo Marcos, estoy bien, no te preocupes. Creo que me ha sentado mal la comida, solo eso.

En ese instante pasaba Luisa cerca de dónde estábamos, y me volvió a mirar cómo si me perdonase la vida. Me estaba cansando ya de su actitud.

—Chicos, es hora de ir a clase, esos monstruitos nos esperan —comentó Ana cogiéndome del brazo y acompañándome hasta la puerta de mi clase.

Cuando acabaron las clases me fui directamente a casa. Me apetecía estar sola y pensar en todo, mejor dicho, en alguien... Eric. Últimamente no podía quitármelo de la cabeza, y después de hoy, debía reconocer que el rato que pasé en el restaurante con él me había sentido muy a gusto.

Mi pasado con David me dejó muy tocada. Yo creía estar enamorada de él. Solo teníamos dieciséis años cuando empezamos a salir juntos. Para mí, lo era todo. Mi amigo, mi amante, mi compañero... Mi primer amor. Al irnos a vivir juntos, todo fue genial. Nos compenetramos como pareja, y la convivencia era estupenda. Pero en los dos últimos años de relación, esta se enfrió. Nos convertimos en compañeros de piso más que una pareja. El sexo desapareció totalmente. Llegué a pensar que quizá tuviese a alguien fuera porque ya no venía a buscarme, y las veces que lo intentaba yo, me ponía cualquier excusa con tal de no tocarme. Pero cuando descubrí por qué, fue como un mazazo. Podía pensar que me la estaba pegando con otra, pero lo que me confesó no me lo esperaba en absoluto.

—Ya estoy en casa, David —anuncié mientras entraba como siempre, pero David no me contestó. Pensé que habría salido cuando escuché un ruido en nuestra habitación. Me dirigí allí y al abrir la puerta, se me cayó el mundo encima. No daba crédito a lo que veía. David, en NUESTRA cama, con dos chicas y un chico.

—¡Emma! —gritó David al verme.

No pude soportar ver esa escena y salí corriendo de la habitación y del piso. Llevaba un par de calles corriendo y me paré en un callejón sin poder parar de llorar. Resbalé por la pared y me senté en el suelo con las rodillas dobladas sobre mi pecho sin poder controlar mis lágrimas.

Pasaría al menos una hora cuando me levanté y cogí el coche hasta casa de mis padres. Les expliqué lo que había pasado y sin dudarlo, me comprendieron y me apoyaron. Dijeron que me volviera a instalar en su casa, en mi antigua habitación, que siempre estaría ahí para cuando me hiciera falta. Me reconfortó mucho el cariño que me demostraron. Sabía que siempre podría contar con ellos.

Al día siguiente hice el esfuerzo de regresar al piso para hacer mis maletas. No quería volver allí, pero tenía una conversación pendiente con él. Por desgracia, aunque fue lo mejor, ya estaba allí cuando llegué.

—Emma tenemos que hablar. Necesito explicarte lo que viste.

—Sin duda, que menos que una explicación ¿no crees? —contesté seca.

—Y es lo que voy a hacer. Siento mucho que tuvieras que presenciar... bueno, ya me entiendes... —Empezó diciendo cabizbajo.

—No, no te entiendo David. Me lo vas a tener que explicar muy claro porque no entiendo nada —solté cruzada de brazos.

—Está bien, no sé por dónde empezar, pero a ver... hace dos años... en una cena de empresa antes de vacaciones de verano, antes de irnos a Almería... ¿recuerdas?

—Sí, recuerdo... continúa.

—Esa noche, después de la cena me fui de copas con Alejandro y Luis a un local nuevo que ellos conocían. Yo fui creyendo que era un local normal de copas... —Me miró para ver si le preguntaba algo, y al no hacerlo siguió contando la historia—, pero al rato de estar allí me di cuenta de que no lo era. Era un club liberal. Había muchas parejas, chicas muy ligeras de ropa, espectáculo erótico, diversas salas con nombres raros. Me llevaron a una

zona dónde se estaba produciendo una orgía, hombres y mujeres mezclados y nosotros mirando por unos agujeros como voyeurs, otra sala dónde había una cruz con cadenas...

—Para, para, David... no quiero saber más por favor... no quiero más detalles...

—Está bien, el caso es que conocí a una pareja e hice un trío con ellos. La cosa es que me gustó esa sensación, y a partir de ahí comencé a asistir a ese tipo de fiestas. Cada vez me gustaba más ese mundo. Podía practicar sexo de todas las maneras inimaginables y... me sentía bien por ello.

—Por eso, hace dos años que no me tocas, ahora lo entiendo todo.

—Tú no tienes la culpa, Emma. Después de descubrir mi sexualidad era incapaz de tocarte. Ya me sentía culpable por ocultártelo, pero no sabía cómo decírtelo. El tiempo pasaba y creía que así estaba bien...

—¿Así estaba bien?! Si no llega a ser porque te he descubierto, ¿me hubieses seguido mintiendo?! ¿Eso es lo que me estás queriendo decir?!

—No lo sé, quizá sí o no, posiblemente en algún momento te lo hubiese contado. —No paraba de tocarse el pelo con las manos, era evidente que estaba nervioso.

—Tú disfrutando de tu doble vida y yo, ¿qué? ¿A caso pensaste en cómo me sentía yo? ¿Cada vez que intentaba acercarme a ti y tú me rechazabas? Y yo pensando que ya no te atraía, que tendrías a otra fuera de casa... y ¡vaya si tenías fuera de casa!... no una, sino a todas las que querías... dos años de mi vida culpándome por si hacía algo mal para que me trataras así. ¡Menuda idiota he sido! ¡Cómo no he podido darme cuenta antes! ¡Me siento tan humillada, David!

—Lo siento muchísimo, Emma, de verdad que lo siento.

Después de un largo silencio, intentando asimilar lo que me acababa de contar le dije que me iba yo del piso, no quería estar en el lugar donde me había hecho tanto daño. No puso objeción alguna, es más, me ofreció su ayuda en caso de que necesitara algo.

—Emma, si necesitas mi ayuda, sabes que puedes contar conmigo.

—¿Perdona!?! Encima que me pones los cuernos por decir algo, de esa manera, me lo ocultas durante dos años ¿piensas que voy a pedirte ayuda? Estás peor de lo que me imaginaba. ¡No quiero nada de ti! ¡No quiero volver a saber nada de ti! —grité furiosa. Me dirigí a la habitación y saqué un par de maletas. Fui colocando la ropa de mala manera, necesitaba salir de allí cuanto antes. Cuando ya lo tenía casi todo recogido, le dije que más

adelante volvería por las pequeñas cosas y me fui dando un portazo.

No podía asimilar lo que acababa de escuchar. No me consideraba una mojigata en el sexo, pero... ¿de verdad existía ese mundo del que me hablaba David?

Capítulo 15

Las chicas estaban a punto de llegar. Habíamos pensado en pedir comida china, tomar alguna copa en casa y pasar un rato solas, las tres. Lo que viene siendo una noche de chicas.

—¡Vamos a cenar que me muero de hambre! Apenas me ha dado tiempo a comer algo con la de curro que he tenido hoy. ¡Me comería un cerdo entero! — exclamó Nona.

—Pues creo que con lo que hemos pedido tienes para comerte la granja entera, porque nos hemos pasado un poquito —dije alucinando con la cantidad de comida que teníamos sobre la mesa.

—No te preocupes Emma. Nona ya se encargará de que no sobre nada —dijo Martina riéndose.

—Y luego no sabemos dónde lo mete, con lo que come y no engorda.

—Con vuestro permiso o sin él, mientras me criticáis yo voy comiendo, luego no os quejéis que no os dejo nada. —Intentó decir con la boca llena.

—Martina, vamos que a este paso no nos va a dejar ni los platos.

—Jajaja anda sí... ¡Eh! ¡Nona! ¡Que yo quería ese rollito!

—Eso te pasa por hablar y no comer, ahora te fastidias.... —le contestó haciéndole una mueca divertida.

Después de cenar, beber vino y echar unas risas nos sentamos en el sofá con un gin-tonic cada una. Estuvimos comentando los chismes sobre nuestros respectivos trabajos, hablamos de Andrés y Martina, que según ella habían vuelto a quedar a cenar, y la cosa pintaba muy bien. Hasta que le llegó el turno a Nona.

—¿Y tú qué, Nona? ¿Qué tal con Javier? ¿O con Evan? —preguntó Martina.

—¿Yo?... pues con Evan, sólo fue un rollo, aunque repetimos, estuvo muy bien pero ya ha vuelto a Escocia.

—Y ¿Javier?

—¿Qué pasa con Javier? —Nos miró seriamente.

—Vamos Nona, sabemos que hay algo entre Javier y tú. Emma y yo nos dimos cuenta la noche de la fiesta en el pub. Hubo un flechazo, ¿a que sí, Emma? —dijo dirigiéndose a mí.

—La forma en que te quedaste mirándolo no es cómo miras a cualquiera de tus rollos, inclusive Evan.

Nona se levantó del sofá y dejó su gin-tonic en la mesa. Martina y yo la

observamos mientras andaba de un lado a otro del salón tocándose la melena con nerviosismo.

—¿Estás bien? —Nos preocupamos Martina y yo.

—Sí, sí... bueno... no... no sé chicas. Estoy hecha un lío. Vosotras ya me conocéis. Yo no soy de compromisos, no me van las ataduras, soy independiente y no me gusta que nadie me controle. Soy feliz así enrollándome con quien quiera, cuándo quiera y sin dar más explicaciones...

—Pero...

—Pero creo que Javier me ha roto todos los esquemas. —Las dos la miramos con sorpresa levantando las cejas y muy intrigadas.

—Vale, si me miráis así... ya sigo. Pues que creo que estoy sintiendo algo diferente hacia Javier. No siento lo mismo que con mis rollos. ¡Ay! ¡Chicas! No sé explicarme... pero siento algo por aquí dentro —decía señalando su corazón—, que me revuelve todo el cuerpo, siento un hormigueo en el estómago que me pone nerviosa y eso me pasa cada vez que lo veo o... simplemente al pensar en él.

—Pero Nona ¡eso es fantástico! —Miré a Martina y las dos nos entendimos sin decir nada—. ¡Estás enamorada!

—¡Anda ya Emma! ¡Qué voy a estar enamorada! Si apenas lo conozco, ni he salido con él, ni...

—Cariño, no hace falta todo eso. A veces surgen los flechazos y por mucho que te pongas excusas, el corazón es el que manda. Y créeme, tú estás coladita por Javier. Lo que pasa es que nunca te has enamorado y no sabes lo que se siente... hasta ahora. Pero no tienes que preocuparte, solo déjate llevar —le interrumpió Martina de una forma maternal.

—Martina tiene razón, Nona. Estás nerviosa porque esto es nuevo para ti, pero es algo bonito y... Javier es un buen partido.

—Yo... no, no puedo salir con nadie. No soy capaz de tener una relación, chicas... yo... —Nona volvió a sentarse en el sofá con los codos apoyados en las rodillas y las manos sobre la cabeza.

—¿Nona? No queremos agobiarte, perdona si hemos insistido en el tema —le contestó Martina pasándole un brazo por los hombros.

—Creo que... debo contaros algo. —Se acomodó en el sofá y nosotras nos sentamos a su alrededor para prestarle toda la atención—. Veréis... Os tengo que contar por qué no tengo relaciones largas de pareja y por qué prefiero los rollos de una noche.

—Tranquila cariño, te escuchamos.

—A los diecisiete años tuve mi primer novio. Vosotras no lo llegasteis a conocer. Era un chico del instituto y vecino del barrio dónde vivía de pequeña. Empezamos a salir y nos lo pasábamos bien. Yo a esa edad era una ingenua y a él lo veía como si fuera mi Dios. —Hizo una pausa y soltó un bufido.

—Toma, bebe un poco de agua. —Le acerqué el vaso para que intentara calmarse. Se había puesto nerviosa y aún no sabíamos por qué, pero me preocupé bastante porque nunca la habíamos visto así. Ella era la fuerte, la que podía con todo, nunca flaqueaba ante nada o al menos cara a nosotras. Pero la imagen que nos estaba dando nos estaba preocupando de verdad.

—Gracias Emma... pues después de unos meses de relación, él me pidió dar un paso más. No pasábamos de los besos y caricias, pero poco a poco él me enviaba señales de que quería avanzar. Yo no estaba preparada. Era virgen y no sabía nada del tema. Si sabía acerca de la menstruación fue porque no me quedó más remedio puesto que en casa nunca me hablaron sobre la sexualidad. Tuve que aprender sobre la marcha.

Un día, estábamos en su casa, sus padres no estaban y empezó a sobarme más que otras veces. Me empecé a poner nerviosa y le dije que parara, que aún no estaba lista, pero él estaba tan excitado que se me echó encima y empezó a besarme con fuerza. Yo continuaba diciéndole que parara, pero no lo hacía. Me dio un bofetón diciéndome que no hacía más que calentarlo para luego no hacer nada, y que se había hartado. Me sujetó las muñecas con una mano mientras con la otra me subió la falda hasta la cintura. Se colocó entre mis piernas haciendo que me abriera. Yo intenté cerrarlas con todas mis fuerzas, pero él era más grande y robusto que yo. A continuación, noté como su erección se clavaba en mi bajo vientre mientras me amenazaba con que o me estaba quieta y no gritaba, o acabaría dándome una paliza. Lo hubiese preferido. —En ese instante sus ojos dejaron escapar unas lágrimas que hacía rato que luchaban por salir.

—¡Cariño!

—¡Nona! —La abrazamos entre las dos mientras rompía a llorar.

—Necesito acabar la historia, chicas... después al ver que no podría con él, me resigné. Me penetró bruscamente haciéndome un daño horrible. Me desvirgó de la peor manera que pueda pasarle a una chica. Lloré y lloré y más seguía embistiéndome. Decía que le ponía mucho verme llorar y me penetraba cada vez más fuerte. Yo no podía dejar de llorar, entre el dolor físico y del alma, me sentía totalmente rota. Cuando acabó, me volvió a amenazar que como contara algo a alguien me arruinaría la vida... —cómo si no lo hubiese

hecho ya—, me llevó a casa como si nada y tuve que hacer que estaba genial delante de mis padres. Fue muy duro, pero estaba tan asustada y en shock, que le obedecí.

—Nona... lo siento muchísimo, de verdad.... —Me dolió en el alma escuchar su historia.

—Cariño... —Martina también la abrazó y nos fundimos las tres en un abrazo.

—Ahora entendéis por qué no quiero relaciones. Me dan pavor. Prefiero sexo de una noche que no implica ni sentimientos ni ataduras. Solo sexo y nada más.

—Claro que lo entendemos, cariño, pero... ¿Cómo has guardado este secreto tanto tiempo? ¿No lo saben tus padres? —preguntó Martina.

—No, no lo saben y nunca lo sabrán. Ha pasado mucho tiempo y he aprendido a vivir con ello.

—Pero, esto es grave...

—Sí, lo sé, pero ya qué más da. Han pasado diez años. No he vuelto a saber nada de ese desgraciado y que siga así. He seguido con mi vida lo mejor que he sabido y podido. Ya no se puede hacer nada. En su momento debí de haber hecho algo, pero era tan ingenua y estaba tan aterrorizada que no tuve el valor de hacer frente a la situación. Lo escondí, seguí con mi vida y con el alma hecha pedazos. No os conté nada porque no quería involucraros en mis penas. Bastante me dolía a mí como para que vosotras soportarais mi pesar. Pensé que después de aquello no volvería a tener ninguna relación sexual con nadie, pero las disfruto a mi manera.

—¡Lo sabemos! —dije sacándole una sonrisa y destensando el ambiente.

Las tres nos reímos durante un rato. Nos abrazamos y brindamos por nosotras. Por Nona y porque a pesar de lo sufrido se merecía enamorarse y vivir el amor verdadero. Fue un momento muy intenso tras la historia que nos contó. No podíamos imaginarnos que algo así podía haberle pasado a ella. Precisamente a ella, que siempre era la primera en enrollarse con los tíos sin prejuicios ni complicaciones. Ella, que nos hablaba abiertamente del sexo de una forma tan natural. La que siempre nos animaba para que echáramos un polvo sin remordimientos. Esa era Nona. Y después de lo sufrido, aún la admirábamos mucho más si eso era posible.

Capítulo 16

—¡Ya está chicas! Vamos a animarnos, nada de lágrimas. Voy a preparar más gin-tonics, ¿os parece? —dijo Nona levantándose de sofá dando un brinco y tan alegre como siempre.

—¡¡Siii!!

—Entonces, con Javier ¿qué va a pasar? porque se nota que le interesas.

—¿En serio? —Me miró sorprendida.

—Ya te digo, me suele preguntar a menudo en el trabajo por ti. Eso debe significar algo, ¿no crees?

—Tiempo al tiempo, chicas. —Nos guiñó un ojo dirigiéndose a la cocina.

—¡Emma! —gritó de repente.

—¿Qué?

—¿Dónde tienes a tu príncipe? —preguntó riéndose.

—¿Mi príncipe? Yo no tengo ningún príncipe, loca.

—Y ese tal ¿Eric?

—¿Eric? No es mi príncipe, listilla.

—Ya, ya, tiempo al tiempo.

—Pues chicas conmigo no va eso de tiempo al tiempo... —interrumpió Martina.

—¿Qué quieres decir Martina? —Nos giramos las dos en redondo hacia ella.

—Pues que Andrés y yo ya vamos en serio.

—¿Ya? ¡¡¡Cómo me alegro zorrón!!! ¡¡Por fin una de nosotras le echa ovarios al asunto!! —salió corriendo Nona de la cocina para darle un abrazo fuerte a Martina que por poco no la aplasta.

—¡Nona! No... puedo... respirar...

—¡Uy! ¡perdona! Me he emocionado demasiado... —La soltó mientras reía a carcajadas.

Yo no podía parar de reírme ante la escena que estaba sucediendo delante de mí. Me alegré muchísimo también por Martina. Después del chasco que se llevó con Carlos, ya le tocaba ser feliz y Andrés parecía un buen tipo.

—¡Me alegro muchísimo, cariño! Ya te tocaba algo bueno. —Me dirigí a Martina para abrazarla.

—No, si tocarla seguro que la toca.

—Uhm... de momento, eso me lo guardo para mí.

Después del momento de euforia, Nona hizo más gin-tonics y nos sentamos en

el sofá a degustarlos. Seguimos hablando de chicos, más bien de Andrés. El tema de Javier no lo volvimos a tocar por ese día. Nona ya tuvo bastante esa noche. Y claro, solo faltaba yo. ¿Cómo no me iban a preguntar más sobre Eric? Precisamente fue Martina quien sacó de nuevo el tema.

—Tú no te pienses que te vas a librar ¡eh! ¡Emma! ¿Y Eric?

—¿Eric? ¿Qué Eric? —dije haciéndome la tonta dando un sorbo largo a mi copa intentando evitar el tema, pero sabía de sobra que no me podía escabullir.

—Venga pendón, que aquí pringamos todas. A ver, que yo me entere bien. ¿Qué pasa con el principito Eric?

—Nona, tú siempre poniendo motes a todo quisqui. Se llama Eric, a secas, sin ningún cargo real ni nada parecido. ¿Te vale eso, su Majestad? —contesté inclinándome hacia ella en forma de reverencia.

—Muy graciosa, plebeya. Vas a acabar en las mazmorras por tus palabras —dijo en tono divertido.

Las tres nos retorcíamos de risa en el sofá. Entre los gin-tonics y las ocurrencias de Nona, no podíamos parar.

—Vale, vale, chicas... no puedo más... me duele el estómago de tanto reír. —Consiguió decir Martina.

—¡Ay! ¡Sí! Tiempo muerto por favor... que no puedo con mi alma.

—Chicas, esto es risoterapia y va genial para liberar tensiones y malos rollos. No os quejéis. Venga, Emma, contesta. ¿Qué pasa con Eric? ¿Te lo has cepillado ya?

—Mira que eres burra. No, no me lo he cepillado. Ni siquiera hemos tenido ninguna cita. Solo... sólo hemos ido a comer y fue un imprevisto, nada más.

—A ver, explícate, que a veces, hija, hay que sacarte la información con pinzas.

—Ahí tiene razón Nona, es verdad que te cuesta contarnos las cosas, Emma. Si no te tiráramos de la lengua no nos enterábamos de nada —corroboró Martina.

—Ya sabéis que me cuesta hablar de mis sentimientos. No lo hago a propósito... pero, está bien... el martes... cuando iba a comer, me choqué con él al volver la esquina del colegio. Empezamos a hablar y me acompañó. Ya está.

—¿Cómo que ya está? Anda hija, explícate un poco más —pidió Martina.

—No hay mucho más que contar. Estuvimos hablando, comiendo y... me entró pánico.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba muy a gusto hablando con él, de verdad, me sentí muy bien y relajada. Incluso me estaba planteando aceptar su invitación para salir a cenar, pero en ese momento volvió a sonar el móvil. Otra vez ese número oculto y volví a la realidad. Así que le dije que me había surgido algo en el trabajo y me marché corriendo del restaurante.

—¡Oh Emma! lo siento mucho. —Me abrazó Martina.

—Se acabó. Ahora mismo vamos a denunciar esas llamadas. —Se levantó Nona de repente dispuesta a ir a la policía.

—¿Qué llamadas? —nos preguntó Martina mirándonos asustada.

Le expliqué a Martina todo el tema de las llamadas ocultas, de la respiración que escuchaba de fondo, que nadie contestaba y ella también opinaba como Nona. Tenía que ir a denunciarlo antes de que fuera demasiado tarde. Pero pude convencerlas de que me dieran más tiempo.

—Por el momento no ha ocurrido nada, chicas, pero os aseguro que si va a más voy enseguida a denunciar ¿de acuerdo?

—Más te vale porque si no te llevo de las orejas.

—Sí, mami —contesté a Nona haciéndole un puchero.

—Y ya estás aceptando esa cita con Eric. ¿Tienes su número?

—Sí, a pesar de que lo dejé medio plantado me lo dio por si cambiaba de opinión y aceptaba quedar con él.

—Y ¿a qué esperas? ¡Venga! ¡Escríbele!

—¿Ahora?

—¡Ay Emma! a veces eres más torpe que yo —me acusó Martina.

—Gracias, yo también te quiero, pero ahora es tarde y seguramente estará de fiesta por ahí. No quiero molestarlo.

—De verdad, Emma, a veces más mojigata no puedes ser. Da igual la hora que sea, si le gustas en cuanto vea tu mensaje te contestará. Te lo aseguro.

—Venga,scríbele, que ahora estoy intrigada —dijo Martina.

—Está bien, está bien, ya voy...

YO: Hola Eric, soy Emma, te debo una disculpa por marcharme de esa manera del restaurante y he pensado que me gustaría aceptar tu invitación a cenar. Si aún quieres ya me dirás algo. Buenas noches.

—¡Hala! Ya está. Ya se lo he enviado. —Dejé el móvil en la mesa y me senté en el sofá.

—Ves como no ha sido tan difícil. Ahora no te agobies, que cuando lo vea te contestaré.

Seguimos las tres charlando y bebiendo. Ninguna de las tres estábamos en condiciones ni de conducir ni siquiera de andar. Los cubatas habían hecho su efecto y Nona y Martina optaron por quedarse a dormir en mi casa.

Capítulo 17

Por la mañana, después de desayunar, ellas dos se marcharon a sus casas. Fui a mirar el móvil por si Eric me había contestado al mensaje que le envié la noche anterior, pero marcaba como que aún no lo había leído.

Martina había quedado con Andrés para pasar el día juntos y Nona me dijo que aprovecharía para hacer limpieza general, que ya tocaba. Le gustaba tener la casa en condiciones por si le salía algún plan de última hora y llevaba a algún tío a su cama. —Ella y sus líos de pantalones—.

A media mañana, me sonó el móvil. Desde que me llamaban con número oculto cada vez que alguien lo hacía no podía evitar dar un respingo, pero me alegró ver que quién llamaba era Javier.

—Javi.

—Buenos días, Emma, ¿Cómo estás?

—Bien y ¿tú?

—Aquí pensando en mis cosas y... quería pedirte un favor.

—Claro, dime.

—¿Sería mucha molestia que me dieras el número de Nona? Si no te importa, ¡claro!

—Por mí no hay problema, pero si se entera de que voy dando su número por ahí, me mata.

—Por ahí no, sólo a mí y... por eso no te preocupes que ya me encargo yo.

—¿De matarme?

—¡No! jajaja, que yo me ocupo de que Nona no te mate.

—Ah jajaja, disculpa te había entendido mal.

—No será para tanto.

—Nona tiene carácter, ya te aviso.

—Me gustan las mujeres con carácter así que no te preocupes.

—Está bien. Ya me contarás qué tal te ha ido.

—Sí y muchas gracias, Emma.

Le di el número de Nona. Realmente esperaba que saliera bien. Javier era un encanto y un buen tío. Como compañero era genial y siempre estaba ahí para todo. Junto con Ana, fueron los que más me ayudaron a adaptarme en el colegio. Supuse que sería una buena influencia para ella. Sobre todo, después de conocer lo que le ocurrió en el pasado y el porqué era reticente a las relaciones. Ya era hora de que tuviera suerte en el amor.

Después de hablar con las chicas, me dio por pensar en Eric. Empezaba a sentir algo por él. El rato que estuvimos hablando estuve muy a gusto, pero me daba miedo volver a sufrir. Lo que pasó con David me marcó mucho, y ahora iba con precaución, pero a la misma vez pensaba en cómo sería sentirse amada y respetada por alguien de igual a igual. Me consideraba una romántica empedernida, pero sabía de sobra que la realidad no tenía nada que ver con el romanticismo que leía en las novelas románticas a las que tanto me había aficionado. Comencé a leer cuando me fui a vivir con él, y desde entonces no he dejado de hacerlo. El ratito que empleaba en un libro me permitía evadirme de los problemas y soñar despierta. Imaginarme viviendo un romance con uno de esos protagonistas, me volvía loca, pero la vuelta a la realidad me dejaba hecha polvo.

El sonido de mi móvil hizo que saliera de mis ensoñaciones y fuera a buscarlo.

Cuando vi que era un mensaje de Eric, se me aceleró el corazón, me empezaron a sudar las manos y no me atrevía a abrirlo. —¿Y si había cambiado de opinión y me decía que no? ¿Y si ya tenía planes? ¿Y si...? ¡Uf! Estaba aterrada. Está bien, Emma, respira, sólo es un mensaje, me dije a mi misma—.

ERIC: ¡Guapísima! Discúlpame por no contestarte antes. Acabo de ver tu mensaje. Me quedé sin batería y ahora, al conectarlo, lo he visto. No te tienes que disculpar por nada, no te preocupes...y... ¡claro que me gustaría quedar a cenar contigo! ¡Estaré encantado!

—¡Uf! ¿Y ahora que le digo? ¿Qué le contesto? ¡Ay! ¡Madre!... ¡Que se me va a salir el corazón del pecho!—.

YO: Hola Eric... genial... pues ya me dirás tú a qué hora te va bien ¿vale?

—¡Madre mía! Me había lanzado y ya no había marcha atrás, aunque siempre me podría surgir un imprevisto de última hora, respira Emma, respira—.

ERIC: Entonces a las nueve y media ¿te va bien?

YO: Sí, me va perfecto.

ERIC: Entonces nos vemos luego.

YO: Hasta luego Eric.

ERIC: Hasta luego, Emma.

Me puse nerviosa como una adolescente en su primera cita, pero es que en realidad hacía mucho tiempo que no sabía lo que se sentía al quedar con un chico. De repente me entró el pánico porque no tenía ni idea de lo que ponerme.

Rebusqué en el armario entre pantalones, faldas, vestidos, blusas... al final opté por unos pantalones tejanos negros con forma de pitillo y una blusa azul eléctrico de gasa con las mangas de encaje. En esta ocasión me decidí por unos zapatos negros de tacón medio y un poquito de plataforma muy cómodos.

Después de elegir el vestuario me fui a dar un baño relajante en la bañera con hidromasaje. Mientras destensaba los músculos con las burbujitas seguí leyendo el libro que tenía a medias. Por lo menos estuve más de media hora en el agua porque la historia de la novela me tenía atrapada. Cuando noté que se me empezaban a arrugar las yemas de los dedos de los pies, decidí salir y empezar a arreglarme. Como iba con suficiente tiempo me esmeré en hacerme unas ondas en el pelo y maquillarme de forma natural. Poco después, sonó el timbre del portal, supuse que era Eric.

Capítulo 18

Cogí el bolso y salí del piso nerviosa. Me temblaba el cuerpo. No acertaba a introducir la llave en la cerradura de la puerta. Parecía una cría y me reprendí mentalmente para tranquilizarme. —Venga, Emma, que solo es una cita y ya has quedado con Eric—.

Cuando lo vi allí plantado, en la puerta de la calle, con tejanos negros, camisa negra doblada hasta los codos, el pelo corto pero revuelto de forma informal, barba de tres días y esos dos luceros de color azul que enfocaban hacia mí, me quedé petrificada. —¡Madre mía! ¡Cómo podía estar tan guapo! —.

—Emma... estás preciosa —me dijo mientras me daba un repaso de arriba abajo y clavando su mirada en la mía.

—Gracias... tu tampoco estas... ¡nada mal! —dije embobada.

—¿Vamos? —dijo mientras ponía su brazo casi rozándome mi cintura dirigiéndome hacia su coche.

—Claro. —Al comenzar a caminar pegué un ligero traspíe al torcerme el tobillo por culpa de los tacones. Por suerte Eric tuvo buenos reflejos y me agarró de la cintura para evitar acabar por los suelos. Al pegar su cuerpo al mío, me produjo una sensación de ardor que me llegó hasta las raíces del pelo. Tan sólo su roce estremeció todo mi cuerpo.

—¿Estás bien Emma? ¿Te has hecho daño? —me preguntó sin soltarme.

—Sí, estoy bien, sólo me he torcido un poco el tobillo, pero no es nada, puedo caminar.

—Si pensaba que tus caídas eran por naturaleza, ahora ya estoy totalmente convencido que de verdad, eres así de nacimiento —soltó riéndose.

—Gracias señor perfecto. Siento mucho haber heredado la torpeza de mi madre. Pero si te molesta, nadie te obliga a que estés cerca de mí —contesté irritada.

—Es broma, Emma, lo decía en broma. No me molesta en absoluto. Es más, me gusta cómo eres, tu torpeza tiene su encanto. Y no te lo digo para que te enfades, te lo digo de buen rollo. —dijo levantando las manos en señal de rendición.

—Está bien... Vamos... —Entre el traspíe y lo que me acababa de decir, me había puesto aún más colorada de lo que ya estaba.

Abrió la puerta del copiloto para que subiera y se aseguró de cerrarla una

vez ya estaba dentro. Mientras daba la vuelta al coche, lo seguí con la mirada y sentí un estremecimiento en mi zona más íntima que hizo que me alterara aún más si cabía.

—¿Estás bien, Emma?

—Sí... sí, estoy bien —balbuceé—.

—Te noto un poco... acalorada... ¿Quieres que ponga el aire acondicionado? —me dijo con ironía.

—Ehm... sí, te lo agradecería... no sé por qué, pero tengo mucho calor —le contesté del mismo modo mientras me sonreía de esa manera que tanto me gustaba.

Fuimos a un restaurante mexicano que había cerca y por suerte encontramos aparcamiento fácilmente. Entramos y el ambiente que se respiraba era de las especias y el aroma típicos de la gastronomía mexicana. La decoración y el hilo musical te transportaban hasta el país de las rancheras.

Apareció un camarero que nos llevó hasta una mesa muy acogedora al fondo del salón.

—Aquí les dejo la carta.... ¿Qué desean beber?

—Yo una Coronita.

—Para mí otra —dijo Eric mirándome con un brillo especial en sus ojos.

—Enseguida se las traigo —nos dijo el camarero marchándose.

—¿Coronita?

—Sí, es mi preferida. —Sonreí con picardía.

—Pues que sepas que también es la mía.

—¿En serio? Vaya, qué casualidad.

—¿Y a parte de la cerveza que otras cosas te gustan? —preguntó con mucha atención.

—Pues... —En ese momento apareció el camarero para tomarnos nota de lo que queríamos para cenar. Me cortó el rollo de mala manera, y creo que debió notar mi cara de asesina porque seguidamente se dirigió a Eric para apuntar lo que queríamos para cenar. Pedimos lo primero que vimos en la carta porque los dos estábamos más pendientes del otro que de la comida en sí.

—Dime. —Volvió su atención hacia mí en cuanto se hubo marchado el camarero.

—Pues, además de gustarme los niños, me gusta mucho leer, escribir, salir a tomar una copa, viajar y tener momentos tranquilos sólo para mí.

—Eso de momentos tranquilos suena muy bien... ¿a qué te refieres exactamente? —me preguntó con una sonrisa pícaro.

—No pienses cosas raras, me refiero a momentos para mí, para estar sola con mis cosas, dar un paseo, leer un libro, practicar yoga o incluso limpiar la casa me relaja.

—En eso te doy la razón, va bien tener un momento para uno mismo... pero lo de limpiar la casa... eres la primera persona que me dice que eso la relaja —soltó una carcajada.

—Tiene que haber de todo en esta vida ¿no? Hay quien pinta desnudo, quien hace puenting, quien se relaja en un karaoke... pues yo me relajé limpiando.

—Jajaja eres única. Pero tienes toda la razón.

—Y ¿tú cómo te relajas?

—¿Yo? Pues soy de los que pintan desnudos —me soltó carcajeándose—, es broma, en realidad no soy muy original pero lo mío es relajarme con los videojuegos.

—Por un segundo te había creído. A ver si adivino... ¡Juegas a la Play! —afirmé rotundamente porque pensé que era más que evidente.

—¡Premio a la señorita! —Se rio mostrándome una sonrisa sincera que hacía que se le iluminara la mirada.

—Siendo informático tienes todas las papeletas para que te gusten los videojuegos. Solo es lógica.

—Lo sé, no hay que adivinar mucho.

Continuamos hablando un rato más de nuestros gustos y aficiones mientras el camarero nos servía los platos.

Me encontraba muy a gusto con Eric. Me hacía sentir muy bien y no solo por la compañía. Mi cuerpo reaccionaba por sí solo ante su presencia y sin contar con los halagos que no dejaba de decirme. Comenzaba a pensar que podría superar de una vez por todas mi pasado. Por un momento se me pasó fugazmente por la cabeza la idea de cómo sería tener una relación de pareja con él, pero el sonido de mi móvil me sacó de mis cavilaciones rápidamente. Me puse rígida de pronto y Eric lo notó.

—¿Qué ocurre Emma? Te has puesto muy tensa. ¿No coges la llamada? —Lo miré respirando agitadamente y giré la vista hasta el móvil, lo volví a mirar y tragué saliva. No esperaba que ocurriera estando con él.

—No... no, seguramente sea publicidad, no importa.

—No sé, me ha parecido que te has puesto muy nerviosa. ¿Seguro que no es nada?

—Es que... —Lo miré y dudé en si decirle o no lo de las llamadas, pero me miraba tan preocupado que sentí la necesidad de contárselo—. En realidad, no

es publicidad, no sé quién es.

—Entonces, ¿por qué reaccionas de esa manera?

—Porque esa persona sí sabe quién soy yo. Las llamadas empezaron al poco de comenzar a trabajar en el colegio. No me hablan. Al descolgar y preguntar quién es, solo escucho la respiración de esa persona, nada más y cada vez son más frecuentes.

—¿Lo has denunciado?

—No. Las chicas quieren que lo denuncie, pero de momento no ha pasado de ahí.

—Emma, pueden ser solo unas llamadas, pero siempre puede ir a peor. ¿Y si te están vigilando? ¿Y si te están siguiendo y saben dónde vives o dónde trabajas? No puedes dejarlo estar, puede ser peligroso.

—Ya lo he pensado Eric, pero no creo que pueda pasar nada malo, sino ya lo hubiese hecho. —Me vino a la cabeza la tarde en el centro comercial cuando estuve con Martina y Andrés. La sensación que tuve de que alguien me seguía. Un escalofrío sacudió mi cuerpo y me asusté.

—¿Cómo estás tan segura?

—No lo estoy, pero de momento no ha pasado nada. Te prometo que si ocurre algo o las llamadas van a peor, voy a denunciar ¿vale?

—De acuerdo, estaré pendiente de ti y espero que me mantengas informado con cualquier cosa y a la mínima vamos a la policía.

—Gracias Eric, pero no tienes porqué, no es asunto tuyo.

—Pero quiero que sea asunto mío, quiero ayudarte. —Me cogió la mano y la acarició mientras me lo decía. La sensación tan agradable que percibí la primera vez que tuvimos contacto, volvió a aparecer y me sentí bien, me sentí segura y protegida. Nos quedamos unos segundos mirándonos a los ojos, solo estábamos él y yo, no existía nadie más.

Después de ese momento, el camarero nos trajo los postres. Al acabar, nos fuimos del restaurante. Eric volvió a rodearme con su brazo la cintura hasta que llegamos donde estaba aparcado el coche. Me abrió la puerta y me invitó a subir con esa mirada que me hacía temblar. Lo seguí mientras lo rodeaba hasta que subió. Arrancó y en pocos minutos llegamos a la puerta de mi casa. En un abrir y cerrar de ojos, apareció a mi lado cogiéndome de la mano para salir del coche.

—Gracias Eric.

—A ti, Emma.

—¿Te apetece un café? —Me sorprendí a mí misma sugiriéndoselo, pero ya

había abierto mi boquita y no me iba a echar para atrás.

—Sí ¡claro!

—Genial, vamos.

Capítulo 19

Subimos en silencio en el ascensor hasta mi piso. Eric abrió la puerta y me dejó pasar como todo un caballero. Rebusqué las llaves en mi bolso mientras notaba el calor de su cuerpo pegado a mi espalda. Tan sólo su roce provocaba una sensación abrasadora en mi interior. A duras penas, conseguí sacar las llaves y abrir la puerta entrando directamente al baño, necesitaba agua fría, estaba demasiado sofocada.

—Enseguida vuelvo, voy al baño —dije apresurada.

Cuando me refresqué, salí del baño con el pelo recogido en una coleta alta, pero al ver la cara de Eric, no supe si había hecho bien o no. Su mirada no era como la de hacía un rato; me miraba como si me fuera a devorar allí mismo. Me quedé paralizada en medio del salón como una tonta.

—¿Qué ocurre? ¿Tengo algo en la cara? —Hice el gesto de tocarme para ver si me había manchado o tenía algo y volví a mirarlo.

—No, en absoluto, es que... estás preciosa.

—¡Oh!... mmm... gracias... pero sólo me he recogido el pelo —dije tímidamente—. Bueno voy a... a hacer el café... O ¿te apetece una copa?

—Pues sí, me apetece una copa mejor, ¿tienes cerveza?

—¡Sí, claro! enseguida te la traigo. —Al regresar con las cervezas, Eric se había sentado en el sofá mirándome—. Toma, aquí tienes.

Bebimos entre risas y conversaciones sin argumento, pero creamos un ambiente muy cómodo. Tanto fue así que el espacio entre los dos se fue reduciendo hasta rozar ligeramente nuestras piernas. Su calor corporal traspasaba la ropa y me producía una sensación muy agradable. Eric se giró hacia mí para colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja, y acariciarme la mejilla con su mano. Me miró a los ojos y su mirada me pidió permiso para acercarse un poco más. Sus ojos azules mostraban deseo, pero a la vez precaución. Entonces como por arte de magia, fui yo quien se acercó a sus labios con un ligero roce y lo besé muy dulcemente. Me correspondió del mismo modo y poco a poco fuimos aumentando la intensidad hasta que nuestras lenguas se rozaron y se buscaron con pasión. Nuestras respiraciones se aceleraban cada vez más, y noté como mi entrepierna se humedecía con rapidez. Después de ese instante, que se me hizo muy breve, me separé ligeramente de él. Sentí como la cabeza me daba vueltas, el corazón me palpitaba a cien por hora, y el rubor de mis mejillas era más que evidente.

Pero a pesar de todo, ese beso fue el más auténtico y precioso que me habían dado nunca. Un beso que me hizo sentir viva y estremecerme de pies a cabeza.

—¿Estás bien? —me preguntó elevándome la barbilla para que lo mirara.

—Sí, muy bien —contesté con una amplia sonrisa.

—Lo siento si...

—¡No! ¡No! Para nada, Eric. Si he sido yo quién se ha lanzado. Tú... todo lo contrario... ha sido... genial. —Me sentía totalmente avergonzada.

—¿Genial? Genial es poco. Me ha gustado muchísimo. Eres muy dulce.

—Gracias, tú tampoco sabes nada mal. —Sonreí.

Me separé de él para coger la cerveza y beber un trago largo. Necesitaba despejarme un poco, su cercanía me nublabla el sentido y en ese momento sería capaz de cometer una locura. Me levanté y fui hacia el balcón a abrir la puerta para que entrara aire fresco. Lo necesitaba con urgencia, pero al girarme para regresar al salón, me choqué con Eric que se había colocado tras de mí.

—Anda, salgamos al balcón. Hace mucho calor, ¿no crees? —dijo, cogiéndome de la mano hacia la terraza.

—Sí, será mejor. —Salimos con las cervezas y nos sentamos en las sillas que había comprado online en Ikea hacía unos días, a juego con una mesita. Estaban de oferta y todo lo que pudiera ahorrar mucho mejor para mi bolsillo.

—Hace una noche preciosa, ¿verdad? —comenté mientras miraba hacia el cielo.

—Sí, hace muy buena noche, pero tú la haces más bonita —soltó así a bocajarro, mirándome cómo solo él sabía hacer para provocarme un infarto.

—Tú lo que quieres es que me ponga como un tomate ¿no? —contesté mirándolo sofocada.

—Yo solo digo lo que siento.

—Gracias —dije tímidamente. Me daba mucha vergüenza que me dijeran piropos, no estaba acostumbrada a esas cosas y no sabía cómo reaccionar.

—¿Te he dicho ya que estás preciosa cuando te ruborizas?

—Mmm... creo que sí... —Bajé la cabeza por la vergüenza mientras se dibujaba una sonrisa en mi cara.

—Que no te dé vergüenza, Emma te mereces todo lo bonito que te diga y mucho más.

—No estoy acostumbrada a que me digan piropos Eric, por eso reacciono así.

—Simplemente como eres. Natural, sé tú misma.

De pronto noté sus labios rozando los míos provocando una sensación muy

placentera. Eran tan suaves, tan dulces... que me dejé llevar y respondí a su beso con precaución y... poco a poco fue convirtiéndose en un beso tierno, pero con pasión dónde los dos nos saboreábamos sin prisas.

Después de unos segundos o minutos —porque perdí la noción del tiempo—, nos separamos y nos quedamos mirándonos fijamente.

—Te brillan los ojos de una manera muy especial, Emma —dijo dulcemente.

—¿Ah sí? ¿Por qué será?

—No sé, dímelo tú. —No me dio tiempo a contestar que volvió a besarme, pero esta vez con más pasión, con ansias por saborear cada recodo de mi boca. Un beso pasional que incendió aún más todo mi cuerpo; mi entrepierna palpitaba de una manera que parecía que fuera a estallar de un momento a otro. —¡Cómo me estaba poniendo con sólo un beso! ¡Me moría de placer!—.

Eric se levantó de la silla, y me ofreció su mano para que yo hiciera lo mismo. Me volvió a besar de esa manera tan perturbadora, y me susurró al oído que no haríamos nada que yo no quisiera... pero... —¿Yo quería algo más? ¿Estaba preparada para dar ese paso?—. En ese momento no era capaz de pensar en nada, solo en que necesitaba sentir su piel cuanto antes. Me estaba volviendo loca con sus besos, mi sexo estaba a punto de estallar.

—Vamos —le susurré al oído.

Eric me siguió con cara de sorpresa, pero enseguida mostró esa sonrisa de medio lado que tanto me volvía loca.

Capítulo 20

Llegamos hasta mi habitación. Abrí la puerta y entré encendiendo la luz. Me giré para ver si Eric me seguía y allí estaba, plantado en el umbral de la puerta mirándome. Sentí su mirada de deseo sobre mí, pero a la misma vez esa mirada me transmitía cautela.

—¿Vienes? —pregunté coqueta.

Entró despacio hasta llegar a mí. Me sujetó suavemente por la cintura con ambas manos, mientras no dejaba de mirarme fijamente a los ojos. Por raro que pareciera, en ese momento, mis nervios habían desaparecido, me sentía tranquila y reconfortada.

Eric fue subiendo sus manos suavemente perfilando mis curvas hasta llegar a mi pelo. Me deshizo la coleta y colocó un mechón de pelo detrás de cada una de mis orejas. Me sujetó con ambas manos la cabeza y volvió a besarme dulcemente. Poco a poco, nuestros besos se fueron haciendo más rítmicos. Rodeé su cuello con mis brazos, mientras me acariciaba la espalda bajando lentamente hasta su fin. De repente, me sujetó el culo fuertemente con ambas manos hasta acercarme más a él. Noté como su erección se endurecía y se apretaba contra mi vientre. Eso hizo que notara mi sexo totalmente mojado.

—Emma, no quiero que hagamos nada que no desees hacer, ¿de acuerdo?

—Eric, ¡calla y bésame!

Soltó una carcajada a la vez que me cogía en volandas para que le rodeara la cintura con mis piernas, mientras me devoraba la boca con ansia. Me llevó hasta la cama, y me tumbó en ella con cuidado. Se separó de mí y se quitó la camisa, volvió a buscarme la boca mientras me desprendía de mi blusa. Desabrochó mis pantalones y me los fue quitando lentamente, sin dejar de mirarme, sensualmente, consiguiendo que aumentara mi excitación. No pude evitar morderme el labio inferior, lo que provocó cierta reacción en Eric.

—Nena, como vuelvas a hacer eso, no voy a tener paciencia contigo y créeme, quiero disfrutarte al máximo.

—Mmm interesante saberlo —dije relamiéndome los labios sensualmente.

—¿Ah sí? —contestó con mirada traviesa.

Me quitó el sujetador sin apartar la vista de mí, estaba atento a cualquier reacción por mi parte y esa sensación me gustó mucho.

—Son preciosos —dijo refiriéndose a mis pechos mientras me besaba tiernamente un hombro.

Colocó su mano derecha sobre mi pecho izquierdo y lo acarició suavemente. Se me escapó un gemido y Eric paró, pero le insté a que siguiera, que todo iba bien.

Con la otra mano, acarició mi otro pecho e hizo lo mismo que con el anterior. Empezó a acariciarlos los dos a la vez, arrancándome gemidos de placer. Cuando se detuvo y me pellizcó un pezón ligeramente, emití un gemido agudo que me estremeció por completo. Sentí un placer extraño pero agradable. Seguidamente, succionó, lamió y chupó varias veces cada uno de mis pezones. —¡Creía morir! ¿Cómo se podía sentir tanto placer sólo con ese gesto?—.

Fue bajando por mi estómago dibujando un sendero de besos hasta llegar a la altura de la cinturilla del tanga. Metió uno de sus dedos y lo fue deslizando despacio hasta quitármelo del todo. Me dejó totalmente expuesta a él. Todo mi cuerpo se reflejaba en su mirada de deseo. Continuó besándome hasta llegar a mi monte particular y me plantó un lametazo en todo mi sexo.

—¡Ah! —gemí—. Fue pasando su lengua por cada pliegue y se detuvo en mi clítoris.

—¿Todo bien por ahí arriba? —me preguntó con esa sonrisilla diabólica.

—Ehm... Sí —contesté entrecortadamente.

Siguió torturándome unos minutos más, succionándome el clítoris, provocándome espasmos de placer y cuando creí que no podía sentir más, introdujo uno de sus dedos.

—¡Oh Dios! ¡Eric! ... —gemí mordiéndome mi labio inferior.

—Así me gusta, nena, disfruta.

Continuó tocándome de esa manera hasta que sentí cómo llegaba al orgasmo. Mi cuerpo se arqueó provocándome un estallido de placer que me dejó sin respiración, una sensación nueva para mí que me hizo sentir viva, me hizo sentir mujer por primera vez.

Se incorporó y se colocó encima de mí mirándome con un brillo intenso en sus ojos que traspasó todo mi ser. En un impulso, volví a morderme el labio inferior. Era una reacción automática que se producía cada vez que me miraba de esa manera.

—Te he dicho que no hicieras eso, Emma.

—No lo puedo evitar. —Sonreí.

—Tú lo has querido —soltó una carcajada.

Me acomodó bien estirada en la cama, y se colocó entre mis piernas haciendo que las abriera, me buscó la boca con ansia y me besó cómo si no tuviera suficiente.

Besó mi cuello bajando lentamente hasta mis pechos. Se recreó en ellos haciéndome sufrir de placer hasta que se separó. Cogió un preservativo de su cartera y se lo puso mientras me miraba. Volvió a colocarse encima de mí y yo le permití mejor el acceso elevando mis piernas alrededor de su cintura. Su miembro buscó la entrada de mi sexo y se adentró lentamente llenándome por completo.

—¡Oh! Emma, que estrecha eres, que delicia.

—¡Ah! ¡Eric! ¡Por Dios!

—¿Te he hecho daño? —Se preocupó.

—¡Para nada!

Comenzó a embestirme despacio para que su miembro se adecuara perfectamente a mi interior y poco a poco fue acelerando el ritmo. Mientras me besaba y me miraba con deseo, como un depredador a punto de devorar a su presa, mi cuerpo comenzó a avisarme de que otro orgasmo estaba a punto de llegar, mientras él seguía embistiéndome cada vez con más ímpetu.

—Emma, no creo que aguante mucho más... córrete conmigo.

—Yo tampoco Eric, ya casi estoy.

—Eso es nena, dámelo...

Y justo después de unas embestidas más, los dos rompimos en un intenso orgasmo que nos dejó exhaustos y con una sensación de placer que no parecía real.

Pasaron por lo menos un par de minutos, cuando pudimos recuperar levemente nuestras respiraciones, Eric salió de mi interior y se deshizo del preservativo. En ese instante sentí como si me abandonara y me dejara allí, sola en la cama, vacía, pero en seguida regresó y se tumbó a mi espalda. Me abrazó y me besó el pelo transmitiéndome cariño.

—¿Estás bien, Emma? —preguntó alzándose para mirarme a los ojos.

—De maravilla —dije mientras me giraba hacia él y nos mirábamos. Su brillo había cambiado, ahora brillaban de otra forma especial, sus ojos vislumbraban cariño y ternura. Hizo que me sintiera muy a gusto.

—Me alegro. —Me ofreció su sonrisa más tierna mientras me acariciaba el pelo—, espero que hayas disfrutado como yo lo he hecho.

—Te aseguro que sí.

—Creo que esa sonrisilla me lo confirma. —Me besó tiernamente en los labios.

Capítulo 21

Sentí un leve placer al notar como algo suave y delicado recorría mi espalda y me provocaba un cosquilleo que hizo girarme para ver de qué se trataba. Comencé a abrir los ojos en dirección de donde provenía esa sensación y descubrí que eran los rayos de sol que entraban a través de la persiana. —¡Y yo que pensé que alguien me estaba acariciando con una pluma! ¡Demasiado bonito para ser verdad!—.

Inmediatamente me vino a la mente Eric. —Una sucesión de imágenes se agolpó en mi mente como si de un tsunami se tratara. Cervezas, sofá, terraza, Eric, Eric, Eric, ¡Oh! ¡Mi ropa! Levanté la sábana rápidamente para ver si estaba vestida, y confirmé mis sospechas. ¡Estaba desnuda como mi madre me trajo al mundo! Y entonces, recordé... a Eric sobre mí, sus caricias, sus manos, sus besos, su lengua...

La puerta de la habitación se abrió interrumpiendo mis pensamientos, y la imagen que apareció ante mí hizo que todo alrededor desapareciera. —¿Podían existir los ángeles macizorros? Porque enfrente de mí tenía a uno de muy buen ver—.

—¡Buenos días, Emma! Vaya, veo que has despertado de buen humor. Me gusta ver esa sonrisa dibujada en tu carita. —Se acercó Eric dejando la bandeja con el desayuno que me había preparado en la mesita y me besó con un dulce beso en los labios.

—Buenos días a ti también. Será porque he dormido del tirón —dije sin poder dejar de sonreír—, ¿todo esto es para mí, Eric? —Me sorprendí al ver todo lo que había en la bandeja.

—Yo no tengo hambre, así que... todo para ti. Yo solo tomaré café.

—¿Seguro que no tienes hambre? Hay suficiente para los dos, creo que has acabado con las existencias de mi cocina.

—No te preocupes, te haré la compra... aunque, pensándolo mejor, sí que tengo hambre, pero... de ti. —Me cogió de la cabeza suavemente y me besó con pasión. Sus besos buscaban con ansia mi boca. Se separó de mí unos milímetros para mirarme a los ojos pidiéndome permiso para seguir y supo ver que deseaba que lo hiciera.

Me estiró sobre la cama y se colocó a mi lado. Apoyado en su antebrazo me miraba como si fuera a desaparecer en cualquier momento y quisiera grabar mi imagen a fuego en su retina.

—Eres tan preciosa, Emma. No me cansaría nunca de mirarte.

—Eric.

Volvió a besarme mientras con su mano me acariciaba la mejilla. Fue bajando lentamente hacia mi pecho. Me estremecí al notar su calor rozar mi pezón. Un gemido se escapó de mi boca que acalló con sus labios. Su mano llegó hasta mi sexo. Comenzó a jugar con mi clítoris que ya estaba excitado y me llevó a otro orgasmo descomunal.

—¿Todo bien, preciosa?

—¡Oh! ¡Sí! —conseguí decir intentando recuperar la respiración.

Eric se incorporó y sacó un preservativo de su cartera, se lo colocó y buscó la entrada de mi sexo con tranquilidad. Pero lo detuve y lo empujé para que se girara y colocarme a horcajadas sobre él. Coloqué su miembro en mi entrada y me dejé caer hasta introducirlo lo más hondo de mí. Sentí el cielo abrirse al notarlo tan dentro. Era un placer tan intenso que hacía que ni recordara mi nombre. Comencé a moverme lentamente, pero las ansias de los dos por sentirnos nos llevaron rápidamente a movernos con intensidad notando cada roce de nuestra piel...

—Mmm Eric, no puedo más, ¡por favor!

—Por favor, ¿qué?

—No aguantaré mucho más. —Entonces se incorporó sujetándome por mis caderas y me giró colocándose sobre mí. Me embistió más duramente mientras devoraba mi boca, y en unos minutos los dos llegamos a un orgasmo arrollador. Nos dejamos caer en la cama, hasta recuperarnos un poco.

Poco después, una vez recobrado el aliento, devoramos el desayuno que había preparado.

Acabamos enseguida con todo. El ejercicio matutino nos despertó el apetito de una manera voraz. Mientras Eric se dirigía a la ducha, yo recogí la bandeja y la llevé a la cocina. Lo fregué todo en un momento hasta que lo vi acercarse.

—¿Sabes que me ha encantado tu baño?... ¡Vaya columna de hidromasaje que tienes en la ducha!

—Sí, no eres el único que está encandilado con esos chorritos. Nona ya me dijo que vendría a ducharse a menudo a mi casa sólo por eso.

—Pues... a mí también me gustaría, pero preferiría probarlos contigo —soltó, así como si nada. —De golpe, noté el ardor en mis mejillas como si no hubiese tenido bastante hacía tan sólo un momento.

—Jajaja tranquila, es que me encanta ver cómo te ruborizas. Estás preciosa con ese colorcito que te hace tan dulce —dijo, mientras se acercaba y

acariciaba mi mejilla con el dorso de su mano.

Eric se marchó poco después de dejarme como un tomate, con las piernas temblando por el beso de despedida que me dio antes de salir por la puerta y con la promesa de que me llamaría para volver a vernos... volver a vernos. Tuve que sentarme en el sofá, y reflexionar sobre lo que había pasado la noche anterior. Solo iba a ser una cena, pero... acabó siendo una noche completa incluyendo los momentos de pasión.

No sabía cómo, pero comenzaba a replantearme la promesa de no querer saber nada de los hombres. Me había encontrado muy a gusto con él en la cena. Estuve cómoda conversando sin problemas, riendo las tonterías que decíamos, siendo realmente como yo era.

Y después de haber dado el paso de entregarme a él, podía decir que por primera vez disfruté del sexo como el cuerpo me lo pedía. Eric me hizo sentir especial y deseada, y eso me llegó al alma. Me gustaba, me gustaba y mucho.

Capítulo 22

YO: Chicas necesito veros urgente. ¿Os venís a comer a casa? ¿Os apetece comida italiana?

NONA: ¿Qué ocurre, zorróna?

MARTINA: No nos asustes Emma, ¿qué pasa?

YO: Tranquilas que no me ha dado ningún chungo, pero casi. Veniros a comer y os cuento.

NONA: ¡Uy! ¡Aquí hay chicha! ¡Voy volando!

MARTINA: ¡Yo también voy! Sabéis que estas intrigas me matan.

YO: ¡Aquí os espero chicas!

Mientras venían las chicas, empecé a recoger un poco el piso. Cuando iba a cambiar las sábanas de mi cama, el perfume de Eric me dio de lleno como un sople de aire fresco. Las acerqué a mi cara para oler mejor su aroma, y una sensación de dicha invadió mis fosas nasales. No podía imaginar que llegaría a sentir de esa manera tan viva.

Llamaron al timbre y supe que eran las chicas. Dejé a un lado mis pensamientos y justo cuando iba a salir de la habitación, se me enredó un pie en las sábanas, y caí de bruces al suelo.

—¡Joder! ¡Ya voy! ¡Un momento! —Me desenredé cómo pude y fui a abrir la puerta.

—¿Estás bien? —preguntaron sorprendidas las dos al verme allí, plantada en la puerta con las sábanas entre mis brazos y el pelo todo embrollado sobre mi cara.

—¡Claro! ¿No me veis? Estoy estupendamente bien, ¿por qué lo decís?, ¿por las sábanas?, ¿por mi pelo? —contesté con ironía.

—Pues... si molestamos, nos marchamos, no queremos interrumpir nada, Emma —dijo Martina mirando a Nona.

—¿Interrumpir?... —Tardé unos segundos en adivinar a lo que se refería Martina—. ¡Ah! ¡No penséis mal! Esto tiene una explicación, me acabo de caer por culpa de las sábanas, nada más, venga, pasad.

—Está bien, si tú lo dices —se rio Nona.

Saqué unos refrescos de la nevera y los llevé a la mesita del salón cerca del sofá. Nos sentamos las tres mientras llamaba al restaurante italiano para que nos trajeran la comida. Cuando colgué sentí cuatro ojos acechándome sin

piedad.

—¿Y bien? —comenzó Nona.

—Creo que mejor voy a buscar unas cervezas, ¿queréis una?

—No te pienses que te vas a librar de contárnoslo, pero ya que estás trae cervezas, anda.

Acerqué una a cada una y me volví a sentar en el sofá. Ya era hora de contárselo.

—A ver cariño, empieza a contar, que no tengamos que sacártelo con pinzas como pasa siempre —dijo Martina en su tono más cariñoso.

—Está bien...

—¡Espera, espera! —interrumpió Nona—, creo que ya sé que vas a decir. — La miramos las dos expectantes mientras hablaba.

—Estoy segura de que esta noche a follado, ¿a que sí?

—Pero... —Intenté preguntarle cómo lo sabía, pero se adelantó.

—Sólo hay que ver tu carita de bien follada con la que nos has recibido... si hasta aun tienes coloretes, ¡pendona!

—¡Oye! Menos cachondeito. Entonces, no hace falta que os cuente nada ¿no?

—¿Cómo qué no? ¡Claro que sí! Y detalles incluidos.

—Tampoco hace falta que lo cuentes con pelos y señales, con la idea general, ya vale, que esta Nona es muy cotilla —soltó Martina descojonándose de risa.

—Chicas, tranquilas, sabéis de sobra que al final os lo voy a contar, pero si no me dejáis empezar, lo veo difícil.

—Está bien, ya nos callamos. —Nona dibujó una cremallera imaginaria en su boca e hizo el gesto de tirar la llave.

—Veréis, al final acepté la invitación de Eric a cenar, anoche vino a buscarme y me llevó a un restaurante mexicano. Pasamos un rato muy agradable —evité el tema de las llamadas, ese no era momento de decírselo —, y luego me trajo a casa y... no sé cómo, pero fui yo quien le propuso que subiera a tomar un café.

—¿En serio? ¿Tú se lo propusiste, Emma? —dijo Nona sorprendida.

—Ehm... sí... fui yo, por raro que parezca, me salió del alma. Yo misma me sorprendí, pero se lo propuse y aceptó.

—¿Y?

—Nona, ¿quieres dejar de interrumpirla y que lo cuente de una vez?

—Vale, perdón, es que esto es un bombazo.

—Pues eso, aceptó subir a casa. Tomamos unas cervezas, estuvimos

hablando un rato y... le besé.

—¿Qué? —exclamaron las dos a la vez.

—Sí, empezó a acercarse, pero al final fui yo quien me lancé a sus labios. Fue un impulso que me dio, chicas. No sé lo que me pasó. Sabéis que no soy así y estas cosas no me pasan, pero con Eric... me siento distinta. —Se quedaron mirándome con los ojos muy abiertos por la sorpresa y la mandíbula desencajada—. Chicas, ya podéis cerrar la boca que os van a entrar moscas.

—Emma, es que entiéndenos, sabemos cómo te afectó lo de David y tu decisión respecto a volver a tener otra relación de pareja, por eso nos hemos sorprendido, pero no significa que no nos alegremos, todo lo contrario. Te deseamos todo lo mejor, lo sabes —dijo Martina.

—Es cierto Emma, nos ha sorprendido, pero ¡tía! eso se avisa, que un poco más y nos da un chungo.

—¿Pero no solo os besasteis verdad?

—No, una cosa llevó a la otra y acabamos haciéndolo en mi cama.

—¡Sí! ¡Esa es mi chica! ¿Y cuántos han caído?

—¿Cuántos han caído de qué, Nona? —preguntó Martina.

—¡Anda, la otra! ¿No me fastidies que no sepas lo que quiero decir?

—Nona, o nos hablas clarito o no lo pillamos —comenté en tono de burla.

—Si es que voy a tener que daros unas clases de sexo, chicas, esto no puede ser. A ver, me refiero, que cuantos orgasmos has tenido con Eric esta noche, ¿cuántos han caído? ¿Lo pilláis ahora?

—¿Tanto te cuesta haberlo dicho así? Pues dos esta noche y uno hace tan sólo un rato —dije sin evitar ponerme roja al recordarlo.

—¡Vaya con el principito! Eso es cumplir, sí señor, entonces te habrá quitado las telarañas ¿no? —soltó Nona sin parar de reír.

—Joder, Nona, vaya boquita tienes, ¿quieres dejar de fastidiar a Emma? Tú ni caso Emma, ya sabes cómo es —me consoló Martina.

—Sí, por eso mismo que la conozco, no le hago caso.

—¡Ay! Chicas, que susceptibles sois.

—Emma entonces, Eric y tú... ¿Vais en serio? —me preguntó Martina.

—¡No! lo que ocurrió, ocurrió. Sí que es verdad que me gusta mucho, y he disfrutado con él, pero de ahí a llegar a algo más... no sé, tengo miedo de pasarlo mal otra vez. No sé si sería capaz de volver a levantar cabeza si me traicionaran de nuevo.

—Sabemos que lo pasaste realmente mal, cariño... pero la vida sigue, y hay que ser feliz, aunque lo veas todo negro ahora, siempre hay un rayo de luz al

final. De todo se sale. Y tú, te mereces a alguien que realmente te haga feliz, y te devuelva las ganas de disfrutar la vida con ilusión. Y podría ser Eric, inténtalo, si no lo haces no sabrás si es esa persona, pero al menos no te quedes con la duda.

—Nena, me estás haciendo llorar. —Me abracé a Martina con fuerza llorando porque sus palabras me llegaron al corazón, y es que tenía toda la razón, debía vivir y afrontar mis temores si no permanecería siempre anclada en el dolor del pasado.

—Os quejáis de mi boquita, pero Martina no se queda atrás —espetó Nona.

—Si es que, cómo no os voy a querer. Sois el día y la noche, pero os quiero como si fuerais mis hermanas, chicas.

—Y nosotras a ti, Emma.

Capítulo 23

—¡Emma! ¡Despierta! ¡Que llaman al timbre! ¿Estás bien? Te has quedado empanada.

—Lo siento chicas, estaba pensando en mis cosas. —Saqué una botella de vino que tenía de reserva y tres copas, las coloqué en la mesa y me dirigí hacia la puerta intrigada. Cuando abrí me quedé helada. Si me pinchaban en ese momento no sacaban sangre de mis venas. Él era a la última persona que quería ver: David.

—¡Emma! —dijo mostrando una sonrisa cautelosa.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo has sabido dónde vivo? —espeté sorprendida.

—Gracias, yo también me alegro de verte. Vaya recibimiento.

—¿Y cómo quieres que te reciba? ¿Con los brazos abiertos? —le dije sacando la rabia que me había producido verlo de nuevo.

—Supongo que no, pero un poco de cordialidad no estaría mal.

—No te mereces que sea cordial contigo, ni siquiera que te hable. ¿Qué quieres, David? ¿A qué has venido?

—Sólo quiero hablar, Emma. ¿Puedo pasar?

—No, no puedes pasar.

—¿Estás con alguien?

—No es asunto tuyo, mi vida ya no te importa.

—Sí que me importa, deja que hablemos, por favor.

—¡Emma! ¿Vienes? —gritó Nona desde el salón.

—Está bien, te dejo ahora, pero volveremos a vernos. No voy a parar hasta que hablemos.

—No insistas, no quiero hablar contigo y no vuelvas por aquí. —Cerré la puerta en sus narices y volví al salón con las chicas. Me miraron preocupadas tras aparecer con semblante serio y se apresuraron a preguntarme.

—¿Quién era? Parece que hayas visto un fantasma, cariño —preguntó Martina mientras Nona me miraba con preocupación.

—En cierta manera, sí.

—¿Quién era? —Se impacientó Nona.

—No os lo vais a creer, pero... era David.

—¿David?! —exclamaron las dos al unísono.

—Sí.

—Pero ¿cómo ha sabido dónde vives ahora?

—No lo sé, no tengo ni idea.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Qué quería?

—Quería que hablásemos, pero le he dicho que no, que no tengo nada que hablar con él y que me dejara en paz. No quiero volver a saber nada de él nunca más, ¿Por qué ha tenido que aparecer de nuevo? Ahora que estoy intentando rehacer mi vida. —Me senté en el sofá apoyando los codos en las rodillas y con las manos sobre mi cabeza. Las chicas me rodearon en un abrazo que agradecí en ese momento.

—¡Mierda! otra vez el timbre... ya voy yo... le voy a decir cuatro cosas a ese gilipollas.

—¡No! ¡Nona! Déjalo, no le abras. —Pero le faltó tiempo para abrir la puerta.

—¡Pedazo de cabrón! No vuel... ¡Oh! Eric ¡Eres tú!... disculpa, pensé que era otra persona.

—Si interrumpo algo, me marchó, sólo venía a ver a Emma.

—No, no, tranquilo, pasa.

Cuando Eric entró al salón se asustó al ver la cara tan pálida que debía de tener en ese instante. La aparición de David me afectó más de lo que me imaginaba, y aunque tenía a las chicas conmigo, ver a Eric allí, en ese momento, me reconfortó.

—¡Emma! ¿Estás bien? —Se dirigió rápidamente hacia mí y me sujetó la cara entre sus manos suavemente mirándome a los ojos—, ¿Qué sucede?

—Estoy bien, no te preocupes, no pasa nada.

—Y, ¿por qué tienes mala cara? Sea lo que sea sabes que puedes contar conmigo.

—Sí, lo sé... y te lo agradezco, pero ahora mismo... —Eric vio en mis ojos mi desesperación y no insistió más, pero me dio un vuelco el corazón al ver en su mirada como se rompía él por dentro por mi culpa. Por nada en el mundo quería hacerle daño.

—Tranquila —me dijo mientras acariciaba la mejilla con su pulgar—.

Nona y Martina nos miraban desde la puerta del salón dejándonos intimidación, cuando volvió a sonar el timbre.

—¡Madre mía! ¡Ahora se va a tragar el timbre y lo voy a mandar a la mierda de una vez por todas! —Corrió Nona a abrir la puerta de nuevo. Creo que desde que estaba instalada en el piso no había sonado tanto como en ese rato.

—¡Gilipollas! No vuelvas a... —Y se hizo un silencio sepulcral. Nos dirigimos los tres hacia la puerta y Martina y yo nos quedamos alucinando,

mientras que Eric se había colocado detrás de mí sujetándome por la cintura sin saber qué pasaba. Martina y yo nos empezamos a reír, Eric nos miraba sorprendido y Nona estaba embobada mirando a Javier. Los dos allí, en la puerta, callados y sin moverse. Después de unos segundos, y cuando ya nos calmamos, hice pasar a Javier.

—Javi, pasa.

—Hola —dijo tímidamente.

—Nona, no te quedes ahí y déjale pasar.

—Eh... sí, sí —dijo despertando del trance—, pasa, Javier.

—Bueno, ya que estamos todos creo que debería hacer las oportunas presentaciones. Eric, ella es Martina y a Nona ya la conoces, son mis mejores amigas y él es Javier, mi compañero de trabajo. Por cierto, Javi, Eric es el hijo de Marga, tu jefa —le guiñé un ojo divertida.

—Encantado Javier —Le ofreció la mano Eric.

—Igualmente Eric.

—Y también es un placer conoceros a vosotras, chicas.

—El placer es nuestro, Eric —dijeron las dos a la vez.

Capítulo 24

Entraron todos al salón, Javier se sentó al lado de Nona, Martina cogió una silla de las que había alrededor de la mesa de comedor y la acercó al sofá para sentarse cerca de los demás y Eric lo hizo a mi lado. Sentir su calor tan cerca de mí me provocaba un cosquilleo de placer. Era una tensión constante siempre que lo tenía cerca, pero aun así deseaba que no se separara nunca.

—Javi, ¿qué te trae por aquí? —pregunté mientras le ofrecía una copa de vino.

—Pues venía a hablar contigo Emma, pero veo que tienes reunión, no quiero molestar.

—No molestas, ¿quieres que salgamos a la terraza y me comentas?

—No, no es nada importante. Ya hablaremos tranquilamente. —Bebió de un trago el vino de su copa mientras los demás nos miraban cómo si se tratara de un partido de tenis.

—Chicos, ¿queréis más vino? —nos ofreció Martina para cortar el silencio que se había formado.

—Sí, ¡por favor! —pidió Nona—. Martina llenó las copas de todos y todos bebimos en silencio.

—Será mejor que me vaya, ya nos veremos mañana en el cole, Emma —dijo Javier levantándose preparándose para marchar. Miré a Nona para que se fuera con él y tuviera su momento de estar sola con él y poder hablar sin tapujos. Ella captó la indirecta, y aunque tuvo su momento de dudas, se ofreció a acompañarlo.

—Espera Javier, ¿te importa si voy contigo? Creo que me ha subido el vino y necesito un poco de aire.

—¡Claro! —La miró con una sonrisa en la boca que se le iluminó la mirada.

—Nosotros nos vamos, chicos.

—Nos vemos mañana, Javier.

—Creo que yo también me voy a marchar, he quedado con Andrés para cenar, y aún quiero ducharme y arreglarme un poco —dijo Martina, levantándose y recogiendo su bolso, después de que se hubiesen marchado Javier y Nona.

—¿Ah sí? No me lo habías dicho, nena.

—Es que no he tenido tiempo, esta tarde ha sido un poco... movidita —dijo Martina riéndose.

—Sí, eso sí —contesté yo también riéndome.

Martina se despidió de nosotros dándonos dos besos a cada uno en las mejillas, y antes de salir por la puerta me guiñó un ojo sonriendo. No hacían falta palabras para saber lo que significaba. Quería que aprovechara el momento con Eric.

—Eric... disculpa por todo esto, habíamos quedado las chicas y yo a comer... —le dije colocando mis manos en los bolsillos traseros del pantalón tejano e intentando no parecer nerviosa ante su presencia.

—No pasa nada, Emma, debería haberte avisado de que vendría. Fue un impulso, necesitaba volver a verte.

—Sinceramente agradezco que estés aquí.

—Si es un mal momento, me marcho.

—¡No! ¡No! Puedes quedarte, ¿Quieres una cerveza? Tengo Coronita bien fresquita.

—¡Claro! Imposible rechazar una Coronita bien fría. —Sonrió guiñándome un ojo. Salimos a la terraza y nos sentamos en las sillas junto a la mesita.

—Oye, Javier y Nona... ¿Son pareja? —Quiso saber dándole un trago a la cerveza.

—Pues... no, pero yo creo que pronto lo serán.

—No sé, pero me ha dado la impresión de que entre los dos saltaban chispas.

—Sí, es verdad, no eres el único que lo ha notado, yo también, por eso espero que tengan suerte y les vaya bien de verdad. A Nona ya le toca ser feliz de una vez.

—¿Puedo deducir que no ha tenido buena suerte con los chicos?

—Algo así, pero oye, dejemos de hablar de ellos. Si has venido hasta aquí, sería por algo ¿no?

—Sí, para empezar, quería volver a ver a una preciosidad de mujer —Mis mejillas enrojecieron a la velocidad del rayo y Eric lo notó—, y para decirte que lo de anoche y esta mañana ha sido fantástico, y no me refiero sólo al sexo —dijo mirándome fijamente con esos ojos tan azules que me llegaban al alma.

—Eric...yo... —tuve que bajar la mirada, era incapaz de mirarle a los ojos. La aparición de David había cambiado todo—, no puedo corresponderte...

—Emma, ¿qué sucede?

—Tengo que resolver cosas de mi pasado, y no veo justo involucrarte en algo que debo solucionar yo.

—No me importa. Emma, tengo que decírtelo porque no puedo callar más. Me gustas. Me gustas mucho. Quizá sea precipitado, pero no puedo dejar de

pensar en ti. Y sea lo que sea que tengas que solucionar, quiero ayudarte, de verdad.

—No Eric, no me lo pongas más difícil. Estoy confundida, sinceramente me siento a gusto contigo, pero tengo miedo por qué no sé qué es lo que estoy sintiendo, tengo miedo de volver a pasarlo mal. No estoy preparada para una relación.

—No te estoy pidiendo una relación, ni siquiera sé si yo también quiero, Emma. Pero sé que quiero ayudarte, que quiero estar a tu lado, que necesito verte cada día. El futuro no lo sé, pero el presente, mi presente, quiero vivirlo contigo, eso lo tengo claro.

—Eric... —No pude reprimir las lágrimas que hacía rato se me habían anegado en los ojos. Sus palabras habían conmovido mi corazón. Apenas nos conocíamos, pero había conseguido trastocar mis pensamientos. Sentía que con él podría comenzar a vivir de nuevo, a enamorarme de verdad, pero el miedo no me dejaba avanzar y menos ante la repentina aparición de David. No quería involucrarle hasta que no supiera que pretendía y zanjarse de una vez por todas ese tema—. Dame tiempo, por favor. Lo siento mucho. No quiero hacerte daño, no te lo mereces.

—No vas a hacerme daño, Emma, eso lo sé, sólo quiero verte bien, ver tu sonrisa cada día. —Se hizo un silencio que me pareció eterno. Fueron solo unos segundos, pero pareció una eternidad—. Está bien, Emma, no voy a insistir, pero sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿de acuerdo?

—Gracias Eric —susurré cabizbaja. Me besó dulcemente, sin separar sus labios de los míos durante un largo instante a modo de despedida. Al separarse, vi en sus ojos una tristeza que me rompió el alma. Se le humedecieron los ojos, pero intentó que yo no lo viera. Se levantó y sin decirme nada, se fue.

Capítulo 25

Me acurruqué en el sofá, abrazada a uno de los cojines sin parar de llorar. Recordando la conversación que acabábamos de tener. —¿Por qué me dolía tanto alejar a Eric? ¿Estaría haciendo lo correcto?—. En tan solo veinticuatro horas mi mundo había dado un giro de ciento ochenta grados. La noche anterior estaba feliz con él, y hoy me sentía destrozada por su marcha. Pero no podía culparlo. Yo era la única responsable. La única que debía afrontar la situación.

Sentí la necesidad de llamar a mi hermana. No hablábamos a menudo, pero no nos hacía falta. Cuando lo necesitábamos estábamos ahí la una para la otra. De pequeñas, a pesar de los siete años de diferencia, estábamos muy unidas. Ella, al ser la mayor, se sentía en la obligación de protegerme y cuidarme. Eso me decía siempre cuando regresaba del colegio llorando porque algún niño se había metido conmigo.

En una ocasión, me acompañó por la mañana para que le dijera quién era. No quería ser una chivata, pero ese día, el niño en cuestión, se burló de mí y mi hermana lo vio. Ni corta ni perezosa, antes de que entráramos al colegio, le dijo que cómo volviera a molestarme, le cortarían la lengua de lagarto que tenía y no podría volver a hablar en la vida. El niño empezó a llorar y salió corriendo hacia las faldas de su madre. Luego mi hermana tuvo que explicarle a su madre lo sucedido. Después de ese día, el niño no volvió a molestarme, eso ocurrió en primero de primaria y desde entonces supe que mi hermana estaría siempre ahí para mí.

Me levanté del sofá y fui hacia la cocina a coger otro botellín de cerveza y al regresar marqué el número de móvil de Carmen. Eran las ocho de la tarde, y seguramente debería de estar en casa, los domingos para ella eran para no hacer nada.

—¡Emma! ¡Cariño! ¡Cuánto tiempo! ¡Cómo estás? —Esa era mi hermana. Su ímpetu la caracterizaba.

—Hola Carmen, estoy bien ¿y tú?

—Pues mira, ahora, aquí tumbada en el sofá viendo Moulin Rouge, y con una llorera que parezco las cataratas del Niágara. Pero estoy genial, como siempre. ¿Y tú? ¿Qué me cuentas? Porque no sé qué me da a mí que te ocurre algo, ¿Me equivoco?

—Joder Carmen, ni que me estuvieras observando... pero no te equivocas,

sé que contigo puedo hablar, por eso te llamo.

—Y sabes que siempre estaré ahí para ti, así que dime, cuéntame, que te ha ocurrido para llorar tanto.

—¿En serio no me observas por un agujerito? ¿Cómo sabes que he llorado?

—Cariño, que sea tu hermana mayor no significa que no te conozca, y sé todos tus estados de ánimos y tus tonos de voz, y el tono que me llega ahora mismo es de haber estado llorando. Dime, ¿Qué te ha pasado?

Le relaté a mi hermana la breve historia con Eric, desde nuestros encontronazos hasta hacía tan solo un rato cuando se fue. Le expliqué cómo me hacía sentir él, las reacciones de mi cuerpo ante su presencia, el hormigueo que sentía mi estómago ante sus caricias y mi corazón enloquecido con tan solo nombrarlo... hasta la aparición sorpresa de David.

—Emma, cariño, siento muchísimo que estés así. No tenía ni idea de lo que estabas pasando. Hace tiempo que no me cuentas nada sobre tus amores.

—Lo sé, Carmen. Es que no los tengo, después de David no he querido saber nada de hombres, y aún estoy un poco reticente, pero con Eric es diferente. Me está haciendo cambiar de parecer.

—Pero eso es buena señal ¿no? Significa que estás volviendo a abrir tu corazón, estás dándote otra oportunidad que sabes que la mereces.

—Creo que sí y me estoy convenciendo de que Eric es diferente y que con él puedo amar de verdad, pero...

—Pero ¿qué? Ha aparecido David y... ¿Vas a echarlo de tu vida por eso? ¿Algo tan bueno vas a rechazarlo por un gilipollas del pasado? No, cariño, no puedes hacer eso.

—Pero Carmen, no es tan fácil. No sé qué pretende David ahora, han pasado dos años ya, no tengo ni idea de lo que quiere. Y no puedo estar con Eric sabiendo que tengo al otro detrás para vete tú a saber qué. Me hizo mucho daño, Carmen, no quiero volver a recordar todo aquello de nuevo.

—Pues si no te ves preparada para afrontar a los dos, habla con Eric y explícale tu pasado. Por otro lado, averigua qué quiere ese impresentable y después mándalo otra vez a la mierda, y si no puedes, ya sabes, llámame que me presento ahí en un plis y lo mando yo, que me quedé con las ganas.

—¿Sabes que te quiero un montón hermanita? Eres única —hablar con ella me hacía sentir bien y en ese momento, lo necesitaba.

—Y yo a ti también enana. Siempre seré tu hermana mayor y estaré a tu lado y para lo que necesites siempre que quieras, lo sabes.

—Lo sé, y creo que voy a reflexionar sobre lo que me has dicho.

—Yo te puedo aconsejar, pero realmente eres tú quien debe tomar una decisión. Escucha a tu corazón, él te guiará.

—Que bien hablas, ¡Jodía!... bueno hermanita, te llamaré pronto. Necesito descansar un rato.

—Eso espero, que me llames más a menudo. De todas formas, me escaparé un fin de semana y así conozco tu piso y nos vamos de fiesta por Barcelona que hace tiempo que el cuerpo me pide marcha.

—¡Eso está hecho! Cuando quieras, me avisas y así les digo a las chicas que se vengán también.

—¡Perfecto! Cuantas más seamos más reiremos.

—¡No lo dudes! Ya te llamaré, Carmen. Cuídate.

—Cuídate tú también Emma. Te quiero.

No me apetecía irme a la cama, así que me tumbé en el sofá con la manta al lado por si me daba frío. Haber llorado tanto había agotado mi energía y caí en los brazos de Morfeo en pocos minutos.

Capítulo 26

Amaneció el lunes, y no tenía ganas de levantarme, no me apetecía ir a trabajar y eso que me encantaba estar con los niños, pero por una vez no me sentía con ánimo de hacer sonreír a nadie, ni siquiera a ellos, aunque no tuviesen culpa.

Hice un esfuerzo gigantesco y fui a darme una ducha, me puse lo primero que tenía a mano en el armario, unos tejanos y una camiseta verde con cuello de pico de manga larga y mis Converse. Me dejé la melena suelta y apenas me maquillé, lo justo para intentar tapar las grandes ojeras que se habían formado bajo mis ojos.

Me tomé un café rápido y salí en dirección al colegio. Cuando llegué el estómago se me revolvió al ver a David en la puerta.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo coño has sabido dónde trabajo?

—Buenos días, Emma. Veo que estás de buen humor —soltó con sarcasmo.

—Déjate de chorradas, David. ¿Qué quieres?

—Ya te lo dije ayer, solo quiero hablar.

—Y yo te dije que no tenemos nada de qué hablar. —Alcé el tono de voz.

—Emma, sé que lo nuestro no funcionó por mi culpa, pero me gustaría tener otra oportunidad contigo, y hacer las cosas bien. Nos conocemos desde los dieciséis años, no podemos tirar nuestra relación por la borda por mi culpa. Te estoy pidiendo disculpas. Te... te he echado de menos. Acepta tomar algo conmigo y hablamos tranquilamente. Por favor.

—¿Te estás escuchando? Vienes ahora, después de dos años a intentar recuperarme ¿Y pretendes que te reciba con los brazos abiertos, como si no hubiese pasado nada y te perdone? ¿Te doy dos besos, echamos un polvo y ya está arreglado? No, David no, así no funcionan las cosas. No puedes aparecer en mi vida como si nada y pedirme esto. Me hiciste mucho daño. No quiero saber nada más de ti.

—Por favor, solo te pido que vayamos a tomar algo y hablemos, solo eso. Después tú decides, pero déjame explicarme y que me escuches.

—No, David, ¿Es que no me has escuchado? No quiero volver a hablar contigo. Ahora déjame que tengo que ir a trabajar. Y por favor, no me sigas más.

—¡Emma! —me gritó mientras me agarraba fuertemente del brazo impidiendo que marchara—. ¡Tengo que hablar contigo y me vas a escuchar!

Vendré a buscarte esta tarde cuando salgas de trabajar e iremos a tomar algo.

—¡Suéltame David! ¡Me haces daño! —En ese momento de forcejeo apareció por la esquina del colegio Marga y Eric. Se me cayó el mundo al suelo. No me esperaba verlo y menos en ese instante. Marga me miró preocupada y vino rápidamente hacia mí y Eric la siguió con semblante serio y sorprendido.

—¿Emma, estás bien? —preguntó Marga mirando fijamente a David con cara de asesina. Creo que debió asustarlo, porque me soltó rápidamente y bajó la mirada. Con lo dulce que era Marga con todo el mundo, en ese instante parecía más bien la niña del exorcista que una maestra de educación infantil, pero surtió efecto. Eric me miraba a mí preocupado. Buscaba en mi mirada alguna señal, pero intenté no mostrar mi incomodidad por la situación. No quería involucrarlo.

—Sí, Marga, estoy bien... voy... con vosotros.

—Recuerda Emma, te veo luego —soltó David. Sonó más a amenaza que a otra cosa. Eric me observaba atentamente muy serio. Creí ver un atisbo de decepción en sus ojos, pero no estaba segura... decepción, preocupación, malestar... no podía saberlo, pero necesitaba hablar con él. Seguiría el consejo de mi hermana. No podía seguir con esa angustia tanto por uno como por otro o me volvería loca. Entonces, me giré y miré a David que aún estaba allí plantado en la puerta del colegio con cara de arrogante.

—Está bien, David. Luego hablamos.

—Pasaré a buscarte, amor. —¿Amor? ¿Cómo que amor?—. Lo miré con ganas de estrangularlo. No soportaba que me llamara así. ¿A qué venía eso ahora? Por la sonrisa que mostró David al mirar a Eric, adiviné que lo hizo a propósito para provocarle celos. Éste me miró y echó a andar rápidamente hacia el interior del edificio. Marga se quedó a mi lado hasta que entramos juntas.

—Emma, cariño ¿Todo bien? ¿Ese tío te ha hecho daño? —preguntó Marga preocupada.

—No, Marga, todo está bien. No te preocupes.

—De acuerdo, si quieres hablar sabes que puedes contar conmigo —dijo cariñosamente cogiéndome de la mano.

—Muchas gracias.

—Venga, vamos que los pequeñajos están a punto de llegar.

—Sí, voy. —Me despedí de ella y fui en dirección a mi clase para dejar el bolso, y al pasar por el despacho de Marga, observé que Eric estaba sentado

en una de las sillas que hay para recibir visitas, con los codos apoyados en las rodillas y las manos enredadas en su pelo. Se me encogió el corazón verlo tan abatido y pensar que era por mi culpa. Supe en ese instante que lo que sentía por él iba más allá de lo que creía. Comenzaba a sentir algo fuerte por él, y la imagen que tenía delante de mí en ese instante hizo reaccionar a mi corazón.

Tenía que hablar con él, pero antes debía de solucionar las cosas con David. No quería hacerle más daño del que ya le estaba haciendo distanciándole de mí.

Pasé la mañana centrada en mis niños, en las actividades que tenía planeadas para ellos, eso me ayudó a despejarme, y no pensar en nada más hasta que vi a Eric a través del cristal de la puerta de clase. Estaba tan guapo vestido con traje de chaqueta que se me hacía la boca agua. Me miraba de una manera cariñosa y tierna, y no pude evitar perderme en ese azul de ojos que tanto me trastocaba. Se me escapó media sonrisa y me olvidé del mundo, de los problemas, de David... fueron unos segundos dónde sólo se encontraron nuestras miradas y fue suficiente.

A la hora de comer preferí quedarme en la sala de profesores. Me había llevado un *tupper* con ensalada y una fruta, aunque en realidad no tenía ganas de nada.

Los demás profesores se fueron a comer fuera, Marga quería quedarse conmigo para que no estuviera sola, pero le insistí en que no me importaba, que estaría bien. Me dijo que ella se iba a comer con su hijo, que no estaba pasando una buena época e iba hacerle compañía un rato. No dijo nada más, pero pude deducir que era por mi culpa. —¡Me sentía fatal por hacerle daño sin pretenderlo!—.

Me preparé la comida y me senté en una de las mesas que daban a una ventana de la sala. Desde allí se podía observar el recreo. Estaba mirando a la nada cuando Javier entró en la sala.

—Te veo muy interesada en la pista del recreo, es interesante ¿verdad? —
Sonrió.

—Sí, la verdad es que sí, la encuentro muy inspiradora —respondí devolviéndole la sonrisa.

—Sea lo que sea que te ocurra, Emma, espero que no sea grave y si necesitas hablar, aprovéchate de mí.

—Gracias Javi, pero estoy bien.

—Esas ojeras dicen todo lo contrario.

—¿Tanto se me notan?

—Hombre, ahora mismo te podría llamar osita panda. —Rio mientras se sentaba a mi lado.

—¡Qué gracioso! Aunque te tengo que dar la razón. No he pasado muy buena noche, por eso esta cara. Oye, por cierto, ¿Qué tal fue con Nona? No he hablado con ella.

—¡Cómo cambias de tema! Pero bien. La verdad que muy bien.

—Tú sí que tienes muy buena cara, imagino que el motivo es ella ¿verdad?

—Sí, pero no pienses tan rápido. Solo fuimos a tomar algo y a hablar. Nada más y... me gustó que fuera sólo así.

—Entonces eso significa....

—Significa que nos gustamos y que vamos a ir conociéndonos poco a poco. No tenemos prisa. Sé que Nona lo ha pasado mal, no sé por qué exactamente pero cuando esté preparada sé que me lo contará, ella misma me lo dijo y yo no tengo ninguna prisa. Me gusta mucho, Emma y quiero que con ella salga bien.

—Me parece fantástico, Javi. Y... ¿le has hablado de tu divorcio?

—Sí, estaba en duda, pero se lo conté y pensé que iba a reaccionar de otra manera, pero fue muy comprensiva conmigo y me está apoyando mucho.

—Me alegro mucho por vosotros, en serio, ya era hora de que Nona fuera feliz con alguien y me encanta que sea contigo, eres un tipo genial.

—Gracias Emma, y... ¿Qué hay de ti? Te noto un poco triste. ¿Es por Eric?

—Sí y no, Eric y David, mi ex. Antes de que aparecieras en mi casa, se presentó después de dos años de haber roto la relación, y pretende que vuelva con él como si nada hubiese pasado. Y... Eric... ahora mismo es complicado.

—Creo que te entiendo. Deberías hablar con los dos, solúcionalo con David, y luego ve a por Eric, si te quiere, te esperará. Al menos eso haría yo.

—Eso voy a hacer, espero que siga ahí cuando acabe con David porque... siento algo fuerte por él. Algo que me hace sentir bien y no quiero perderlo.

—Estoy seguro de que estará ahí y si no lo está es que no sabe apreciar lo que tiene delante. —Me levanté y le di un abrazo. Agradecía sus palabras, Javier no era sólo un compañero, era ya un amigo.

Justo en ese momento empezaron a llegar algunos profesores, y Marcos y Luisa entraron en la sala a tomar café. Me separé de Javier y los saludé. Marcos me miraba con odio y a Luisa se le comenzaba a dibujar una sonrisilla en la cara. —Estos dos me tenían siempre desconcertada—.

Capítulo 27

ERIC

Tuve que salir de allí sin mirarla. No podía soportar ver sus preciosos ojos verdes llenos de lágrimas. Me partía el corazón. Pero le dije que respetaría su espacio y lo iba a hacer, aunque me quedara sin ánimos para nada más. Le daría el tiempo que me pedía sabiendo que llegaría un momento en que deberíamos volver a hablar.

No sabía exactamente qué era lo que tenía que resolver, pero cuando la vi esta mañana allí, en la puerta del colegio mientras un tío la agarraba fuertemente del brazo, sentí una rabia y una impotencia que si no llega a ser por mi madre que me sujetó disimuladamente, le hubiese partido la cara. Emma me miró en ese instante y debió notar el odio que desprendía hacia ese tío. Por eso entré antes que ellos al colegio porque no podía soportarlo. Al llegar al despacho de mi madre, me senté y me vine abajo.

Emma había trastocado todo mi mundo en muy poco tiempo. Se había adueñado de mi corazón con tan solo unos encontronazos, su mirada de ojos verdes me volvía loco y... ella, simplemente ella. Y cómo dolía no saber qué le ocurría, cómo dolía ver su carita tan triste y notar que estaba sufriendo y no poder hacer nada. Quería insistirle a que me lo contara, a que me dejara ayudarla, pero no quería agobiarla, podía cerrarse en banda y sería mucho peor.

Le conté algo a mi madre por teléfono, más bien fue ella quien me sonsacó información sobre la situación, por eso, me dijo que fuera al colegio esta mañana para hablar más tranquilamente. Mi madre, además de madre era mi amiga. Desde pequeño siempre nos dio a mi hermana y a mí, esa confianza y libertad para contarle todo lo que nos sucedía o sentíamos, pero sin dejar de ser nuestra madre. Ser maestra de educación infantil lo llevaba en la sangre y se notaba.

—Ya estoy aquí hijo, ¿quieres un café?, ¿o mejor una tila? —dijo dándome un abrazo cariñoso.

—Una tila estaría bien. —Salió hacia la sala de profesores a prepararme la infusión y regresó enseguida—. Gracias, mamá. —Me dio el vaso y se sentó detrás de su mesa con expresión comprensiva y cariñosa.

—A ver, Eric, cuéntame desde el principio. ¿Qué sucede? ¿Qué te ocurre con Emma?

—Mamá, ¿Cómo sabes cuándo estás enamorado?

—¡Ay! ¡Hijo! ¿Me estás diciendo que te has enamorado de Emma?

—Sí, no... no lo sé mamá... estoy confundido. Esto que siento es nuevo para mí. Nunca he tenido esta sensación de estar a todas horas pensando en ella, no poder concentrarme en el trabajo porque la tengo en mi mente, haga lo que haga, ella está presente. El hormigueo que me recorre el estómago, y el corazón que se me pone a mil cuando la veo, no es normal. Ni cuando estuve con Gina me sentía así.

—¡Oh! ¡Eric! ¡Cariño, estás perdidamente enamorado! —Se levantó de su silla y se sentó a mi lado, cogiéndome la mano dándome ánimos—. Es precioso, cariño, eso que percibes —dijo tocándome el corazón con su dedo índice—, es el sentimiento más puro que se puede sentir por una persona, y si Emma es quién te ha provocado eso, me alegro muchísimo por los dos. Porque por lo que llevo conociendo de Emma, es muy buena chica.

—Sí mamá, pero es complicado.

—¿Por qué?

—Ella... bueno, ella tiene que solucionar algo... No sé de qué se trata, no me deja ayudarla, me pidió tiempo y se lo he concedido... pero sé que está mal y verla así me mata.

—Entonces, ten paciencia hijo, concédele ese tiempo, déjala que arregle lo que tenga que arreglar porque estoy segura de que después vendrá a ti. A veces necesitamos nuestro espacio para nosotras mismas, eso tienes que respetarlo.

—Y lo hago mamá, solo que me muero por estar con ella y quiero ayudarla.

—Lo sé, hijo, lo sé, solo ten paciencia ¿de acuerdo?

—Gracias, mamá, no sé qué haría sin ti —dije dándole un fuerte abrazo.

—¡Ay! ¡Hijo! Eso digo yo, qué harías sin mí. —Los dos nos echamos a reír.

Después de hablar un rato más con mi madre, me marché a la oficina. Oliver y yo teníamos que hablar con un nuevo cliente que quería contratar nuestros servicios para su nueva empresa, y aún teníamos que acabar de ultimar detalles del programa informático.

Cuando salí del despacho de mi madre, no pude evitar pasar por delante de la clase de Emma. La puerta era de madera pintada en color azul con dibujos de peces y un vidrio rectangular en la parte central que permitía ver el interior. Observé durante unos segundos cómo Emma y los niños no paraban de reír y

jugar. Se la veía tan radiante. Esa sonrisa iluminaba su rostro de una forma angelical que, junto a sus ojos verdes y las ondas de color castaño de su pelo, formaban una imagen imborrable que me llegaba al alma.

De repente, notó mi presencia y se giró hacia la puerta. Inmóvil, junto a sus niños, me miraba de una forma dulce y cariñosa, mientras me obsequiaba con una media sonrisa. No podía haber nada más bonito en el mundo que lo que veían mis ojos en ese instante.

Capítulo 28

Mis niños y yo escribimos una canción para hacerla el himno oficial de nuestra clase. Así que, esa tarde nos los pasamos genial sin parar de reír y cantar. Nos divertimos tanto que cuando llegó la hora de marcharse a casa, salieron cantando hasta donde los esperaban sus padres. Verlos así de felices me hacía sentir plena. Sabía que lo estaba haciendo bien con ellos, y el cariño que me devolvían lo demostraba.

Pero la sonrisa se me borró de golpe al ver a David allí en la puerta, esperándome.

—Emma, ¿estás lista? —Me dio dos besos en las mejillas muy efusivos que me incomodaron muchísimo.

—Sí, ya estoy —contesté seca.

—¡Emma! ¡Espera! —gritó Marga corriendo hacia mí.

—Dime Marga, ¿ocurre algo?

—No, nada, solo quería decirte, que se me había olvidado recordaros que mañana tendremos reunión a la hora de comer. Es una reunión informal del claustro de profesores, pero iremos a comer aquí al lado, todos. Cuento contigo. —Mientras me decía todo aquello no le quitaba el ojo a David. A Marga no se le escapa nada, y pude intuir que lo de la reunión era una excusa para acercarse a ver con quien estaba. Así que opté por presentárselo.

—¡Claro! Por cierto, te presento a David, mi expareja —afirmé.

—¡Ah!... Uhm... encantada, soy Marga. —Le tendió la mano para estrechársela y David se la aceptó educadamente.

—Igualmente. —Sonrió fríamente.

—Bueno, Marga, mañana nos vemos —dije incómoda.

—Hasta mañana, cariño.

—¿Nos vamos ya? —Se impacientó David.

—Sí, vamos.

Fuimos andando a un bar que había cerca del colegio. Nos sentamos en la terraza, y el camarero enseguida se acercó a atendernos. Yo pedí una Coronita, seguro que la iba a necesitar y él se pidió una Estrella.

—¿Qué quieres, David? —Seguí con mi tono seco.

—Para empezar, podrías ser más amable. Te estoy hablando bien.

—¿Hablarle bien? Déjate de chorradas y dime lo que tengas que decir. No tengo mucho tiempo.

—Está bien. Verás, ya sé que han pasado dos años, que no tengo derecho a pedirte nada, lo que pasó fue mi culpa, lo reconozco y te pido disculpas. Pero quiero que sepas que yo... aún te quiero... te he querido desde que nos conocimos, hemos estado siempre juntos y a pesar de lo que ocurrió... te echo de menos. —Hizo una pausa para ver si reaccionaba o le contestaba, pero cómo no lo hice, continuó hablando—. Sabes que mi madre siempre te ha querido, incluso te ha tratado mejor a ti que a mí. Cuando nos separamos, estuvo unos días sin hablarme porque ella estaba de tu parte. Evidentemente no le conté los motivos reales, para ella, es que conocí a otra chica y me dejaste al descubrirlo. En cierta manera, no es del todo mentira. —Me miró buscando una respuesta, pero yo continué callada. Tragué saliva ante los recuerdos que me agolparon la mente, y sentí como se me revolvía el estómago de nuevo—. El caso, es que... a mi madre le han diagnosticado cáncer de pulmón, y es irreversible. Está en una fase muy avanzada. No le dan mucho tiempo porque ha comenzado a expandirse a otros órganos —al hablar de su madre, su semblante cambió, vi la tristeza en sus ojos que empezaron a llenarse de lágrimas.

—¡Oh!... Lo siento mucho, no tenía ni idea —dije sinceramente. En realidad, su madre siempre me trató muy bien, a mí me caía genial, y fue como una segunda madre para mí. Es verdad que, al separarnos, Ángela, me llamaba casi cada día para ver cómo estaba, y despotricaba contra su hijo cada vez que hablábamos. Yo intentaba quitarle hierro al asunto, al fin y al cabo, se trataba de su hijo, pero ella insistía en que no debía defenderlo después de lo que me había hecho. Que no tenía perdón.

—No te preocupes, no tenías por qué saberlo.

—¿Y cómo está? ¿Está en casa?

—No, la tienen en el hospital, en observación y medicada, pero es cuestión de muy poco tiempo. La quimioterapia que le dieron fue muy dura, y no ha podido aguantar. Emma, mi madre se muere, quizá mañana ya no esté aquí.

—¿Y por qué me cuentas todo esto?

—Porque quiero cumplir su última voluntad. Me ha pedido una cosa antes de morir, algo que le haría muy feliz y poder irse tranquila.

—Explícate. —Me estaba imaginando lo peor, pero quería escucharlo de su boca.

—Mi madre me ha pedido que me reconcilie contigo. Te pida disculpas y que vuelva a enamorarte. Que recupere tu confianza y vuelvas conmigo.

—¿Estás loco? ¿Pero qué dices? ¡Ni en broma vuelvo contigo! —Di un trago

largo a la cerveza a ver si me despejaba. No me podía creer lo que estaba escuchando. —¿Se había vuelto loco?—

—Escúchame, esto es idea de mi madre, aunque no te voy a negar que me gustaría volver a intentarlo contigo como te he dicho antes. Nunca he dejado de quererte, incluso estando con otras personas, siempre has estado muy presente en mí.

—No me vengas con milongas, David. Me parece perfecta tu vida liberal, pero yo no estoy a favor de ese estilo de vida, así que no me incluyas y no me pongas como excusa.

—No te pongo como excusa, Emma. Sé que no quieres volver a saber nada de mí, y sé que te perdí para siempre aquel día, pero te tengo que pedir este favor, no lo hagas por mí, hazlo por mi madre. Solo tiene que creer que hemos vuelto el tiempo... que le quede de vida. Solo eso. Después ya podrás volver a tu vida.

—¿En serio me estás pidiendo que mienta a tu madre en su lecho de muerte? Definitivamente te has vuelto loco. No voy a participar en esto, David. Es una crueldad.

—Sé que puede parecer una crueldad, pero ¿Has pensado un momento lo que es ver cómo tu madre va muriendo día a día y que no puedes hacer nada? ¿No harías lo que fuera por verla feliz en sus últimos momentos en esta vida? Piénsalo, Emma. —En eso tenía razón, no me había parado a pensar en su punto de vista. Si fuera mi madre, haría todo lo posible por verla feliz hasta el último día de su vida, pero ¿engañarla? Sería por una buena causa, pero no dejaba de ser una mentira. Debía de meditarlo bien antes de decidir nada.

—Necesito pensarlo bien, David. No puedo darte una respuesta ahora mismo. No es fácil.

—Lo sé, no quiero meterte prisa, pero no hay mucho tiempo. Mañana intenta decirme algo seguro y si no... pues... —No llegó a acabar la frase, agachó la cabeza y vi cómo se le escapaba alguna lágrima por sus mejillas. Esa imagen me trastocó. Nunca lo había visto llorar por nada. Lo de su madre le debería de estar afectando más de lo que pensaba.

—De acuerdo, mañana te daré una respuesta.

—Gracias, Emma, al menos por intentarlo. Significa mucho para mí.

—Esto no va de ti ni de mí, sino de tu madre, así que no te hagas ilusiones. En caso de que acepte habrá que dejar las cosas claras entre tú y yo.

—¡Por supuesto!

—Me marcho, mañana pásate por el colegio, y te doy la respuesta. —Me

levanté decidida, pero David volvió a agarrarme del brazo, sólo que esta vez fue más suave.

—Gracias. Nos vemos mañana.

Capítulo 29

El corto camino que había hasta mi casa se me hizo eterno. No dejaba de pensar en lo que me acababa de proponer David. Era algo surrealista. Me costaba creer que su madre estuviera a punto de fallecer. Ángela siempre había sido una persona llena de vida, enérgica, no podía estarse quieta, siempre tenía algo que hacer, era un culo inquieto. Pero sí que es verdad que siempre había fumado mucho, era su vicio y por mucho que intentaban su marido y su hijo que lo dejara, a ella le daba igual. Y ahora se estaba muriendo.

No me esperaba en absoluto esa noticia, no supe reaccionar. Una enfermedad de ese tipo siempre es dura, pero cuando te toca de cerca, tardas en asumirlo, y era lo que me pasaba a mí. Tenía que hablar con las chicas, ellas me ayudarían.

YO: Chicas, necesito consejo ¡urgente!

MARTINA: Cariño, ¿qué te pasa?

NONA: ¡Eh! Bombones, ¿qué pasa?

YO: Chicas, esto os lo tengo que contar en persona. Sé que son las ocho de la tarde y que es lunes, pero ¿podéis venir a mi casa? Pediré pizzas. Sólo un rato. Necesito contaros algo importante.

NONA: ¡Joder! ¡Emma! ¿Siempre tienes que asustarnos de esta manera? Pero cuenta conmigo, me cambio y voy para allí, de paso llevo cervezas.

YO: OK.

MARTINA: Emma, hija, siempre dándonos estos sustos. En media hora estoy ahí que me has pillado haciendo la colada.

YO: Vale, chicas, aquí os espero. Besitos

Estaba atacada de los nervios, pero esperaría a las chicas antes de tomar una decisión. Lo primero que hice fue pedir un par de pizzas de barbacoa que era nuestra preferida. Al cabo de media hora, llamaron al timbre, fui a abrir y me encontré con las chicas por un lado, y el famoso capullo repartidor por otro. Me miró con su estúpida sonrisilla de imbécil, y me entregó las pizzas.

—Gracias —dije en tono seco y mirándolo con cara de asesina. Que se preparara si se le pasaba por la cabeza hacer algún comentario.

—De nada. —Salió sin siquiera mirarme. Supuse que había captado la

indirecta.

—Pasad chicas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Nona.

—Nada, el repartidor de siempre, que es un capullo. Pensé que me iba a soltar alguna de las tuyas.

—Con la mirada que le has echado no te hubiese rechistado ni Dios —dijo riéndose Martina.

—Aquí traigo las cervezas, nena. Vamos a cenar que tengo mucha hambre.

—Sí, vamos antes de que esta burra acabe hasta con las cajas —soltó Martina.

—¿Burra yo? La que fue a hablar, que siempre compra cosas por triplicado. Se piensa que se va a acabar el mundo en cualquier momento.

—Hay que ser precavida, listilla, nunca se sabe lo que puede pasar... ¿Y si un día tienes que venir a mi casa por emergencia y tienes hambre? Pues de otra cosa no, pero comida habrá para alimentarte por un tiempo.

—Eso es verdad, Nona —dije doblándome sobre mi estómago a carcajadas.

—Bueno, a ver, ¿Para qué hemos venido aquí? ¿Para meteros con lo que como o para saber qué le pasa a esta petarda? —Se puso seria y con los brazos en jarra mientras lo decía. Pero no pudo evitar dejar escapar la sonrisilla.

—Me has recordado a aquel escritor que fue a un programa de televisión y la presentadora hablaba de todo menos de su libro. El hombre indignado, le reprochó que él hubiera ido a hablar de su libro y que no le preguntara nada sobre él. Fue un vídeo de Youtube muy famoso —explicó Martina entre risas.

—Es verdad, ya lo recuerdo, ¡Qué bueno, Martina! —No conseguía ponerme en pie del ataque de risa que me había dado. Acabamos las tres retorciéndonos de la risa en el sofá. Después de unos minutos, conseguimos calmarnos un poco y comenzamos a comer las pizzas.

—Emma, ahora que ya estamos más tranquilas, nos puedes contar lo que te ocurre, para eso nos ha llamado ¿no? —Engulló Martina un buen trozo de pizza.

—Sí, eso, tú habla que yo como, pero te escucho —dijo Nona dando otro bocado a su trozo.

—Vale, chicas. Os acordáis de que ayer estuvo aquí David ¿Verdad?

—Sí —contestaron con la boca llena.

—Hoy ha venido al colegio. Quería que hablara con él. Tenía algo importante que decirme. Yo no quería aceptar, pero luego vi a Eric, y se me

estremeció el corazón al verlo tan mal. Por eso mismo decidí hablar con él y acabar con esto de una vez.

—Entonces... ¿Has hablado con David? —preguntó seria, Martina.

—Sí, he quedado esta tarde con él y hemos hablado.

—¿Y? —Nona, no decía nada, sólo comía y me observaba. Ya se podía estar viniendo el mundo abajo que mientras hubiera comida, ella ni se inmutaría. El caso es que tenía un tipazo de envidiar, y no sabíamos dónde metía todo lo que le echaba al cuerpo. Ella presumía de genética, a su madre le pasaba igual, y muy orgullosa que estaba de ello y de poder comer sin preocuparse de las calorías.

—Su madre se está muriendo. —Las dos se quedaron con su porción de pizza a medio camino hasta sus bocas, con la mandíbula desencajada y sus ojos tan abiertos como platos fijos en mí. Como no reaccionaban ni decían nada, seguí relatándoles lo que me había contado David. —Tiene cáncer de pulmón. Se lo han diagnosticado demasiado tarde, y le queda muy poco de vida.

—¿En serio? —exclamó Martina.

—¡Joder Emma! ¡Qué putada! Lo siento mucho, sabemos lo bien que te llevabas con su madre. ¿Estás bien? —me preguntó Nona preocupada.

—Sí, a ver, no estoy para irme de fiesta, pero tampoco puedo hacer nada... o sí.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que me ha pedido David es que cumpla la última voluntad de su madre. Ella y yo siempre nos hemos llevado muy bien, y me ha tratado como a una hija, es más, al separarnos, ella seguía preocupándose por mí en vez de preocuparse por su hijo, como sería lógico, aunque no sabía los motivos reales. David le contó que había conocido a otra chica y yo lo descubrí y ese fue el motivo de la separación.

—¿Entonces no sabe el motivo real?

—No, no lo sabe y es mejor así, no creo que sea conveniente que en su estado se lleve un disgusto tan grande.

—¿Y cuál es su voluntad? —preguntaron las dos al unísono.

—Su madre quiere que regresemos. Quiere que David consiga enamorarme de nuevo y yo pueda volver a confiar en él.

—¡¿Qué?! —exclamaron las dos ... otra vez... —Parecían gemelas estas dos —. ¡Pero está loco! —otra vez las dos al mismo tiempo.

—Un inciso —hice el gesto de tiempo muerto con las manos—, ¿Se puede saber qué os pasa a las dos? ¿Estáis programadas o qué? Parece que hablo con

una máquina en vez de con mis amigas —solté riéndome.

—Es que estamos muy compenetradas. —Se miraron las dos y pusieron morritos como si fuesen a darse un beso.

—A lo que íbamos, chicas, que se hace tarde, esa es la voluntad de Ángela. Yo también le contesté que estaba loco, que no podía engañarla y menos en su lecho de muerte. Pero tuve que ponerme en su situación, y si fuera mi madre, yo también haría lo que fuera para verla feliz en sus últimos días de vida. La condición es que solo sería mientras viviera. Después cada uno volvería a su vida.

—¡Madre mía! ¡Tía! Es una locura. A ver si me he enterado bien —Empezó a decir Nona—, ¿Pretendes volver con David para que su madre os vea como la pareja que fuisteis sólo hasta que muera? Y perdón que lo diga así, pero la mujer aún no ha muerto y se está hablando de cuando ya no esté en este mundo que pueden ser días, semanas o vete a saber... ¿Y si se llega a recuperar?

—No, Nona, quiero decir, sí, esa es la idea, pero los médicos han asegurado que no le quedan semanas, sino días. El cáncer se ha extendido a varios órganos de su cuerpo, y empiezan a fallarle. Es cuestión de poco tiempo.

—Cariño, estoy alucinando con este asunto, pero he de decirte que yo aceptaría —dijo Martina.

—¿Qué? ¿Tú también te has vuelto loca? ¿Pero estáis todas locas o qué os pasa? ¡Esto es para flipar!

—Nona, piénsalo un momento. Ponte en el lugar de David, si fuera tu madre la que estuviera enferma, ¿tú qué harías? Emma tiene razón, aunque suene muy mal, solo sería hasta que su madre ya... bueno... haya fallecido, pero sus últimos días sería feliz viéndolos juntos. Piénsalo. —No me tiré encima de Martina porque estaba paralizada. Me había emocionado con sus palabras. El peso que estaba llevando encima durante todo el día se me estaba viniendo abajo, solo me apetecía llorar y desahogarme, pero necesitaba escucharlas y oír sus puntos de vista. Sabía que Martina me entendería sin problemas. Nona es más racional y aun así sabía que me apoyaría.

—Tienes razón, Martina. Perdonar, pero ya sabéis cómo soy de impulsiva, pero... pensándolo fríamente, aunque sigo diciendo que es una locura, tenéis razón. Yo también haría lo que fuera por ver a mi madre feliz en sus últimos días de vida. Lo siento.

—No tienes que disculparte Nona, y te agradezco de verdad que me entiendas. Tu opinión también es muy importante para mí. Tanto tú como Martina sois mi familia, y gracias a vosotras puedo llevar mejor este asunto.

Nos pusimos las tres a llorar como magdalenas y solo se escuchaban nuestros hipidos, sorbidas de mocos y risas. Al final, acabamos riéndonos de nosotras mismas, pero nos daba igual. Éramos nosotras.

Capítulo 30

—Una cosita... eso no es todo... aún hay más —dije casi en un susurro por temor a la reacción que tendrían al contarles la otra parte.

—¿Hay más? ¡Ay! ¡Dios mío! Nos va a dar algo, Emma. Venga, escupe ya todo y déjate de misterios.

—Bueno, además de la voluntad de su madre... David... en realidad... quiere volver conmigo.

—¿Qué?! ¿Es gilipollas?! —exclamaron las dos—. Ya no me sorprendía que contestaran a la vez.

—Sí, dice que me sigue queriendo y que deberíamos replantearnos nuestra relación, que no podemos tirar tantos años por la borda, que nos conocemos desde los dieciséis años...bla, bla, bla...

—¡Este tío es imbécil! Después de lo que te hizo, ¿tiene los santos cojones a venir después de dos años, con su madre casi en el más allá y pretende que vuelvas con él? ¡Madre mía, esto es de locos! —Nona no paraba de levantarse y sentarse haciendo aspavientos con las manos, me ponía de los nervios, pero es que la situación no era para menos. Martina escuchaba tranquilamente en el sofá bebiendo su cerveza como si nada.

—Cariño, no es por nada, pero espero que en eso no cedas —me dijo Martina con calma. Recuerda lo mal que lo has pasado por su culpa y aún no lo has superado al cien por cien cómo para volver a lo mismo. Y está Eric. —No podía olvidarme de él por más que quisiera, lo tenía muy presente en todo este asunto y era por él, que quería solucionarlo cuanto antes.

—Lo sé, por eso mismo quiero acabar cuanto antes con este asunto. Pero tranquilas, no pienso volver con David ni muerta. Ahora mis pensamientos están en Eric, y solo espero no llegar tarde. Le pedí tiempo, pero tengo la sensación de que se cansará de esperar, y no lo culparía en ese caso.

—Emma, ¿por qué no le cuentas lo que sucede? Así al menos sabe a lo que atenerse. Ahora seguro que está comiéndose la cabeza porque no tiene ni idea de lo que te pasa, ¿verdad? —me soltó Martina.

—Sí, le pedí tiempo, pero no le dije exactamente el motivo. No quería involucrarlo, pero él insistía en que podía contar con él, quería ayudarme con lo que me pasara, pero le dije que no, que esto lo tenía que solucionar sola.

—¡Eres tonta, Emma! Apartándolo de tu lado lo que vas a conseguir es alejarlo del todo. Si le cuentas lo que te pasa él te puede dar apoyo y no es por

nada, no lo haría si no sintiera nada por ti, ¿no crees?

—Lo sé, Nona, pero es que no quiero hacerle daño. Me importa mucho.

—Con más motivo para decírselo, y que no piense cualquier cosa que le pueda hacer daño. Ya sabes que los malentendidos son muy peligrosos.

—Lo pensaré. Gracias, chicas. Sois de gran ayuda. —Me abalancé sobre ellas en un abrazo de oso característico en nosotras.

Las chicas se marcharon, recogí los botellines de cerveza vacíos y las cajas de pizza. Las tiré a la basura y volví al sofá. Conecté la televisión porque no me apetecía dormir y tampoco creía que pudiera hacerlo. Mi cabeza estaba entre David y Eric y no podía pensar en nada más. De pronto, me sonó el móvil, pensé que sería alguna de las chicas, pero en la pantalla volvió a aparecer aquél maldito número oculto.

Con todo este asunto, me había olvidado del tema de las llamadas. —¡Dios! ¿Es que el destino se había puesto de acuerdo en joderme la vida en cuestión de poco tiempo? Apagué el móvil y seguí con la tele encendida hasta que el sueño me venció.

Cuando me desperté, estaba en el sofá y todo estaba oscuro. Aún no había amanecido. Encendí el móvil para ver la hora que era, y marcaba las cinco de la mañana. Me levanté y fui casi arrastrándome hacia mi cama, pero ya me había desvelado y no conseguí volver a dormirme. No paraba de darle vueltas a todo.

Cuando el despertador sonó a las siete de la mañana, conseguí llegar a la ducha. El agua caliente, y los chorros de la columna de hidromasaje lograron relajarme los músculos y bajar la tensión que había acumulado el día anterior. Aunque aún me quedaba un día intenso por delante. Tenía que darle una respuesta a David y a la vez pensar en qué debía hacer con Eric.

Mi cuerpo me pedía a gritos cafeína, o me metía un buen chute o no sería capaz de salir por la puerta.

Después de arreglarme, cogí el bolso y salí de casa hacia el colegio. Al salir del portal, me estampé con un hombre que pasaba en ese instante por ahí. Al percibir su perfume supe enseguida de quién se trataba.

—¡Eric! ¡Disculpa! No te he visto —dije como una boba mientras me quedaba paralizada con mis manos sobre su pecho, y sus brazos rodeándome la cintura, otorgándome una calidez reconfortante.

—¡Emma! —La sonrisa de sorpresa que se le dibujó en la cara provocó un cosquilleo en mi corazón que por unos segundos hizo olvidarme de todo. Estábamos los dos pasmados mirándonos, que no oímos una tos de fondo que

provenía del hombre que estaba justo al lado de Eric.

—Uhm... Disculpa Emma, te presento a Oliver, mi socio.

—Oliver, ella es Emma.

—Encantada Oliver. —Lo saludé dándole dos besos en las mejillas.

—Igualmente Emma. Ya tenía ganas de conocerte. Eric no para de hablar de ti.

—¡Ah! ¿Sí? Pues... espero que sea todo bueno. —Sonreí mientras le echaba una mirada a Eric.

—Ahora que te conozco, creo que no puede decir nada malo de ti. —Me guiñó un ojo de forma cariñosa. Yo sentí mis mejillas arder de repente y supe que ya estaba roja como un tomate. Eric, que no había dejado de mirarme en todo momento, me acarició una mejilla con su mano sonriéndome.

—Me encanta cuando te ruborizas. —Se acercó a mí, sin apenas tocarme, y continuó susurrándome al oído—. Estás preciosa.

—Uhm... bueno... yo... llego tarde a trabajar —les dije intentando calmarme. Miré a Eric y le sonreí. Me despedí de Oliver y comencé a caminar rápidamente hacia el colegio.

—¡Emma! ¡Espera! —Unos segundos después oí que gritaban mi nombre y me giré.

Eric venía corriendo y se paró frente a mí. Me cogió de la cabeza suavemente y apretó ligeramente sus labios contra los míos. Nos fundimos en un beso dulce, tierno que nos llevó a la locura. Al separarnos, la cabeza me daba vueltas, el corazón parecía que se me iba a salir del pecho en cualquier momento y me temblaba todo el cuerpo. Eric lo notó y me tranquilizó.

—No te preocupes, ya hablaremos, solo quiero decirte que... aquí estoy, ¿de acuerdo? —Me miró tiernamente mientras me acariciaba mi mejilla, y se despidió con otro dulce beso, pero tan intenso que me dejó trastocada.

Cuando llegué al colegio, aún me temblaban las piernas, saludé a Marga que ya estaba en su despacho y me devolvió el saludo con su eterna sonrisa. Después me dirigí a clase. Ana que ya había llegado, pasó a saludarme. Estuvimos hablando unos minutos y salimos juntas a la entrada a recoger a nuestros niños.

Capítulo 31

La mañana transcurrió con normalidad. Los niños y yo realizamos varias actividades sobre la naturaleza, colorearon unas cuantas fichas, montaron puzzles y después del recreo continuamos con la canción que estábamos creando entre todos. Estaban todos muy ilusionados y contentos con la idea y a mí me hacía muy feliz verlos así. Eran un grupo adorable.

En cuanto llegó la hora de salir, mis nervios aumentaron considerablemente. Sabía que David estaría esperándome en la puerta, así que me despedí de mis compañeros, incluidos Marcos y Luisa, que seguían en su línea.

—¡Emma! ¡Espera! —me llamó Marcos antes de que llegara a la puerta.

—Dime Marcos.

—Oye, este viernes hemos quedado algunos profesores para ir a tomar algo después de las clases, ¿te apuntas? De vez en cuando solemos quedar y desconectar un rato.

—Uhm... pues... ya te lo diré ¿vale?... sí me disculpas, tengo algo de prisa. Ya hablaremos. —eché a andar precipitadamente hacia la salida.

—Nos vemos mañana. —Se quedó allí parado viendo cómo me marchaba, con semblante muy serio. No entendí su reacción, pero en ese momento tenía otro asunto más importante del que preocuparme.

David ya estaba esperándome en la puerta. Las manos metidas en los bolsillos de los pantalones le daban un aire desenfadado. Él sonreía mientras me acercaba, pero a mí no me hacía ni pizca de gracia. Su cercanía sólo me provocaba incomodidad, quería acabar cuanto antes con el asunto, pero ya no estaba en mi mano.

Fuimos a tomar algo dónde el día anterior, nos sentamos en la terraza y el camarero no tardó en llegar. Pedimos dos cervezas y se formó un silencio de esos incómodos que se producen cuando no tienes nada que decir o no sabes cómo comenzar.

—¿Cómo está tu madre? —No sabía cómo romper el hielo y se me ocurrió preguntar por ella aun sabiendo que era una pregunta tonta.

—Sigue igual, aunque esta mañana ha amanecido decaída. No quiere que la veamos en ese estado.

—Supongo que a nadie le gusta que nos vean cuando estamos mal.

—Sí, supongo... Y ¿has pensado en lo que te propuse ayer? —Ahí estaba. Llegó el momento de la verdad.

—Sí. Lo he pensado bien, y aceptaré con unas condiciones, ¿de acuerdo?

—Está bien. Dime.

—*Primero*: Acepto que delante de tu madre nos hagamos pasar por la pareja que éramos, pero una vez no estemos con ella, cada uno por su lado.

Segundo: No me voy a instalar en tu piso, voy a seguir en el mío y voy a seguir con mi vida como hasta ahora.

Tercero: Olvídate de que vuelva a estar contigo. Yo ya no siento nada por ti ni lo volveré a sentir, es más, no quiero saber nada de tu vida, te lo dejé bien claro cuando apareciste en mi casa ¿recuerdas?... Esas son mis condiciones, ¿estás de acuerdo? —David pareció dudar un instante, pero después de unos segundos, accedió.

—Está bien. Estoy de acuerdo, aunque cuando estemos delante de mi madre tendremos que comportarnos como una pareja, ya sabes, algún beso, alguna caricia...

—¿¿Cómo?! No creo que haga falta hacer eso.

—Si no lo hacemos como si fuera real, mi madre no se lo creerá. —Dudé por unos segundos, pero en el fondo tenía razón. Aunque me desagradaba la idea de que me volviera a besar, si quería que funcionara, tendría que aceptar.

—No hace falta que pongas esa cara de disgusto. No te preocupes, no voy a excederme del guion. —Me miró con tristeza.

—Eso espero. Está bien. Lo haremos así —sentenció.

—Gracias Emma, para mí es muy importante todo esto. Ya sé que no voy a conseguir nada más contigo, pero lo que vas a hacer por mi madre, te lo agradezco de verdad.

—No me des las gracias, esto lo hago por ella. ¿Y cuándo vamos a ir a visitarla? —Estaba siendo seca con él, pero era lo que me hacía sentir. El favor se lo hacía a Ángela, no a él.

—De acuerdo, te paso a buscar mañana por la tarde... ¿cómo hoy?

—Vale, ¿Y qué le vamos a decir a tu madre? ¿Qué hemos vuelto así de fácil?

—Había pensado en contarle que te vine a buscar, estuvimos hablando, te hice entrar en razón y aceptaste darme otra oportunidad.

—¿Buf! —El soplido que solté me salió del alma. Ángela no era tonta, no se creería esa excusa, así como así.

—Ya sé que mi madre no es tonta —¿Me había leído el pensamiento? —, pero tendrá que creerlo porque tendremos que esforzarnos en hacerlo real.

—Lo sé. Pondré todo de mi parte, no te preocupes. —No me lo creía ni yo —.

—Gracias.

—Bueno, me marchó ya. Mañana nos vemos David. —Nos levantamos a la vez de la mesa y se acercó a darme un beso, pero mi instinto —sin querer o queriendo—, hizo una tremenda cobra que ni la de Bisbal a Chenoa.

—Disculpa... ha sido sin querer. Hasta mañana, Emma. —Se marchó deprisa calle abajo hacia su coche. Cuando me recompuse, me fui directa a casa. Mientras llegaba, me sonó el móvil y al sacarlo del bolso vi que era otra vez ese número oculto. Estaba ya cansándome de las llamadas. En un ataque de rabia, descolgué.

—¡¿Quién coño eres?! ¡¿Qué quieres?! ¡Si sigues llamándome te denuncio a la policía! ¿Me oyes? —Colgué con furia el teléfono y por poco estuve a punto de estrellarlo contra el suelo. ¡No podía más! Me sentía desbordada por tantos problemas. Hacía dos días que David había vuelto a aparecer en mi vida y me la había puesto patas arriba. Solo deseaba que acabara todo el asunto de su madre y perderlo de vista.

Cuando llegué al portal, abrí tan efusivamente la puerta que casi le doy a un vecino que estaba a punto de salir. Me disculpé de todas las maneras posibles ante mi torpeza, y el pobre hombre no hacía más que decirme que no pasaba nada, que no le había hecho daño, y me miraba como si estuviera loca. —Al paso que iba yo también lo pensaba de mí misma—. Entré en mi piso y lo primero que hice fue dirigirme al baño. Mientras me quitaba la ropa, fui llenando la bañera y echando sales de baño. Cuando ya estuvo lista, me metí y el contacto del agua junto al aroma de coco consiguió que mis músculos se relajaran notablemente.

Capítulo 32

Había llegado el momento de ir a ver a Ángela. Creo que en mi vida había estado tan nerviosa como lo estaba esa tarde. Por un lado, por tener cerca a David y por otro, por volver a ver a Ángela, sobre todo en el estado en que se encontraba.

Cuando se fueron los niños con sus padres, volví a clase a recoger el bolso. Normalmente, lo solía llevar en el momento de la salida con ellos, pero esa tarde, con los nervios, se me había olvidado.

Al entrar de nuevo en el edificio, me dirigí a clase todo lo rápida que mis zapatos me permitían, hasta que pasé por la sala de profesores, que estaba situada antes de llegar a la mía. Frené en seco ante el umbral de la puerta y vi que Marcos aún estaba allí. Estaba concentrado en su móvil y no quise molestarle, pero en ese momento, mi teléfono comenzó a sonar. Lo saqué rápidamente pensando que era David, y en la pantalla se reflejaba otra vez el número oculto. Marcos, se dio cuenta de mi presencia y su rostro palideció al verme. Lo miré y observé que él tocaba una tecla de su móvil en el mismo instante que el mío cesaba la melodía. Nos miramos incrédulos los dos, allí, inmóviles sin poder reaccionar.

No podía creer lo que estaba pasando, ¿Sería posible que fuera Marcos la persona de las llamadas ocultas? ¿Pero por qué? Varias preguntas se agolparon en mi mente sin tener respuesta, pero tenía que solucionarlo cuanto antes.

—¡Emma! Yo... —Comenzó a decir a modo de disculpa.

—¡Marcos! ¿Eres tú quien me llama? —no contestó, pero su mirada y su rostro contraído me dieron a entender de que era él —¿Pero por qué? ¡No entiendo nada!—, escucha, ahora debo irme, tengo un asunto importante, pero tú y yo tenemos una conversación pendiente y espero que tus respuestas sean convincentes, si no, no dudaré en denunciarte, ¡¿Me oyes?! —espeté furiosa.

—Marcos, ya he recogido, ¿nos vamos?... —dijo Luisa entrando por la puerta y quedándose parada al ver nuestras caras.

—¡Y tú! Espero por tu bien que no tengas nada que ver, porque si no os denuncio a los dos, ¿Me oís? ¡Esto no va a quedar así! —Luisa se quedó con cara de pánfila mientras yo salía escopeteada hacia mi clase hecha una furia. Cogí el bolso, y me dirigí corriendo hacia la salida. ¿Por qué el destino se empeñaba en ponerme tantas piedras en el camino? Tenía más que asumido

que era gafe, pero ¡¿tanto?! Estaba tan cansada mentalmente que no podía pensar en más cosas, y aún me quedaba mucho por solucionar. Deseaba dormir y despertar cuando todo estuviese arreglado, pero me temía que por mucho que lo deseara no se haría realidad.

David ya estaba esperándome en la puerta. Aparté por el momento el tema de Marcos y Luisa y me centré en lo que de verdad me importaba.

—Hola Emma. ¿Estás lista?

—No, pero vamos.

Nos subimos en su coche y nos dirigimos al hospital. Por el camino fuimos concretando detalles de nuestra historia para que Ángela intentara creérsela. Cada vez que nos acercábamos, más pensaba en que era una mala idea. Al final descubriría la verdad y la pobre mujer se iría con el corazón roto. Aún estaba a tiempo de echarme atrás, pero ya había dado mi palabra, y las palabras de las chicas me vinieron a la mente como un huracán.

Llegamos hospital y David no tuvo problemas en aparcar. Antes de bajarme, respiré hondo y yo misma me animé para poder hacerlo. —¡Venga, Emma, tú puedes, no pienses y a por ello!—.

Subimos a la planta dónde estaban ingresados los pacientes más graves y Ángela estaba en una habitación al final del pasillo. Antes de entrar, respiré hondo por segunda vez, miré a David y me transmitió calma, una falsa calma que no teníamos ninguno de los dos.

—¡Mamá! —Saludó a su madre acercándose hasta ella y dándole dos besos.

—¡Hijo! ¿Qué haces por aquí?

—He venido a verte y... no he venido solo. —Dirigió su mirada hacia mí y Ángela se percató enseguida de mi presencia. Su cara de sorpresa fue mayúscula.

—¡No me lo puedo creer! ¡Emma! ¡Cariño! ¿Pero qué haces aquí? ¡Hace tanto tiempo que no te veo que estás... guapísima! —Ángela se emocionó al verme, a pesar de las ojeras y el semblante demacrado que mostraba su rostro, su sonrisa consiguió darle luz y sus ojos dejaron escapar unas lágrimas.

—Hola Ángela —la saludé cariñosamente mientras me acercaba a darle dos besos—, ¿Cómo te encuentras?

—¡Ay! ¡Hija! ¡Qué alegría más grande volver a verte! Pues mira, una que se hace mayor y ya no está para tanto achaque.

—No digas eso Ángela, pero si aún eres joven y te queda mucha guerra por dar.

—Que Dios te oiga, hija, pero ya no hay nada que hacer. Los médicos ya me

han dado el diagnóstico y en cuando menos me lo espere, me habré ido.

—Pero tiene que haber algo que se pueda hacer, ¿habéis buscado segunda opinión? Quizá otro médico te pueda dar alguna otra solución.

—Por desgracia, el cáncer está muy avanzado, hija, me está afectando a otros órganos y casi no puedo mantenerme en pie, me canso demasiado hasta de respirar. Lo mejor es que acabe cuanto antes.

—Ángela, no digas eso. —Me abracé a ella y las dos comenzamos a llorar. No pude evitarlo. Me dolía verla así. Con lo que ella había sido y que acabara de esa manera, no era justo.

—Bueno, dejémonos de tanta llorera que la vida ya es bastante complicada. Y dime, ¿qué te trae aquí? mi hijo no ha podido tener esa boquita cerrada, ¿verdad? —dijo echándole una mirada divertida a su hijo.

—Mamá, creí oportuno el decírselo, siempre os habéis llevado muy bien.

—Me hubiese enfadado si no me lo hubiese dicho, Ángela. —Le cogí la mano para transmitirle mi apoyo.

—Ya le dije a mi hijo que no quiero que me vean así. Prefiero que os quedéis con una buena imagen mía que no esta cara de muerta que tengo.

—¡Mamá!

—¡Ángela! No digas eso, siempre tendremos una bonita imagen tuya, eso para empezar, y aún no estás muerta ¿vale? Así que, no hables así.

—Eres un amor, cariño. ¡Cuánto te he echado de menos! —dijo acariciándome la mejilla con su mano temblorosa.

De repente, la puerta de la habitación se abrió y una enfermera entro a decirnos que teníamos que marcharnos. Era la hora de la medicación y la paciente tenía que descansar. Nos despedimos con la promesa de volver a verla al día siguiente, y seguir charlando como en los viejos tiempos. David me acercó hasta casa y durante el trayecto nos sumimos en un silencio sepulcral.

—Hemos llegado.

—Gracias David... por traerme.

—Emma... Gracias por lo que estás haciendo por mi madre.

—No me las des, sabes que lo hago por ella... pensé que le íbamos a decir que estábamos juntos...

—Yo también, pero al contemplar lo emocionada que estaba al volver a verte, no quise romper el momento. Aunque lo habrá supuesto.

—Sí, de eso estoy segura. Tu madre no es tonta. Bueno... me marchó ya. ¿Nos vemos mañana a la misma hora?

—Sí, te paso a recoger igual que hoy.

—Hasta mañana.

Capítulo 33

Subí a casa, puse el bolso encima de la mesa del salón, lancé los zapatos a un lado y me dejé caer en el sofá. —Era una costumbre diaria que al llegar a casa me producía cierto placer. Nada que ver como un buen polvo, pero a falta de hombre, esta rutina era algo maravilloso—.

Estaba realmente agotada. Eran muchas emociones en tan poco tiempo. Ver a Ángela en ese estado me había afectado más de lo que pensé. Habíamos pasado muchas vivencias juntas, puesto que me acogió como una hija. Eso hizo que tuviera una relación especial con ella. No era la típica suegra, se convirtió en una segunda madre para mí, sin faltar a mi madre, claro, mi madre era mi madre, eso no cambiaría por nada del mundo. Sin embargo, a Ángela la rodeaba un aura de luz que por dónde iba dejaba rastro, y la gente se sentía atraída por ella de una manera u otra. El hecho de verla postrada en una cama de hospital, demacrada y sabiendo que le quedaba poco de vida, me encogía el corazón.

Intenté dejar de pensar y busqué algo en la cocina para cenar. Al final opté por hacerme un sándwich de pavo y lechuga con mayonesa. No era una gran cena, pero no me apetecía ponerme en los fogones a prepararme nada.

Me serví el sándwich en un plato, cogí una Coca-Cola y me senté en el sofá. Encendí la tele para ver si emitían algo interesante. Estaban dando La Voz Kids. Me encantaban esos programas porque la música me apasiona, y ver a esos niños o adultos luchar por sus sueños era conmovedor. Ya fuese reality o no, el mensaje que transmitían era motivador para todo el mundo que luchaba por sus sueños. Seguía pendiente de la tele cuando escuché la entrada de un WhatsApp en mi móvil. El corazón me dio un vuelco al ver que era de Eric.

ERIC: ¡Hola! Preciosa. Espero no molestar, sólo quería saber cómo estás. Ya sé que te prometí tu espacio y que te esperaría... pero necesito saber de ti, que estás bien ... y... me gustaría poder verte, aunque fuera tan solo un ratito y poder hablar.

—¡Ay! ¡Mi madre! ¡Eric! —Estaba bebiendo un trago de Coca-Cola mientras lo leía y estuve a punto de ahogarme al pensar en volver a verlo. Tosí como una descosida echando Coca-Cola por la nariz. A ver, a ver, Emma, respira —me dije a mí misma para intentar calmarme.

Me levanté del sofá como si tuviera un resorte en el culo, dejé el plato encima de la mesa y comencé a dar pasos de un lado a otro, nerviosa, con el móvil en la mano sin dejar de leer el mensaje. —¡Quería verme! Me repetía una y otra vez mientras se me dibujaba una sonrisilla tontorróna en la cara—. A pesar de haber marcado distancia con él, estaba muy presente en mi cabeza. Comencé a escribirle la respuesta, pero la borraba cada dos por tres, no acababa de estar conforme con lo que escribía. No quería parecer ansiosa por verle, aunque me moría de ganas por estar con él.

YO: ¡Hola! ¡Eric! Siento mucho no haberte dicho nada estos días. He estado muy ocupada intentando solucionar unas cosas. De hecho, me gustaría hablar contigo, no quiero que pienses que paso de ti. Yo también tengo muchas ganas de verte.

Le di a la tecla enviar. Ya estaba hecho. Ahora esperaba a ver si contestaba. Seguí dando pasos por el salón, pero esta vez había dejado el móvil sobre la mesilla. Estaba tan nerviosa que creía que de un momento a otro me iba a dar un infarto. Saqué una cerveza de la nevera, y le di un trago largo, a ver si eso me tranquilizaba.

Volví a escuchar el sonido de los mensajes y cogí rápidamente el móvil.

ERIC: Emma, no te preocupes, sé que tienes cosas que solucionar, pero no me importa. Cuando quieras hablamos, solo tienes que pedírmelo.

Comencé a escribirle la respuesta cuando llamaron al timbre de mi puerta. Dejé el móvil en el sofá y fui a abrir. Me quedé paralizada al ver a Eric en el umbral. Hacía unos segundos estábamos hablando por mensajes y ahora lo tenía en frente de mis narices.

—¡Eric! ¿Cómo...? —pregunté dubitativa mirándole a los ojos.

—Mientras te escribía, venía de camino hacia aquí. Espero no molestar.

—Ehm... no, no, no molestas, pasa, ¡por favor! —dije nerviosa.

—Quieres una cerveza? —le ofrecí sacando dos botellines de la nevera.

—¡Claro! gracias. —Al coger la cerveza nuestros dedos se rozaron y un estremecimiento removió mi corazón alterándome más de lo que ya lo estaba.

—¿Estás bien, Emma? No tienes muy buena cara.

—No voy a mentirte, Eric. No lo estoy pasando muy bien estos días. De ahí que no te haya llamado ni dicho nada.

—Lo sé, pero por eso no te preocupes ahora. Sabes que sigo queriendo ayudarte, ¿verdad? —afirmé levemente con la cabeza, respiré hondo y me envalentoné.

—He estado pensando y... no puedo ni quiero dejarte a un lado. Son mis problemas y los voy a solucionar yo, pero me mata el no saber nada de ti, el no poder verte, ni recibir un simple mensaje... porque eso es lo que me hace feliz, por lo que he decidido contarte lo que me sucede. —Cuando terminé de hablar miré a Eric y me quería morir. Estaba inmovilizado, mirándome cómo si fuese una estatua. No reaccionaba. Pensé que lo había estropeado, quizá no debería haberle soltado aquella parrafada, pero por una vez fui valiente, y dije lo que sentía sin miedo. ¿Y si cambiaba de opinión y se marchaba? ¿Y si me había precipitado? No tenía ni idea de lo que pasaba por su cabeza, pero ese silencio me estaba torturando.

Después de unos segundos que parecieron horas, empezó a asomar un atisbo de sonrisa en sus labios.

—¿Eric? —Lo llamé preocupada pero no me dio tiempo a decir nada más que a contemplar su preciosa sonrisa. Me sujetó la cara suavemente con ambas manos y me besó dulcemente. Nuestros labios se rozaron en un torbellino de emociones que hicieron que perdiera la cabeza. Nos besamos como si no hubiese un mañana y al cabo de unos segundos, se separó de mí con su mirada fija en la mía y me contestó.

—Preciosa, no sabes las ganas que tenía de escucharte decir eso. —Volvió a besarme apasionadamente. Notar sus besos cálidos de esa manera tan imperiosa, encendieron mi cuerpo reaccionando por sí solo.

Después de ese instante tan intenso, nos separamos levemente, sintiendo nuestras respiraciones aceleradas.

—Emma, estoy aquí y quiero que cuentes conmigo, no te voy a dejar. Deseo estar contigo. — Elevó mi barbilla con su mano suavemente mientras hice un gesto con mi cara a modo de afirmación.

—Tengo que contarte lo que sucede con David, mi ex.

—Te escucho.

—Conocí a David a los dieciséis años, él tenía diecisiete. Comenzamos a salir, y a los veintiún años nos fuimos a vivir juntos hasta los veinticinco. Al principio la relación iba bien, o al menos eso creía yo, pero poco a poco se fue enfriando. Yo llegué a pensar que tenía a otra fuera de casa con la que me ponía los cuernos, pero la realidad superó a la ficción.

—¿Qué quieres decir?

—Un día, al llegar a casa, entré como siempre y escuché unos ruidos que provenían del dormitorio. Pensé que había salido de trabajar antes y estaba allí. Y sí que estaba, sí, junto a dos chicas y un chico, en nuestra cama. Follando como animales en celo.

—¡Qué hijo de puta! —gritó Eric.

—Sí, lo sé... después de la cara de tonta que se me quedó viendo la escena, cogí y me fui a casa de mis padres. Días después regresé al piso a por mis cosas, y estaba esperándome para hablar. Zanjamos el tema y me marché.

—¿Te dio alguna explicación?

—¡Por supuesto! Su excusa fue que, necesitaba más sexo, que había descubierto el mundo liberal y que le gustaba ese estilo de vida. Y mientras, yo creyendo que tenía a otra, que por eso ya no me tocaba. Me sentía culpable por ello y él... ¡follándose a todo lo que se le ponía por delante! Le recriminé el no habérmelo dicho en su momento. Nos podíamos haber separado de mutuo acuerdo, sin complicaciones, pero decidió que era mejor dejarlo estar así. No se atrevía a contármelo, el muy cobarde.

—¿Pero es gilipollas? ¿Quieres decir que no te lo iba a decir nunca? ¿Qué si no lo hubieses descubierto aún estarías viviendo en una mentira?

—¡Exacto! —Se levantó de golpe del sofá, pasándose las manos por su pelo de un modo frenético. Estaba hecho una furia, podía sentirlo, aunque intentara no demostrármelo.

—¿Y ahora qué quiere? ¿Por qué ha aparecido?

—Ha venido a pedirme un favor. Su madre se está muriendo. Le detectaron cáncer de pulmón en estado muy avanzado y ahora se le ha extendido a otros órganos. Los médicos le dan días.... —Eric me miraba con rabia y a la vez sorprendido por la noticia—.

—¿Y qué favor te ha pedido?

—Verás... Ángela, su madre y yo siempre hemos tenido muy buena relación. Me acogió cómo a una hija y se convirtió en mi segunda madre, además de amiga. Para mí fue muy importante. Incluso después de separarme de David, me llamaba preocupada por cómo lo estaba viviendo. Y ahora, verla en ese estado, me duele. Espero que lo entiendas...

—Claro que lo entiendo, Emma.

—El caso, es que me ha dicho que la última voluntad de su madre es volver a vernos juntos. Eso significa que quiere que nos hagamos pasar como pareja delante de ella durante sus últimos días de vida. Quiere que se vaya feliz.

—¡Pero eso es engañarla! ¡Y más cuando se está muriendo! ¡Es una locura!

—Lo sé, es de locos, yo también reaccioné así cuando me lo pidió. Tuve que reflexionar sobre la situación, sin embargo, me puse en su situación y si fuera mi madre, yo también querría que tuviera unos últimos días felices. Piénsalo así.

—Quizás tengas razón, pero aun así lo sigo viendo una locura. ¿Y si se recupera? ¿Qué haréis? ¿Seguir con la farsa? ¿O... volverás de verdad con él? —Su rostro mostraba preocupación. Se me encogió el corazón al verlo así.

—No, no, eso se lo he dejado muy claro. No pienso volver en la vida con él. Y... aunque... él quiere regresar conmigo... yo no. No lo quiero más en mi vida. No voy a pasar otra vez por aquello. Lamentablemente, los médicos han asegurado que no se va a recuperar. Es terminal.

—Lo siento, Emma, por ella y por ti. Pero no lo siento por él. —Me acarició una mejilla que me provocó un cosquilleo por todo mi cuerpo—, ¿Y has aceptado?

—Sí, esta tarde hemos ido a verla. —Bajé la mirada hacia mis manos que comenzaron a temblar ante el recuerdo de Ángela—. Está muy decaída y muy demacrada, no le queda mucho de vida, Eric. Yo la conocí en todo su esplendor y verla así me destroza el corazón. Siempre ha sido una gran mujer, con una gran vitalidad y ahora está postrada en una cama de hospital esperando a que le llegue la hora. Es duro.

—Ven. —Eric me estrechó entre sus brazos y me besó en el pelo. Su contacto me tranquilizaba. El calor de su cuerpo era reconfortante y me sentía protegida.

—Gracias, Eric.

—¿Por qué?

—Por no haberme olvidado, por estar aquí, por tu apoyo...

—Preciosa, no hay de qué, lo haría mil veces si fuera necesario. No quiero abrumarte, pero quiero estar contigo en este momento. Quiero apoyarte en todo este asunto de Ángela. Permíteme que esté a tu lado.

—¿Aun sabiendo que está David de por medio?

—Aun estando él por medio, pero no me pidas que sea cordial con él. Porque ahora mismo solo tengo ganas de partirle la cara.

—Está bien. Es lógico. —Se me escapó una risa que atrapó con sus labios.

—Eres tan dulce, preciosa.

—Y tú tan... encantador... —Sonreí—, ¿Sabías que tu nombre me recuerda al príncipe protagonista de un libro de una de mis escritoras favoritas?

—Así que príncipe ¡eh!... Será porque de verdad descendemos de la realeza

—dijo guiñándome un ojo y sonriendo de forma seductora.

—¿Sabes que cuando sonrías de verdad se te ilumina la cara? Quiero verte sonreír así siempre.

—Si estoy contigo, lo haré, mi príncipe.

—Entonces... esto significa que...

Esta vez, fui yo quien no lo dejó acabar de hablar, y me lancé a sus labios. Le rodeé el cuello con mis brazos y él me sujetó por la cintura mientras nos fundimos en un beso que podría derretir los polos. —Sabía tan bien, besaba tan bien...—.

Capítulo 34

Al despertar a la mañana siguiente, me sentía desorientada. Los rayos de luz que entraban por la ventana me daban de lleno en la cara. Eran muy molestos. Al girarme en la cama, mi brazo rozó un trozo de papel.

Buenos días, preciosa. Siento no haber podido despertar a tu lado, pero tenía que madrugar. Asunto de trabajo. Oliver y yo tenemos que ir a ver a un cliente a primera hora y prefería pasar por casa para cambiarme de ropa. Hablamos luego y mientras tanto, que tengas un buen día.

P.D. Ha sido la noche más maravillosa de toda mi vida y haré que no sea la última.

Tu Encantador

La sonrisa que se me dibujó en la cara al leer la nota no podía ser más boba. Recordé lo sucedido la noche anterior, desde que Eric entró por la puerta, hasta que me hizo sentir como una diosa en la cama. Porque sí, acabamos haciendo el amor en mi cama como si no hubiera un mañana. Nos amamos con lentitud, con paciencia, saboreándonos, descubriendo cada rincón de nuestros cuerpos hasta que nuestro deseo nos llevó a la lujuria. Una lujuria que nos hizo explotar de placer nos hizo caer rendidos, abrazados, hasta que el sueño nos venció.

Dejé la nota sobre la mesita de noche y fui a darme una ducha para despejarme y arreglarme. Cuando estuve lista, salí hacia el colegio con una sonrisa en la boca pensando en Eric.

Por la tarde había quedado con David, pero ese día era diferente. Iba con la moral bien alta gracias a Eric. Su apoyo era muy importante para mí y más en esos momentos.

Llegando a la puerta de entrada, vi aparecer a Marcos y a Luisa. Venían discutiendo por algo ya que los aspavientos de él y el tono alzado más de lo normal, daban esa sensación. Entonces recordé que debía de hablar con él para aclarar la situación de las llamadas. Tenía que saber por qué había hecho eso. Con Eric en mi cabeza había perdido la noción de todo.

—Emma, ¡espera! —Me llamó Luisa al cruzar la puerta. Me sorprendió mucho puesto que nunca hablábamos, sólo un escueto hola y adiós y nada más.

—¿Qué quieres Luisa? —Mi tono seco y cortante la dejó unos segundos

plantearse si seguir hablando conmigo o no, pero le di una oportunidad.

—Emma, necesito hablar contigo. Es urgente. ¿Te puedo invitar a comer y te lo cuento? ¡Por favor!, si no fuese realmente importante no te lo pediría. — Luisa me rogaba angustiada. Estaba segura de que lo que me quería contar tenía algo que ver con Marcos, pero verla tan afligida me preocupaba.

—Está bien. Espérame a la salida y vamos juntas al restaurante de aquí al lado.

—¡No! ¡No! Te espero allí, ¿de acuerdo? Yo tengo que salir hoy un poco antes.

—Uhm... vale, pues nos vemos allí.

—Hasta luego Emma. —Se marchó rápidamente hacia clase mientras me dejaba descolocada ante su actitud. Era demasiado extraño.

Pasé la mañana un poco despistada pero no perdí de vista a mis niños. En el recreo estuve hablando con Javi. Por lo que me contó, Nona y él, aunque iban despacio, avanzaban. Hablaban cada día y se veían en los huecos que les permitían sus respectivos trabajos. Noté en la cara de Javi que era feliz con ella. Se le iluminaba la mirada y la sonrisa era permanente en su rostro. Eso me hacía pensar que por fin Nona había encontrado a alguien por quien bajar sus barreras y ser feliz. Eso mismo debía aplicarme a mí misma con Eric. Pero aún necesitaba más tiempo para poder derribarlas por completo.

Sonó la alarma del colegio avisando de la salida de los niños. Muchos de ellos se quedaban a comer y el resto se marchaba a casa hasta la tarde para volver otro rato.

Yo salí precipitadamente y me dirigí hacia el restaurante dónde había quedado con Luisa. Por suerte no me había cruzado con Marcos en toda la mañana. Esperaría a hablar con ella antes de hacerlo con él. Cuando entré, vi que Luisa estaba ya sentada en una mesa al fondo del salón.

—Luisa.

—Emma. —Empezábamos bien con el ambiente tan tenso.

—Bueno, tú dirás.

—¿Te parece si pedimos primero?

—Sí, claro. —El camarero vino enseguida a atendernos y tomar nota de lo que queríamos.

Mientras llegaban los platos nos sirvió una botella de agua.

—Tengo algo que decirte sobre Marcos.

—No sé por qué me lo imaginaba. Luisa, ¿tú sabías lo de las llamadas?

—Te ha estado llamando, ¿verdad? —Hizo una mueca con la cara dándome a

entender que sí sabía a lo que me refería.

—¿Qué quieres decir?

—Primero quiero disculparme por mi comportamiento contigo, sé que no hemos hablado apenas y que tu presencia me incomodaba, pero todo tiene una explicación. Yo no te odio, Emma. Todo lo contrario, me preocupo por ti.

—¿Qué te preocupas por mí? Ahora sí que alucino —dije totalmente sorprendida y dando otro trago de agua.

—Sé que te va a costar creerme, me costaría hasta a mí, si me lo dijeran, pero Marcos no es lo que crees. Es peligroso. Por eso me preocupo por ti, y me he preocupado por las demás.

—¿Demás? Luisa, por favor, habla claro de una vez. No puedo con las intrigas y últimamente tengo muchas cosas en la cabeza para añadir más.

—Hace tiempo que conozco a Marcos. Somos compañeros de trabajo, aunque te voy a reconocer que a mí me gustaría que fuese algo más. Pero eso no importa ahora. Marcos tiene antecedentes por acoso a mujeres. Lo han detenido varias veces, pero cómo nunca ha habido agresión, no lo han encerrado en la cárcel. Toques de atención, multas... pero nada más. Cuando se calma el ambiente vuelve a hacerlo. Juega con la ventaja de que no pasa de ahí, que no lo pueden encerrar, pero nunca se sabe. Algún día puede dar un paso más. Te digo todo esto porque sé que eres buena chica, al ser la nueva puedes ser el objetivo de él. Sólo pretendo avisarte. En el colegio, ya pasó con otras compañeras que al final tuvieron que dejar su empleo.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? ¿Marga, está al tanto?

—No, Marga no sabe nada, las chicas cuando se fueron del colegio no expusieron los verdaderos motivos por los que tuvieron que dejar el empleo. Así que Marcos, continuaba “protegido”. Y yo... lo sé... porque a mí también me acosaba. Fue poco tiempo, me seguía hasta casa, una vez llegó a subir a mi piso, pero por suerte no le dejé entrar. Me lo encontraba en todas partes, incluso estando con mi expareja y mis amigas. Me llamaba por teléfono a todas horas, miles de mensajes, insinuaciones sexuales en el trabajo. Pero nunca llegó a tocarme. Supongo que sabía que si se excedía lo encerrarían.

—¡Madre mía! Y las llamadas y los mensajes, ¿de qué tipo eran?

—Siempre de ámbito sexual. Cuando me llamaba, sólo oía una respiración al otro lado del teléfono y a veces parecía como si se estuviese masturbando. Los mensajes, igual, fotos tuyas íntimas, diciéndome lo que me haría si estuviera en su cama, etc.

En ese momento llegó el camarero con los platos y le pedí otra botella de

agua. Prácticamente me había bebido la que nos trajo anteriormente. Todo ese asunto me había puesto nerviosa.

—¿Lo denunciaste?

—Sí, lo denuncié. Pero la policía no hizo nada más que llamarle la atención. Pagó la multa y como si nada. Tiene un buen abogado que le saca las castañas del fuego siempre.

—Aun así... ¿Cómo puedes estar enamorada de él? No lo entiendo.

—Sé que no me puedes entender, pero después de denunciarle... yo no renuncié a mi trabajo. Sabía que lo tendría que seguir viendo en el colegio, pero no quise huir como hicieron las otras. Él cambió de actitud hacia mí. Se volvió más amable, me pidió disculpas y mantuvo las distancias conmigo. Se comportó como un buen compañero. Y aunque parezca surrealista, me enamoré de él. Puedes pensar que estoy loca, pero desde entonces a mí me ha tratado bien, incluso en las salidas que hacemos algunos viernes varios profesores, está pendiente de mí.

—Luisa, un día, hablando con él, me dijo que tú eras la problemática. Que tu actitud hacia mí era porque estabas celosa. Que estabas enamorada de él y no permitías que tuviera ninguna relación con ninguna compañera, por eso siempre estabas cerca. Que las chicas que se fueron del colegio lo hicieron por tu culpa.

—Ya, entiendo —dijo cabizbaja mirando fijamente a su comida que aún no había probado—. Imagino que esa es su defensa, pero duele que me eche a mí la culpa después de todo lo que ha hecho. Yo no estaba celosa de esas chicas, simplemente no quería que les sucediera lo mismo que a mí, por eso estaba cerca de él, para vigilarlo y que no les hiciera lo mismo, pero no resultó.

—Ayer descubrí que era él quien me ha estado llamando. Desde que empecé a trabajar aquí, no hacía más que recibir llamadas ocultas. Nadie hablaba, sólo se escuchaba una respiración agitada. Al principio no le di importancia, pero últimamente son más frecuentes. Mis amigas me han aconsejado que lo denuncie, pero después de lo que me has contado no va a servir para nada. Aun así, tengo una conversación pendiente con él. Intentaré que me dé una explicación y si persiste acabaré denunciándolo.

—Emma, hazme caso. Si ves que no encuentras solución por las buenas, denúncialo. No esperes a que te haga la vida imposible.

—Gracias Luisa. Nunca pensé que tu actitud hacia mí desde el principio podría tratarse debido a este asunto.

—Gracias a ti por escucharme. En realidad, no pensé que aceptarías.

—Tuve mis dudas, no te creas. —Acabamos sonriendo las dos y destensando el ambiente tan tirante que se había formado tras la confesión sobre Marcos.

Llegaron los segundos platos, aunque se me había cerrado el estómago por completo al descubrir todo aquello. Al menos el agua me entraba bastante bien para soportar aquella revelación. Ninguna de las dos quisimos postre, así que después de pagar la cuenta regresamos al colegio. Entramos por separado. Luisa me aconsejó que Marcos no nos viera juntas hasta que hablara con él y resolviera el asunto.

Capítulo 35

Al regresar a clase, puse un DVD de dibujos a los niños. Estarían entretenidos hasta la hora de salir, pero yo no conseguía concentrarme en la película. Mi cabeza no paraba de dar vueltas a lo que Luisa me había contado. Marcos estaba enfermo, y ella... ¿Cómo podía aguantar eso y mucho más estar enamorada de él? Una persona así necesitaba ayuda. Tenía que hacer algo. Primero hablaría con él. Además, estaba lo de David, esa tarde íbamos a ver a Ángela otra vez... y Eric... ¡Dios! ¡Estaba saturada!

Debía de hablar con Marcos cuanto antes, pero es que no tenía tiempo ni para mí. Decidí quedar con él, esa misma tarde, después de regresar del hospital. O zanjaba el tema cuanto antes o me volvería loca.

Poco antes de que salieran los niños, me acerqué a su clase. Lo encontré explicándoles a sus alumnos algún tema no muy interesante al ver la cara de aburridos que tenían estos. Llamé a la puerta y al girarse hacia mí, palideció. Salió de su clase avisándoles de que no tardaría en regresar.

—Emma... —dijo dubitativo.

—Esta tarde a las ocho en la cafetería que hay al volver la esquina. Ni se te ocurra faltar. —Ni yo misma me creí el tono tan firme y seguro que mostré al citarlo. Me temblaban las piernas, pensaba que en cualquier momento me desplomaría allí mismo.

Regresé a clase y comenzamos a recoger. Ya era la hora de salir y los niños corrían a toda prisa para colocarse en la fila. Cuando los llevé a la salida, estaban los padres esperándolos. Una vez entregados todos, me despedí de mis compañeros. Marcos que estaba cerca, no se atrevía a mirarme a la cara. Estaba impaciente por saber qué excusa me pondría, pero ahora me debía centrar en David y Ángela.

En ese momento, mientras salía del colegio para esperar a David, que aún no había llegado, me sonó el móvil. Era un mensaje de Eric. De manera automática, se me dibujó una amplia sonrisa en la cara.

ERIC: Preciosa, ¿Qué tal te ha ido el día? Espero que muy bien. No te he llamado antes porque llevo todo el día de reuniones de un sitio para otro, pero ya tengo muchas ganas de verte.

YO: Hola Eric... el día genial, yo también he estado bastante liada y por supuesto que tengo muchas ganas de verte, pero hoy me es imposible. Ahora

voy a ver a Ángela y luego tengo que hacer unos recados. ¿Nos vemos mañana?

ERIC: Claro, no te preocupes, mañana te invito a cenar, ¿te parece?

YO: ¡Genial!

ERIC: Te paso a buscar a las nueve.

YO: Perfecto. Hasta mañana, Eric.

ERIC: Hasta mañana, preciosa.

Estaba tan absorta en Eric que no escuché llegar a David. Tenía muchas ganas de verlo. Aún no había podido contarle lo que había descubierto sobre Marcos. Sabía que era capaz de ir al colegio y matarlo con sus propias manos. Pero preferí no contarle nada hasta que no lo solucionara por mí misma.

David me saludó dándome dos besos en las mejillas, pero me incomodó que me los diera en las comisuras de los labios. Me aparté ligeramente molesta y nos dirigimos hacia el coche.

Ángela estaba peor que el día anterior. Su rostro había ensombrecido considerablemente de un día para otro. Se me encogió el corazón nada más verla.

—Ángela... ¿Cómo estás? —La saludé dándole un beso en la frente mientras le acariciaba una mejilla.

—Hola cariño... habéis venido... —dijo entrecortadamente y comenzando a toser.

—Mamá, tranquila... no te esfuerces ¿Quieres un poco de agua? ¿Llamo a la enfermera?

—No, hijo, estoy bien, solo la boca un poco seca.

—Toma, bebe despacio. —La ayudé a incorporarse levemente de la cama para que pudiera beber mejor. Se me llenaron los ojos de lágrimas por verla así.

—Gracias cariño. No pongáis esas caras chicos, esto va a ratos, hay momentos buenos y momentos malos, pero se acaban pasando. Contadme, ¿Cómo vais vosotros? —preguntó mirándome a mí fijamente con semblante de duda.

—Uhm... Nosotros bien, no te tienes que preocupar por eso. Ahora lo que importa eres tú.

Al intentar hablar comenzó a toser de nuevo de una forma escandalosa. Nos asustamos al ver su reacción, y David salió corriendo a avisar a una enfermera que llegó enseguida junto a un médico.

Nos hicieron salir mientras la atendían. El padre de David apareció en ese momento prácticamente corriendo por el pasillo al vernos allí parados frente a la habitación.

—¡David! ¿Qué ocurre? —preguntó dirigiéndose a su hijo—. ¡Emma! —Me miró asombrado de verme.

—Tranquilo, papá. Le ha dado un ataque de tos muy fuerte y la están atendiendo.

—Cada día está peor, hijo —susurró cabizbajo pasándose una mano por el pelo. Disculpa que no te haya saludado Emma, me ha sorprendido mucho verte aquí.

—No te preocupes Fernando... —Miré a David inquieta porque de su padre no habíamos hablado. No sabía si delante de él también debíamos de mantener la farsa o no. Por suerte, la puerta de la habitación se abrió y salieron la enfermera y el médico. Nos dijeron que ya estaba calmada, le habían puesto un sedante, pero que cada vez le costaba más respirar y esos ataques de tos eran muy dañinos. Entramos los tres a la habitación, pero ya estaba dormida. El sedante era muy fuerte y le había hecho efecto rápidamente.

Me despedí de Fernando y de David. En el hospital no podía hacer nada, así que pensé que lo mejor era marcharme. David insistió en llevarme, pero lo convencí de que no lo hiciera. Al despedirse, volvió a besarme en las comisuras de los labios. Debió de notar mi cara de malestar porque arrugué la nariz. Las chicas me decían siempre que esa era mi señal cuando algo no me gustaba, y David también la conocía bien. Se separó de mí un poco aturdido y me marché.

Esperé unos minutos hasta que llegó el taxi. Le indiqué la dirección al taxista y emprendió la marcha. Iba absorta en mis pensamientos cuando el conductor tuvo que alzar la voz para avisarme de que habíamos llegado. Le pagué rápidamente y subí a casa.

Aún me quedaba una hora y aproveché para darme una ducha rápida y cambiarme de ropa. Me puse unos tejanos, un jersey fino de color lavanda con cuello de pico y mis Converse. Me recogí el pelo en una coleta alta y me solté dos mechones.

Mientras me dirigía a la cafetería mis nervios comenzaron a hacer acto de presencia. Las piernas se me convirtieron en gelatina, y dudaba de si sería capaz de llegar o no. En cuanto giré la esquina, allí estaba, sentado en una mesa mirando su móvil y moviendo una pierna rápidamente como si tuviera un tic nervioso. Él también estaba inquieto, pero yo no debía flaquear, tenía que

mostrar seguridad, aunque por dentro no la sintiera. Respiré hondo y caminé hasta la mesa.

—No me voy a andar con rodeos, así que ya me puedes explicar por qué me llamabas con número oculto y qué pretendías —le dije fríamente.

—Emma, creo que estás confundida. Yo no te he llamado, y mucho menos ocultando mi número.

—¿Cómo tienes la desfachatez de mentirme en mi cara, Marcos? —Estaba comenzando a ponerme furiosa.

—Yo no te estoy mintiendo, ni siquiera tengo tu número. No sé por qué me estas culpando de algo que no tengo ni idea.

—No me tomes por tonta, ¡te vi con mis propios ojos! si no me lo dices ahora, por las buenas, lo descubriré por las malas. Tú decides.

—¿Me estás amenazando? ¡Eres una puta! No sabes lo que dices y mucho menos no sabes con quien te estás metiendo. —Alzó la voz furioso.

—¡Oh! ¡Vaya! recurres al insulto fácil. Si te piensas que me vas a joder llamándome puta, lo llevas claro, y sé perfectamente con quien me estoy metiendo.

—¿Te crees muy lista verdad? ¿Te piensas que voy a confesar que he sido yo quien te llamaba? Tengo un buen abogado, es tu palabra contra la mía. Así que ya puedes culparme, denunciarme o lo que sea que no voy a pagar por nada.

—¡Eres un cabrón! ¡Estás enfermo! ¿No te das cuenta? No puedes ir acosándome así como si nada.

—Eso lo dices tú, pero yo disfruto sabiendo que tienes miedo. Eso me provoca más placer. Escuchar tu temor a través del teléfono es adictivo.

—Entonces estás reconociendo que eres tú el de las llamadas.

—Sí ¿y qué? De nada te va a servir mi confesión, no tienes nada contra mí, nadie te va a creer.

—¿Qué clase de perverso eres? Te voy a denunciar.

—Haz lo que quieras, no tienes pruebas. Como ya te he dicho, será tu palabra contra la mía. No me puedes hacer nada.

—Esto no va a quedar así. Te lo aseguro.

—¡Ah! y cómo se te ocurra decir algo en el colegio ya puedes irte buscando otro trabajo o incluso otra ciudad.

—No me dan miedo tus amenazas. Y no eres el único que tiene un buen abogado.

Me levanté de golpe de la silla y me marché a mi casa temblando. Los nervios de hacía tan sólo un rato se habían convertido en una mezcla de furia,

rabia, adrenalina... El corazón se me iba a salir del pecho si no me calmaba. Nunca había estado tan alterada como en ese momento.

Al llegar a mi casa, saqué el móvil de mi bolso y paré la grabación. Pensé que Marcos no me lo pondría fácil y era mejor estar preparada. Por eso, conecté la grabadora del móvil justo antes de aparecer en la terraza del bar. Tenía toda la conversación grabada. Haría copias porque sabía que en algún momento me harían falta.

Capítulo 36

YO: ¡CHICAS! ¡URGENTE! NECESITO QUE VENGAÍS A MI CASA, ¡YA! VIDA O MUERTE. —Unos segundos más tarde empezaron a acribillarme a mensajes.

MARTINA: Emma, ¿Qué ocurre esta vez? ¿Estás bien? ¡Últimamente sólo nos avisas con urgencias!

NONA: ¿Tú no sabes dar las noticias urgentes a otra hora? ¡Tía! que estoy ya apalancada en el sofá. ¿Qué pasa?

YO: No os lo puedo contar por aquí, por favor, es muy urgente y grave. Necesito que vengáis.

MARTINA: Enseguida voy Emma.

NONA: Yo también para allá, tocapelotas.

YO: ¡MIL GRACIAS! Os compensaré, os lo prometo.

Después de escribirle a las chicas decidí decírselo también a Eric. Necesitaba tenerlo a mi lado en estos momentos. Sentir su apoyo y su consejo. La opinión de las chicas y sobre todo de Eric era muy importante para mí.

YO: Eric, disculpa que te moleste, pero... ¿Podrías venir a mi casa? Necesito contarte algo delicado. También vendrán mis amigas. Necesito que me ayudéis.

ERIC: ¿Qué ocurre, preciosa? ¿Te ha pasado algo? ¿Estás bien? En diez minutos estoy ahí. Me estás asustando.

YO: Nooo, tranquilo, no te asustes. Después te lo cuento.

ERIC: De acuerdo, enseguida voy.

YO: Aquí te espero.

Veinte minutos después los tenía a los tres sentados en el sofá de mi salón. Saqué unas cervezas de la nevera y algo para picar.

—Está bien, Emma, ¿nos puedes decir que ocurre? Esto parece una reunión del servicio secreto. —Comenzó diciendo Nona.

Los miré uno a uno y respiré hondo. Los tres no me quitaban ojo de encima, pero sobre todo Eric tenía rostro de preocupación. Estaba tenso.

—Os acordáis de que alguien me llamaba con número oculto, ¿verdad? —asintieron todos a la vez. He descubierto quién es.

—¿Qué? ¿Cómo? —gritó Nona.

—Es Marcos. Mi compañero de trabajo.

—¿Tu compañero de trabajo? —preguntó Eric con rostro serio.

—Sí.

—¿Cómo lo has averiguado, cariño? Se levantó y se colocó junto a mí en la parte *chaise longue* frente a las chicas. Las chicas se miraron y sonrieron.

—Después de entregar los niños a sus padres, regresé a clase a por mí bolso y al pasar por la sala de profesores, vi a Marcos con el móvil en la mano. De repente comenzó a sonar el mío con número oculto. Me descubrió allí observándolo, y colgó rápidamente, justo cuando el mío dejó de sonar. Lo miré estupefacta. ¡Era él! En ese momento, tenía que marcharme porque me esperaba David para ir a ver a su madre y no pude confrontarlo. Pero lo cité para esta tarde a las ocho en la cafetería de aquí al lado. —Hice una pausa para coger aire, y esperar a que alguien dijera algo, pero seguían los tres observándome con atención—. Cuando llegué a la cafetería ya estaba esperándome, así que me senté y sin más rodeos le pregunté directamente.

—¿Y qué excusa te puso? —preguntó Nona.

—Será mejor que lo escuchéis vosotros mismos.

—¿Cómo? —contestaron los tres a la misma vez mirándome sorprendidos.

—Lo tengo todo grabado. No iba a ir sin más, tengo que cubrirme las espaldas —dije haciendo una mueca divertida.

—¡Esta es mi chica! —Eric me cogió por sorpresa y me plantó un beso que me hizo temblar de arriba abajo.

—Bueno, bueno, dejados de arrumacos y ponnos la grabación, Emma, ¡estamos intrigados!

Cuando recobré la respiración, coloqué el móvil sobre la mesita pequeña del salón y pulsé el botón de reproducción. Se quedaron alucinando con todo lo que estaban escuchando. Noté cómo Eric se tensaba y apretaba los puños con fuerza. Le cogí de una mano para tranquilizarlo, y conseguí calmarlo un poco.

—¡Qué hijo de puta! ¡Es un enfermo, Emma! —gritó Nona.

—Emma, esto es serio. Por suerte no ha llegado a hacerte nada, pero aún podría hacerlo. Deberías denunciarlo —dijo Martina preocupada.

—Martina tiene razón, cariño, tenemos que ir a denunciar. Este tío no puede salirse con la suya.

—Y eso no es todo, chicos...

—¿Hay más? —preguntó Eric.

—Sí. Hoy fui a comer con Luisa, mi compañera de trabajo que por cierto

está enamorada de Marcos. —Abrieron los ojos como platos, pero no me interrumpieron. Os resumo... Marcos tiene antecedentes por acoso, pero nunca ha llegado a la agresión. Ha sido denunciado y solo ha conseguido ser multado. Acosó a varias compañeras que finalmente tuvieron que dejar el colegio. Luisa me contó que tiene un buen abogado, y por eso siempre se libraba de penas mayores. Pero nunca ha pasado de ahí. Supongo que sabía cuáles eran los límites.

—Una cosa, ¿y mi madre no sabe nada de esto? —preguntó Eric mirándome fijamente.

—No, Luisa me ha dicho que las chicas que se fueron alegaron otros motivos para dejar el empleo, y nunca mencionaron nada referente a Marcos. Las tenía amenazadas.

—Pues mi madre lo debe de saber.

—Sí, estoy de acuerdo. Habría que ponerla al corriente —asentí.

—¡Eh! ¡Chicos! Se me ocurre una cosa. Emma, puedes hablar con mi jefe, Fernando. Él te puede ayudar, estoy segura.

—Es verdad, Fernando tiene muy buena fama y es muy buen abogado. Estoy segura de que puede poner en su sitio a ese gilipollas —dije esperanzada.

—Nona, ¿podrías concertar una cita con tu jefe? —le preguntó Eric decidido.

—¡Claro! Mañana mismo a primera hora se lo comento, y le diré que es urgente, así te atenderá lo más pronto posible, Emma.

—¡Uf! ¿Estáis seguros de que debo hacer esto?

—Por supuesto, cariño. Ese tío está enfermo. No podemos dejar que siga haciéndole lo mismo a otras chicas. No ha pasado del acoso, pero un día puede llegar a más. Es hora de que reciba su merecido. Además, no pienses que te voy a dejar sola, ahora con más motivo para estar contigo —me dijo Eric mostrándome todo su apoyo. Si es que me lo hubiese comido a besos en ese momento, pero me contuve, muy a mi pesar.

—De acuerdo, Nona, mañana hablas con tu jefe y me dices algo y veremos qué podemos hacer. Y a Marga, prefiero contárselo cuando haya hablado con Fernando, ¿de acuerdo, Eric? —dije dirigiéndome a él.

—Perfecto. Como tú quieras, amor.

—Chicos sois geniales, me siento mucho mejor después de habéroslo contado —solté respirando hondo. Eric me abrazó fuerte mientras me susurraba al oído que todo iba a salir bien, y cuando se separó, las chicas se echaron encima de mí dándonos nuestro habitual abrazo de oso.

Acabamos con las cervezas y se marcharon. Era jueves, y al día siguiente

había que madrugar para ir a trabajar. Eric se quedó a dormir conmigo. Realmente fui yo quien le pidió que se quedara esa noche. Había sido un día intenso, y me apetecía mucho un rato de tranquilidad. Esa que me transmitía con su sola presencia.

Nos sentamos en el sofá y me pasó un brazo por encima de mis hombros atrayéndome hacia él. Su perfume inundó mis fosas nasales, y me sentí como si flotara en el mar mientras me acariciaba. Me encontraba tan a gusto entre sus brazos, que a partir de ese momento decidí que sería mi lugar favorito del mundo. No me creía lo que yo misma acababa de pensar. Yo, que estaba cerrada en banda al amor, a volver a sentir, a amar de nuevo y... ahí me encontraba, entre los brazos del hombre que, en tan poco tiempo, había puesto mi corazón del revés y me había hecho abrir los ojos.

—Amor, será mejor que vayamos a la cama. Te estás quedando dormida, y no es que quiera que salgas de mis brazos, pero necesitas descansar.

—Me quedaría así toda la vida, Eric, estoy tan a gusto...

—Y yo también, pero es tarde, no quiero que mañana me eches la culpa de que no has descansado —dijo riéndose.

—Eso es imposible. —Me levanté y estiré de su mano para ir hasta el dormitorio. Nos desnudamos quedándonos sólo en ropa interior y nos metimos en la cama. Eric me abrazó por la espalda de una forma reconfortante. El calor que me transmitía su cuerpo encendía el mío de una manera endemoniada. Me giré hacia él, y al mirarle a los ojos vi cómo me miraba con deseo.

—No vas a dormir ¿verdad? —susurró sensualmente.

—¿Tú qué crees? —dije juguetona.

—Me da a mí que no. —Me sonrió de esa manera que me volvía loca, y atrapó mis labios con los suyos. Un cosquilleo de placer hizo que soltara un gemido.

Capítulo 37

—Eres tan preciosa, Emma, que no me puedo cansar de mirarte —me dijo mientras me colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja. Volvió a besarme, pero esta vez con una efusividad que delataba su ansiedad por devorarme. Le correspondí de igual manera, ya que mi cuerpo ardía sólo con rozar su piel. Se puso sobre mí, colocando una de sus piernas entre las mías, mientras me besaba suavemente el cuello e iba bajando lentamente con un reguero de besos y pequeños mordisquitos que me excitaban de una manera incontrolable. Se detuvo en uno de mis hombros, y con sus dientes me bajó el tirante del sujetador. Ese gesto me erizó la piel provocándome agujonazos en mi sexo. Sentía la necesidad de tenerlo dentro de mí.

Se incorporó para deshacerse del sujetador, lo lanzó a los pies de la cama, y atrapó un pezón con su boca. Otro gemido más sonoro se escapó de mi interior. Su lengua era una dulce tortura para mis pezones ya duros. Sentir su aliento sobre ellos a la vez que los lamía, me volvía loca.

Al notar que mi excitación iba en aumento, Eric bajó por mi ombligo hasta llegar a mi tanga. Se deshizo de él y lo lanzó como hizo anteriormente con el sujetador. Situó su cara entre mis piernas, pasó sus brazos bajo mis muslos para sujetarme mejor y comenzó un suave movimiento con su lengua por mi sexo.

—¡Qué mojada estás, preciosa! —susurró. Presionó con la punta de su lengua mi clítoris y mi espalda se arqueó ante esa oleada de placer.

—¡Oh! ¡Joder! —exclamé casi sin voz.

Siguió explorando cada rincón de mi sexo, lamiendo y succionando mis pliegues, degustándolo como si de un manjar se tratase.

—Sabes tan bien... que delicia. —Notar su aliento mientras me hablaba, a la vez que rozaba su lengua por mi sexo, me excitó aún más de lo que ya estaba. Podía correrme en cualquier momento si continuaba estimulándome de esa manera.

—Eric, no puedo más...

—Calma nena, aún no he acabado contigo. —Sentí cómo introducía uno de sus dedos dentro de mí mientras succionaba mi clítoris.

—¡Dios! ¡Eric! —Arqueé la espalda pensando que me iba a morir de placer. Estaba a punto de llegar al orgasmo cuando metió un segundo dedo y comenzó a hacer movimientos circulares. Mi cuerpo comenzó a convulsionar y a

estremecerse por el intenso placer que acababa de recibir.

—Eso es, amor. Me fascina ver cómo te corres. Estás tan mojada, y eres tan deliciosa que me pones muchísimo —me dijo mientras sacaba sus dedos de mi interior y se los chupaba. Ese gesto tan erótico hizo que me acabase de volver loca. Hice que se tumbara en la cama y me coloqué a horcajadas sobre él.

—¡Emma! —exclamó sorprendido.

—Ahora me toca a mí —dije sensualmente y mordiéndome el labio inferior. Saqué un preservativo de la mesilla de noche y se lo coloqué bajo su atenta mirada.

—Parece que estoy contemplando una diosa. Eres perfecta y me estás volviendo loco. —Sonreí y mirándolo fijamente, de una estocada me introduje su miembro, grande y grueso hasta lo más hondo. Los dos soltamos un gemido placentero. Tenerlo dentro me hacía sentir completamente plena. Sujetó mis caderas con sus manos, y me acompañó a cada movimiento. Me movía de arriba abajo, cada vez con más ímpetu, alternaba con movimientos de delante atrás haciendo que mi clítoris rozara con el vello de la base de su miembro. Todas mis terminaciones nerviosas estaban a flor de piel.

—Eric, me voy a correr...

—Juntos, preciosa, hagámoslo juntos, yo tampoco aguanto más...

Eric se incorporó, y yo quedé sentada a horcajadas con su miembro dentro de mí mientras nos arrollaba un orgasmo devastador. Estuvimos unos segundos en esa posición hasta que recobramos ligeramente nuestra respiración. Salí de él y se levantó hacia el baño quitándose el preservativo. Al regresar, me acomodé abrazada a su pecho y su brazo rodeándome el hombro.

—Emma...

—Dime. —Alcé la vista hasta la suya y su sonrisa me reconfortó.

—¿Estás bien?

—Más que bien —dije haciéndole una mueca.

—Me alegra saberlo. Quiero que sepas que me tienes loco, ya no puedo vivir sin ti. Me has hechizado, princesa.

—¿Me estas llamando bruja? —dije divertida.

—Una brujita de las buenas. De las que mueven las cosas sin tocarlas. —Me guiñó un ojo mientras sonreía.

—¿Cómo? —pregunté dubitativa. Hizo un gesto con la cabeza señalándose su miembro que volvía a estar bien erecto de nuevo—. Jajaja ¡claro! Ya lo veo,

ya, sin tocarla... —solté una carcajada.

—Tranquila, ahora toca descansar, aunque si te soy sincero, estaría toda la noche haciéndote el amor, no sabes cómo me pones.

—Creo tener una ligera idea... —dije pícaro.

Al día siguiente, Eric me acompañó hasta el colegio. Me prometió que no me iba a dejar ni a sol ni a sombra mientras no se resolviera el tema de Marcos. A Marga se lo contaríamos después de hablar con el abogado, según lo que nos aconsejara.

A media mañana, recibí una llamada de Nona, me dijo que había hablado con Fernando, su jefe, y que había hecho hueco en su agenda para atenderme el lunes siguiente a primera hora. Al colgar, sentí cómo los nervios comenzaban a hacer acto de presencia. Había tomado una decisión y la iba a llevar a cabo. Nunca había pasado por una experiencia como esa, y tratar con abogados me ponía de los nervios, pero debía de hacerlo por mí misma y por las otras chicas que habían sufrido lo mismo que yo.

Además, seguir trabajando en el mismo edificio que él me incomodaba sobremanera. Intenté calmarme y fui a hablar con Marga. Necesitaba que me diera el lunes día libre en el trabajo. No me puso ningún conveniente, es más, me dijo que si necesitaba algún día más que por ella no había problema. No le conté el motivo real, sólo que tenía que ocuparme de unas cosas personales y eran urgentes. Más adelante ya le diría lo que realmente sucedía. Me sabía mal porque era una mujer encantadora y muy comprensiva, pero aún no podía contarle nada.

Capítulo 38

El día transcurrió con normalidad. Los niños y yo nos divertimos un montón en clase; hablé un rato con Ana y Javier, mientras que Luisa continuaba mirándome como siempre. Supuse que seguiría actuando como hasta entonces para no levantar sospechas frente a Marcos. Por suerte, no lo vi en todo el día e hice lo posible por no encontrármelo. No sé cómo hubiese reaccionado. Me incomodaba mucho esa situación, solo esperaba resolver el asunto lo antes posible.

Después de visitar a Ángela esa tarde, regresé a casa. Preparé la bañera y me sumergí inhalando el aroma a coco de las sales aromáticas. Estuve alrededor de media hora hasta que noté las yemas de mis dedos arrugadas, entonces decidí que era hora de salir. Cogí una toalla y al poner los pies fuera de la bañera, pisé un charquito de agua que había caído y resbalé cayéndome de culo.

—¡Ais! ¡Joder! ¡Mi culo! —Me levanté frotándome la nalga dónde me había dado el golpe.

Fui hacia el dormitorio y abrí el armario. No tenía ni idea de qué iba a ponerme para ir a cenar con Eric. Rebusqué y opté finalmente por un vestido rosa palo con falda de vuelo y tirantes anchos que realzaba mi pecho. A juego, elegí unos zapatos de tacón negros y una cazadora de cuero corta, también en negro, me maquillé de forma natural con un poco de rímel y labios de color rojo intenso. Sequé mi pelo y lo dejé caer suelto sobre los hombros. De esa manera me sentía más cómoda.

Al poco tiempo de estar lista, sonó el timbre. Eric estaba esperándome en el portal.

—¡Wow! Emma, estás... estás increíble —dijo sorprendido.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal. —Le guiñé un ojo al verlo con unos tejanos negros, una camisa blanca y americana negra. Si él se sorprendió al verme, a mí casi me da algo al verlo vestido así. Además, llevaba el pelo despeinado que le daba un toque informal y una barba de tres días que lo hacía más sexy.

Me besó tiernamente mientras sujetaba ligeramente mis caderas. Fue un beso dulce y casto que hizo que deseara más, pero se separó de mí con una sonrisilla maliciosa.

—Preciosa, no seas agonías, luego te daré todos los que tú quieras —dijo

mientras se reía.

—Yo no soy agonías —dije en tono infantil haciendo un puchero.

—Tú cara lo dice todo, Emma, te tenías que haber visto. Anda, vamos a cenar, si no soy capaz de cogerte y subir a tu piso.

—Pues no suena nada mal... —insinué sensualmente.

—Vamos traviesilla. —Me abrió la puerta del copiloto y cuando subí, la cerró. Giró alrededor del coche hasta llegar a su sitio y no pude dejar de observarlo. Incluso el movimiento lo hacía sexy.

Esta vez fuimos a un restaurante italiano que estaba situado en un centro comercial muy céntrico de la ciudad. El local estaba lleno, por lo que tuvimos que esperar unos minutos a que nos asignaran una mesa. Nos llevaron hasta una que estaba situada junto al gran ventanal. El camarero enseguida nos tomó nota y se marchó.

—¿Estás bien, Emma? Te noto un poco distante.

—Sí, estoy bien, Eric, no es eso, solo... estoy un poco saturada.

—Por lo de Marcos, ¿verdad?

—Sí, hoy me ha llamado Nona, tengo cita con Fernando el lunes por la mañana.

—¡Eso es genial! Déjame que te acompañe, ¡por favor!

—Ya contaba con ello. —Guiñé un ojo mientras le sonreía.

—Gracias, preciosa. Voy a estar a tu lado siempre que me lo permitas. Quiero ayudarte en esto y en todo. Uhm... Emma....

—Dime...

—Me importas muchísimo. Tengo presente que nos conocemos desde hace muy poco, pero necesito que me creas cuando te digo que me gustas mucho y haría lo que fuera por ti... te necesito en mi vida, Emma —se declaró en toda regla mientras yo no supe reaccionar y me quedé embobada mirando el brillo que desprendían sus ojos. Supe que sus palabras eran sinceras, me lo decía el corazón.

—Eric... no sé qué decir, me... me has dejado sin palabras.

—Emma, no espero que hagas tú lo mismo, los hechos dicen más que las palabras, y con eso me basta. Me conformo con saber que te hago sentir algo, aunque sea odio —dijo sonriéndome cariñosamente.

—¡Yo no te odio Eric! —gruñí—. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Me encanta verte cuando pones esa carita de enfado. Eres preciosa, Emma —soltó riéndose.

—¡Eres malo! —afirmé en tono divertido tirándole la servilleta a la cara. En

ese momento, apareció el camarero con los platos. Eric llenó las copas con el vino que habíamos pedido y brindamos aún entre risas.

—Por nosotros.

—Por nosotros —respondí.

—Eric... yo... después de David, me cerré en banda a conocer otros chicos, y mucho menos volver a enamorarme. Me marcó mucho lo que me hizo. Me dije a mí misma que nunca volvería a confiar en un hombre. Mis amigas intentaban animarme, incluso mis padres, pero no era capaz de pasar página. Pero ahora, tengo que reconocer que contigo he comenzado a sentir algo, algo que no había sentido nunca. Es una sensación muy agradable, pero... tengo miedo. No sé cómo explicarme.

—Emma, te entiendo, no tienes de qué preocuparte. Sé que has pasado por algo horrible, pero yo no soy él. Me importas mucho, y por nada en el mundo haría nada para dañarte —dijo cogiéndome mi mano entre las suyas. Su tacto era tan suave y a la vez tranquilizador.

Cuando acabamos de cenar, decidimos ir a tomar una copa al pub donde asistimos a la fiesta escocesa. Aparcamos a una manzana del local, y fuimos caminando.

Al entrar, nos acercamos a la barra a pedir unas bebidas. Eric no me soltaba ni un minuto. Su brazo rodeando mi cintura me hacía sentir segura.

El local estaba lleno de gente, y el ambiente era acogedor. Nos animamos y salimos a la pista a bailar. Eric sujetaba con sus manos mis caderas, que se movían al compás de la música. Nuestros movimientos cada vez eran más sensuales, más cercanos. Nos evadimos de nuestro entorno, solo estábamos él y yo. Nuestros cuerpos rozándose y hablando por sí solos, mostrando la necesidad el uno del otro. Rodeé su cuello con mis brazos, y nos besamos con pasión. Noté cómo su erección aumentaba presionando mi vientre. Eric, colocó sus manos sobre mi culo, y lo apretó atrayéndome más hacia él. Estábamos muy acelerados, si seguíamos así acabaríamos haciéndolo allí mismo. Por suerte o por desgracia, alguien nos cortó el rollo separándonos.

—¡Ei! ¡Zorróna! Qué bien te lo montas. ¡Deja un poco de aire que lo vas a ahogar! —Esa voz era inconfundible: Nona. Eric y yo nos separamos, y nos giramos hacia ella riéndonos. Estaba junto a Javier y se abalanzó sobre mí en un enérgico abrazo que casi hizo que nos cayésemos al suelo. Javier y Eric se quedaron allí de pie observando el espectáculo.

—¡Nona! ¡Loca! ¡Que nos caemos!

—Anda, tonti, sólo es un abrazo.

—¡Uy! ¿Cuántos cubatas llevas ya?

—¿La verdad? —Miró a Javier para preguntárselo—, cuatro, ¿verdad cariño? —E hizo el gesto de contar con los dedos de la mano delante de mi cara.

—Emma, no le hagas caso, sí, lleva cuatro y dos mojitos, pero no te preocupes que yo la vigilo —me dijo Javier en plan guardaespaldas.

—¡Oye! Que no voy borracha, sólo con el puntillo —Nos reímos los tres a carcajadas.

Se unieron a nosotros en la pista de baile. Nona y yo bailamos cómo siempre hacíamos. Restregándonos como dos *guarris*, como decía ella, pero nos lo pasábamos genial. Los chicos, nos dejaron allí, y fueron a por más bebidas. Cuando ya estábamos exhaustas de darlo todo, regresamos con ellos, y de la sed que teníamos, nos bebimos las copas de un solo trago. Los chicos nos miraron incrédulos, pero se rieron a carcajadas.

Después de un par de horas en el pub, los cuatro nos marchamos a casa. Eric quiso acompañarme a mi piso, y yo accedí encantada.

Capítulo 39

—Preciosa, despierta... —noté cómo alguien me tocaba por la espalda dándome ligeros toques.

—Mmm déjame dormir...

—Venga, levanta, dormilona, nos tenemos que ir —insistió Eric esta vez dándome besos sonoros como los que dan las abuelas.

—¡Ay! ¡Para! ¡Eso nooo! ¡Déjame! —me quejé a la vez que me tapaba la cabeza con la sábana. ¿Es que tú no duermes? ¿Y qué hora es?

—No preguntes y arriba. Va, dúchate que nos vamos enseguida.

—¿Dónde? ¿Tan pronto?

—Es una sorpresa. No puedo decírtelo. ¡Así que espabila! —Me dio un cachete en el culo para que me levantara.

—Si no me dices dónde vamos, no me levanto, tengo sueño, déjame un poquito más... —dije haciendo un puchero.

—Tus pucheros no te van a salvar, tú lo has querido pequeña diablilla. —Eric me cogió sobre su hombro como si fuera un saco de patatas y me llevó hasta la ducha. Abrió el grifo con el agua templada y me colocó debajo.

—¡Qué haces! ¡Estás loco! ¡Joder! —grité despertándome de golpe.

—Te he avisado, no me has dejado opción. —Se metió conmigo en la ducha riéndose.

—¿Se puede saber qué haces?

—Ducharnos, así podremos irnos antes. Date la vuelta que te froto la espalda.

—¿Me vas a decir de una vez dónde vamos? —pregunté mientras obedecía.

—Es una sorpresa. Si te lo dijera, ya no lo sería.

—Me ponen nerviosa las sorpresas.

—¿Confías en mí?

—Sí, claro que sí —asentí a la vez que amasaba el pecho con sus manos y besaba mi cuello. Sentí su erección ya dura presionando mi culo. Una de sus manos bajó hacia mi sexo y acarició hasta hacerme temblar. Me sujetó por la cintura al notar que flaqueaban mis piernas.

—Eso es Emma, córrete para mí. —Siguió acariciándome el clítoris hasta que mi cuerpo comenzó a convulsionar.

—Eric...

—Gírate —me ordenó mientras me agarraba por el culo y me levantaba

apoyándome contra la pared de la ducha. Lo rodeé con mis piernas para facilitarle la entrada a mi sexo.

—Emma, no llevo condón... —dijo mirándome dubitativo.

—Yo tomo la píldora y estoy sana.

—Yo también lo estoy y siempre uso preservativo, ¿te fías de mí? —asentí y me abalancé a su boca con desesperación. Necesitaba que entrara dentro de mí en ese instante.

De un golpe seco, entró en mi interior provocándome un gemido que atrapó con su boca. Comenzó a embestirme con más ímpetu mientras me mordía el labio inferior.

—¡Dios! ¡Emma! ¡Cómo me pones!

Mis gemidos eran más fuertes y notaba cómo Eric se excitaba al escucharme.

—Emma...

—¡Eric! —grité su nombre al llegar al orgasmo a la misma vez que él. Sentir como llenaba mi interior fue una experiencia muy placentera. Eric me bajó despacio y no me soltó hasta que me mantuve en pie por mí misma.

—¿Estás bien?

—Más que bien —dije aun notando el temblor en todo mi cuerpo.

—Pues nos vamos —soltó riéndose.

—Pero...

Me acalló con un beso dejándome contrariada mientras él salía de la ducha riéndose y tan tranquilo.

Cuando fui hacia la habitación, Eric ya estaba preparando un par de mochilas con mudas de recambio y los neceseres. Había hecho café y tostadas mientras yo me vestía y desayunamos enseguida. ¡No eran ni las siete de la mañana!

No quería decirme a dónde me llevaba. Quería darme una sorpresa, y hasta que no llegáramos no sabría nada. Confiaba en él, así pues, me dejé llevar.

Nos subimos a su coche y emprendimos el viaje. Me dijo que tardaríamos al menos dos horas y media o un poco más si hacíamos alguna parada. Me recomendó que no le diera vueltas a la cabeza, y me relajara, que disfrutara del viaje. Ese fin de semana sería para los dos. Para desconectar de todo y disfrutar el uno del otro. —Sus palabras me sonaron a gloria—.

Salimos de Barcelona, y según los indicadores íbamos dirección Tarragona. Por más que preguntaba, sólo me sonreía y me negaba con la cabeza. No me gustaban mucho las sorpresas, más que nada porque me gustaba tener todo controlado. Estando con David, era más despreocupada y despistada. Pero la separación me cambió en muchos aspectos.

Desalojé esos pensamientos enseguida. Ahora estaba con Eric y quería disfrutar con él ese fin de semana. Así que me olvidé de los indicadores, que por cierto, ya habíamos pasado Tortosa, y me relajé.

La conversación durante el viaje se hizo amena, no se formaron esos silencios tan incómodos que a veces suceden. Llegamos a un área de servicio, y paramos a estirar las piernas y tomar un refresco.

Después de quince minutos descansando, reemprendimos el viaje. Eric llevaba la radio puesta. Una emisora que emitía éxitos de todas las épocas. A mí me gustaba todo tipo de música y al parecer a él también. Hablamos mucho de nuestros gustos, nuestros *hobbies*...; descubrimos que coincidíamos en muchas cosas y eso me gustó.

Eric, de tanto en tanto, colocaba su mano derecha sobre mi muslo mientras conducía. Yo apoyaba la mía en la suya. Notar su calor me transmitía seguridad, pero a la vez su tacto incendiaba mi cuerpo. Reaccionaba automáticamente a sus caricias, a sus roces, a su voz... Me hacía sentir especial.

A las diez y media llegábamos a nuestro destino. Descubrí que estábamos en Peñíscola, un pueblecito frente al mar situado en la provincia de Castellón. Las vistas eran preciosas, y a lo lejos se vislumbraba un grandioso castillo que presidía esa zona costera. Era el monumento turístico del pueblo, pero toda la zona en general era espectacular.

Nos alojamos en el Hotel & Spa Peñíscola Plaza, situado en la playa norte del pueblo. Al llegar, la chica de recepción nos atendió muy amablemente y nos entregó la llave. Una vez entramos en la habitación, me quedé con la boca abierta.

—¡Eric! ¡Es preciosa! —exclamé.

Era una suite temática ambientada en Marruecos. Todos los muebles eran de estilo árabe. El salón comunicaba con la habitación a través de una puerta corredera tallada en dibujos arábigos. La cama media dos por dos, y todo el conjunto lo formaban detalles decorativos típicos de Marruecos.

Un pequeño pasillo con arcos en lugar de puertas llegaba hasta el baño. Era súper amplio, al entrar, a la izquierda se mostraba una encimera de mármol con dos lavamanos y dos espejos con sus respectivos detalles arábigos. Justo al lado, una enorme bañera en media luna más grande que la que tenía en mi piso. —¡Si casi podíamos nadar en ella!—. En frente estaba situada la ducha, con su columna de hidromasaje. A continuación de la ducha, un amplio espacio

reservado para el inodoro.

—¡Dios mío! ¿Has visto? —dije señalando la bañera—. ¡Si es más grande que la mía!

—Creo que la vamos a aprovechar muy bien ¡Eh! —dijo juguetón—, pero aún hay más. Ven. —Lo seguí hasta la terraza y casi me da un infarto. Al salir, las vistas al mar eran preciosas. Se podía observar todo el paseo marítimo hasta dónde estaba situado el castillo. El día soleado que hacía, acompañaba las hermosas vistas. Por unos segundos, me quedé allí parada sin decir nada, simplemente respirando el olor a salitre y apreciando el infinito mar hasta el horizonte.

Al girarme hacia Eric, lo vi apoyado en el umbral de la puerta de la terraza, con las manos metidas en los bolsillos, observándome con ternura y ofreciéndome una sonrisa que le iluminaba la cara.

Tuve que apartar un momento mis ojos de los suyos porque justo al lado había un jacuzzi. ¡No me lo podía creer! Estaba preparado para ser utilizado.

—En serio, Eric, esto es demasiado. Incluso tenemos jacuzzi al aire libre, en la terraza de la habitación.

—Nada es suficiente para demostrarte lo mucho que te quiero —soltó mientras se acercaba y apoyaba sus manos sobre mis caderas. —¿Había dicho te quiero? ¡Ay! ¡Dios!—. Me había quedado paralizada ante su respuesta, no me lo esperaba, pero me sentí emocionada. Mis ojos se comenzaron a humedecer y no pude aguantar por mucho tiempo. Los pulgares de Eric me secaron las lágrimas que rodaban sin cesar por mis mejillas.

—¡Eh! Preciosa, no quiero que llores.

—Es... es por la emoción... yo... no... me lo esperaba, Eric —balbuceé.

—Siento si he sido muy precipitado, pero me ha salido del alma, Emma.

—No... si... es que no me lo esperaba... pero...

—Vaya, cuando hay un pero, no suelen acabar bien las cosas. —Su tono se ensombreció de repente.

—¡No! No es eso, es... sólo... que yo también... te quiero, Eric. —Conseguí decirle mientras él sujetaba mi cara entre sus manos y le miraba fijamente a los ojos. Nos miramos como si no hubiese nada más y nos fundimos en un tierno beso que hizo estremecer hasta el último poro de mi piel.

—Preciosa, no sabes lo feliz que me hace escucharte decir eso —confesó uniéndome su frente junto a la mía. Volvimos a besarnos dulcemente y nos fundimos en un abrazo muy emotivo.

Después del momento que habíamos tenido tan romántico, decidimos ir a dar

un paseo por el paseo marítimo hasta la hora de comer.

Salimos del hotel por la zona de la piscina que comunicaba con la playa. Fuimos caminando cogidos de la mano en dirección al castillo. Paseamos por sus calles asfaltadas de adoquines, recorrimos varios puestos de *souvenirs* para los turistas, tiendas típicas de barrio, restaurantes, incluso descubrimos que había un pub y algún que otro bar para tomar alguna copa.

Cuando llegamos al castillo, decidimos entrar a visitarlo. *Era una imponente fortaleza construida por los templarios a finales del siglo XIII principios del XIV...* Así comenzó la guía a explicarnos toda la historia mientras hacíamos el recorrido.

La visita duró casi dos horas y al acabar paramos a comer en un restaurante típico en el centro del pueblo.

A media tarde, después de tomarnos el café, regresamos paseando por el paseo marítimo y haciéndonos carantoñas como dos adolescentes. Contemplamos el mar en calma mientras inhalamos el olor a salitre a cada paso que dábamos. Nos sentimos muy a gusto disfrutando del momento.

Llegando a la habitación, Eric, me abrazó por detrás mientras me besaba en el cuello, provocándome unos escalofríos de placer que me impedían centrarme en abrir la puerta. Como pude, pasé la tarjeta por la hendidura electrónica y entramos en estampida.

Me giró hacia él, me agarró fuertemente mi culo atrayéndome hacia él, mientras me devoraba la boca con ansia. En cuestión de segundos, había conseguido excitarme como nunca. Mi sexo palpitaba con fuerza notando como se iba humedeciendo. Eric me quitó el jersey que llevaba dejando a la vista el sujetador de encaje negro que me había comprado hacía pocos días.

Solté un jadeo al notar cómo se desprendía de él y acercaba sus labios a mis pezones. Lamió con ímpetu y succionó con fuerza a la vez que necesité apoyarme con mis manos de espalda a la mesa del salón. Siguió devorándome un rato más hasta que paró para quitarse su jersey y volver a besarme la boca con ansia.

Estaba tan excitada que el simple roce de su piel me hacía estremecer por completo. Lo separé de mí y mientras lo miraba fijamente, le bajé los pantalones y seguidamente el bóxer. Eric, se dejó hacer por mí, pero tal era el deseo que mostraba su mirada que me cogió en volandas y me llevó a la cama. Me tumbó sobre ella y acabó por quitarme el *culotte*.

—Preciosa, verte en *culotte* me pone muchísimo. Te haría de todo ahora mismo —dijo susurrándome al oído.

—¿Y qué te lo impide? —lo provoqué.

—No sabes lo que acabas de hacer. Ven aquí. —Se dibujó una sonrisa maliciosa en su cara.

Se colocó de rodillas a los pies de la cama y me atrajo cogiéndome de los muslos hacia él. Puso su cabeza entre mis piernas y comenzó un salvaje juego de su lengua sobre mi sexo. Succionó cada pliegue, lamió cada hueco a su paso y se recreó con mi clítoris. Lo torturó con su lengua hasta que me dolía de lo hinchado que estaba, pero continuó hasta que me vino un primer orgasmo arrollador.

—Eso es preciosa, quiero beber de ti. Eres toda una delicia. —Notar su aliento sobre mi sexo me excitaba aún más, me volvía loca. Siguió ese juego con su boca mientras me introducía dos dedos en mi interior. Al notarlos, arqueé la espalda. Sentí un enorme placer. Continuó estimulándome con su boca y los dedos y le regalé otro orgasmo que me dejó exhausta.

—¡Dios! ¡Emma! ¡Eres fantástica! —Al incorporarse, lo tumbé y me coloqué a horcajadas sobre él. Le besé con ansias mientras le colocaba los brazos sobre su cabeza.

—Y ahora, estate quietecito —dije seductoramente mirándolo a los ojos.

—Emma, déjame tocarte, no me hagas esto.

—De eso nada, ahora me toca a mí. Así que las manos quietecitas.

Cogí su miembro con una mano, mientras con la otra tocaba mi sexo y con mis flujos lo lubricaba. Dejó escapar un jadeo fuerte que me excitó aún más. Me encantaba oírlo gemir de esa manera. Saber que era yo quien le producía ese placer.

Continué masturbándole con ambas manos hasta que lo metí en la boca. Otro gemido más fuerte resonó en la habitación. Succioné su glande, lo lamí con ansia y lo introduje hasta lo más hondo. Seguí con movimientos intensos hasta que Eric me pidió que parara o se correría en mi boca. Entonces me coloqué sobre él y lo hundí en mi sexo. Me agarró de mis caderas para aumentar el movimiento de mi pelvis y así notarlo más adentro. Estábamos a punto de llegar al orgasmo, cuando Eric, comenzó a tocarme el clítoris y fue en cuestión de segundos que los dos nos corrimos juntos. Me recosté a su lado mientras me abrazaba y en pocos minutos nos quedamos dormidos.

Capítulo 40

Nos despertamos para la hora de la cena y decidimos ducharnos juntos. Debíamos comprobar la comodidad de la ducha y así fue. Sucumbimos a nuestra pasión bajo el agua, la cual nos llevó a otro placentero orgasmo.

Después de nuestro momento, nos arreglamos para bajar a cenar. Había cuatro restaurantes y un buffet, entre ellos.

Optamos por el italiano y el ambiente era muy agradable. En esas fechas no estaba muy concurrido por lo que pudimos ir y venir sin agobios de gente por todas partes. Luego fuimos al bar del hotel, el cual tenía una terraza dónde celebraban espectáculos.

Nos sentamos en una mesa un poco alejada del escenario y pedimos unos cócteles.

—Cariño, ¿te ha gustado la sorpresa? —me preguntó Eric mirándome cariñosamente.

—¿Qué si me ha gustado? ¡Amor! ¡Esto es precioso! La habitación ambientada, las vistas que tenemos, el pueblo, el castillo... es todo un pequeño paraíso. ¡Me encanta!

—Me encanta verte así de feliz, esa sonrisa me llega al alma. Así quiero verte siempre, mi vida.

—Mientras seas tú quien me lo provoque, te aseguro que así será.

—¡Ay! ¡Mi pillina! —Me plantó un beso en los labios que casi hizo que me desmayara.

—¿Sabes que tus besos tienen un efecto embriagador en mí? ¡Me dejas atontada!

—Jajaja eso mismo me pasa a mí. Pero yo llevo atontado desde que te vi la primera vez.

—¡Calla! ¡No me lo recuerdes! Que aún me da vergüenza recordarlo. Mira que soy patosa y lo bueno que fueron dos veces en una misma mañana.

—Eres única. La verdad que superas a mi madre en torpeza, que ya es decir. —Se carcajeó.

—¡Qué vergüenza! —Sabía que tenía las mejillas coloradas por el calor que estaba sintiendo. No podía evitar pasar vergüenza.

—Me encanta cuando te ruborizas, Emma. ¿Te lo he dicho alguna vez? —me dijo divertido.

—Creo que sí, Eric... —Nos reímos y bebimos de nuestros cócteles.

Seguimos un rato más viendo el espectáculo y cuando acabamos nuestras bebidas, regresamos a la habitación. Eric preparó la bañera con sales aromáticas y nos metimos en ella. El agua estaba en su punto, ni muy caliente ni muy fría. Me coloqué de espaldas a él mientras me abrazaba rodeándome con sus brazos. Jugaba con la espuma colocándome montoncitos sobre mis pechos.

—Mmm voy a tener que probar estos ricos merengues. Tienen muy buena pinta.

—Acabamos de cenar y ¿tienes más hambre?

—Siempre tengo hambre de ti, Emma, siempre quiero más.

—A ver si te vas a empachar.

—Lo dudo. —Comenzó a amasarme los pechos y pellizcarme los pezones. Enseguida noté como su erección ya estaba preparada para echar otro asalto. Disfrutaba sabiendo que yo lo ponía de esa manera. El sexo con Eric era tan diferente al que había tenido en mi vida... Estaba descubriendo con él lo que era el auténtico placer.

Me giré y me puse a horcajadas sobre él hundiéndome sobre su miembro. Notarlo dentro me hacía sentir plena. Acompañaba mis movimientos con sus manos en mi culo mientras nos besamos con lujuria. En un instante noté cómo un dedo tanteaba la entrada de mi ano. Eso me provocó una sensación tan placentera que gemí fuerte en su oído.

—¿Eso te gusta preciosa? —me preguntó mirándome con los ojos llenos de deseo.

—Nunca lo he hecho por detrás...

—Tranquila... todo a su tiempo. —Volvió a besarme con frenesí y aumenté el ritmo de mis movimientos hasta que los dos llegamos al orgasmo.

Un rato después, salimos de la bañera y recogimos el agua que habíamos tirado gracias a nuestros juegos. Nos pusimos los albornoces que nos proporcionaba el hotel. Eric sirvió dos copas de cava con el que nos dieron la bienvenida y nos sentamos en la terraza. La temperatura era buena. Todavía no hacía frío y se podía disfrutar al aire libre y contemplar el panorama. Aunque mi mejor vista era él.

Nos fuimos a la cama y después de hacer el amor, porque esa vez no fue sólo follar, sino que nos amamos con el cuerpo y el corazón, sentimos con el alma cada roce, cada caricia, cada exhalación hasta fundirnos en uno sólo.

Al día siguiente, nos despertamos para bajar a desayunar a la hora establecida. Nos dimos una ducha juntos, nos arreglamos y bajamos al buffet.

Cuando acabamos, decidimos ir a probar el Spa del hotel.

Estuvimos una hora y media bajo las fuentes de agua termales, el jacuzzi, piscina climatizada, probamos la sauna y finalizamos la sesión con un masaje relajante para parejas.

Salimos como nuevos y nos apeteció dar un paseo por la playa. Eric me pasó su brazo por encima de mis hombros y yo le rodeé su cintura con el mío. Caminamos un rato y nos sentamos en la arena contemplando el mar. Me acurruqué de espaldas entre sus piernas mientras me envolvía con sus brazos.

—Gracias, amor, por este fin de semana.

—No me las tienes que dar, preciosa. Me apetecía mucho escaparme contigo, los dos solos.

—Si te digo la verdad, yo también necesitaba desconectar. Estos últimos días han sido muy intensos y me he saturado.

—Lo sé, por eso creí oportuno hacer esta escapada y que respiraras un poco de aire. Aún nos queda solucionar el tema de Marcos y tenemos que estar con las pilas cargadas.

—Lo sé, Eric...

—Dime, preciosa.

—Yo no quería involucrarte en mis problemas. Quería solucionarlos por mí misma. No quería que te vieras afectado por todo esto.

—¡Eh! No te preocupes por mí. Yo ya te dije que te daba tu espacio, pero te veía tan triste que me rompía el corazón. Por eso no pude más. Quería ayudarte de todos modos.

—¿Sabes? Hablé con las chicas, y ellas me aconsejaron que te lo contara todo, que no te dejara a un lado porque sabían, y no sé cómo, que tú y yo estaríamos juntos.

—Son chicas listas —soltó una carcajada que era música celestial para mis oídos.

—Sí, son como mi familia. Nos contamos todo, nos apoyamos en todo momento, sin ellas no sé qué haría. Daría mi vida por ellas.

—Eso es muy bonito, Emma. Y te entiendo, a mí me pasa lo mismo con Oliver. Para mí es mi hermano, nos conocimos en la universidad y desde entonces somos íntimos. Aunque tengo a mi hermana y me llevo bien con ella, no es lo mismo. Oliver y yo conectamos desde el primer día.

—¿Tienes más hermanos?

—No, sólo mi hermana Almudena, es dos años menor que yo. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos?

—Sí, mi hermana mayor. Nos llevamos ocho años, pero a pesar de la diferencia de edad, siempre hemos estado muy unidas y lo seguimos estando, aunque no nos llamemos tan a menudo.

—La echas de menos ¿verdad?

—Sí y no, a ver, ella también tiene su vida, no podemos estar todo el día juntas, pero hay momentos que me gustaría tenerla más cerca. Pero para algo está el teléfono en esos casos.

—Alegra esa cara, preciosa, no quiero verte triste, ¡Eh!

—Estoy bien, amor, más que bien. Me siento como en una nube cuando estoy contigo. Creía que no conseguiría volver a enamorarme. Y aquí estoy, entre tus brazos y enamorada como una adolescente.

—Pues que sepas que a mí me sucede lo mismo contigo, me siento un quinceañero encandilado por tu carita de ángel... —Me sentó a horcajadas sobre él y me besó apasionadamente. Después de unos minutos de besos y caricias, seguimos paseando hasta el pueblo.

A la hora de comer regresamos al hotel. Teníamos que dejar la habitación a las tres, así que recogimos pronto y nos pusimos en marcha de vuelta a Barcelona. Fue un fin de semana muy corto, pero lo disfrutamos al máximo. Regresaba con energías renovadas para hacer frente a todo, y más sabiendo que lo tenía a mi lado para apoyarme.

Capítulo 41

Escuché un leve repiqueteo en la ventana que me desveló. Llovía. Me giré y miré la hora. Todavía eran las seis de la mañana, aún podía remolonearme un rato más. Hasta las diez no tenía cita con el abogado. Quedé con Eric a las nueve y media para recogerme e ir juntos.

Al regresar del fin de semana, me dejó en casa y se marchó a la suya, aunque no quería separarse de mí, lo convencí de que debíamos descansar.

Estaba recordando los momentos con él durante el fin de semana, cuando un mensaje de WhatsApp me devolvió a la realidad.

ERIC: Buenos días preciosa, ¿qué tal has dormido?

YO: Buenos días, amor... yo muy bien ¿y tú?

ERIC: Me faltaba alguien en mi cama esta noche.

YO: Vaya, ¿alguien especial?

ERIC: Alguien tan especial que habita en mis pensamientos desde que me despierto hasta que me acuesto, alguien tan especial que revoluciona mi corazón con solo pensarla y alguien tan especial por quien daría mi vida por su felicidad.

Debió pasar un minuto hasta que pude contestarle. Su respuesta me dejó paralizada. Fue tan bonito leer sus palabras que hicieron encogerme el corazón de felicidad.

YO: ¡Oh! Pues... sí que es especial... esa persona.

ERIC: Estoy hablando con ella ahora mismo.

YO: ¡Dios! ¡Eric! Estoy como un tomate y me has dejado sin palabras.

ERIC: Jajaja me lo imagino, es como si te estuviera viendo, ruborizada y preciosa. Va, te dejo que te despejes y en un rato paso a buscarte.

YO: Si, voy a ver si me ducho y me tomo un café bien cargado. Luego nos vemos.

ERIC: Te quiero, preciosa.

YO: Te quiero, Eric.

Dejé el móvil sobre la cama, y me fui a la ducha con una sonrisa de oreja a oreja. A pesar del día lluvioso, Eric me había alegrado la mañana con solo

unas palabras.

Cuando llamó a mi portal, bajé rápidamente. Me recibió con un dulce beso que me supo a poco pero no era momento para entretenernos.

Llegamos con tiempo al bufete y al entrar nos recibió Nona.

—Buenos días, chicos. —Nos saludó dándonos un abrazo a cada uno.

—Buenos días, Nona —dijimos Eric y yo al unísono.

—¡Vaya! El fin de semana os ha sentado de maravilla. Menudas caras de bien follados que traéis.

—¡Nona! ¡Que estamos en tu trabajo! Córdete un poco. —Le recriminé alarmada.

—Estamos solos, Fernando no nos oye desde su despacho —dijo bajando el tono de voz—, voy a avisarle de que ya estáis aquí.

—Gracias.

—Fernando, mi amiga Emma ya ha llegado. ¿La hago pasar? De acuerdo.

—Enseguida sale, está acabando un asunto y os atiende. A ver, y el fin de semana, ¿qué tal?

—Genial Nona —dije mientras Eric y yo nos mirábamos con una sonrisa de felicidad.

—¡Perfecto! —contestó él mientras me besaba.

—¡Oh! ¡Qué bonito! Me lo tenéis que contar todo ¡eh! ¡pendones!

En ese momento apareció Fernando en la recepción. Se presentó cordialmente estrechándonos las manos, y nos invitó a que pasáramos a su despacho. Ofreció sentarnos en unas cómodas sillas de cuero negro a juego con el color de los muebles, alrededor de su mesa.

Era muy amplio, pero para mi gusto muy serio. Supongo que así debían de ser, en tonos oscuros, fríos y nada acogedores, pero la decoración era lo de menos.

Le expliqué todo lo que me sucedía con Marcos. No dejé detalle, incluso escuchó la grabación donde confesaba que era él quien me llamaba. Me preguntó cómo la había conseguido y al contárselo se sorprendió, pero me dijo que esa prueba era fundamental para efectuar la denuncia. Le conté que Nona también fue testigo de una de sus llamadas, y escuchó lo mismo que yo. Además, Luisa fue una víctima suya y podría hablar con ella. También le conté, que dos chicas tuvieron que dejar el colegio por el mismo motivo un tiempo antes de que yo entrara a trabajar. Fue redactando todo con detalle en su ordenador, le entregué la grabación y me dijo que también incluiría el testimonio de Nona. Iría a hablar con Luisa para que le contara su caso. Esta

vez no le serviría una simple multa, me aseguró que le iba a caer pena de cárcel.

Imprimió la hoja de denuncia con todo lo que le había contado, explicando todos los hechos y me la entregó para firmar. Lo hice en el acto, y nos dijo que ya nos iría informando sobre cómo avanzaba el caso, pero que de momento debía de coger una baja médica o excedencia en el trabajo para no estar cerca de él hasta que se haga efectiva la denuncia y su correspondiente sentencia.

Después de casi dos horas en su despacho, nos despedimos de Nona y nos marchamos. Decidimos que teníamos que poner a Marga al corriente de la situación, pero sería mejor fuera del horario escolar para no levantar sospechas.

Por la tarde, en el hospital, David me recriminó que no hubiese ido a ver a su madre en todo el fin de semana. Ángela había preguntado por mí y tuvo que poner una excusa. Le dejé claro que yo tenía una vida, y que ese fin de semana era personal. Aun así, no le debía ninguna explicación. No éramos nada, pero parecía que él pensaba todo lo contrario. Reiteró que teníamos que hacer ver que éramos una pareja. Cada vez lo soportaba menos. No quería ningún mal para su madre, pero deseaba que acabara cuanto antes aquella farsa.

—Ángela, ¿cómo te encuentras? —Saludé dándole dos besos.

—Cariño, hoy estoy mejor, pero voy a ratos. ¿Y tú? ¿Estás mejor? David me dijo que estabas con gastroenteritis, y no quería arriesgarse a que me contagiaras. ¡Qué tonterías tiene a veces!

—Uhm... si... ya... ya estoy bien, hice mucho reposo y dieta ligera, hoy me encuentro mejor. —Seguí con la excusa para que no lo descubriera, pero a Ángela no se le escapaba nada, por muy tonta que quisiera aparentar.

—Disculpad, me llaman del trabajo, enseguida vuelvo —nos dijo David mientras salía de la habitación para coger la llamada.

—Escúchame, cariño, necesito hablar contigo a solas, y con mi hijo por aquí cada tarde no puedo. Necesito que vengas mañana por la mañana, mi marido y él estarán trabajando, así podremos hablar tranquilamente. Es importante —me dijo Ángela en tono serio cogiéndome una mano.

—Me estás asustando, Ángela.

—No te asustes, estoy bien si es eso lo que te preocupa. Bueno, bien dentro de lo mal que estoy, pero a lo que me refiero, no tiene nada que ver con mi enfermedad. ¿Podrás venir por la mañana? —me suplicó con unos ojos llenos de tristeza que me llegaron al alma.

—Estaré aquí, no te preocupes.

—Y no le digas nada a mi hijo, por favor.

—No te preocupes. —En ese momento entró David y continuamos un rato más allí hablando con su madre.

Cuando llegué a casa eran más de las siete de la tarde. Estaba agotada pero la conversación con Ángela me dejó intrigada.

Después de ducharme, preparé un poco de pasta con salsa de tomate. Saqué una Coronita de la nevera y me senté en el sofá a ver la televisión. Al rato, Eric y yo hablamos por video llamada más de una hora. Le conté que por la mañana iría a hablar con Ángela. Me había pedido que fuera sola, pero no tenía ni idea de que se trataba. Quiso acompañarme, pero le dije que no, que cuando lo supiera se lo contaría. Aproveché para avisarme de que habíamos quedado para comer con Marga, y explicarle todo el asunto de Marcos.

Después de hablar con él, se me puso mal cuerpo. Por un lado, Ángela, no sabía qué era lo que quería contarme, pero tanto misterio no sería bueno y por otro, me sentía agotada por el tema de Marcos. Deseaba que acabara cuanto antes.

Al día siguiente, cuando llegué al hospital, estaban dándole el desayuno a Ángela. Le dije a la enfermera que se lo terminaba de dar yo misma. Me lo agradeció y nos dejó a solas.

—Hoy tienes buena cara, Ángela. —Sonreí mientras le acercaba el zumo.

—Buenos días cariño, gracias, será porque me tratan como a una reina.

—Y cómo no lo hagan, los denuncio. —Nos reímos las dos.

—Emma... —comenzó Ángela—, quería hablar contigo sobre David, por eso te pedí que vinieras hoy sola, para que no estuviera él presente.

—No te preocupes... dime.

—¿Qué hacéis juntos?

—No te entiendo, Ángela. ¿Qué quieres decir?

—A mí no me engañáis. No sé qué hacéis juntos. Sé de sobra que tú no volverías con él, después de lo que te hizo. Te conozco mejor a ti que a mi hijo. Así que, dime la verdad, ¿qué ocurre?

—No ocurre nada Ángela. —Se me hizo un nudo en la garganta que me impedía tragar—, verás... yo... bueno... le he dado otra oportunidad a David, hablamos, se disculpó, me lo replanteé... y lo estamos intentando de nuevo. —No pude evitar bajar la mirada, no me atrevía a mirarla a los ojos. Y como ella acababa de decirme, me conocía mejor que a su propio hijo. Tarde o temprano lo acabaría descubriendo.

—No me lo creo, Emma. ¿Por qué estás haciendo esto? Solo tengo que

mirarte a los ojos para saber que me estas mintiendo. Tú ya no quieres a mi hijo y ha pasado tiempo. Mírame, cariño. —Levanté la cabeza y me descubrí con los ojos humedecidos—. Sabes que puedes contarme cualquier cosa, de siempre. Y ahora también puedes hacerlo, cariño.

—Ángela... siempre hemos sabido que a ti nadie te ha podido engañar en nada —Se me escapó una carcajada apagada—, ni antes ni ahora.

—Sí, nací con ese don, hija y lo bien que me ha ido. —Sonrió cariñosamente.

—Hace unos días David vino a verme para contarme lo que te sucedía. Que estabas ingresada en el hospital debido al cáncer, y que te quedaba poco tiempo de vida. Entonces me hizo una propuesta. Me convenció para que volviéramos a ser pareja durante tus últimos días de vida, que quería cumplir tu voluntad...

—Espera, espera... ¿Mi voluntad?, ¿qué voluntad?, ¿de qué estás hablando? —preguntó sorprendida.

—Pues... de cumplir tu último deseo antes de... fallecer. David me contó que deseas vernos otra vez juntos, como pareja —confesé dubitativa. La cara de asombro de Ángela me desconcertó totalmente—. Yo no quería aceptar porque lo sigo viendo inmoral, pero acabó convenciéndome haciendo que me pusiera en su lugar.

—¡Dios mío! No doy crédito a lo que estoy escuchando. Emma, cariño, mi hijo te ha mentado. Yo nunca he hablado de mi última voluntad. Es más, tengo prohibido que hablen de la muerte delante de mí. Sé muy bien que es cuestión de tiempo que me vaya, por eso, estos últimos días quiero vivirlos con total normalidad. De ahí a desear que vuelvas junto a David... ¡Es una locura! ... y la cabeza, te aseguro, niña, que aún la tengo intacta. Lo que no entiendo es por qué te ha dicho eso. —Me quedé paralizada al escuchar sus palabras. No podía creerlo. Todo era una farsa por parte de David. Me había engañado como a una tonta. —¿Pero por qué? ¿Qué interés tendría en hacerlo, y además poniendo de excusa a su madre moribunda? Era todo tan retorcido—.

—Yo... no... no entiendo nada, Ángela. —Comencé a caminar nerviosa por la habitación intentando averiguar que pretendía él con esa mentira. La noticia me había dejado en shock.

—Cariño, cálmate, esto tiene que tener una explicación. Venid los dos esta tarde y aclararemos el asunto. Estoy tan asombrada como tú. Yo tampoco entiendo nada. —De repente la máquina a la que estaba conectada empezó a pitar alarmantemente. Ángela se estaba poniendo tan blanca como la espuma,

me asusté y avisé rápidamente a la enfermera. Me hizo salir de la habitación hasta que consiguió estabilizarla. Sólo fue una bajada de tensión, seguramente debido a la conversación que acabábamos de tener. Me sentí culpable por haberle provocado ese estado, no debería haberle contado nada, pero... si no llega a ser por ella, no hubiese descubierto la verdad.

Me marché del hospital dejándola sedada y dormida. Volvería por la tarde con David, y resolveríamos el asunto. Al salir me dirigí a un parque cercano y me senté en un banco. Tenía que procesar lo que acababa de contarme.

Capítulo 42

Eric y yo quedamos con Marga para comer en el restaurante cercano al colegio. La llamé por teléfono la noche anterior para decirle que estaba indispuesta y no iría a trabajar. Sentí comunicárselo con tan poca antelación, pero me dijo que no me preocupara. En la hora de la comida se lo explicaría todo.

Cuando llegamos, ella ya nos esperaba allí. Se levantó a saludarnos y nos sentamos los tres a la mesa. El camarero apareció para tomarnos nota y cuando lo hubo hecho se marchó.

—Está bien, ¿Qué es eso tan importante que tenéis que contarme, chicos?

—Antes que nada —comencé a decir—, quiero que sepas Marga, que te traigo mi solicitud de excedencia por unos meses. Ahora te lo explico, pero no puedo volver al colegio por un tiempo. —Le entregué el documento y se quedó mirándome petrificada—. Lo sé... tranquila, ahora te lo contamos todo desde el principio.

—Me estáis asustando... —Nos miró a los dos con temor.

—Marga, estoy siendo acosada desde que comencé a trabajar en el colegio. Me llaman por teléfono con número oculto, no hablan, solo se escucha una respiración agitada. Últimamente las llamadas se han hecho más frecuentes, y me inquietan cada vez más. Hasta que he descubierto que es Marcos quien me acosa.

—¿Marcos? ¿Nuestro Marcos?

—Sí, el mismo. Lo averigüé una tarde por casualidad en el colegio llamándome. Además, Luisa habló conmigo, y me contó que a ella también la acosaba, la llamaba como a mí, le enviaba mensajes, se presentaba en su piso, la seguía... lo denunció, pero él después de eso, se disculpó con ella y cambió su actitud por muy raro que parezca. Una multa y como si nada. Por lo que me contó, tiene un buen abogado que siempre le saca de cualquier problema sin mayores consecuencias.

—Me estás dejando alucinada, Emma. ¿Cómo puede ser que no tuviera constancia de nada de eso? Luisa nunca me ha comentado nada.

—Es más, las chicas abandonaron el colegio por culpa de él, aunque a ti te dieron otra excusa. Las tenía tan amenazadas que no se atrevieron a decirte la verdad.

—¡Dios mío! ¡Tengo a un acosador en mi centro! ¡Con los niños! —Comenzó

a alterarse y Eric tuvo que tranquilizarla.

—Mamá, tranquila, lo tenemos controlado. Hemos ido a hablar esta mañana con el abogado. Está al corriente de todo, además, Emma, lo grabó confesando que la acosaba.

—¿Cómo? —exclamó sorprendida mirándome.

—Lo cité para que me diera una explicación por haberlo descubierto, y me llevé la grabadora conectada sin que él lo supiera. Le hice confesar y lo tengo todo grabado. Se la he entregado a mi abogado. Lo va a incluir en la denuncia y eso va a ser fundamental para la sentencia.

—¡Madre mía, chicos! Estoy alucinada y a la vez asustada con lo que me estáis contando. ¿Cómo voy a estar tranquila al volver al colegio sabiendo lo que sé? Espero que vuestro abogado actúe rápido. Esta situación es peligrosa, ya no sólo por los profesores, sino por los alumnos, ellos son lo primero.

—Lo entendemos, mamá, por eso, te pedimos que no digas nada a nadie, ten un poco de paciencia y actúa como si no supieras nada, ¿de acuerdo?

—Hijo, eso me va a costar la vida, sabes que no soy nada disimulada.

—Marga, te lo pido por favor, tenemos que hacer que Marcos pague por lo que ha hecho. Necesitamos tu apoyo y colaboración —rogué a Marga.

—Lo sé, podéis contar conmigo, haré todo lo que esté en mi mano. Ese cerdo tiene que salir del colegio cuanto antes y pagar por todo. Sigo sin poder creerme que todo esto lleva sucediendo delante de mis narices y yo sin enterarme.

—A nosotros también nos cuesta asimilarlo, pero de nada sirve lamentarse ahora. Tenemos que hacer frente juntos —dijo Eric demostrando una seguridad que hizo cambiar el semblante de Marga.

—Tú lo has dicho, hijo, juntos.

Después de poner a Marga al día, comimos con normalidad entre risas y preguntas un poco comprometedoras hacia nosotros, intentando averiguar que había entre los dos, pero ella ya lo sabía. Nos dijo que se nos notaba en la cara la felicidad que desprendíamos, y las miradas delatorias que nos regalábamos. Era increíble.

Cuando acabamos de comer, ella volvió al colegio y Eric a su trabajo. Yo aproveché para hacer unas compras y recoger un poco el piso.

A las cinco de la tarde David, me esperaba en la entrada del colegio. Se sorprendió al no verme salir por la puerta sino acercarme por la acera en dirección a él.

—¿No estabas en el colegio? —preguntó directamente sorprendido.

—Hola, a ti también. No me encuentro muy bien y me han dado el día libre.

—¿Qué te pasa? No tienes buena cara.

—Estoy bien, no te preocupes —Intenté parecer lo más normal posible, pero saber que me había mentido provocaba que alzara mis defensas otra vez.

—De acuerdo, ¿vamos? —Colocó su brazo alrededor de mi cintura para guiarme hacia el coche. Al notar su roce di un respingo, y David lo noto porque lo retiró rápidamente. Me miró aturdido, pero no me dijo nada, y así nos fuimos hacia el hospital.

—Oye, Emma, ya sé que todo es una farsa ante los ojos de mi madre, pero me gustaría un día tomar un café contigo, de buen rollo.

—David... ya sabes que no voy a volver contigo... si es solo un café, de acuerdo, pero no esperes nada más de mí.

—Solo te pido una oportunidad, Emma, déjame que te recompense por todo el daño que te hice.

—¡No! ¡David! ¿No me has escuchado? ¿Cómo te hago entender que no voy a volver contigo?

—No me creo que ya no sientas nada por mí. Hemos estado muchos años juntos. Sé que estabas enamorada de mí al igual que yo de ti. Eso no puede haber desaparecido, así como así.

—Han pasado dos años, me ha costado mucho superarlo, pero lo he hecho, he seguido con mi vida y ahora soy feliz. No creas ni por un instante que pienso volver al pasado.

—De acuerdo, pero... aún tengo esperanzas —soltó mirándome convencido, pero no me digné a contestarle. Estaba harta de repetirle siempre lo mismo. Y en un rato se descubriría todo. Aunque ya podía intuir algo.

—Hola, mamá, ¿cómo te encuentras esta tarde? —Entró en la habitación besando a su madre en la mejilla. ¿Y papá? ¿No está contigo?

—Bueno, ahí voy, me encuentro cansada pero bien. Tu padre ha ido a resolver unos asuntos de trabajo. Vendrá más tarde.

—Ángela. —La besé en la frente mientras le acariciaba el pelo.

—Emma, ¿ya te has recuperado de la gastroenteritis?, no te veo muy buena cara, aunque mejor que la mía, seguro. —Me sonrió débilmente.

—No exageres, estás muy guapa Ángela, te cuidan bien —le devolví la sonrisa cariñosamente.

—¿Qué tal, hijo? Tú sí que tienes mala cara. ¿Ocurre algo? ¿Habéis discutido? —preguntó dirigiéndose a su hijo con cara de preocupación, pero interpretando su papel a la perfección.

—No, mamá, no hemos discutido, ¿por qué crees eso?

—Os veo mustios.

—Estamos bien, ¿a que sí Emma? —Nada más decirlo me plantó un beso en los labios. No me lo esperaba en absoluto, y me cogió tan de sorpresa que no pude reaccionar, por lo que Ángela me miró sonriéndome.

—Ehm... si... no... quiero decir, no pasa nada, Ángela.

—David, deja ya esta farsa, ¿quieres? Lo sé todo. Y ahora mismo me lo vas a explicar.

—¿De qué hablas, mamá? —David se tensó y le cambió la cara al escuchar a su madre.

—De que no me puedes mentir. —Comenzó diciendo mientras intentaba acomodarse en la cama—, sé que no estáis juntos, no pretendas engañarme.

—Eso no es cierto, mamá —me fulminó con la mirada intuyendo que se lo había contado a su madre.

—David, desde que apareciste con Emma por la puerta, supe que algo no iba bien. No podía creer que habíais vuelto a estar juntos. Sabía que Emma jamás te perdonaría, por lo que no me cuadraba esa situación. Me bastó con mirarla a los ojos y mirarte a ti. Todo era una farsa, pero no sabía por qué. Tuve que presionar a Emma para que me lo contara —David me volvió a mirar esta vez echando fuego por sus ojos, pero no me acobardé, todo lo contrario, levanté mi cabeza y lo miré fríamente—, y así lo hizo. ¿Cómo se te ocurre inventarte lo de mi última voluntad? ¿Te has vuelto loco? Sabes de sobra que nunca me he pronunciado sobre mi muerte, y que os tengo prohibido hablar de ello. Dime, ¿qué pretendías montando este teatro? —El tono de voz de Ángela era serio y autoritario. Cuando quería infundía mucho respeto, y en ese momento más valía hacerle caso. David estaba blanco, se había quedado paralizado. Después de unos minutos sin reaccionar consiguió hablar.

—Mamá, yo... —Su cuerpo se destensó y bajó la cabeza, no podía mirar a su madre a la cara. Se sentó en el sillón y siguió hablando—. Lo siento, no sé qué decir, lo siento mucho mamá por mentirte, pero es verdad que no estamos juntos, todo es un montaje.

—Pero, hijo, ¿qué necesidad has tenido para hacerlo?

—Mi intención siempre ha sido recuperar a Emma —Me miró esta vez con lástima, pidiendo perdón—, lo siento, desde que nos separamos no he levantado cabeza, los meses siguientes disfruté de mi vida, pero notaba tu ausencia hasta que se hizo insoportable. Sé que lo estropecé todo, y no hay día que no me castigue por ello. Ya no sabía qué hacer, y sé que ha sido ruin

utilizar a mi madre en su estado, pero debía utilizar cualquier cosa para intentarlo.

—Cariño, es horrible lo que has hecho, lo sabes ¿verdad? No doy crédito a lo que estoy escuchando. Entiende que tus actos tienen sus consecuencias. Hay formas de hacer las cosas. Yo no te eduqué para que fueras así. Me siento decepcionada contigo.

—Lo sé, mamá, ahora estoy muy arrepentido —dijo cabizbajo con las manos sobre su cabeza—. Lo siento. —Miró a su madre con los ojos humedecidos.

—Creo que le debes una buena disculpa a Emma.

—Lo sé... Emma —Se levantó del sillón y se dirigió a mí. Su madre le había bajado los humos de una manera sorprendente, parecía un niño pequeño arrepentido por haber hecho una trastada—, lo siento mucho, lo he intentado, pero ya me has dejado claro que lo nuestro no tiene arreglo. Solo me queda decirte que no te voy a molestar más. Pero nunca voy a dejar de quererte. —Recobró la compostura y se marchó de la habitación rápidamente. Más que por su confesión, lo que me sorprendió fue en el modo de disculparse. Realmente su madre sabía cómo tratarlo.

—Emma, ¿estás bien? —me preguntó su madre al marcharse.

—Sí, Ángela, ahora sí —asentí.

Me quedé con ella un rato más hablando sobre el tema, y al final me dijo que necesitaba descansar, habían sido muchas emociones durante el día. La dejé tranquila y me marché a casa en un taxi sumergida en mis pensamientos.

Capítulo 43

El miércoles por la mañana, me llamó Fernando para comunicarme que ya había interpuesto la denuncia contra Marcos. Ahora solo faltaba esperar a la resolución. Me dijo que me mantendría informada, pero si Marcos intentaba algo de nuevo hacia mí, que lo avisara inmediatamente.

Poco después Eric y yo estuvimos hablando bastante rato. En las próximas semanas iba a estar liado con un nuevo proyecto junto a Oliver, pero que buscaría hueco para poder estar conmigo.

Me encantaba escuchar su voz, me hacía sentir tan bien, tan feliz, tan enamorada... él era el culpable de mi sonrisa de tonta a todas horas.

Llevaba rato perdida en Eric, cuando recordé que no les había contado nada a las chicas. Si les volvía a escribir diciéndoles que tenía otra emergencia y que vinieran a casa, sería muy probable que me mataran. Así que esperaré al día siguiente para comentárselo. —Sonreí pensando en ellas.

Justo iba a levantarme del sofá, cuando me volvió a sonar el móvil. Era mi madre. Llevaba días que no hablábamos, seguramente quería echarme la bronca.

—¡Lo siento! ¡Mamá! No he podido llamarte antes, estaba muy ocupada.

—¡Hola! ¡Hija! Dichosos los oídos que te escuchan. Parece que ya no te acuerdes de que tienes padres.

—No exageres mamá, no digas eso. Es que el trabajo me absorbe mucho y apenas tengo tiempo. Pero no me olvido.

—Está bien, te perdono... ¿Cómo estás? ¿Cómo te va en el colegio? —No les había contado nada del tema de Marcos porque prefería hacerlo una vez lo tuviera solucionado. Quería evitarles preocupaciones innecesarias.

—Muy bien, estoy muy contenta con este colegio. Los niños son adorables y nos hemos cogido cariño. Estoy muy a gusto.

—¡Ay! ¡Hija! Cómo me alegra escucharte decir eso, ya tocaba que te fueran bien las cosas. Y... con los chicos, ¿qué tal?

—¡Mamá! —exclamé riéndome—, no voy a hablar de ese tema.

—Pero Emma, tarde o temprano tendrás que rehacer tu vida, yo sólo te digo que tengas cuidado.

—Lo sé. No te preocupes, aprendí bien la lección, sabes que ahora voy con pies de plomo —mentí para no preocuparla más de lo que estaba—. Mi madre aún tenía marcado lo que sucedió con David, y estaba pendiente de que no

volviera a pasar por lo mismo. Recordar lo que sufrió ella por mi culpa me partía el alma. Era algo que siempre lo llevaría en el corazón.

Después de comer fui a visitar a Ángela. Aunque hubiese descubierto lo de David, ella no tenía nada que ver, para mí, siempre sería mi segunda madre y eso no cambiaría.

Cuando llegué al hospital, estaba Fernando, en la puerta de la habitación con semblante serio y nervioso. Me apresuré hacia él para preguntarle qué sucedía.

—¡Fernando! —lo llamé inquieta acercándome hacia él—. ¿Qué sucede?

—¡Emma! ¡Qué alegría verte! —Me abrazó durante unos segundos—. Es Ángela. —Me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¡No! ¡No! Dime que no... ha... —balbuceé intentando que me salieran las palabras mientras mis ojos desprendían lágrimas sin control.

—No, todavía no, pero ha entrado en coma. —Consiguió decirme intentando recomponerse.

—¿Qué? —exclamé—. Comencé a sentir un miedo que recorría todo mi cuerpo. Mi corazón se ralentizó al tiempo de no escuchar nada a mí alrededor, ni el movimiento del personal del hospital, ni las palabras de consuelo de Fernando... me había quedado sin sentido.

Un par de minutos después, Fernando hizo que regresara a la realidad. Me llevó hasta una de las sillas del pasillo y me sentó. Me trajo un poco de agua y se puso a mi lado. Debía ser yo quien lo consolara a él, no al revés, pero no era capaz ni de ser yo misma en ese momento.

—Emma, ¿estás mejor? —me dijo preocupado.

—Sí, perdona, no sé qué me ha pasado. No me lo esperaba, me ha pillado de sorpresa.

—Ha sido esta mañana. Cuando he llegado se encontraba bien. Hasta que me ha contado lo que sucedió con David y contigo. De hecho, no quería contármelo, pero la conozco lo suficiente como para saber cuándo oculta algo hasta que se lo he conseguido sonsacar. Y... —Rompió a llorar como un niño pequeño que no encuentra consuelo.

—Fernando... —Lo abracé y siguió llorando sobre mi hombro—. No pienses ni por un momento que es culpa tuya. Lo que le ha pasado no tiene nada que ver con lo que ha sucedido con David y conmigo. Ya sabíamos que la enfermedad estaba muy avanzada.

—Lo sé, pero no puedo evitar sentirme culpable. Si no le hubiese convencido de que me lo contara, ahora no estaría así.

—No, Fernando, quítate esa idea de la cabeza. Eso no es así. Si ha pasado ha sido porque tenía que pasar y ya está. Por mucho que nos duela, esta dichosa enfermedad es así.

Dejé que se desahogara conmigo hasta que se tranquilizó. Un rato más tarde, salieron los médicos de la habitación y nos informaron que había entrado en coma, y que a partir de ahora solo cabía esperar. Podría despertar o no, ya que el cáncer continuaba extendiéndose y sus órganos cada día que pasaba fallaban más.

Ya sabíamos que sería duro enfrentarse a esta enfermedad, pero ver a Ángela postrada en la cama, y ahora en coma, era muy doloroso.

Estuve con Fernando toda la tarde. A última hora apareció David, justo en el momento que yo me marchaba a casa. Nos saludamos y se quedó unos instantes mirándome cómo si quisiera decirme algo, pero no lo hizo. Siguió adelante hasta la habitación de su madre.

Al llegar a casa, me fui directamente a la bañera, eché jabón aromático en el agua y encendí el jacuzzi. Necesitaba desconectar y relajarme. Estaba agotada.

Capítulo 44

NONA: ¡Chicas! Mañana por la noche podíamos quedar a cenar todos juntos, ¿qué os parece?

MARTINA: Buenos días a ti también, ¡Eh! Qué buen despertar tienes a las siete de la mañana, hija.

NONA: Que no se diga, que a quién madruga... alguien le ayuda, así que venga que ya estamos a jueves.

YO: Chicas, es muy temprano ¡Por Dios!

NONA: Luego dais una cabezadita, ¡quejicas! Entonces... ¿Os venís mañana a cenar a mi piso?

MARTINA: ¿A tu piso? ¿Seguro?

NONA: Sí, que pasa, ¿no puedo invitaros a mi piso?

YO: Sí, pero nos sorprende porque siempre eres tú la que dice que en tu piso no quieres visitas porque no quieres ser la anfitriona.

NONA: Esta vez y solo por esta vez, voy a hacer una excepción.

MARTINA: ¡Ay! Qué aquí huele a gato encerrado. ¿Qué tramas, Nona?

NONA: Yo nada, solo quiero que pasemos un rato divertido, por supuesto que cuento también con Andrés y Eric ¡eh!, traeros a vuestros principitos.

YO: Martina tiene razón, algo estás tramando, ¡lianta!

NONA: De verdad, ¡qué mal concepto tenéis de mí!

YO: Sí

MARTINA: Sí

NONA: Lo capto. Bueno, os espero a las nueve y media, ¿vale chicas?

MARTINA: Se lo diré a Andrés primero y ya te confirmo.

YO: Lo mismo digo yo, hablaré con Eric y ya te lo diré seguro.

NONA: A ver, si los churris no pueden venir, vosotras no tenéis perdón, así que aquí os espero puntuales como un reloj inglés.

YO: Sí, mamá.

MARTINA: A sus órdenes.

NONA: Hasta mañana, guarrris.

Fue imposible volver a dormirme después de que Nona me despertara. Así que, después de levantarme, me preparé un café y una tostada con mermelada de fresa. Cuando estuve lista, me vestí y salí de casa hacia el hospital para ir a ver a Ángela.

El estado de ella era igual al del día anterior. Fernando me contó que no había ninguna novedad. Le dije que se marchara a descansar que yo cuidaría de ella, pero no quería hacerme caso. Me costó un buen rato convencerlo, pero finalmente conseguí que se fuera, se duchara y comiera algo. El estado de su mujer le estaba pasando factura.

Mientras esperaba a que regresara, me senté en el sillón junto a Ángela, leyendo un libro en mi e-book, no podía hacer nada más para distraerme.

A media tarde, Fernando entró en la habitación y me rozó ligeramente el hombro despertándome. Había sucumbido a Morfeo sin apenas darme cuenta.

—Emma, de verdad, te estoy muy agradecido por estar pendiente de Ángela aun cuando no deberías.

—Lo hago porque me importa. Siempre se ha portado muy bien conmigo y tú también. Que ya no esté con David no significa que deje la relación con vosotros.

—Lo sé, tú para nosotros también eres como una hija. Eso no lo olvides.

—No lo olvidaré jamás, Fernando. Quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿de acuerdo? No dudes en llamarme.

Nos abrazamos durante unos minutos, pero no nos importó. Ángela nos unía incluso estando enferma. Le di dos besos y me despedí de él.

Eran las siete y media cuando salí del hospital. Cogí el coche y regresé a casa. Apenas había comido algo allí. Un sándwich envasado de la máquina expendedora y una Coca-Cola. Tampoco me apetecía cocinar y llamé a mi *pizzero* favorito. No tardó mucho en traerme la pizza, pero esta vez fue muy amable. Me saludó y se despidió muy cordialmente. Supuse que al verme la cara de agotamiento y pocos amigos, no se atrevió a decirme nada fuera de lugar.

Mientras masticaba, miré el móvil. No tenía noticias de Eric. Ya me avisó de que estaría unos días muy liado con el trabajo, pero supuse que al menos una llamada o algún mensaje me enviaría.

Solté la pizza, me cambié de ropa y decidida, salí dirección a su piso. Aparqué el coche a una calle de su casa y fui andando hacia su portal. —Le daría una sorpresa, pensé—. Pero la sorpresa me la llevé yo al girar la esquina.

En la puerta estaba Eric hablando con una chica. Más que hablando, él parecía estar enfurecido por el modo en que hacía gestos con las manos. La chica, rubia, alta, de pelo largo y cuerpo escultural lo miraba fríamente. Cómo si Eric hubiese sentido mi presencia, giró la cabeza hacia donde yo estaba

petrificada, observando la situación. Me miró con una mezcla de asombro, preocupación y a la vez terror. La chica siguió la mirada en la misma dirección que Eric, y en cuestión de segundos se abalanzó sobre su cuello y le plantó un beso en toda la boca.

En ese instante, el mundo se paralizó. No oía el ruido de los coches, ni de las personas al caminar, ni de los niños jugando en el parque de al lado. Y mucho menos, oía cómo Eric me llamaba asustado y corriendo hacia mí. Mi corazón había dejado de latir.

Al llegar hasta mí, me obligué a reaccionar, y con la vista nublada por mis lágrimas salí corriendo hacia mi coche.

—¡Emma! ¡Espera! Tenemos que hablar, ¡Por favor! ¡Escúchame! ¡No es lo que crees! —gritó desesperado intentando que no entrara en mi coche. Le di un empujón con todas mis fuerzas, y subí rápidamente al interior. Arranqué, y me fui de allí tan rápido como pude.

Entré corriendo a mi piso y me fui directamente a la cama. Apagué el móvil. No quería escucharlo ni verlo. Mi cabeza daba mil vueltas a lo que había visto.

Había sucedido otra vez, lo había encontrado con otra... otra vez, aunque no fuera en la cama, pero la situación era la misma. Sentí como mi mundo se venía abajo, de nuevo. Todo el dolor que sentía me desgarraba por dentro, como si me arrancaran las entrañas estando viva. Las lágrimas salían de mis ojos descontroladas mojando la almohada a la que me había abrazado buscando consuelo.

Pasaron las horas, comenzaba a amanecer, y aún seguía con ella entre mis brazos sin haber podido pegar ojo. Estuve toda la noche llorando, como una tonta, porque así me sentía en ese momento. Una tonta que había creído que podría volver a amar, que no siempre sería de noche... pero que se había equivocado de lleno, decidí que jamás volvería a confiar en un hombre. Y esta vez de verdad.

Me di una ducha y me fui al hospital a ver a Ángela. Al llegar me encontré a David y a Fernando de pie, frente a la puerta de la habitación con semblante serio y nervioso.

—¿Qué ha pasado? —Me dirigí hacia ellos muy preocupada.

—Emma, cariño... —Fernando me abrazó llorando como un niño pequeño.

—Mi madre... están intentando... reanimarla... —David no pudo evitar soltar unas lágrimas que parecía llevaba rato aguantando.

—Pero... ¿Ha despertado? No entiendo.

—Ha despertado del coma y de repente ha entrado en parada cardiorrespiratoria. Justo hace unos minutos antes de que llegaras —me informó David.

—Lo siento mucho, de verdad. —Fui a sentarme a una de las sillas del pasillo y me desahogué sin importarme nada. Dejé salir las lágrimas sin impedimentos. Toda la presión que llevaba acumulada en cuestión de semanas hizo acto de presencia. David, Marcos, Eric y Ángela. El destino había confabulado contra mí, y decidió que debía de sufrir lo que no estaba escrito. Maldije al destino, al Karma, al más allá y a lo que hubiese ahí fuera.

La puerta de la habitación se abrió, y salieron los médicos y enfermeras que estaban atendiendo a Ángela. Fernando y David se acercaron rápidamente, pero yo no fui capaz. A lo lejos pude adivinar cuál era la noticia. Ángela se había ido.

David tuvo que sostener a su padre porque estuvo a punto de caer al recibir la noticia. Entonces me acerqué rápidamente, y lo sujeté yo también. Lo sentamos en las sillas y los médicos nos dieron nuestro espacio.

Se había acabado. Ángela se había marchado. Podría descansar de tanto sufrimiento. Aun así, no fue justo. No para ella, había sido un ser especial y no merecía acabar así.

Capítulo 45

A media tarde regresé a casa. Tiré el bolso encima de la barra de la cocina, cogí mi móvil y me tumbé en el sofá. Lo había desconectado durante todo el día. No quería saber nada de Eric y menos después del fallecimiento de Ángela. No tenía ánimos para nada, pero lo conecté y vi que habían más de cincuenta llamadas perdidas y treinta mensajes de WhatsApp. Los ignoré y llamé a mi madre para contarle lo de Ángela. Se preocupó por mí, y me pidió que fuera a pasar el fin de semana con ellos. Le dije que sí, que por la mañana iría para quedarme hasta el domingo.

Cuando acabé de hablar con ella, me sonó el móvil. Era Nona. No me había acordado de que habíamos quedado para cenar en su casa. Se me olvidó por completo.

—Emma... te recuerdo que aún no me has confirmado si va a venir Eric contigo. Acuérdate que quedamos en eso ayer.

—Lo siento Nona, Eric... no va a ir y yo tampoco... no me encuentro bien — dije sin un ápice de ánimo.

—¡Cómo que no! ¡Emma! ¡No me puedes hacer esto! Dije que, si los churris no podían, no pasaba nada, pero vosotras sí, es importante que vengáis. Así que ya estás moviendo tu precioso culo hasta mi casa.

—Nona, en serio, no estoy de humor para fiestas.

—Emma, esto es importante para mí. Si no lo fuera no te insistiría tanto. Por favor. Si no voy a buscarte —me dijo en un tono tranquilizador.

—Está bien, ahora voy.

—¿Qué te pasa? ¿Te noto apagada?

—Después hablamos. —Colgué y la dejé con la palabra en la boca. No me apetecía nada ver a nadie, pero sabía que era capaz de presentarse en mi casa y llevarme a rastras. Por eso decidí ir por mi voluntad.

Me di una ducha rápida, me puse unos tejanos, un jersey y mis Converse. Me dejé el pelo suelto y mojado. Cogí el bolso, la chaqueta y salí del piso.

Cuando llegué a casa de Nona, ya estaban todos allí. Al verme se callaron de golpe y me miraron cómo si contemplaran un fantasma.

—¡Emma! —exclamaron las chicas al verme—, ¿Estás bien? —Se abalanzaron sobre mí dándome un fuerte abrazo, y se sentaron a mi lado en el sofá mientras los chicos nos observaban desde la cocina dejándonos nuestro espacio.

—Toma una copa, creo que te sentará bien. —Martina me acercó una que había rellenado con el vino de la cena.

—Gracias.

—Emma, ¿qué ocurre? —dijo Nona casi en su susurro cariñoso.

—Ángela... ha fallecido hoy... —Intenté aguantar las lágrimas lo que pude, pero el nudo que tenía en mi garganta no me ayudaba a relajarme.

—¡Cariño! Lo siento muchísimo —me dijo Martina abrazándome.

—Emma, lo siento mucho, de verdad. —Fue Nona quien me abrazó y me dio un beso en el pelo.

—Esta mañana... cuando llegué al hospital estaban Fernando y David en el pasillo. Los médicos atendían a Ángela porque había despertado del coma, pero poco después había sufrido una parada cardiorrespiratoria. Estuve con ellos en el momento que uno de los médicos nos dijo que había fallecido. —No soporté más y me derrumbé. Dejé escapar mis lágrimas sin control. No podía parar. Las chicas me dejaron un momento para que me desahogara. Una vez conseguí calmarme continué contándoles lo que había sucedido con Eric.

—Eso no es todo... —Bajé la mirada hasta mis manos que no dejaban de temblar.

—Emma, nos estás asustando. —El tono de Martina sonó a preocupación.

—Eric y yo... ya no estamos juntos. —Hubiese preferido que me clavaran mil cuchillos en vez de sentir el dolor que me provocaba decir esas palabras. Me dolía tanto que no podía ni respirar. Mis lágrimas no cesaban en salir impidiéndome ver con claridad la cara de preocupación de las chicas.

—Tranquila, llora, no te preocupes, sácalo todo.

—Cariño... desahógate, nosotras estamos contigo. —Las dos me dieron un apretón de manos intentando consolarme, pero yo no podía encontrar consuelo. Nada haría que volviera ser la misma. Ya no.

Los chicos salieron de la cocina y nos sirvieron más vino. Viendo la situación que se había formado no dijeron nada. Nos dejaron a las tres seguir hablando. Les conté lo ocurrido con Eric y todo lo sucedido después.

—¡No jodas! —exclamó Nona—, perdón, no quería decir eso —susurró.

—No, no jodo, más bien, él es quien está jodiendo a otra. —Alcé la voz con rabia.

—A ver, Emma, esto tiene que tener una explicación. Me extraña muchísimo. Por lo que nos contabas, estabais muy bien los dos, te llevó de fin de semana para estar los dos solos, pronunció las palabras mágicas, y ahora esto, no me cuadra. Deberías hablarlo con él —propuso Martina.

—No quiero verlo. No quiero saber de él.

—Martina, tiene razón, deberías averiguar qué ha sucedido y aclararlo, seguro que es un malentendido.

—No lo entendéis. Ha ocurrido otra vez, ha sido revivir la misma historia que con David. Cuando creía que ya lo había superado, que por fin podía avanzar, que podía abrir mi corazón a un nuevo amor... voy y descubro que no es así. Otra vez me hacen el corazón añicos, y esta vez para siempre. No pienso volver a enamorarme ni saber nada de hombres. —Volví a romper a llorar sin consuelo. Las chicas me abrazaron con ternura dándome todo su apoyo.

—Cariño, vamos a hacer una cosa. No le des más vueltas, ahora lo que tienes que hacer es darte tiempo... tiempo para pasar el duelo de Ángela y... Eric... Sobre todo, ten claro que no estás sola, nosotras estamos aquí, ¿de acuerdo?

—Lo sé, pero ¿sabéis qué es lo peor de todo?... que no puedo odiarlo. Que lo amo con locura. Eso no lo puedo cambiar.

—¡Oh! ¡Emma! Pero eso es normal... nosotras sabemos cómo te has enamorado y lo que sientes por él. Nunca te habíamos visto tan feliz, por eso sabemos que es imposible que lo odies —dijo cariñosamente Nona.

—Sabemos lo que sientes por Eric. Cuando estés más calmada deberías hablar con él. No dejes pasar a alguien que te puede hacer feliz.

—Pero Martina, sé lo que vi.

—Lo sé, pero deberías hablar con él antes de decidir apartarlo de tu vida. A veces suceden malentendidos que nos pueden hacer sufrir sin motivo real —dijo Martina.

—Emma, escúchame... ahora no pienses más, ¿de acuerdo? Vamos a cenar y te distraes un rato con nosotras. Si quieres puedes quedarte a dormir aquí.

—Gracias, Nona, pero prefiero estar sola, necesito aclarar mis ideas.

—Como quieras, pero cualquier cosa solo tienes que llamarnos, ¿de acuerdo? No queremos agobiarte.

—No te preocupes, estaré bien. Le prometí a mi madre que iría a pasar el fin de semana. Hace semanas que no los veo y me apetece.

—¡Claro que sí! Te sentará bien, ya verás. Venga, vamos a cenar, que además los chicos nos miran como con caras raras. Y... yo tengo algo que contaros.

—¡Oh! ¡Nona! ¡Cuánto lo siento! Perdona por haber fastidiado tu noche con mis penas. Lo siento mucho.

—No digas bobadas, tonta. Anda ven, vamos a la mesa. Javier, yo que tu iría sacando el vodka directamente. —Me guiñó un ojo haciéndome sonreír.

Javier sacó las pizzas del horno y las puso sobre la mesa. Andrés, relleno las copas con más vino. Brindamos por todo. La cena transcurrió amena entre risas y más risas. Conseguí desconectar un rato de mi dolor para contagiarme de la felicidad de las chicas.

—Llegados a este punto, antes de que acabemos más borrachos, ¡eh! Andrés —Comenzó a hablar Nona. Se dirigió a él, que era al que le había subido el vino más rápidamente que a los demás—. Javier y yo queremos decir algo. —Con un gesto hizo levantarse a Javier, y cogiendo las copas de vino siguió con su discurso—. Tenemos el placer de comunicaros que...

—¡Estáis embarazados! —gritó Martina.

—¡No! —exclamé yo sorprendida.

—Queréis dejar que acabe de hablar, pedorras. Aún no lo he dicho. —Se ofuscó Nona y nos mandó callar—. Como iba diciendo, Javier y yo queríamos decir que hemos decidido vivir juntos.

Se hizo un silencio sepulcral durante unos segundos que parecieron eternos. De repente, todos menos ellos dos, comenzamos a reírnos a carcajadas. No podíamos parar, incluso yo.

—Se puede saber de qué os reís, capullos —soltó Nona. Javier no se atrevía a abrir la boca.

—Perdona, pero pensábamos que iba a ser algo más... importante. —Fue Martina quién intentaba pronunciar palabra entre tanta risa.

—Sí, Nona, esperábamos algo más... importante. —Seguí el juego a Martina mientras me retorció de la risa.

—Pues yo no le veo la gracia —soltó en tono serio Andrés que no había dicho nada hasta ese momento.

—Nosotros tampoco, la verdad —dijo Javier mirando a Nona.

—A ver chicas, ¿Queréis parar ya? ¿Se puede saber de qué os reís tanto? —Nona comenzaba a cabrearse así que tuvimos que calmarnos un poco.

—Ya paramos, perdón, solo que no esperábamos esa noticia. Nos alegramos mucho, en serio. Ya tocaba. Por cierto, Javier, ¿estás seguro?

—Por supuesto que estoy seguro, Martina. No deseo otra cosa más que estar con ella día y noche —contestó besando a Nona y haciéndole ruborizar. Cosa extraña porque a ella nadie le sacaba los colores, pero a la vista estaba que él sí lo hacía.

En ese instante, mientras la besaba y la miraba como si no hubiera nadie más en el mundo, los recuerdos de Eric volvieron a aparecer para recordarme que jamás volvería a pasar por eso. El dolor que había aparcado

momentáneamente para no estropear la cena volvió a salir a la superficie para quedarse. No soportaba verlos así de felices y no porque les tuviera envidia, todo lo contrario, me alegré mucho por ella, también había sufrido mucho y ya era momento de que fuera feliz. Pero me dolía verlos por lo que creía haber encontrado y resultó no ser cierto.

Sumida en mis pensamientos, decidí que ya era hora de marcharme. Necesitaba estar sola con mis penas, y no quería estropearles la fiesta. Me despedí de ellos como pude porque las chicas no querían que me marchara, pero les pedí por favor que me dejaran mi espacio. Lo necesitaba. Acabaron entendiéndome y me dejaron ir, no sin antes prometerles que hablaríamos por teléfono.

Nada más llegar a casa, apagué el móvil y me acurruqué en el sofá. A los pocos minutos sentí como los ojos se me cerraban por última vez.

Capítulo 46

ERIC

Me despedí de Emma, aunque si por mí hubiese sido, me hubiese quedado a dormir con ella, pero al día siguiente teníamos la cita con el abogado y me pidió descansar.

A pesar de intentarlo, no pude pegar ojo en toda la noche. Solo podía pensar en ella, en nuestro fin de semana. En sus preciosos ojos verdes, sus deliciosos besos, su pelo castaño ondulado, esas curvas que me volvían loco... parecía un adolescente con la sonrisa boba dibujada en mi cara. Y así amanecí en mi cama y lo primero que hice fue escribirle un mensaje de buenos días.

Cuando la vi salir de su portal, me pareció estar contemplando a un ángel. Estaba tan preciosa... Fuimos al bufete de abogados donde trabajaba Nona, y Fernando nos atendió muy amablemente. Le contamos todo lo que sucedió con todo detalle y le entregamos la confesión grabada que Emma consiguió. Redactó la denuncia que Emma firmó al instante y nos dijo que nos mantendría informados. Al terminar, salimos del despacho despidiéndonos de la alocada de su amiga.

En los ratos que tenía que irme a trabajar, lo pasaba mal. Solo deseaba estar junto a ella. Nunca había sentido algo tan fuerte por alguien. No podía concentrarme en el trabajo, Oliver no hacía más que llamarme la atención diciéndome que centrara mi cabeza. Imposible teniéndola a ella dentro de mí en todo momento. Tuve que hacer un gran esfuerzo, porque en las próximas semanas tendríamos que realizar varios proyectos que nos habían solicitado unos clientes ya habituales. Así que, tuve que poner de todo mi empeño para centrarme en el trabajo.

En la oficina, Oliver, de vez en cuando, me traía un café y hacíamos un descanso. Me reprochaba que acabáramos hablando siempre de ella, pero lo decía en plan de broma para meterse conmigo. Le encantaba tocarme las narices y echarse unas risas a mi costa. En realidad, se alegraba que por fin me hubiese enamorado de Emma. Solo la vio aquel día que nos encontramos con ella en la calle y le dio buena sensación. Todo lo contrario que Gina. La cual, había vuelto a dar señales de vida.

Había conocido a Gina el verano pasado en Mallorca. En agosto, Oliver y yo

nos fuimos de vacaciones a la isla. Alquilamos un apartamento y pasamos todo el mes disfrutando del sol, la tranquilidad de la isla, y de vez en cuando nos íbamos a alguna que otra fiesta.

Fue en una noche que salimos a cenar y a tomar unas copas en una discoteca de la ciudad, cuando conocimos a dos chicas: Gina y Carla. Bebimos más de la cuenta, y eso supuso acabar los cuatro en el apartamento. Por un lado, Oliver y Carla, y por otro Gina y yo, cada uno en su respectiva habitación.

Después de esa noche, salimos con ellas durante nuestra estancia en la isla. La casualidad fue que también eran de Barcelona. Por lo que, al regresar, quedábamos algún fin de semana que otro. Oliver y Carla dejaron de verse porque ella había conocido a otro chico. A Oliver no le molestó, ya que solo eran amigos con derecho a roce y tampoco quería nada serio, sin embargo, Gina y yo, seguíamos viéndonos de vez en cuando. Echábamos un polvo, tomábamos alguna copa, pero no pasaba de ahí. Yo no la veía como una pareja, pero al parecer, ella era lo que buscaba de mí.

Las últimas veces que nos fuimos viendo, me insinuaba que le gustaría dar un paso más en nuestra relación. Que yo le gustaba mucho y quería salir conmigo como una pareja. Yo le reiteré que no buscaba nada serio, que ya lo habíamos hablado varias veces, y los dos estábamos de acuerdo en que solo buscábamos sexo.

El último día que tuvimos esa charla, se enfadó porque no entendía que con el tiempo que llevábamos enrollándonos, yo no sintiera por ella nada más que atracción sexual. Se lo volví a dejar claro, pero ya me había cansado. No entraba en razón. Se había obsesionado conmigo. Por eso decidí cortar de raíz. Ya no volveríamos a quedar para nada, ni siquiera para tomar una copa.

Al decírselo, se enfureció, empezó a gritarme que la había utilizado, que me había aprovechado de ella... un sinfín de excusas que no eran reales. Con cada palabra que salía de su boca, alucinaba más.

Finalmente, le dejé bien claro que no me buscara y que se olvidara de mí. Durante unos meses lo creí, hasta ahora.

El jueves fue un día de locos. Oliver y yo íbamos trabajando a destajo para poder presentar uno de los proyectos a la semana siguiente. Nos tiramos todo el día en la oficina, pedimos comida china, y comimos en el mismo despacho. Después del café, volvimos a retomar lo dónde lo habíamos dejado. Salimos más tarde de lo habitual y decidí irme directamente a casa. Estaba agotado, ni siquiera había podido hablar con Emma y la echaba mucho de menos. Le prometí buscar algún hueco para vernos, pero era casi imposible. Pensé en

llamarla una vez me hubiese duchado y acomodado para dedicarle todo el tiempo que se merecía. Me sentía fatal por tenerla abandonada.

Cuando me disponía a abrir la puerta del portal, escuché una voz que me llamaba. Me giré y me quedé petrificado al ver a Gina. No tenía ni idea de qué estaba haciendo allí.

—¡Gina! ¿Qué haces aquí? —le pregunté sorprendido.

—Hola, Eric, yo también me alegro de verte —dijo acercándose lentamente hacia mí.

—¿Qué quieres?

—Estaba por la zona y me dije que podría pasar a verte. Y aquí estoy.

—Eso ya lo veo. Pero ¿qué quieres?

—No hace falta que seas tan brusco, solo quiero hablar. Eric... te echo de menos.

—Gina... no empieces de nuevo. Dejamos claro este tema. Ya sabes lo que pienso. No sé qué hacer para que te entre en la cabeza —le dije mientras movía mis manos agitadamente. Había conseguido cabrearme con su sola presencia.

—Pero Eric... —Intentó rodearme el cuello con sus brazos, pero la detuve en seco—, yo sé que te gusto y tú me gustas a mí, no entiendo por qué no quieres nada más conmigo.

—Escúchame, porque no te lo pienso repetir nunca más. Gina, yo no te quiero, nos lo pasamos bien en su momento y los dos lo dejamos claro, solo sería sexo y eso es lo que fue. Nada más, no pienso salir contigo, porque no te quiero como pareja. ¿Me entiendes?

—No, no te entiendo, porque sé que te estás mintiendo. No sé por qué lo haces, Eric —me dijo alzando su tono de voz.

—Gina, no me hagas reír, por favor. Ya está bien. Olvídate de mí para siempre. Haz tu vida, conoce a otra persona, pero que te quede bien claro que conmigo no vas a conseguir nada. —Justo en ese momento sentí un escalofrío por mi nuca y enseguida, no sabía cómo, pero mi instinto supo lo que era. Giré la cabeza y vi a Emma, su rostro desencajado, sus preciosos ojos abiertos por la sorpresa y sus deliciosos labios dibujando una mueca de disgusto, a unos metros de dónde estaba hablando con Gina. Mi cabeza fue más veloz que mi cuerpo, y supo que algo iba mal. Todo ocurrió tan rápido que apenas me dio tiempo a reaccionar. Gina se fijó en la dirección que seguían mis ojos, y vio a Emma, aprovechó para abalanzarse sobre mí y besarme en la boca. La aparté de un empujón y solo pude ver cómo Emma se marchaba huyendo de mí.

Salí rápidamente tras ella hasta que llegó a su coche. Intenté que me escuchara, pero no oía mis súplicas. Verle el rostro empapado de lágrimas y el verde de sus ojos tan apagado, me rompió el alma. Si tan sólo me hubiese dejado explicarle.... Me empujó con todas sus fuerzas y consiguió entrar en su coche y marcharse.

Allí me quedé un buen rato, viendo como desaparecía de mi vista y mi mundo se venía abajo. Sentí una punzada horrorosa en el corazón, como si alguien intentara arrancármelo. Tuve que sentarme unos minutos en la acera mientras intentaba recomponerme. Cuando conseguí respirar con normalidad regresé a mi piso. Por suerte, Gina había desaparecido si no, hubiese sido capaz de matarla en ese momento.

Llamé a Emma al móvil, pero lo había apagado. Le envié mensajes, pero no contestaba. Me estaba volviendo loco por no poder hablar con ella, no saber qué estaba pasando por su cabeza. Estaba desesperado.

Marqué el número de Oliver, necesitaba desahogarme. Poco después de contárselo, vino a mi piso, y estuvimos hablando bastante rato. Me decía, que tenía que hacer que me escuchara. Solo había sido un malentendido. No podíamos separarnos por una cosa así, y menos por la desgraciada de Gina.

El viernes me pasé el día con el proyecto y pensando en cómo podía hablar con Emma. Tenía que luchar por lo nuestro. No me iba a dar por vencido cuando ni siquiera el problema era de ninguno de los dos. Maldije a Gina con todas mis fuerzas.

Capítulo 47

Preparé una mochila con una muda de cambio y el pijama. Me tomé un café bien cargado, y salí hacia mi coche. Puse rumbo a casa de mis padres. Sumergida en mis pensamientos, intentaba encontrar la manera de cómo explicarle lo sucedido a mi madre, solo la parte que afectaba a Eric. Dejaría el tema de Marcos para cuando estuviera resuelto. No quería preocuparlos más de lo necesario.

En veinte minutos llegué y aparqué justo en la puerta.

—¿Hay alguien en casa? —Alcé la voz para que me escucharan entrar y no se asustaran.

—¡Hija! ¡Buenos días, cariño! —Me saludó mi madre saliendo a mi encuentro.

—Hola, mamá. Ya estoy aquí. ¿Y papá?

—Ha salido a comprar el pan y un par de cosas, no tardará. Anda, pasa, supongo que no hace falta que diga dónde está tu habitación, ¿verdad?

—No, mamá, creo recordar dónde. —Nos reímos las dos.

—Hija, ¿has desayunado? Tienes mala cara. Déjame y te hago algo de comer.

—No te molestes, me he tomado un café antes de venir para aquí.

—¿Y eso es tu desayuno? Anda, vamos a la cocina, así me vas contando que tal por el colegio.

Mientras mi madre me preparaba unos huevos con *bacon*, zumo y unas magdalenas —hambre nunca se pasaba en casa de mis padres—, le fui contando cómo me iba todo. Le hablé de mis compañeros, pero no de Marcos, en especial de Ana, con quién me llevaba muy bien. También de Marga, que era la directora del colegio, además de muy buena compañera. Le hablé de mis niños, los cuales me sacaban una sonrisa, y de cómo los echaba de menos.

Por mucho que me negara a comer, con mi madre allí era misión imposible, así que engullí lo que me puso en el plato. Mientras lo hacía, llegó mi padre. Lo llamamos desde la cocina, y en cuanto me vio, me dio un abrazo de los que necesitaba en ese momento. Uno de esos que te quitan las penas, te reconfortan, y te hacen sentir protegida. Contuve las lágrimas y le di dos besos en las mejillas.

—Emma, ¿cómo estás? No tienes muy buena cara, cielo.

—Ya se lo he dicho yo, y seguro que es por no comer —soltó mi madre.

—No, papá estoy bien, de verdad, además con lo que me ha puesto mamá

para desayunar me recupero de golpe. Esto resucita a un muerto. —Se echaron a reír los dos.

—Por cierto, hija, no me acordé de decírtelo, pero vendrá tu hermana a comer. Al saber que venías, se apuntó.

—Genial, ya tengo ganas de verla. Hablé con ella hace poco, pero hace mucho que no la veo.

—Por lo que veo me va a tocar a mí encargarme de la barbacoa —dijo mi padre sonriéndome.

—Anda, Carlos, no te quejes, que para una vez que estamos todos juntos, no te va a pasar nada.

—Ya lo sé, mi amor. Me encanta volver a estar todos juntos, con nuestras pequeñas por aquí.

—Eso de pequeñas creo que ya no vale, papá.

—Siempre seréis mis pequeñas. —Me dio un beso en el pelo y se marchó hacia el jardín.

Seguí desayunando con mi madre, y al terminar salimos a ver que hacía mi padre. Hacía un día soleado, y a pesar de ser octubre, la temperatura era cálida. Nos tumbamos en las hamacas observando cómo limpiaba la barbacoa y la dejaba lista para la hora de encenderla.

Agradecí el sol que calentaba mi rostro. Notaba como la energía solar me recargaba por dentro. Me sentía en casa, pero a pesar de ese momento de tranquilidad, no dejaba de pensar en Eric. Por suerte, mi madre no dejaba de hablar y preguntarme cosas, lo que no me permitía evadirme completamente en mis penas.

Una hora después, escuchamos que alguien entraba por la puerta gritando, llamando a mis padres. Ésa era mi hermana Carmen.

—Mamá, papá, ¿dónde estáis?

—Aquí, hija, estamos en el jardín —contestó mi madre levantándose de la tumbona.

—Ya estoy aquí. —Entró Carmen como un vendaval. Siempre había sido así de eufórica e irradiaba energía por los cuatros costados. Saludó a mis padres, abrazándolos, y luego vino a por mí.

—Tú no te me escapas, peque. Ven aquí. —Me abrazó durante cinco minutos por lo menos. Me estrechó entre sus brazos como si no nos viéramos desde nunca, pero es que Carmen era así de efusiva—. Tienes mala cara, hermanita, ¿estás bien? —Otra con lo mismo. Me tenía que haber maquillado antes de venir, pensé—.

—Estoy bien, no os preocupéis, de verdad.

—Bueno y ¿qué tal? —Se sentó en la otra tumbona que había a mi lado.

—Chicas, os dejo solas que os pongáis al día que voy a la cocina un rato.

—Vale mamá —dijimos las dos a la vez. Se giró mi madre para sonreírnos y se marchó.

—Va, suelta por esa boquita... ¿Qué tal con Eric? —preguntó casi en un susurro para que no escuchara mi padre.

—¡Ay! Carmen... no sé si soy capaz de hablar ahora de eso...

—¿Qué ha pasado? ¿Hablaste con él? ¿Le contaste lo que te pasaba con David? Dime algo, no me dejes así.

—Sí, sí, al final se lo conté y dijo que estaría a mi lado para apoyarme y ayudarme en lo que fuera... recuerdo cómo me dijo que, aunque me hubiese dado mi espacio no aguantaba el no saber de mí y a partir de ahí, hablamos y... comenzamos a tener algo.

—¡Oh! ¡Nena! ¡Pero eso es fantástico! No entiendo por qué hablas con esa tristeza que te llega al alma. Lo veo en tus ojos. Hay algo más, ¿verdad?

—No se te escapa una, hermanita.

—¡Sabes que no! Va, desembucha. —En ese momento, mi padre entró en casa en busca de mi madre que lo llamaba desde la cocina.

—Carmen, el jueves por la tarde, encontré a Eric besándose con otra chica en su portal —solté como un jarro de agua fría caer de sopetón.

—¡¿Cómo?! ¿Qué dices? ¿Estás segura? A ver, a ver... no me lo puedo creer. Explícamelo desde el principio.

—Esta semana me dijo que iba a estar liado en el trabajo porque tenían varios proyectos, y apenas tendría tiempo de vernos, que intentaría sacar hueco para venir a verme. El jueves, después de llegar a casa, decidí ir a su piso y darle una sorpresa. Pero cuando llegué casi a su portal, estaba discutiendo con una chica, y cuando ella advirtió mi presencia, se le tiró encima plantándole un beso en la boca. Solo pude salir corriendo de allí. No daba crédito a lo que acababa de ver.

—No me lo puedo creer. ¿Y has hablado con él?

—No, no quiero saber nada de él. No quiero verlo, Carmen. Me ha dolido mucho lo que vi.

—Emma, pero si no sabes realmente lo que ha pasado, no puedes juzgarle a la primera de cambio.

—¡Todos me decís lo mismo! ¡Pero yo sé lo que vi! No quiero volver a pasarlo mal otra vez. Esta vez es la definitiva. No pienso confiar en un hombre

nunca más.

—No te creo. Tus palabras dicen una cosa, pero tu mirada dice otra. Sé que estás enamorada de Eric y por más que lo intentes no puedes engañarte a ti misma. —Esta vez su forma de hablar fue de un modo cariñoso.

—¿Te crees que no lo sé? Pero para poder seguir adelante tengo que intentar olvidarlo. No quiero estancarme otra vez.

—Cariño, me duele verte así. Ven aquí. —Se levantó de su tumbona y se recostó junto a mí, abrazándome cómo cuando éramos pequeñas—. Sabes que yo no quiero echarte bronca, solo intento que no cometas un error del que te puedas arrepentir. Tus motivos tendrás para haber tomado esa decisión, pero mi consejo es que hables con él, salgas de dudas y luego decidas que quieres hacer.

—Lo sé, hermanita. Quizá con el tiempo, pero ahora no puedo. No soy capaz de mirarlo a la cara.

—De acuerdo, tómate tu tiempo, pero no lo dejes pasar mucho e intenta resolverlo. Sé que hay algo que no me cuadra. No sé qué me da que Eric no es de los que son de irse con otra mujer teniendo a una en casa que lo complementa.

—Yo ya no sé nada.

Poco después, salió mi madre con una bandeja con vasos y una jarra de limonada que acababa de preparar. Nos ofreció y nos servimos uno cada una. Bebimos los cuatro sentados alrededor de la mesa del jardín. Carmen nos contaba anécdotas de su trabajo. Ella era dentista. Siempre le había atraído esa especialidad, cosa que yo no le veía atractivo. Decía que le encantaba arreglar los dientes de las personas para ayudarlos a sonreír más. Que una bonita sonrisa te llenaba el alma. Y por eso decidió ser dentista.

De pronto mi madre —que no era tonta—, me preguntó sobre los chicos, si había conocido a alguien y toda esa serie de preguntas que suele hacer una madre para indagar. Le contesté que no había nadie, que estaba volcada en mi trabajo, y no tenía interés por ellos.

—Eso no te lo crees ni tú, cariño. A mí no me puedes engañar. Recuerdas que soy tu madre ¿no?

—Mamá, en serio. No insistas, no hay nadie. —La miré de manera convincente pero no funcionó.

—De acuerdo, ya me lo contarás cuando tengas ganas, no voy a presionarte hija, pero sé que algo hay.

—Mamá, no insistas, déjala ya. Si quiere hablar ya lo hará, pero recuerda

que cuanto más insistes en una cosa menos la vamos a hacer.

—Sí, eso también es verdad. Vaya dos —dijo mi madre negando con la cabeza y dirigiéndose hacia la cocina.

Mientras hablábamos, mi padre comenzó a encender la barbacoa. Fue trayendo la carne para asar y la colocó en una mesita junto a las brasas para que fuera más cómodo cocinarla. Como él ya había dicho, le tocó encargarse de asar la carne mientras nosotras le dábamos a la lengua.

De repente, mi móvil comenzó a sonar. Di un respingo en la silla, que a punto estuve de caerme hacia atrás si no llega a ser por qué me sujeté al brazo de mi hermana, que estaba sentada a mi lado.

—¡Niña! ¡Qué me tiras! —chilló mi hermana.

—¡Lo siento! ¡Que me he asustado por culpa del móvil! —vociferé.

—¿No lo piensas coger? —preguntó mi hermana.

—No, no es nadie —y para qué dije más—. Mi hermana cogió mi móvil y vio que era Eric quien llamaba.

—Emma, ¡cógelo!

—No, no lo voy a coger.

—O lo haces tú o lo hago yo y le cuento todo, tú misma. —Me amenazó con hacerlo y sabía que era capaz.

—¡No serás capaz! —Al decir eso, se levantó de la silla, y se fue alejando a la vez que descolgó el teléfono. Di tal brinco que por poco no me estampo contra el suelo y fui tras ella maldiciéndola.

—¿Hola Eric?... no, soy Carmen su hermana... sí, ella está aquí conmigo. Estamos de reunión familiar en casa de mis padres... sí, espera, te la paso...

—La muy condenada me pasó el teléfono como si allí no pasara nada. La fulminé con la mirada y ya se podría preparar para cuando la pillara.

—¡Traidora! —susurré para que no me escuchara Eric—.

—¿Emma?

—¿Qué quieres, Eric? —solté bruscamente.

—Necesito hablar contigo, por favor, dame la oportunidad de explicarme, ya sé que suena a tópico, pero no es lo que parece. Hay una explicación —dijo de carrerilla desesperado.

—Creo que lo que vi ya lo deja todo claro, ¿no crees?

—Emma, yo no la besé, se me echó encima. Ella es un ex rollo del pasado. No significa nada, por favor, déjame explicarte. —Su desesperación se hizo notar en su respiración. Estaba alterado y sentía cómo se movía nervioso por dónde estuviera. Parecía estar viéndolo en persona en ese momento.

—Si te besó fue por algo. No insistas Eric. No quiero escuchar nada más. Ahora déjame y no me llames más, por favor. —Colgué y escuché cómo lo poco que quedaba de mi corazón acababa de romperse en mil pedazos. Ese dolor era insoportable. Me marché corriendo a mi habitación ante la mirada atónita de mi hermana y mi padre. Mi madre salió apresurada de la cocina al escucharme entrar y dar un portazo. Supuse que le preguntaría a mi hermana qué era lo que me pasaba. Pero nadie me molestó en toda la tarde.

El dolor que sentía era desgarrador. Sentía cómo mi pecho ardía en llamas. El nudo de mi garganta se deshizo en miles de alfileres clavándose en el alma. No podía dejar de llorar, las lágrimas resbalaban por mis mejillas cayendo sobre la almohada a la que estaba abrazada. No sé cuánto tiempo pasé en la misma postura que cuando me quise dar cuenta, llamaron a mi puerta. Era mi hermana que venía a avisarme para ir a cenar —¿Ya era hora de cenar? ¡Pero si no había comido!—, supuse entonces que debí de haberme quedado dormida.

—Emma —susurró Carmen dando suaves toquesitos a la puerta—. ¿Puedo pasar?

—Pasa.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó de forma prudente.

—Mal.

—Emma, lo siento, no debí haber cogido el teléfono. Me di cuenta tarde de lo mal que lo estás pasando. A veces debería pensar más las cosas antes de actuar. Lo siento mucho —se disculpó mientras se sentaba a mi lado en la cama.

—No pasa nada Carmen. Tarde o temprano iba a volver a escucharlo.

—Pero ha sido por mi culpa. Debería haber respetado tu decisión.

—No te tortures más, lo hecho, hecho está. Ahora solo quiero olvidar.

—No voy a insistirte más, haz lo que tú creas oportuno. Aunque sabes mi opinión.

—Lo sé.

—Anda, vamos a cenar, que mamá ha hecho pizza artesana. Ya sabes lo que le gusta a ella liarse a cocinar.

—No tengo apetito, pero no va a aceptar una negativa por mi parte.

—Emma...

—Dime.

—Siento mucho haberte fastidiado, pero quiero que sepas que te quiero mucho, y me alegro de que estemos juntas este fin de semana.

—Carmen, yo también te quiero, hermanita. —Nos fundimos en un abrazo durante unos minutos dejando escapar unas lágrimas, pero esta vez de emoción. A pesar de todo, quería a mi hermana con locura.

Capítulo 48

Después de cenar, mi padre se fue a dar un paseo con el vecino. Le gustaba caminar un rato antes de irse a descansar. Era una rutina que mantenía desde que éramos pequeñas Carmen y yo. Así que, mi madre encontró la oportunidad y me cogió por banda para que le explicara qué era lo que me sucedía. Le conté toda la historia con Eric, desde el comienzo. Además de lo que había pasado con David hasta el fallecimiento de su madre. Incluso que me había llevado de fin de semana sorpresa... hasta que volvimos y... vi lo que vi.

Mi madre le daba la razón a Carmen, ella también pensaba que debía de hablar con él y dejar que se explicara. Que seguramente sería un malentendido, y yo lo estaba tomando a la tremenda. —No lo tomaría de ese modo si no hubiese pasado por esa experiencia anteriormente.

Quizá tuvieran razón, las chicas también me dijeron lo mismo, al menos debía de dejar que se explicara, pero tenía tanto miedo a que fuera cierto... ¿Y si lo que vi no era un malentendido y de verdad besaba a esa chica? ¿Y si resultó ser otro tío más? ¿Cómo una puede proteger su corazón de un dolor tan inmenso? Necesitaba que alguien me lo dijera.

El resto del fin de semana, lo pasé más tranquila después de haber hablado con mi madre y mi hermana. Mi padre se enteraría una vez me hubiera ido. No le gustaba meterse en los problemas de nosotras, porque decía que si opinaba saldría escaldado, por eso le preguntaba a mi madre una vez no estuviéramos presente.

El domingo, Carmen y yo preparamos paella para comer e hicimos que mi madre no entrara en la cocina. Algo impensable en ella, que de allí no había quién la sacara, pero entre los tres la mantuvimos alejada de los fogones.

Mi padre le preparó limonada y se echaron los dos en las tumbonas del jardín, entretanto nosotras nos poníamos manos a la obra o, mejor dicho, manos a la masa.

Mientras preparábamos el sofrito, le conté a Carmen que me pasé la noche hablando con la almohada —la pobre debía de estar de mis lloreras y mis penas hasta las narices—.

—Si tu almohada hablara, Emma... —dijo riéndose. Al menos ella conseguía sacarme una sonrisa por muy mal que estuviera.

—Sí, tengo a la pobre un poco machacada. —Sonreí mientras pelaba los ajos.

—¿Y qué te ha contestado? —soltó riéndose y llorando a la vez por culpa de pelar las cebollas.

—Qué posiblemente yo esté equivocada y vosotras tengáis razón.

—¿En serio? —dijo dejando el cuchillo y girándose hacia mí llorando.

—Sí pero no hace falta que llores, hermanita... —dije bromeando.

—¡Capulla! ¡Es por las malditas cebollas! —Se abalanzó dándome un fuerte abrazo—. Cómo me alegra oír eso, Emma. De verdad.

—No te precipites, todavía no estoy segura del todo, solo es una posibilidad. Necesito más tiempo para pensar con claridad.

—Por supuesto, cariño, pero eso ya sería un paso para avanzar.

—Lo sé.

Cuando la paella estuvo lista, preparamos la mesa en el jardín. Hacía buena temperatura para comer al aire libre. El sol nos obsequió con su calorcito ese fin de semana, lo cual agradecí porque si hubiese llovido me hubiese deprimido aún más. La lluvia no me gustaba mucho, solo cuando estaba en casa y podía acurrucarme en el sofá. Oír el agua resbalar por las ventanas provocaba un efecto relajante en mí.

Comimos tranquilos, entre risas, comentando lo buena que nos había salido la paella a Carmen y a mí. Mi madre, que para ella, era la reina de la cocina, tuvo que admitir que le gustó mucho. Mi padre se descojonaba al ver la cara de mi madre al pensar que le habíamos quitado el trono.

Después de tomar café, ayudé a fregar los platos y a recoger todo lo que habíamos manchado para hacer la comida.

Sobre las cinco de la tarde, me despedí de ellos y de mi hermana que también se marchaba. Los dejamos a los dos en la puerta de la casa despidiéndonos con la mano, y con la promesa de volver a juntarnos los cuatro de vez en cuando.

Carmen y yo nos prometimos llamarnos más a menudo y, sobre todo, me dijo que me llamaría para ver como estoy y cómo va el asunto con Eric. Pero que la llamase con cualquier cosa que me pasara. Que ella estaría ahí.

Agradecía las palabras de mi hermana, a pesar de todo, seguíamos estando unidas como cuando éramos pequeñas. Ella tan impulsiva y yo tan tranquila, tan diferentes, pero sin ella no sabría tirar para adelante. Era mi mayor apoyo.

Cuando llegué a casa. Deshice la mochila y me fui a dar un baño relajante. Creía que con las burbujas masajeadando mi cuerpo conseguiría un poco de relax. Pero la media hora que estuve en el agua lo único que hizo fue

deprimirme más. No podía dejar de pensar en Eric, en esa rubia, en lo que vi... o me pareció ver... estaba hecha un lío. No sabía que pensar. Y más confundida aún porque todos pensaban lo mismo excepto yo. Todos decían que debía darle una oportunidad para explicarse... ¿Pero nadie pensaba en cómo me sentía yo? Ya pasé por esa experiencia y no quería repetir. Lo peor de todo era que el dolor que sentía por la traición de Eric era mucho más grande que el que sentí en su momento por David.

Después del baño, me bebí una cerveza acurrucada en el sofá viendo la tele. Hice zapping a ver qué daban y no había más que películas románticas, lo último que me apetecía ver. Apagué la televisión y me fui a la cama.

Al día siguiente, a media mañana, escribí a las chicas para quedar a comer con ellas en el restaurante italiano al que íbamos siempre. Después del fin de semana de desconexión, me apetecía volver a verlas, y como de momento no podía regresar al colegio hasta que se solucionara lo de Marcos, en algo tendría que entretenerme.

Llegué antes que ellas, y el camarero me llevó hasta la mesa que teníamos reservada. Estaba situada junto al ventanal al fondo del salón. Desde allí se podía controlar perfectamente a todo el mundo. Me senté de cara en dirección a la puerta por qué no me gustaba estar de espaldas. Necesitaba ver quien entraba o salía de los sitios. Era una de mis dispares manías.

A los pocos minutos, llegaron las chicas riéndose de a saber qué tontería se le habría ocurrido a Nona, estaba segura.

—¡Chicas! —Me levanté a darles dos besos.

—Hola guapa. —Me saludó Martina.

—¡Emma! —Nona me dio un achuchón que por poco no nos caemos encima de Martina.

—Sí que venís contentas, ¿ha pasado algo? —pregunté intrigada mientras nos sentábamos en las sillas.

—Javier, que ya está más que instalado en casa de Nona —me explicó Martina.

—¿Ya? —pregunté mirando a Nona.

—Sí, aprovechamos este fin de semana para hacer la mudanza... así que oficialmente ya estamos viviendo juntos.

—Me alegro mucho Nona —dije con un deje de tristeza en mi voz.

—Cariño, discúlpanos, no te hemos preguntado... ¿Cómo estás? ¿Te fue bien ir a casa de tus padres? —me preguntó Martina cogiéndome una mano y

dándome un apretón cariñoso.

—Tranquilas, chicas, estoy bien. Sí, me sentó bien. También vino mi hermana. Hacía tiempo que no la veía y me alegró mucho que se escapara para vernos, pero contadme ¿cómo ha ido vuestro fin de semana? —Intenté retrasar mi tema, pero no fue posible.

—Eso luego, ahora cuéntanos tú, Emma... ¿Cómo te encuentras? —insistió Nona.

—Estoy bien chicas, de verdad —dije bajando la mirada, pero a ellas no podía mentirles. Me conocían demasiado bien como para ocultarles nada.

—Emma, cariño, a nosotras no nos puedes engañar. ¿Cómo lo llevas? ¿Has hablado con Eric?

—No.

—No piensas hablar con él, ¿verdad?... Emma... —Interrumpí a Nona porque sabía lo que me iba a decir.

—Nona... lo sé... necesito tiempo... estoy confusa.

—Lo entendemos, cariño, solo nos preocupamos por ti. Queremos verte feliz —me dijo cariñosamente Martina.

—Emma ¿Tú lo quieres? —me preguntó Nona seria.

—Yo... sí.

—¿Recuerdas el primer encuentro con él? ¿Lo que te hizo sentir? —continuó con el interrogatorio.

—Sí.

—¿Recuerdas cuándo él te abrió su corazón?

—Sí.

—¿Recuerdas cuando intentaste apartarlo de tu lado por David? ¿Qué sentiste?

—Que me moría. —Comencé a llorar y bajé la cabeza avergonzada.

—¿Recuerdas el fin de semana en Peñíscola?

—Sí

—Dime, ¿qué sentisteis los dos? —Levanté la cabeza para mirar a Nona a través de las lágrimas que me nublaban la vista y supe a qué se refería.

—Amor.

—No tengo nada más que decir. Ya lo has dicho tú. —Después de que me dijera eso, mis lágrimas resbalaban por mis mejillas sin control. A Martina también se le encharcaron los ojos mientras nos observaba, y Nona tampoco pudo resistir a que se le humedecieran. Por un momento, estuvimos las tres secándonos las lágrimas como podíamos bajo un silencio prudencial.

—¿Entiendes ahora lo que quiero decir, Emma? No quiero hacerte sufrir, pero quiero que te des cuenta de que los dos estáis enamorados y estáis sufriendo por tu cabezonería de no dejar que se explique. Pareces masoca, ¡hija! —espetó en mi cara, pero tenía toda la razón.

—Cariño, esta vez estoy con Nona, tiene toda la razón. Deberías darle una oportunidad y luego ya decides. No puedes torturarte simplemente por una suposición —me dijo Martina en su tono más tranquilizador.

No lo soporté más y me vine abajo. Lloré desconsoladamente entre los brazos de las chicas que se levantaron para arroparme. Estuvieron unos minutos aguantando mis convulsiones y mis sollozos como dos auténticas amigas. Cuando me había tranquilizado un poco, volvieron a sus asientos y Nona sirvió el vino que nos había traído el camarero. Brindamos las tres y dimos un trago a la copa. Sentir el vino bajar por mi garganta me sentó bien, me despejó del nudo que se me había formado a causa de tanta angustia.

—Lo siento chicas —me disculpé por el espectáculo que había montado.

—No seas tonta, Emma, no te tienes que disculpar de nada. Para eso estamos las amigas.

—Sí, cariño, no te preocupes, lo que te pasa es normal y nosotras estamos aquí para lo bueno y para lo malo, ¿verdad Nona? —preguntó Martina mirándola.

—Por supuesto, ya lo sabes. Además, yo debería de disculparme por haber sido tan dura contigo, pero era la única manera de hacerte ver y entender que estás equivocada.

—Lo sé... y de verdad... que te lo agradezco. Os lo agradezco a las dos, chicas. No sé qué haría sin vosotras.

—De momento vamos a comer, que con tanta llorera se me ha abierto un apetito feroz —dijo Nona entre risas.

—¡Dios mío! ¡La que has liado, Emma! ¡Ésta nos lleva a la ruina, tendremos que quedarnos a fregar platos para poder pagar la factura del restaurante! —soltó Martina descojonándose.

Yo no pude aguantarme la risa, estas locas eran únicas. Hacía sólo un par de minutos que estábamos llorando a moco tendido y ahora descojonándonos de la risa.

Por suerte, Nona no se excedió en pedir demasiada comida si no hubiésemos acabado como había dicho Martina, fregando platos.

Continuamos comiendo, cuando de pronto, entraron al restaurante dos chicos vestidos de traje y corbata. Esperaron en la puerta a que el camarero los

atendiera, y los llevara hasta una mesa. De espaldas no les pude ver la cara, pero cuando se iban acercando hacia donde estábamos nosotras, noté como un spaghetti que estaba masticando en ese momento, se me atravesaba en la garganta.

Apenas podía respirar. Me levanté bruscamente de la silla mientras luchaba por conseguir un poco de oxígeno. No veía nada, solo me veía a mí misma ya en el más allá. Ni siquiera me di cuenta de que alguien me abrazó por detrás inclinándose hacia adelante, colocando sus manos sobre mi abdomen y haciendo presión en el estómago a la vez que me provocaba unas sacudidas. No fui consciente del tiempo que transcurrió mientras me zarandeaba hasta que noté como algo salía despedido de mi boca y podía volver a respirar. Agradecí a lo que fuera el sentir como el oxígeno entraba de nuevo en mis pulmones. Entonces, me di cuenta de que los brazos que me abrazaban ya no estaban ahí, sino que se habían separado de mi cuerpo, y se habían colocado delante de mí, retirándome el pelo que me cubría la cara debido a los movimientos bruscos. Alcé la mirada para agradecer a esa persona que me hubiese salvado la vida, y me quedé otra vez sin respiración al encontrarme con esos ojos azules que me habían marcado de por vida.

No sé si decir que *embobada, atontada, lela, pasmada, estupefacta...* y podía seguir diciendo adjetivos, eran suficientes para describir cómo me sentía en ese momento delante de Eric.

—Eric... yo... gracias por... ayudarme —dije entrecortadamente después de unos segundos perdida en su mirada. No esperaba verlo, puesto que no estaba preparada para encontrarme con él. Aún necesitaba meditarlo más tiempo... o no. Porque por un momento, mientras lo miraba a sus preciosos ojos, olvidé todo lo ocurrido y solo me vinieron a la mente nuestros buenos recuerdos desde que nos conocimos. —¡Dios! ¡Estaba hecha un lío!—.

—¡Emma! ¿Te encuentras mejor? —Si es que hasta su voz me hacía temblar.

—Uhm... sí, gracias... ya estoy mejor —dije como una tonta mientras me volvía a sentar en la mesa con las chicas. Advertí la intención de Eric de hablarme, pero se contuvo al alejarme y dejar de mirarlo como si no hubiese pasado nada. Oliver lo cogió del brazo y se dirigieron a la suya.

Las chicas me miraban con estupor por lo que había pasado, y a la vez con enfado por haber reaccionado así con él. Especialmente Nona.

—Emma, ¿eres tonta? ¿Pero a ti que te pasa? —espetó enfadada—, ¿No ves que te mueres por hablar con él y no decir ya de volver junto a él? A veces me

dan ganas de darte de hostias. Estás perdiendo el tiempo por tonta.

—Calma, Nona, déjala, no seas tan dura con ella. Ella misma tiene que darse cuenta de lo evidente.

—¡Basta ya! Es mi vida y soy yo quien decide. —Me levanté, tiré la servilleta encima de la mesa y me fui corriendo en busca de un taxi para que me llevara a casa. No les di tiempo a que me impidieran salir del restaurante, solo quería estar sola. Tenía la cabeza hecha un lío. Verlo de nuevo — vestido de traje, como la primera vez que nos encontramos, igual de guapo, solo que esta vez se le dibujaban unas ojeras oscuras bajos sus preciosos ojos que indicaban que algo no iba bien—, removi6 algo en mi interior que hizo que dudara de todo.

Al llegar a casa, tiré el bolso al suelo, me descalcé y me acurruqué en el sofá dejando escapar las lágrimas que venía aguantando durante el trayecto en taxi. Lloré y lloré hasta que el mismo cansancio pudo conmigo y me quedé dormida.

Capítulo 49

ERIC

Tenía grabado a fuego en mi retina su cara desencajada al verme con Gina. El horror que mostraban sus ojos cuando me apartó de ella para irse lejos de mí... me partió el alma.

El corazón se me encogía cada vez que la llamaba y no me contestaba al teléfono o no respondía a ninguno de mis mensajes. Me inquietaba el no saber nada de ella, de lo que estaría pensando o peor aún, de lo que podría llegar a decidir sin haberme dado la oportunidad de explicarme.

Esa noche no pude pegar ojo pensando en Emma, recordando todos los buenos momentos desde que nos conocimos... comenzando por ese primer encuentro. No solo era preciosa, era inteligente, dulce, cariñosa y torpe, enormemente torpe, pero precisamente eso la hacía más encantadora. Y me había enamorado completamente de ella.

Ahora, por culpa de la desgraciada de Gina, todo se había venido abajo. La nube en la que estaba viviendo gracias a Emma, se había esfumado y había caído en picado y sin paracaídas. Me dolía el alma pensar en ella y no poder volver a tenerla junto a mí, tocarla, olerla, sentirla... —¡Dios! ¡Ese dolor era insoportable!—.

El sábado decidí volver a llamarla. No dejaría de intentarlo hasta que me escuchara. Mi sorpresa fue que esta vez descolgó. El corazón me dio un vuelco, pero mi decepción apareció cuando contestó su hermana. Me dijo que estaban pasando el fin de semana en casa de sus padres. Le pedí si le podía pasar el teléfono y lo hizo. Solo fue un escueto hola, pero aun en ese tono seco, me estremeció todo mi cuerpo. Me dejó claro que no quería hablar conmigo y no me dio la oportunidad de explicarle lo sucedido. Sentí que la había perdido.

Me dejé resbalar por la pared hasta sentarme en el suelo recogiendo mis rodillas contra el pecho sin reprimir las lágrimas. El dolor que sentía por Emma era tan inmenso que no creía poder superarlo.

Había salido con varias chicas, pero con ninguna había sentido lo que Emma me hacía sentir. Con ellas eran solo rollos de una noche o cómo mucho algunos meses, pero nada realmente importante. Sin embargo, ella había puesto mi

vida patas arriba. Había tocado mi corazón de una forma que no podía imaginar. Cómo alguien podía hacer que te estremecieras solo con escucharla hablar, solo con pensarla o solo con mirarla. Había calado hondo en mi interior y nunca sería capaz de olvidarla. Jamás dejaría de amarla por muy lejos que estuviera de ella.

Me pasé el sábado y el domingo sin salir. Estirado en mi sofá torturándome con la imagen de Emma la última vez que nos vimos. Esa imagen desgarradora al verme con Gina.

Oliver me llamó varias veces para que saliéramos a tomar unas copas, pero le dije que no tenía el cuerpo para nada, y optó por presentarse en mi casa. Cenamos y charlamos, en ese momento yo no era buena compañía y a pesar de los esfuerzos de él para animarme, no lo conseguía.

El lunes por la mañana presentamos el proyecto que nos solicitó un cliente y quedó satisfecho con los resultados por lo que conseguimos firmar nuevo contrato con él. Oliver me propuso de ir a comer a un restaurante para celebrarlo. Aunque no me apetecía nada, acepté. Él también había trabajado duro para sacar adelante el proyecto, y no se merecía que lo amargara con mis penas.

Fuimos a un restaurante italiano que habíamos visto al pasar con el coche. Aparcamos en el parking para los clientes, y nos dirigimos a la entrada. Esperamos al camarero para que nos asignara una mesa, y cuando nos dirigíamos a ella, se me paró el corazón. Allí estaba Emma, sentada en una mesa junto al ventanal con sus amigas. En ese preciso instante, observé como se levantaba bruscamente de la silla, y hacía gestos de no poder respirar. Reaccioné rápidamente corriendo hacia ella al ver que se estaba asfixiando.

Incliné su cuerpo hacia adelante, y la abracé por detrás, con los brazos a la altura de su estómago. Coloqué el puño en su abdomen y con la otra mano lo cubrí. Comencé a presionar en repetidas sacudidas hasta que conseguí que expulsara lo que le producía la asfixia. Cuando recobró un poco la respiración, me posicioné delante de ella para retirar el pelo que le cubría la cara debido a las sacudidas.

¡Dios! ¡Estaba tan preciosa! Su cara aún estaba roja por el esfuerzo que había hecho, y alguna lágrima se escurría por sus mejillas. Aun así, estaba preciosa. Me quedé embobado mirándola. Era una adicción contemplarla. Hasta las palabras que salieron de su boca me sonaban a gloria. Tartamudeó dándome las gracias y volvió con sus amigas.

Oliver que estaba a mi lado contemplando la situación, me cogió del brazo disimuladamente y regresamos a nuestra mesa.

Me senté de cara a ella. No podía dejar de mirarla. Pero cada vez que lo hacía se me encogía el corazón. La veía llorar por algo que le decían sus amigas, no sabía qué, pero me dolía en el alma verla así. De pronto, se levantó y se marchó corriendo. Me quedé paralizado, no sabía cómo reaccionar. Oliver me dijo que no era momento para que fuera en su busca. Que le diera su tiempo. Pero deseaba tanto salir tras ella y consolarla...

Después de comer, nos tomamos la tarde libre y decidí quedarme en casa. No dejaba de pensar en lo que había sucedido en el restaurante. Tarde o temprano tendríamos que hablar, aunque fuera lo último que hiciera.

Mi madre me sacó de mis pensamientos cuando sonó el móvil.

—Hola mamá.

—Eric ¿cómo estás?

—Bien.

—¡Uy! Esa voz no suena bien, hijo. ¿Qué ocurre? ¿Es por lo de Emma? No te preocupes, la denuncia ya está puesta y todo saldrá bien. Ya lo verás.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? —le pregunté intrigado.

—¿No te lo ha dicho Emma?

—¿El qué?

—Lo siento, pensé que te lo había contado. Esta mañana me ha llamado su abogado y me ha dicho que la denuncia contra Marcos ya está puesta. Me ha informado de todo y que ahora tenemos que esperar. ¿No lo sabías?

—No, mamá, me acabo de enterar ahora mismo.

—Pues Emma ya lo sabía porque había hablado antes con ella que conmigo. Hijo, ¿Va todo bien?

—No, mamá, ya no estamos juntos. —Se me hizo un nudo en la garganta que no me dejaba tragar.

—¿Qué dices? ¿Qué ha pasado?

—No quiere verme.

—Pero algo ha debido pasar para que no quiera, ¿no?

—La semana pasada, Gina se presentó en mi portal, y Emma nos vio justo en el momento cuando Gina se echaba encima de mí y me besaba. Al vernos, Emma salió corriendo y no pude detenerla, ni siquiera puedo hablar con ella. No permite que le pueda dar una explicación.

—¡Dios! ¡Cómo odio a esa Gina! por no decir otra cosa. Pero... tú no quieres nada con esa, ¿verdad? —me preguntó mi madre preocupada.

—¡Mamá! ¡Cómo puedes decir eso después de todo lo que te he hablado de Emma y mis sentimientos hacia ella!

—Lo sé, lo sé, hijo, pero tenía que asegurarme. Por eso mismo, sé lo que sientes por Emma. Lo que no entiendo, es que quiere esa ahora.

—Quiere una relación de pareja conmigo. Está obsesionada. Por más que se lo dejé claro no lo asume.

—Hijo, ten cuidado, esa te puede meter en problemas.

—Ya lo ha hecho, mamá. Ha conseguido que Emma no quiera saber nada más de mí.

—Yo no estoy segura de eso. Sé que Emma está enamorada de ti. Tarde o temprano recapacitará y solucionaréis todo este asunto. Ya lo verás, hijo.

—Eso espero, porque me estoy volviendo loco sin ella. ¡La necesito tanto!

—Anímate, Eric. Verás que todo saldrá bien. Ya hablaremos otro rato, ahora me tengo que ir.

Capítulo 50

Pasé la semana sumida en mi pesar. Las chicas intentaron llamarme, me enviaron mensajes, pero solo les contesté pidiendo que me dieran tiempo. Necesitaba estar sola.

Ese viernes por la mañana me llamó Fernando para que fuera a su despacho a hablar con él sobre Marcos.

Me duché rápidamente y me dirigí hacia el bufete. Al entrar, estaba Nona en la recepción tecleando algo en el ordenador. Cuando me vio, se levantó de la silla y me estrechó entre sus brazos. Me abracé a ella como si así pudiera curarme, y se me escaparon algunas lágrimas que enseguida me limpié con la manga de la chaqueta.

—Emma, ¿cómo estás? —me preguntó al separarnos.

—Bueno, he tenido días mejores, pero lo superaré.

—Me duele mucho verte así.

—No te preocupes... ¿Está Fernando? —pregunté cambiando de tema. No me apetecía seguir con lo mismo.

—Sí, espera que le aviso de que has llegado. —Fue a avisarlo y no tardó en indicarme que pasara a su despacho.

Fernando me hizo sentar en una de sus sillas, mientras él lo hacía al otro lado de su escritorio. Me gustaba como hablaba porque no se andaba con rodeos. Era un hombre que hablaba claro y directo, y eso me gustó.

Me explicó que el proceso había ido rápido. Marcos había sido detenido y se encontraba a disposición judicial. El juez dictaminaría sentencia en breve al tener antecedentes por el mismo motivo. Gracias a la grabación y los testimonios de Nona y Luisa, las pruebas han sido contundentes para su acusación. Además, conseguir las declaraciones de las dos chicas que trabajaron el colegio han ayudado.

En ese momento, no daba crédito a lo que estaba escuchando. Necesité respirar hondo varias veces. Fernando me preguntó si me encontraba bien... ¡Mejor que nunca! Sentí como si un peso de hormigón sobre mí desapareciera de repente.

Por fin se haría justicia, tanto por esas chicas, por Luisa y por mí. No volvería a acosar a nadie más.

Continué hablándome en términos legales que, sinceramente, no sabía que significaban, y tenía que interrumpirle cada dos por tres para que me quedase

claro. Pero no tuvo ningún problema en explicármelo todo bien para que lo entendiera.

Cuando acabó, me dijo que seguiríamos en contacto, y que si surgía cualquier problema que no dudara en llamarlo.

Se lo agradecí, y quise pagarle los honorarios, cosa que no aceptó ya que era un favor que le debía a Nona. Aun así, me sentía mal por no pagarle nada. Incluso le ofrecí invitarlo a unas cervezas por las molestias. Después de dudarlo unos segundos, aceptó. Quedamos para esa misma tarde en una cervecería que estaba en una calle paralela al bufete.

Me despedí de Nona, resumiéndole brevemente la situación, y quedé en que ya hablaría con ellas y se lo contaría todo con más detalle. Nona, me miró con preocupación, pero no me dijo nada. Así salí del bufete camino a casa.

Había quedado con Fernando a las siete. Aún tenía tiempo de prepararme. Me di una ducha relajante que me sentó de maravilla. Me vestí con unos tejanos negros, una blusa roja y unos zapatos de tacón. Iba informal pero arreglada. No quería dar una imagen equivocada, simplemente quería agradecerle todo lo que estaba haciendo por mí con unas cervezas, ya que no quería cobrarle sus honorarios.

Mientras lo esperaba en la puerta, mi móvil comenzó a sonar. Se me cayó al suelo al ver quien era: Eric. Lo recogí, pero no tuve valor de descolgar. Así que lo apagué totalmente, y lo volví a guardar en el bolso. Justo en ese momento aparecía Fernando. Estaba irreconocible sin su traje de Armani. Caminaba hacia mí con una sonrisa seductora, con unos tejanos que marcaban sus firmes y musculosas piernas. Llevaba una camisa blanca y una chaqueta de cuero con hebillas en negro que le daba un aire de tipo duro. Y, por si fuera poco, su pelo moreno le caía en disimuladas ondas que le daban cierto aire atractivo.

Me quedé abstraída durante unos minutos ante su imagen. En nada se parecía al abogado con el que había hablado esa mañana; un hombre con traje y corbata, el pelo engominado y semblante serio.

—Emma, ¿hace mucho que esperas? —Me saludó dándome dos besos.

—Uhm... hola Eric... digo Fernando. Disculpa, me he confundido... no... no, hace cinco minutos que he llegado. —Me sentí tan avergonzada por haberle confundido que las mejillas se me encendieron rápidamente. ¡Qué vergüenza! ¡Tierra trágame!—.

—No te preocupes, yo también cambio nombres normalmente. —Me guiñó un ojo de forma cariñosa.

—¿Entramos? —dije apresuradamente. Estaba incómoda, deseaba desaparecer y cambiar de tema. Entramos en el local y nos sentamos en una mesa que había libre cerca de la puerta. Pedimos dos jarras de cerveza negra, y nos las sirvieron en seguida.

Hablamos de todo un poco. Me contó sobre su vocación por la abogacía, algo que siempre ha tenido muy claro, y que por suerte puede trabajar en lo que le gusta.

Yo le hablé de mi pasión por los niños, y cómo llegué a ser maestra infantil. Me dijo que tenía treinta y cinco años y vivía solo con su gato persa. Tuvo una relación que salió mal y desde entonces no está por la labor de volver a pasar por eso de nuevo. En respuesta, le conté mi historia sobre David hasta el fallecimiento de Ángela.

—Vaya, lo siento —me dijo comprensivo.

—Gracias. Ángela fue como una segunda madre para mí, por eso me ha afectado tanto.

—Solo puedo decirte que te des tiempo, es muy reciente y es normal que te afecte.

—Lo sé.

—¿Puedo preguntarte por el chico que vino contigo el otro día al bufete? ¿Es tu pareja?

—¿Eric?... Uhm... es complicado... digamos que ya no lo somos... —Se me quebró la voz nada más decir eso y se me humedecieron los ojos al pensar en él.

—Lo siento, no quería incomodarte.

—No te preocupes, no es nada —dije intentando convencerme a mí misma, pero no podía engañarme más.

Fernando me preguntó qué había sucedido entre los dos, y le expliqué toda la historia intentando que no se me notase el daño que me suponía hablar de él.

—Emma, estoy viendo lo que te duele, no sigas contándome nada más. No quiero que sufras, pero ¿me permites mi opinión?

—¡Sí! ¡claro! Dime.

No quiero meterme en tu vida pues no soy quién, pero por cómo te veo cuando hablas de él, siento que estás muy enamorada, y no entiendo por qué te torturas de esta manera. Deberías hablar con Eric, dale al menos la oportunidad de explicarse. A veces nos hacemos suposiciones que nos hacen daño, y descubrimos que no era como pensábamos. Te lo digo por experiencia.

—¿A ti también te ha pasado? Lo sé, ahora que han pasado unos días lo estoy

reflexionando. No eres el único que me lo dice, pero es que tengo tanto miedo a volver a pasarlo mal, que no quiero arriesgarme más. Es muy doloroso.

—Te entiendo, pero es mejor arriesgarse y sufrir, qué no hacer nada y quedarte con la duda de lo que podía haber sido.

—Se nota que eres de letras —dije bromeando para cortar un poco la tensión. Él echó la cabeza hacia atrás dejando escapar una sonora carcajada que inundó el local.

—Sí, se me da bien las letras, no te lo voy a negar —Reímos los dos y bebimos unos tragos de nuestras cervezas mientras seguíamos conversando.

Nos despedimos en la puerta de la cervecería, y me dijo que me llamaría ya como abogado cuando tuviera noticias del caso, pero que si necesitaba hablar o llorar, que no le importaría hacer de paño de lágrimas.

Volví a casa andando. Me apetecía ir dando un paseo y recapacitar sobre Eric. Todo el mundo opinaba igual... —¿Sería yo la que estaba equivocada? Slo tenía claro una cosa: que lo amaba con toda mi alma.

Capítulo 51

Al llegar a casa, me descalcé, dejé los zapatos en medio del salón y me cambié de ropa. Me puse mi pijama color lila con dibujos de corazones. Me recogí el pelo en una coleta alta y dos mechones sueltos. Preparé un par de sándwiches, cogí una Coca-Cola y me senté en el sofá a cenar mientras veía una película. Puse Dirty Dancing. Nunca me cansaba de verla. Estaba loca por Patrick Swayze ¡Cómo se movía! ¡Y lo guapo que era! Normal que las volviera locas a todas, incluso a mí, era mi amor platónico de juventud.

Estaba terminando mi segundo sándwich, cuando llamaron al timbre. Eran las diez de la noche y no esperaba a nadie. Quizá fuera alguna de las chicas que se presentaba sin avisar. Pero al abrir la puerta no era ninguna de ellas.

—¡Eric! —exclamé sorprendida.

—¡Emma! ¿Puedo pasar? —preguntó tímidamente.

—Ehm... sí, claro... pasa... —Me hice a un lado para que pudiera pasar, y respiré su aroma. Ese que hacía estremecerme de pies a cabeza. Mi cuerpo comenzó a temblar. La temperatura fue ascendiendo hasta notar arder mis mejillas. El corazón se me había disparado al verlo allí, tan guapo como siempre, con sus ojos azules penetrantes y su pelo moreno revuelto. Llevaba unos tejanos azules desgastados, una camiseta blanca arrapada al cuerpo y una chaqueta de cuero con hebillas. Llegamos al salón y le pedí que se sentara, pero no quiso, prefirió estar de pie. Le ofrecí una cerveza y me la aceptó. Me sentía incómoda. Primero porque no me lo esperaba y segundo por su reacción. Estaba nervioso, no hacía más que tocarse el pelo insistentemente.

—Toma. —Tendió su mano para cogerla y nuestros dedos se rozaron. Nos miramos fijamente, y el tiempo se detuvo. Nada existía a nuestro alrededor. Solo él y yo.

—Gracias... —dijo después de unos segundos parados uno enfrente del otro. Bebimos los dos de nuestros botellines, y los dejamos sobre la mesa del salón.

—Emma, necesito que me escuches, no me voy a ir de aquí sin que me des una oportunidad de explicarte lo que pasó realmente... —Comenzó a decir atropelladamente.

—De acuerdo...

—Tanto si quieres como si no, me vas a escuchar... —dijo a la vez que yo le contesté—, espera... ¿Cómo? ¿Has dicho de acuerdo?

—Sí, he dicho que, de acuerdo, que te escucho... —dejé escapar media

sonrisa que se me formó en los labios. Eric se quedó parado observándome para ver si era cierto lo que le acababa de decir—. Para empezar, ¿porque no te sientas? Estaremos más cómodos —propuse.

—Ehm... sí, vale... verás... —Cogió su botellín y dio un trago largo—. Por favor, necesito que me escuches —asentí con la cabeza y continuó—. La chica que viste en mi portal hablando conmigo, y que más tarde se abalanzó sobre mí, era Gina, una ex. El año pasado, Oliver y yo nos fuimos de vacaciones a Mallorca. Allí conocimos a Carla y Gina. Solo eran un rollo. Tanto él como yo no buscábamos nada serio. Y ellas querían lo mismo de nosotros. Con Gina lo dejé todo claro desde un principio, sólo era atracción sexual, nada más.

El problema, es que con el paso del tiempo se fue enamorando de mí, y deseaba tener una relación seria. Pero yo no quería nada con ella. La última vez que nos vimos fue para dejarle claro que dejara de atosigarme, que yo no la quería y puse punto final a nuestros encuentros. Me estaba agobiando demasiado con sus súplicas. No tuve alternativa, y corté por lo sano.

Después de eso, estuvo unos meses desaparecida y creí que por fin ya lo había aceptado. Hasta el otro día.

Ese día, estuve trabajando sin parar junto con Oliver en el proyecto. Salimos de la oficina más tarde de lo habitual, y cuando llegué al portal apareció ella. Me cogió por sorpresa. Daba por hecho, que después de varios meses sin saber nada de ella, ya no tendría que volver a preocuparme. Pero mi sorpresa fue cuando volvió a decirme que me echaba de menos, que quería volver conmigo, que me necesitaba... Y harto ya de la situación, enfurecí y se lo volví a recordar, que no quería volver a verla y que se olvidara de mí. Estaba cansado ya de que no entrara en razón.

Entonces, te vi, por un momento, sentí alivio al ver que estabas allí, pero mi gozo desapareció en cuestión de segundos al contemplar tu cara desencajada cuando Gina se abalanzó sobre mí.

La empujé rápidamente para salir en tu busca. No podía permitir que te fueras pensando algo que no era. Y entonces, me separaste de ti.

No te imaginas cómo me dolió el corazón cuando vi marcharte. —Estaba con los codos apoyados en sus rodillas, y sus dedos entre su pelo aguantando su cabeza con mucho pesar. Sus palabras desprendían una tristeza que hizo romperme el alma. Deseaba rodearlo con mis brazos y consolarlo, pero no me atrevía a hacerlo.

Estaba procesando todo lo que me acababa de confesar. Sentí una vergüenza como nunca había sentido en mi vida.

Me vino a la cabeza la opinión de las chicas, cuando me insistían en que lo ocurrido debía de ser un malentendido, y por mi terquedad y mi miedo no quise hacer caso. Y ahora, lo veía todo claro. Eric no me había engañado. Todo lo que había pasado había sido consecuencia de mis paranoias. De creer que un hombre me había vuelto a traicionar. De pensar que la historia de mi pasado se repetía de nuevo.

Me levanté del sofá lentamente, y caminé hasta el ventanal del salón, mientras mis lágrimas resbalaban por mis mejillas. Me paré observando la resplandeciente luna que se vislumbraba esa noche, y me perdí en mis pensamientos bajo su influjo.

—Emma... —dijo acercándose ligeramente hasta quedarse a unos pasos de mí.

—Lo siento. —Fue lo que conseguí decir a través del nudo que se me había formado en mi garganta—. Yo... —Sentí como su mano se posaba sobre mi hombro suavemente e hizo girarme para que lo mirara.

—Mírame, preciosa

—No... yo no puedo Eric... —dije bajando la mirada hacia el suelo. Era incapaz de mirarle a los ojos.

—Amor. —Levantó mi cara levemente con su mano para mirarme a los ojos, pero los mantuve cerrados—. Abre los ojos, por favor. —Su tono de voz era suave y tranquilizador. Los abrí lentamente y me encontré con esa mirada azul que me cautivó desde el primer momento en que lo vi. Sentí que el cuerpo me temblaba, y una presión en el pecho anunciaba mi ansiedad. Las lágrimas caían sin control por mis mejillas.

—¡Eh! ¡Eh! Emma... ven... vamos a sentarnos. —Me sujetó por mi cintura y me llevó hasta el sofá—. No llores, amor.

—Eric... —Comencé a recuperar la compostura—, lo siento. He... he sido una tonta... Y por mi culpa hemos sufrido los dos. Lo siento mucho, de verdad —dije bajando la cabeza avergonzada.

—Emma... solo quiero saber... ¿Por qué no me dejaste que te explicara la situación?

—Cuando te vi con ella, pensé que la historia de David se repetía. Creí morir. Un dolor insoportable se apoderó de mi pecho, y no me dejaba respirar. Volví a recordar las imágenes de cuando lo encontré en aquella situación y entonces... vi a Gina encima de ti. Me volví loca. Loca por creer que podía volver a enamorarme y cuando lo estaba asumiendo... te encontré así con ella.

Decidí en ese momento cerrarme en banda. No quería volver a saber de ti.

No quería verte ni escucharte. Fue muy doloroso. —Conseguí hablar del tirón como pude, soportando el nudo de mi garganta impidiéndome hablar.

—Ahora lo entiendo, Emma... pero debías de haberme dejado que te lo contara. Sé lo mal que lo has pasado anteriormente y eso me hizo pensar en lo peor. Pero no iba a rendirme así como así. Yo también me moría de dolor, de no saber de ti, de no poder verte ni poder explicarte lo que pasó. Fue como si me arrancasen el corazón de cuajo.

Eres la única por la que soy capaz de todo. Por ti, daría mi vida. Me haces ser mejor persona, sacas mi lado bueno, siento que mi corazón está pleno cuando estoy contigo. Es pensar en ti y la sonrisa me surge sola. Te tengo presente a cada minuto del día e incluso apareces en mis sueños. Ni quiero, ni puedo vivir sin ti, Emma. —Hizo una pausa para acariciarme la mejilla con el dorso de su mano—. Por eso estoy ahora aquí. No aguantaba ni un minuto más sin poder verte, y hubiese hecho cualquier cosa para que me escucharas, incluso atarte a una silla si hubiese sido necesario para conseguirlo. —Cada palabra suya hacía hundirme más en mi miseria. Le había roto el corazón por mi culpa.

—He sido una tonta, no me perdonaré jamás el daño que te he hecho. Todo por mis miedos. —dijo con tristeza.

—No te preocupes, amor. Por eso estamos hablando ahora, para aclararlo todo.

—Pero lo he fastidiado todo, Eric. Ahora ya nada puede volver a ser como antes.

—¿Qué quieres decir, Emma? —dijo asustado.

—Que después de lo que te he hecho, ya no podrás perdonarme, ni mucho menos verme como antes.

—Cariño, ¿has escuchado todo lo que te he dicho hace sólo unos segundos? ¿Lo de que eres toda mi vida y sin ti no puedo vivir? —dijo mostrándome una media sonrisa que hizo derretirme en el instante.

—Ehm... sí... pero... no sé...

—Emma... ¿Tú me quieres? —me preguntó mientras sujetaba mi cabeza entre sus manos suavemente. Esa pregunta me desarmó. Me cogió por sorpresa pero debía hacerle caso al corazón de una vez.

—Sí, Eric... más que a nada en este mundo. —Noté cómo el calor subía por mis mejillas.

—¡Dios! ¡Ni te imaginas cómo necesitaba escuchar eso, amor! —La imagen que me mostraba en ese instante hizo que me olvidara de lo que había

sucedido. Solo veía al Eric del cual me enamoré en aquel incómodo encuentro. Esos ojos azules que desde entonces se adueñaron de mi alma. Esa sonrisa amplia que mostraba felicidad y ese beso dulce que me plantó rozándome los labios notando su aliento, me estremeció el cuerpo entero.

Nos separamos unos segundos y nuestros ojos volvieron a encontrarse. No hizo falta decir nada más. Nuestros cuerpos se extrañaban y reaccionaron al contacto. Nuestros besos eran desesperados, buscaban ahogar la ansiedad de haber estado tanto tiempo separados. Me alzó agarrándome de mi culo y yo me enrosqué a su cintura con mis piernas.

—¡Cuánto te he echado de menos, preciosa!

—Y yo a ti, Eric... y yo a ti —susurré entre sus labios.

Me llevó en volandas y me sentó en la barra de la cocina.

—¿Estás bien? —me preguntó besándome el cuello.

—¡Oh! ¡Eric!... —solté un gemido al notar sus labios bajando por mi cuello deliciosamente.

—Emma, te necesito con urgencia... no creo que aguante mucho.

—Yo tampoco, amor, pero tenemos toda la vida para amarnos —al decir eso, dejó de besarme, me miró a los ojos con un brillo resplandeciente, y su sonrisa no podía ser más bonita y sincera.

—Toda la vida, preciosa. —Me besó de nuevo y me llevó en brazos hasta mi habitación.

Me depositó sobre la cama suavemente, mientras me quitaba la ropa con impaciencia. Estábamos ansiosos por sentirnos, por amarnos, por unirnos...

Fue la noche más perfecta de toda mi vida. Estar entre sus brazos era algo que deseaba con toda el alma. Sentir sus besos por todo mi cuerpo era una dulce tortura que no quería que acabara. Y notar cómo se hundía en mí, una y otra vez, fue una sensación que me llenaba por completo. No podía sentirme más satisfecha y más amada que en aquel momento.

Mis miedos podían haber destruido el amor de mi vida, porque ahora podía decir que Eric, era y es el amor de mi vida. Con él he aprendido a amar de verdad y a confiar. Algo que me costó asimilar, pero que al final me hizo más fuerte.

Desde ese momento, juntos, somos solo uno, y nos completamos como tal.

EPÍLOGO

Al día siguiente de nuestra reconciliación, nos despertamos con una sonrisa de oreja a oreja. Después de una noche intensa, llena de amor, sexo, caricias, ternura, pasión... y todo un mundo de sentimientos que dejamos salir, decidimos que sería buena idea contarles a las chicas que por fin, habíamos arreglado lo nuestro.

Ellas se merecían que lo supieran cuanto antes. Más que nada, porque eran mi familia, y habían sufrido conmigo todas mis penas.

Eric, me dijo que llamaría también a Oliver, que él también fue su paño de lágrimas. Pensó que podríamos organizar una cena informal en el piso, y así estaríamos todos más cómodos.

En cuanto a Marga, la llamamos por teléfono después de haber desayunado, y habernos dado un baño muy relajante en mi bañera. Aunque lo que se dice baño... baño... más bien fue otro momento de pasión que nos costó casi una inundación. —Tanta efusividad era lo que provocaba—.

Marga se alegró enormemente por nosotros, y nos pidió que fuéramos a comer algún día a su casa y así nos presentaría a su familia, porque en realidad yo aún no conocía ni al padre ni a la hermana de Eric. Accedimos y le prometimos que pronto iríamos a verla.

Pedimos comida italiana para que nos la trajeran al piso. No nos apetecía a ninguno de los dos ponernos a cocinar. Teníamos la sensación de estar de luna miel... caricias, carantoñas, besos por todas partes... Quería vivir así eternamente.

YO: Chicas, esta noche cena en mi casa. Es URGENTE. No faltéis y traeros también a vuestros chicos.

NONA: ¿Otra vez, pедorra? ¿Es que siempre nos tienes que avisar con emergencias? A ver, ¿Qué pasa ahora?

MARTINA: ¡Jajaja! Esto es una mala costumbre, Emma. Solo espero que no sea grave.

YO: Tranquilas, estoy bien, chicas, solo que tengo algo que deciros y me gustaría que estuviéramos todos juntos.

NONA: De acuerdo, loca. Además, yo también tengo que contaros algo.

MARTINA: ¡Uy! Creo que esta noche promete. Yo también tengo algo que deciros.

YO: De verdad que esta noche va a dar mucho de sí. Por cierto, ¿qué queréis de cenar? o ¿pedimos algo?

NONA: Por mí pedimos comida japonesa, últimamente me he aficionado bastante y ¡Me encanta!

MARTINA: A mí, me da igual. Nosotros no somos delicados. Lo que queráis.

YO: ¡Perfecto! Pues comida japonesa, que a mí también me chifla. Pues nos vemos esta noche a las nueve, chicas.

MARTINA: Allí estaremos, guapa.

NONA: Nos vemos luego, pendonas.

—Anda, deja el móvil —me dijo Eric quitándomelo de las manos y atrayéndome hacia él.

—Uhm... ¿Qué pretendes con esa sonrisilla?

—Creo que lo sabes demasiado bien, traviesilla, sino pregúntale a cierta parte de mi cuerpo que acaba de despertar. —Me apretó todavía más contra él haciéndome notar su considerable erección contra mi abdomen. Sentirlo de nuevo así, encendió todo mi cuerpo.

Me cogió por mi culo elevándome mientras lo rodeaba con mis piernas y me sentó en la barra de la cocina. Entrelacé mis dedos en su pelo a la vez que nos besábamos con pasión. Sus manos me quitaron la camiseta dejando mis pechos al descubierto. Comenzó a besarme por mi cuello en dirección a ellos. Cogió un pezón con su boca e hizo que se me escapara un gemido. Lo succionó con ímpetu mientras me acariciaba el otro con sus dedos. Sentía un placer que provocó un estremecimiento en mi sexo.

—Emma, eres tan adictiva...

Volvió a besarme con desesperación, su lengua recorrió cada hueco de mi boca encontrándose con la mía y saboreándola. De repente, dejó de hacerlo y me miró con una sonrisa endemoniadamente perversa.

Me abrió un poco más las piernas y me reclinó suavemente hacia atrás, con lo cual tuve que apoyarme con las manos sobre la encimera. Bajó su cabeza hasta mi sexo y lamió sin descanso mi clítoris, provocándome un orgasmo arrollador.

—Eso es preciosa, quiero beber de ti. —Saboreó todo mi flujo mientras hundía en mí dos de sus dedos. Estaba tan excitada que no pude advertirle que me llegaba otro cuando una oleada de placer irrumpió en su boca. Al recibirlo, se incorporó y me besó con ansia. Probé de sus labios mi propio

flujo y eso hizo que me excitara aún más.

—¡Dios Eric! ¡Te necesito dentro ya! —Nada más decirlo, se desprendió del bóxer y lo lanzó a un lado mientras acercaba su erección a la entrada de mi sexo, y sin preámbulos la introdujo de una estocada. El gemido que se me escapó, lo acalló con su boca. Con cada embiste, llegaba más hondo dentro de mí. El placer que sentía me estaba volviendo loca. No tardaría en volver a tener otro orgasmo.

—Amor, no tardaré en correrme...

—Lo sé, córrete conmigo, preciosa, juntos... —Me embistió varias veces más duramente y los dos llegamos juntos. Nos dejó exhaustos pero plenos.

Después de darnos una ducha rápida, nos sentamos a esperar a que nos trajeran la comida que habíamos pedido.

Pasamos la tarde de relax, en el sofá, viendo películas hasta la hora de la cena.

A las nueve en punto se presentaron todos. Por suerte, Eric y yo, después de otro momento de pasión, nos vestimos —no era cuestión de que nos vieran casi desnudos—.

Entraron todos al salón, Andrés y Martina sonrientes y acaramelados, Nona y Javier, abrazados y sonriendo cómo dos niños, y allí estaba Eric, tras de mí abrazándome por detrás dejándome un beso en mi pelo.

Cuando las chicas nos vieron, se quedaron con la boca abierta y alucinadas.

—¡Oh! ¡Dios! ¡Mío! —exclamaron las dos al unísono.

Los demás comenzamos a reír al ver la expresión de sus caras de asombro e incredulidad.

—¿Esto quiere decir... lo que creo que quiere decir? —preguntó Martina.

—Creo que es evidente. —Me giré para sonreír a Eric—. Sí, es lo que creéis. Estamos juntos.

—Y para siempre —añadió Eric.

—¡Menos mal! ¡Ya era hora! Al final has bajado del burro, Emma. Mira que eres cabezona... Porque quiere decir que has entrado en razón y nos has hecho caso, ¿no? —dijo Nona.

—Sí, al final os hice caso y recapacité, aunque...

—En realidad, me presenté aquí anoche dispuesto a hablar tanto si quería como si no, e hice que me escuchara de una vez. Y... bueno... el final ya lo veis. —Acabó de decir sonriendo.

—Esto era lo que tenías que contarnos tan urgente, ¡eh! —dijo Martina.

—Sí, me pareció buena idea convocaros de esa manera. —Me carcajeé.

—Ya te vale, pero en el fondo, me alegro un montón de que por fin os hayáis arreglado de una vez. Nos tenías muy preocupada, Emma, pensamos que no lo superarías —dijo Nona.

—Siento mucho que lo hayáis pasado mal por mi culpa, de verdad, pero por suerte ya está todo aclarado, y a partir de ahora empezamos de nuevo, ¿verdad cariño? —Me giré hacia Eric que me rodeó con su brazo mientras me daba un dulce beso en los labios.

—Por supuesto, desde cero y hasta siempre. Porque esta vez nada ni nadie nos va a separar.

—¡Oh! ¡Qué bonito! —exclamó Martina mientras los demás reían. En ese instante, sonó el timbre de la puerta y fue Eric a abrir. Era Oliver que apareció con una chica.

—Oliver, creía que ya no vendrías.

—Lo siento, se nos ha hecho un poco tarde —Se excusó.

—Tranquilo, tío, pasad, están todos en el salón.

—Por cierto, ella es Melissa. Melissa él es Eric, mi mejor amigo y socio.

—Encantado Melissa.

—Igualmente, Eric.

Cuando entraron al salón, saludé a Oliver y él nos presentó a Melissa. No sabíamos que tenían los dos, pero sería cuestión de tiempo que lo averiguara. Hice las presentaciones y decidimos pedir la comida. Andrés fue quien abrió la puerta al repartidor, y entre todos colocamos los platos. Nos sentamos en la mesa del salón, y Martina propuso hacer un brindis.

—Chicos, quiero hacer un brindis, pero antes de hacerlo creo que es el momento de anunciaros una cosa —dijo Martina.

—¡Sí! ¡Venga!, comencemos con las noticias, esto se va a poner divertido —gritó Nona.

—Cariño, relájate, deja que hable Martina —le dijo Javier a Nona.

—Si, amor, es que estoy emocionada.

—Vale, vale, va, Martina, que nos tienes en ascuas —dije yo mientras rellenaba algunas copas que faltaban de vino.

—Está bien... —Andrés y ella se levantaron de la mesa con las copas de vino en la mano—, queremos anunciaros que Andrés y yo, vamos a... —Se hizo un silencio sepulcral y todos estaban atentos a ella que no acababa de decir la frase—, ¡Vamos a ser papás! —gritó de alegría a la vez que se daban un beso.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé levantándome y echándome a sus brazos felicitándola—, ¡Enhorabuena, cariño! ¡Oh! ¡Voy a ser tita!

—¡Serás zorróna! ¡Qué callado te lo tenías! ¡Una cosa así no se puede ocultar, petarda! —dijo Nona mientras se abalanzaba a nosotras y felicitándola también.

Después de unos momentos de euforia, Nona y yo la dejamos respirar mientras felicitamos a Andrés por su futura paternidad.

Eric se acercó a Martina y la abrazó dándole la enhorabuena, lo mismo hizo con Andrés. Javier también los felicitó, y Oliver, que no los conocía hizo lo mismo junto a Melissa.

—Ahora sí, brindemos por los futuros papás. Os deseamos mucha suerte, chicos —dije yo eufórica—. Alzamos todas las copas y brindamos entre risas y comentarios hacia el futuro bebé.

—Y aprovechando el momento, porque así lo hacemos todo de golpe, y podremos disfrutar más tranquilos de la noche, Javier y yo también queremos contaros algo —anunció Nona misteriosa.

—Suéltalo ya Nona, que vaya tensión nos estáis haciendo pasar —dije riéndome y con la copa de vino pegada a los labios.

—Anda cariño, esto lo vas a decir tú que también tienes tu culpa. —Nos quedamos todos pendientes de Javier hasta que se levantó de la mesa y soltó la noticia como si nada—.

—Siempre pasándome el marrón ¡eh! ¡cariño! Pero te quiero... la cosa es que... ¡estamos prometidos! —dijo alzando la copa de vino y brindando con ella.

—¡Enhorabuena pareja! —gritamos Martina y yo a la vez que nos abalanzamos sobre Nona como anteriormente hicimos con Martina. Los demás siguieron con las felicitaciones hasta que brindamos oficialmente por todos nosotros.

Porque la vida nos sonriera como en ese mismo instante, y que nunca dejáramos de vernos. Si las tres ya formábamos una familia, cada una con sus respectivos chicos y el futuro bebé, crecería aún más pero más felices no podíamos ser.

La cena transcurrió entre risas, charlas, más risas, la boquita especial de Nona, los arrumacos de cada pareja, incluso Oliver y Melissa se demostraban un cariño especial. Contemplando esa imagen de todos, alrededor de mí, sentí cómo Eric me acariciaba la mejilla con el dorso de su mano y me susurró al oído: *“Tenemos toda la vida para amarnos”*.

Un año y siete meses después...

—Venga Martina, deja a Héctor con su padre, que llegamos tarde —dijo Nona apresurada.

—Ya voy, ya voy... ¡Uf! ¡Qué estrés! no me gusta nada ir corriendo... ¡Ya voy! Andrés, cariño, ocúpate tú de Héctor mientras voy con Nona.

—Tranquila, cariño... escucha... mírame... respira hondo... todo va a salir bien —dijo cariñosamente Andrés a Martina mientras cogía a Héctor en brazos.

—Gracias cariño, tú siempre sabes cómo relajarme. Te quiero, y a ti también, pequeñajo. —Se despidió dándole un beso a Andrés y otro a Héctor en su cabecita.

—Vamos, Nona, estoy lista...

La música empezó a sonar, y Nona y Martina comenzaron a caminar por el pasillo central del precioso jardín del restaurante donde se celebraba la boda. Los invitados estaban sentados a cada lado del pasillo esperando expectantes a la novia, es decir, a mí. Eric, junto a su padrino, Oliver, estaba ya en el altar preparado para recibirme.

Caminaron lentamente esparciendo pétalos de rosa por todo el pasillo hasta llegar al altar. Una vez allí, se colocaron al lado izquierdo a esperar a que yo apareciera.

Empezó a sonar “Hasta mi final” de *Il Divo*. Esa fue la música que escogimos para hacer la entrada cogida del brazo de mi padre.

Nos miramos antes de avanzar, y me dijo lo orgulloso que estaba de mí mientras se le escapaba un par de lágrimas. Yo me emocioné, y le di un beso para tranquilizarlo, pero estábamos los dos muy emocionados.

Deseé con todas mis fuerzas no tropezar en ese momento y caerme, por una vez quería ser una persona normal y no acabar como normalmente lo hacía, por los suelos.

Paso a paso fuimos avanzando observando las caras de emoción de los invitados, pero mis ojos se posaron en la persona que me importaba realmente en ese momento. Nuestras miradas se encontraron, y el tiempo se detuvo. Me ofreció su preciosa sonrisa que siempre me había hecho estremecer, y le correspondí de igual manera. Solo estábamos él y yo. Nadie más existía.

Al llegar al altar, mi padre me besó y me ofreció a Eric. Él sujetó mi mano sin dejar de apartar su mirada de la mía. Y lo que tanto temía, sucedió... al darle la mano a Eric y avanzar hacia él, me pisé la falda del vestido y fui a caer encima suyo. Acabé encima de él como la primera vez que nos vimos... por los suelos. —Me sonrió y los dos rompimos a reír a carcajadas—. Esta es mi chica —me susurró.

La ceremonia fue breve pero intensa, un cúmulo de sentimientos florecieron sin evitar emocionarme, y que alguna lagrimilla escapara a su antojo.

Eric y yo nos miramos y nos dimos el “Sí quiero” envueltos entre vítores y gritos de alegría por parte de los invitados y familiares.

Nos besamos como si fuera el último beso de nuestra vida, saboreando el contacto de nuestros labios, y embriagándonos de nuestro sabor.

Al separarnos, Eric me susurró al oído:

—Tenemos toda una vida para amarnos.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Esta es mi primera aventura en este mundo de letras, y debo dar las gracias, antes que nada, a una persona muy especial, y que me ha apoyado desde el minuto cero. Gracias a ti por escucharme, por entenderme, y por animarme en los días de bajón. Gracias, cariño, eres muy importante en mi vida.

Quiero dar las gracias a una persona que significa mucho para mí y que me ha ayudado en todo este proceso. Una persona que, con sus consejos, su experiencia, sus anécdotas, y sobre todo con su forma de ser tan humana y especial, ha hecho que me decidiera a dar el paso definitivo en esta aventura. Luna Villa, una gran autora y una grandísima persona. Gracias por ser como eres.

Gracias de corazón a Judith Galán, que desde que leí su primer libro, Calzetas Rotos, me atrapó su forma de escribir y tuve la gran suerte de poder conocerla en persona. Decir que es una persona maravillosa, una autora que te llega al alma, y agradecerle todos los consejos y todo el apoyo que me ha brindado.

Gracias a Laura Duque Jaenes por su ayuda, por darme su opinión, y ver lo que a mí se me ha escapado. Eres maravillosa.

Gracias a A.R. Cid por la fabulosa portada que ha creado para este libro, y dejarme conocerla a través de sus obras.

No podía ser menos, gracias a mi familia y amigos por todo el apoyo y la confianza puesta en mí.

Y por supuesto, a todas esas personas que a través de las redes sociales me han ofrecido su apoyo incondicionalmente. Muchas gracias a todos.

Podéis encontrarme en Facebook:

<https://www.facebook.com/susy.hope.75>

